JORGE CAMARASA

LOS NAZIS en la ARGENTINA

Editorial Legasa

Jorge Camarasa

LOS NAZIS EN LA ARGENTINA

EDITORIAL LEGASA

Diseño de tapa: Estela Lignelli

© Jorge Camarasa
© Editorial Legasa
Talcahuano 440 – Buenos Aires

Fotocomposición: La Galera
Av. Corrientes 2063 – 1º 23 – Buenos Aires

Fotocromo e impresión de tapa: Offset Difo S.R.L.
Rosario 4751, Adolfo Sordeaux, Pcia. de Buenos Aires.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina – I.S.B.N. 950–600–175–8

Para Nicolás y Flor.
Y para Patricia.

"Algunas publicaciones, tanto de Gran Bretaña como de otros países, aparecen empeñadas en plantear la posibilidad de que dirigentes del Eje busquen refugio en la República. Es inaceptable que tales comentarios hayan podido encontrar acogida en ambientes habitualmente bien informados.

"Para señalar la inconsistencia de esas informaciones, debiera bastar la imposibilidad de atravesar un océano dominado por las fuerzas marítimas de las Naciones Unidas. No obstante, la Embajada argentina lleva a conocimiento del gobierno británico que su gobierno, ratificando las declaraciones anteriores, ha fijado su posición al respecto en los siguientes términos:

"1º) En ningún caso se dará cabida en territorio argentino a los acusados de crímenes de guerra;

"2º) tampoco se permitirá que en el país constituyan depósitos de capitales o adquieran bienes de cualquier clase.

"El gobierno argentino tiene derecho a que se haga fe a estas declaraciones, como en toda justicia se hace fe en las intenciones de otros países que, por su neutralidad y proximidad, parecieran más fácilmente accesibles para su refugio."

(Declaración presentada ante el Foreign Office por el embajador argentino en Gran Bretaña, doctor Miguel Angel Cárcano, el 26 de septiembre de 1944.)

El miércoles 2 de mayo de 1990, poco antes de las cuatro de la tarde, hora argentina (19.00 GMT), el vuelo 511 de la compañía Lufthansa despegaba del aeropuerto internacional de Ezeiza, a treinta kilómetros de Buenos Aires. El destino final era el aeropuerto de Frankfurt, en Alemania, a donde llegaría tras una escala en la ciudad brasileña de San Pablo.

Uno de los pasajeros del avión no estaba para disfrutar del viaje. Tenía 78 años, vestía una camisa a cuadros en tonos de gris, pantalón del mismo color y un saco marrón dos talles más grande que el necesario. Se lo veía deprimido, con la cara más arrugada que siempre y con un aspecto de abandono que se traslucía en desprolijidad.

Hacía 41 años que había llegado a la Argentina y los dos y medio últimos los había pasado en dos cárceles y un hospital. Lo acompañaban cinco hombres que habían viajado desde el otro lado del mundo para venir a buscarlo: tres policías alemanes, un abogado que se ocuparía de defenderlo y Christian Holscherl, fiscal de Estado en Frankfurt.

Tanta dedicación por parte de ellos y ninguna desde su familia (ni la esposa ni los dos hijos del anciano habían ido al aeropuerto para despedirlo) podría haber sido emocionante si las circunstancias hubiesen sido otras: Joseph Franz Leo Schwammberger, el anciano, era llevado detenido a Alemania imputado de haber cometido crímenes de guerra.

Se lo acusaba por haber sido jefe de custodia en los ghetos polacos de Kzwadow y Szamensol y de los campos de trabajos forzados de

Mieles y Przenzyl, donde había cometido mil asesinatos de prisioneros judíos y enviado a otros miles de hombres, mujeres y niños, por tren, al campo de exterminio de Auschwitz.

Había sido detenido el 13 de noviembre de 1987 en Huerta Grande, en las serranías cordobesas, y ese viaje de ida que estaba realizando lo debía a un milagro político sin precedentes: era el primer criminal de guerra que extraditaba un gobierno peronista. Era el segundo expulsado (el primero había sido Gerhardt Bohne en 1966, durante la dictadura de Juan Carlos Onganía) del país que había recibido a los nazis con los brazos abiertos, los había cobijado, les había dado protección, ayuda y prerrogativas, y los había defendido a capa y espada durante los últimos cuarenta y cinco años.

El milagro político era que el mismo gobierno que ocho meses más tarde indultaría a los genocidas argentinos, extraditara para su juzgamiento a un genocida alemán. Que la misma justicia que le había otorgado la nacionalidad, ahora se la hubiera sacado. Que los mismos hombres que habían decidido su deportación, dos meses después callaran ante los elogios públicos que el presidente Carlos Menem hiciera de los croatas que todavía viven y se reivindican en la Argentina.

El milagro político, en fin, era que en Joseph Franz Leo Schwammberger se sintetizaran un final y un principio: terminaba un capítulo de la historia negra de los nazis en la Argentina, y tenía el dudoso privilegio de inaugurar otro: iba a ser el primer criminal de guerra juzgado en Alemania después de la caída del muro de Berlín.

Mientras el avión seguía ganando altura, el anciano criminal debe haber mirado por última vez la tierra donde se sintió a salvo. Allí quedaban todavía algunos de sus ex camaradas: Jan Durcansky, Anton Burger paseándose por las calles sinuosas de La Cumbrecita, Friedrich Warzog, Otto Drechsler, Guido Zimmer, Karl Kirchmann y Heinrich Eiche entre otros.

Schwammberger debe haber vuelto la vista desde la ventanilla y cerrado los ojos. Era una larga historia la que ese anciano y los suyos habían protagonizado.

I.- INTRODUCCION: "LA RUTA DE LAS RATAS"

Estrasburgo, Francia ocupada. Es el 10 de agosto de 1944.

Un viento refrescante recorre las calles de la ciudad por donde sólo se movilizan motocicletas y camiones militares. La imponente catedral de estilo gótico, comenzada a construir a mediados del siglo XIII, ha sido clausurada por las tropas alemanas. Los soldados se han adueñado de las mejores casas y gobiernan con mano dura a los orgullosos alsacianos, quienes deberán esperar todavía siete meses para conseguir la liberación.

En el corazón mismo de la Ciudad Vieja, con su fachada enfrentando a la Place Kléber, un sólido edificio que aún se conserva es exageradamente custodiado. Sus paredes son rojas y sus ventanales altos. Una formación militar ha rodeado el portón de roble; quienes lo traspongan deberán exhibir indubitables credenciales a los retenes de guardia que se han dispuesto. Automóviles lujosos, algunos de ellos embanderados, están estacionados en las inmediaciones de la plaza, por cuyos senderos los choferes discurren a la espera de sus amos de uniforme. Hablan entre ellos a media voz, y las conversaciones giran sobre lo mismo: esa Europa en llamas cuyo fuego, después de cinco años de arder, parece comenzar a extinguirse.

Paredes adentro del edificio —que se identifica por un cartel: "Maison Rouge"—, en una espaciosa sala con un hogar apagado, setenta y siete hombres han comenzado una reunión que se extenderá por más de cuarenta y ocho horas. El tema que los han convocado podría quitar el sueño a cualquiera: tienen que decidir una buena parte del destino del mundo, pero saben que tienen poco tiempo y no

pueden equivocarse. Dos meses y cuatro días antes, el 6 de junio de 1944, decenas de miles de soldados transportados a través del Canal de la Mancha por aviones y buques de guerra norteamericanos e ingleses, han realizado con éxito la mayor operación militar de toda la historia: el desembarco aliado en Normandía, al norte de Francia.

Y aunque sólo la admitan entre amigos de confianza, a ninguno de los conjurados se le escapa la significación de lo sucedido. Saben que los gobiernos y las fuerzas armadas de los Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética, junto a otros aliados menores, ya han puesto la firma a la derrota de la Alemania nazi, de la Italia fascista y del Japón imperial, que aún se debaten tratando de contener el derrumbe.

La cabecera de puente instalada en las costas normandas había sido particularmente catastrófica para Alemania. Adolf Hitler, en un intento inútil por minimizar la situación, había prohibido que la noticia se difundiera. Pero pese a la censura —que operaba tanto en los países ocupados como en territorio germano— los más altos dignatarios del nazismo, los jefes de los servicios secretos y los responsables económicos y financieros de la guerra, acabaron por enterarse. Y por preocuparse.

Durante el resto del mes de junio, y durante julio, incontables reuniones fueron sucediéndose entre los representantes de los grandes trusts que habían apoyado al nacionalsocialismo y lo habían conducido a su apogeo. El 20 de julio de 1944, un fallido atentado contra el Führer había supuesto un nuevo golpe contra el frente interno alemán, ya muy resquebrajado. Desde el estallido a destiempo de esa bomba, las suspicacias y las sospechas se enseñorearon entre los jefes nazis y motivaron que cada uno comenzara a desconfiar hasta de su cara en el espejo. Y en ese ambiente de persecusiones, de conspiración y derrotismo, apenas veinte días después del atentado, esos hombres viajaron hacia Estrasburgo.

Quienes concurrieron a la cita, en medio de las mayores reservas y medidas de seguridad, tenían tres cosas en común: un problema, un pasado y una expectativa, que era la de capear el futuro que se avizoraba hostil. De acuerdo con sus análisis, la manera de lograrlo era única: salvar la vida y el dinero de los más encumbrados jerarcas y bienhechores del moribundo Tercer Reich.

Los conferenciantes representaban lo más granado de la estructura de poder de la Alemania nazi. Entre gallos y medianoche, en trenes blindados o en coches imponentes, habían ido llegando los delegados personales del número dos en la jerarquía hitlerista, Martin Bormann; del ministro de Armamentos, Albert Speer, y del comandante militar, el almirante Wilheim Canaris; los dueños de las fábricas más poderosas que habían sido el pulmón de la maquinaria bélica: los Krupp, Messerschmidt, Thyssen, Büsing Reihmetal, VW Wercke, Röchling, I. G. Farben, AEG, Siemens y Kirdorf. Y también los grandes banqueros, los financistas, los empresarios de seguros y los industriales de las cuencas del Rhin y del Rhur.

La importancia de la reunión —y su misma realización, dado el secreto en que fue concebida— no se pudo conocer sino varios meses después, y sólo a medias. Al punto que todavía hoy, casi medio siglo más tarde, sigue desvelando a sus investigadores[1].

Hermanados por la gravedad acuciante del cuadro de situación, los intereses inmediatos de los hombres reunidos en la Maison Rouge aún divergían. Los funcionarios políticos del partido habían asistido para sentar las bases materiales del resurgimiento del Tercer Reich, en momento y lugar a determinar. Los industriales y los empresarios, en cambio, estaban animados por la posibilidad de hallar la manera de conservar sus bienes y ponerlos a salvo de la segura confiscación que sobrevendría a la derrota. Pero era mayor la desgracia común que los apetitos diferenciados, y los dos grupos pudieron coincidir y encontrar la fórmula que diera satisfacción a ambos intereses.

La propuesta que fue aprobada —según cómo pudieron reconstruirse los hechos— la hizo el delegado personal del viceführer Martin Bormann, y puede sintetizarse así: los empresarios financiarían la huida de los jerarcas, quienes custodiarían y manejarían todos los capitales girados al exterior. Un fragmento de las actas firmadas al término de la reunión pone luz en la claridad: "La jefatura del Partido supone que algunos miembros serán condenados, por lo que ahora han de ser tomadas medidas para colocar jefes menos destacados como 'peritos técnicos' en varias empresas alemanas claves. El Partido está dispuesto a suministrar grandes sumas de dinero a aquellos industriales que contribuyan a la organización de posguerra en el extranjero; pero el Partido pide a cambio todas las reservas financieras que hayan sido ya transferidas al extranjero, o puedan ser transferidas posteriormente para que tras la derrota se funde en el futuro un poderoso nuevo Reich"[2].

Lo más curioso de este párrafo es que no puede sino intuirse a quién corresponde la figura de "el Partido". No podría corresponder a Hitler ni a Heinrich Himmler, ya que ninguno de los dos estaba al tanto de la realización del encuentro: de haberlo estado, lo hubieran impedido por derrotista y desleal, y hubiese corrido más sangre. Sí puede corresponder, en cambio, a Martin Bormann. Por aquellos días, el delfín ya había sacado una clara ventaja sobre el resto de sus camaradas[3].

Más allá de la organización financiera para el futuro, la reunión de la Maison Rouge también sirvió para extraer algunas conclusiones de orden práctico.

Con la asistencia de funcionarios de la Cancillería nazi, que manejaba Bormann, los convocados en Estrasburgo diseñaron planes de escape minuciosos que debían ser seguidos al pie de la letra por los jerarcas que tuvieran que huir. Para el diseño de estos planes se tuvieron en cuenta las situaciones políticas de los países elegidos como destino, y se echaron sobre la mesa las relaciones que cada uno podía aportar.

Tres itinerarios principales quedaron rápidamente esbozados. El primero salía de Münich, Alemania, y comunicaba con Salzburgo, en Austria, para acabar en Madrid, España. El segundo camino también partía de Münich y, vía Salzburgo o el Tirol, terminaba en la zona de Génova, al norte de Italia, desde donde los jerarcas podrían embarcarse con rumbo a Egipto, Líbano o Siria. El tercero de esos itinerarios era igual al segundo en su parte europea, pero su destino final era la ciudad de Buenos Aires, en la Argentina.

Todo había sido previsto, y esos caminos iban a poder transitarse con relativa facilidad y sin riesgos excesivos, gracias a una aceitada combinación que incluía medios de transporte, casas seguras, lugares donde aprovisionarse de documentación y, sobre todo, ayuda de socios ideológicos a todo lo largo del recorrido. Una versión poco difundida pero confiable[4] indica que para la víspera de Navidad de 1944, apenas cuatro meses después de la reunión de Estrasburgo, los jerarcas que habían participado de ella recibieron juegos de documentación falsos, que debieron utilizar a la hora de huir. Con el correr de los días y la inminencia de la derrota, esas y otras previsiones pudieron ir ajustándose porque los propios interesados emplearon parte de su poder y de las posibilidades a su alcance para que así sucediera.

Entre estas posibilidades figuraba una, fundamental, que era la relación establecida previamente con los estamentos superiores de la Iglesia Católica.

El funcionamiento de esta parte de la red de fugas —que se denominó "ruta de las ratas" o "red romana"— fue para algunos historiadores y para algún servicio de inteligencia[5] el que demostró mayor eficacia, medida a la luz de los resultados obtenidos: estimaciones coincidentes indican que cinco mil jefes nazis alcanzaron a escapar gracias a los servicios de esta organización. Su sede central estaban en la capital italiana, en la plaza de San Pedro, y el cerebro de la red era Alois Hudal, un obispo alemán que se autoproclamaba "jefe espiritual de los católicos germanos residentes en la península".

Rector del Colegio Teutónico Santa María dell'Anima, Hudal habría de pasar varios meses ofreciendo un refugio seguro a los fugitivos, a quienes proveía de dinero y documentación. Nazi confeso al menos desde 1937, cuando publicó una apología del nacional-socialismo titulada "Die Grundlage der National-sozialismus", editada en Leipzig y Viena, fue el hombre de confianza del Vaticano para las relaciones con el Tercer Reich. Sin embargo, como consigna Ignacio Klich[6], "si es quizá cómodo actualmente hacer del obispo Hudal el principal responsable de las evasiones, conviene subrayar que ni la 'ruta de los monasterios' ni su propio papel durante la guerra, hubieran sido posibles sin la 'luz verde' de la Santa Sede".

En efecto: posteriores investigaciones y un memorándum ultrasecreto, dirigido en mayo de 1947 al secretario de Estado norteamericano George Marshall por el agregado militar en Roma, Vicent La Vista, consignaban la nómina de otros veintiún dignatarios de las jerarquías vaticanas implicados en la ayuda a los prófugos. Entre esos nombres destacan los del cardenal italiano Humberto Siri y el arzobispo yugoeslavo Kronislav Draganovic[7].

La "red romana" o "ruta de los monasterios" serpenteaba por un itinerario jalonado de abadías y conventos que iba desde Nápoles hasta el norte de Italia. Los institutos religiosos servían de refugio a los fugitivos que estaban en tránsito, y eran cobijados allí por monjes de diversas órdenes —pero sobre todo franciscanos— hasta que se les proveía de documentación y podían ser embarcados en Génova rumbo a un destino seguro. Esa ruta, la más efectiva, había sido diseñada y analizada en sus menores detalles por el exjefe del SD (Servicio de

Inteligencia) alemán para Italia del norte y hombre de confianza de Martin Bormann, Walter Rauff.

Sobre este capítulo de la historia de Rauff, conviene anotar algunas precisiones. Hacia fines de noviembre de 1944, había abandonado Roma para instalarse en el hotel Regina, en Milán. Desde allí se puso en contacto con los jefes partisanos que acababan de derribar a Mussolini, a quienes ofreció los archivos del partido fascista que estaban en su poder. En contrapartida, y aunque no abundan los detalles al respecto, pidió algo que parece le fue concedido: ayuda para sacar de Europa a los jefes nazis.

El 29 abril de 1945, cuando el ejército alemán capituló en Italia, Rauff se ocultó temporariamente bajo la identidad de un noble, pero fue descubierto y detenido por soldados americanos que le enviaron a un campo de prisioneros. El primer día de detención consiguió fugarse, y retomó las negociaciones que se había visto obligado a interrumpir. En junio de 1945 viajó hasta Génova y allí, siguiendo el ejemplo del obispo Draganovic, abrió una oficina de auxilio para los fugitivos bajo la protección del cura Hudal. Con precisión germana, al norte de la ciudad, organizó un campo de tránsito donde sus camaradas pasaban algunos días hasta que se les proveía de documentación falsa, dinero y pasajes hacia Egipto, Siria o la Argentina. En 1949, cuando consideró cumplida su misión, Walter Rauff abandonó Génova con su mujer y su hijo, y partió hacia Buenos Aires. Allí habría de permanecer unos meses, antes de radicarse definitivamente en el sur de Chile[8].

El de la fuga de los jerarcas, aunque importante, era sólo uno de los aspectos que se habían analizado en la conferencia de la Maison Rouge. El otro, según consta en las actas incautadas, se relacionaba con el envío de dinero para financiar la aventura de un Cuarto Reich puesto en pie desde el extranjero.

Los encargados de organizar y llevar a buen término las operaciones de transferencias no se habían estado quietos, y habían cumplido con su parte del compromiso. El antecedente más antiguo de que se tenga noticia, con todo, se remontaba a dos años antes de la reunión de Estrasburgo. En 1942 Joseph Goebbels, ministro de Propaganda y hombre de confianza del Führer, había colocado a nombre de "Hans Deutch" (algo así como "Juan Alemán") en un banco de Buenos Aires, la suma de 1.850.000 dólares[9]. Y no era el único que había tomado sus

precauciones: según un informe publicado por los norteamericanos en diciembre de 1945, el propio Goebbels, Hermann Göering, Robert Ley, Heinrich Himmler, Joachim von Ribbentrop y el mismísimo Adolf Hitler, disponían de haberes bancarios colocados en el extranjero, valuados en conjunto en 14.883.162 dólares, 465.000 libras esterlinas, y acciones por otras 600.000.

Y sin embargo, los capitales mayores que habían sido transferidos después de la cita en la Maison Rouge, no estaban en cuentas bancarias a nombre de los jerarcas del partido. El Departamento de Finanzas de los Estados Unidos habría de publicar, en 1946, un dossier cuyo párrafo más interesante expresaba: "Los industriales alemanes y los jefes nazis transfirieron parte de sus bienes al exterior. Hombres de paja a su servicio montaron empresas y abrieron cuentas bancarias secretas. De este modo los alemanes, utilizando fondos alemanes, crearon en el mundo entero 750 sociedades: 112 en España, 58 en Portugal, 35 en Turquía, 98 en Argentina y 214 en Suiza. Pero es sumamente difícil seguir las operaciones de transferencia desde un banco al banco de otro país."[10]

Aunque el documento no lo consigna expresamente, los fondos alemanes no sólo sirvieron para crear empresas, sino que también engrosaron otras que ya estaban en funcionamiento. Y también compraron firmas que hasta entonces estaban en otras manos.

Resulta evidente la importancia que el dossier atribuye a la Argentina. Según el Departamento de Finanzas, el país donde más empresas alemanas fueron creadas fue Suiza, cuyo secreto bancario ya era proverbial y archiconocido. El país que le sigue, España, vivía en ese momento el apogeo del fascismo franquista. Y sobre el tercer asentamiento importante, la Argentina, hay un detalle para subrayar: de las 98 empresas que se radicaron, 18 de ellas lo hicieron a partir de 1944, cuando ya era evidente que el fantasma de la derrota militar nazi comenzaba a tomar cuerpo.

¿Cuáles eran las razones de este dudoso privilegio?

Un informe de una revista especializada, publicado en Buenos Aires el 1 de marzo de 1983, arroja cierta luz sobre el tema. En uno de sus párrafos consigna: "Al estallar la Primera Guerra Mundial, las inversiones de capitales y la radicación de empresas (alemanas en la Argentina) se paraliza, y luego del conflicto la economía alemana, debilitada, cesa su ritmo de expansión internacional. Sin embargo, las

inversiones alemanas alcanzan ya en la Argentina los 250 millones de dólares, en tanto se constituyen en el país varias empresas cuyos socios son de origen alemán, incrementando significativamente el monto de los capitales germanos durante los años veinte. Como resultado de la capitalización de los beneficios, Alemania triplica sus inversiones en los veinte años siguientes a la primera posguerra. Los barcos alemanes que arriban a los puertos argentinos durante esa época ocupan el segundo lugar, después de Inglaterra, en cuanto a su número y tonelaje. Nuevas empresas alemanas son radicadas en esos años, entre ellas Química Schering, Merck Argentina, Osram y la Compañía Platense de Construcciones, filial de Siemens Baunion. La Segunda Guerra Mundial abre un prolongado paréntesis en las actividades de las empresas alemanas en la Argentina. Al declarar la guerra al Tercer Reich, la propiedad alemana fue embargada pasando a la administración estatal. Sin embargo, esas medidas no fueron un obstáculo para que los alemanes residentes en el país continuaran íntimamente relacionados al quehacer económico, principalmente al auge industrial de la inmediata posguerra".

Dice más adelante el mismo informe: "Las inversiones directas alemanas en nuestro país, ascienden al presente a los 400 millones de dólares. En América latina, la Argentina ocupa desde hace años el tercer puesto con respecto a dichas inversiones, después de Brasil y México, con 5.359 y 996 millones de marcos, respectivamente, en 1980". Y en otro párrafo: "Las inversiones alemanas (en la Argentina) han seguido en sus formas, en el transcurso del tiempo, las directrices de la evolución industrial argentina, desde el emplazamiento, originariamente, de compañías subsidiarias, hasta la participación posterior de socios argentinos"[11].

Este interés en un país lejano, de otra lengua, perdido en el patio trasero de América, que les retiraría el embajador y les declararía la guerra, había tenido para los jerarcas y los financistas del nazismo más explicaciones que las meramente económicas.

Cuando unos y otros conferenciaron en la Maison Rouge, quizá sabían de ese país mucho más que sus propios habitantes, y podían proyectar, en esas tierras, un futuro promisorio donde intentar poner en pie al mítico Cuarto Reich.

NOTAS

[1] Wiesenthal, Simón: *Los asesinos entre nosotros*; Noguer, Barcelona, 1967.

[2] Idem anterior.

[3] Martin Bormann se había convertido desde mayo de 1941, fecha del extraño vuelo de Rudolf Hess a Inglaterra, en el hombre de absoluta confianza de Adolf Hitler. El poder que había acaparado sólo era comparable al del mismo Führer. Para más datos ver capítulo V: 1960-1973: Los enigmas del nazismo.

[4] Aziz, Philippe: *Los criminales de guerra*; DOPESA, Barcelona, 1975.

[5] Martínez, Tomás Eloy: "Perón y los nazis"; *El Periodista*, Buenos Aires, agosto de 1985, números 49 y 50.

[6] Klich, Ignacio: "El escándalo de la dispersión nazi en el tercer mundo"; *Le Monde Diplomatique*, México, julio y agosto de 1983, números 55 y 56. También en Santander, Silvano: *El gran proceso*; Silva, Buenos Aires, 1961.

[7] Idem anterior.

[8] El capítulo chileno de la historia de Walter Julius Rauff merece ciertas consideraciones. Una vez arribado al país, de regreso de un viaje a Ecuador, se instaló en Santiago y a los pocos meses se fue a Punta Arenas, en el extremo sur, donde empezó a trabajar en una planta de conservas de pescado. Al transformarse en administrador-gerente de la empresa cobró una notoriedad indeseada que le valió ser ubicado por los cazadores de nazis. En 1962, con sus dos hijos estudiando en escuelas militares, Rauff fue denunciado por haber dirigido personalmente el uso de los "camiones de la muerte", con los que se asesinó a 250 mil personas arrojando los gases de combustión a compartimientos herméticos donde se encerraba a los prisioneros. La acusación formal le imputaba el haber dirigido un grupo especial de exterminio, y sus acusadores probaron de manera irrefutable la muerte de 97 mil judíos a manos de ese grupo. Ante un pedido de extradición de Alemania Federal, los abogados del nazi consiguieron un fallo firme de la Corte Suprema de Justicia de Chile: la extradición se denegaba porque en el Código Penal no figuraba el delito de genocidio y los asesinatos prescribían a los 15 años de cometidos. Al amparo de la justicia, y sin haber cambiado nunca de nombre, Rauff continuó viviendo en territorio chileno sorteando otras cacerías lanzadas en su contra. La última acabó el 2 de febrero de 1984, en plena dictadura del general Augusto Pinochet, cuando el ministro de Relaciones Exteriores Jaime del Valle informó al gobierno de Israel que para Chile "resultaría inapropiado expulsar a un ciudadano que ha vivido veinte años en paz en el país". La petición formal de la extradición la había entregado el director de Asuntos Exteriores de Israel, David Kimche, quien había llegado a Santiago coincidentemente con

la "cazadora de nazis" Beate Klarsfeld. Rauff siguió estos movimientos desde su residencia en el aristocrático barrio de Las Condes, donde entonces vivía, y fue la última persecusión de que tuvo conciencia: el 14 de mayo de 1984 murió, y al día siguiente fue enterrado con honras militares. Algunas investigaciones periodísticas abrieron dudas sobre su muerte. La revista antipinochetista *Fortín Mapocho* la calificó irónicamente de "oportuna", y subrayó algunos detalles: el cáncer de pulmón que se alegó como causa de fallecimiento no había sido detectado durante una revisación hecha tres meses antes; diferían los lugares donde se habría producido el deceso (el Hospital Alemán de Santiago, la casa del nazi o la casa de sus hijos) y, para sumar misterio, el semanario aseguraba que "ningún periodista ni funcionario de la embajada alemana pudo ver el cadáver". La revista terminaba diciendo que "el ataúd fue depositado en el mausoleo subterráneo de la familia, estrictamente sellado y con una cerradura que impediría cualquier posibilidad de que alguien lo intentara abrir". Al servicio religioso, celebrado en alemán en la Iglesia Luterana de Santiago, había asistido un cortejo de un centenar de personas encabezadas por Walter Rauff hijo, quienes despidieron el féretro con sus brazos derechos levantados en el saludo nazi y al grito de "¡Heil Hitler, Heil Hitler, Heil Rauff!". Pero no terminaron las sorpresas (o las constataciones) con la muerte real o presunta del criminal de guerra. Investigaciones posteriores habrían de confirmar que Walter Rauff había sido nombrado consejero secreto *ad honorem* de la Dirección de Inteligencia Nacional, DINA, la temida policía secreta de la dictadura de Pinochet, y que trabajaba en la sede central del organismo examinando minuciosamente las listas de detenidos, escuchando con atención las grabaciones de los interrogatorios a los presos políticos, y derivándolos luego a distintos campos de exterminio. Diferentes testimonios de exdetenidos en Chile, recogidos por Amnesty International, indican que uno de los lugares a donde Rauff mandaba a sus prisioneros era un establecimiento agrícola de la zona de San Fabián de Alico, 340 kilómetros al sur de Santiago, llamado Colonia Dignidad. La curiosidad periodística y judicial por esa colonia tenía una antigüedad de veinte años. Había comenzado en abril de 1966 cuando un muchacho de veinte años, Wolfgang Müller, decidió escaparse y denunciar lo que allí pasaba. Ante quienes quisieron escucharlo, dijo que en Dignidad se vivía en un régimen de terror, que se aplicaban castigos corporales y que se realizaban prácticas inmorales con menores de edad. Cuando la justicia y el periodismo, azuzados por denuncias de misteriosas muertes, comenzaron a investigar la colonia, comprobaron que era una filial de la Private Soziale Mission, de Bonn, y que estaba dirigida por un enigmático alemán tuerto, ex integrante del ejército durante la guerra: Paul Schaeffer Schneider. Durante la investigación de las denuncias de Müller —a quien intentó secuestrar un grupo comando integrado por alemanes, y tuvo que ser protegido por la policía— Schaeffer huyó y aunque nunca pudo comprobarse su destino, siempre se sospechó que había

escapado hacia la Argentina. Para el historiador antinazi francés Jacques Delarue (*Histoire de la Gestapo*, Arthème Fayard, París, 1962, entre otros), la sospecha no tenía por qué llamar la atención. Durante una conferencia radial emitida por Europa Uno en París en abril de 1966, Delarue dijo que conocía una colonia similar en territorio argentino, ubicada en la zona de Paso Flores, sobre el río Limay, cerca del límite provincial entre Neuquén y Río Negro y a pasos de la frontera con Chile. Según Delarue, la colonia estaba dirigida por Walter Hoeckner, "un ex oficial superior del séquito directo de Hitler". En la zona de Paso Flores existe efectivamente una colonia alemana, pero durante la investigación realizada para este libro no pudo precisarse si tiene las mismas características que su símil chilena, ni si entre sus habitantes figura Walter Hoeckner. Pero volviendo a Dignidad: tras la caída del pinochetismo volvió a ser observada y se descubrió en ella un inusitado crecimiento. De las modestas 200 hectáreas originales, ahora tiene doce mil y sus límites acarician la frontera argentina y abarcan una serie de dificultosos pasos fronterizos. Además tiene aeródromo propio, una clínica totalmente equipada, un alambre electrificado que rodea sus edificios y sofisticados sistemas de alarma y cámaras de televisión infrarojas para controlar los accesos. Pero aún así, sus germanos habitantes están dispuestos a irse si continúa la investigación. Sendos despachos de las agencias noticiosas DPA y ANSA fechados en Santiago, Chile, el 4 de febrero de 1991, dan cuenta que ante los controles de que Dignidad es objeto, sus dirigentes han decidido trasladarse a territorio argentino, donde "ya tenemos en Comodoro Rivadavia (en la provincia argentina de Chubut) otra sociedad parecida a ésta".

[9] Aziz, Philippe: *op. cit.*

[10] La lista completa de las empresas, elaborada por el Departamento de Finanzas de los Estados Unidos, consigna entre paréntesis el año de radicación en la Argentina. Es la siguiente: Aachen & Munich, compañía de seguros (1942); El Fénix Sudamericano, compañía de reaseguros; Accumulatorch-Fabrik A. G., artefactos eléctricos; Afa-Tudor-Varta, fábrica de acumuladores; AEG, Compañía Argentina de Electricidad, artefactos eléctricos (1944); SEMA Sociedad Electrometalúrgica Argentina, fabricación de tuberías de cobre (1945); Alámbrica, artefactos eléctricos; CESIA Conductores Electro Sociedad Industrial Argentina, fabricantes de tuberías de bronce y cobre; Metalúrgica Comercial SRL, maquinaria (1942); Weco y Cía.; Beirdorf SRL, productos químicos y drogas (1944); Berger y Cía., materiales y equipamientos (1942); La Lipsia SA (1942); Vicum y Cía., maquinaria (1942); Boker y Cía., maquinaria (1942); Robert Bosch, importadora y fabricante de materiales eléctricos y equipamientos Diesel (1944); Ribereña del Plata, comerciante de carbón y madera, y reparadora de buques (1944); Banco Germánico de América del Sud (1943); Edificio Germánico, administración de propiedades; Midas, compañía financiera; Banco Alemán Transatlántico (1942); Compañía Argentina de Mandatos; Farma Platense SRL, productos químicos y drogas (1940); Instituto Bebring de Terapéutica Experimental

(1944); Anilinas Alemanas, productos químicos y drogas (1944); Química Bayer SA; Monopol, química industrial y comercial; Agfa Argentina, instrumentos de óptica y materiales fotográficos (1939); La Plata Ozalid, materiales fotográficos; Weyland Sigfrido, productos químicos; Ferrostaal SA, mercancías de hierro y acero (1944); Geco, fabricantes de municiones (1941); Guen y Bilfinger, trabajos de construcción; Danubio, textil; Hardt y Cía., importadora y exportadora; Herder F. A. Sohn, importadora y exportadora (1943); Compañía General de Construcciones (1939); GEOPE, constructora (1944); Establecimientos Klockner SA, hierro y acero (1943); Maldonado y Cía., hierro y acero; Manuello y Cía., hierro y acero; Ferrocal SRL, fabricantes de cal viva (1941); Otto Deutz, motores (1943); Oficina Científica Knoll; Tubos Manesmann (1943); Morseletto SA, establecimientos metalúrgicos; SICA SRL (1944); La Internacional, seguros; La Mannheim, seguros; Merck Química Argentina; Stinnes, importadora de motores de acero, exportadora de cueros, pieles y lanas; Stinnes Marítima, agentes de buques; Amme, Giesecke y Konegan, maquinaria; Wayss & Freitag SA, construcciones (1943); Lloyd Norte Alemán, agentes de buques; Orenstein & Koppel SA, materiales para rieles (1943); Osram, materiales eléctricos (1943); Reinmetall-Borsig Cía., hierro y metal (1943); Cedema, hierro y acero; Ribera del Plata, comerciante en carbón, madera y coque, y reparadora de buques (1944); Gunther Wagner, fabricante de papeles para cartas (1944); Arcotina Cía., comercio y finanzas; Schering SA, química; Compañía General de Construcciones; Rhenania, Comercial y financiera; SAEMA S.A., moderna y anexos; SAERA S.A., explotaciones rurales y anexos; Establecimientos Vitivinícolas Escorihuela; Compañía de Seguros La Mercantil Andina; Compañía Inmobiliaria de Buenos Aires; Siemens-Schuckert, materiales eléctricos (1942); Siemens Baunion, construcciones (1943); Siemens y Halske, materiales elécticos (1982); INAG, equipamiento quirúrgico y de laboratorio (1944); Compañía Internacional de Teléfonos; Fénix, fabricantes de ladrillos; Agrin Metal SRL, fabricación de instrumentos quirúrgicos (1942); Springer y Moeller SA, productos químicos y drogas; Aceros Roeschling Buderus SA (1942); Staudt y Cía., fabricante de materiales de algodón, lana y cuero (1944), Bromberg y Cía., importadora y exportadora de maquinaria (1940); E. Pallavicini y Cía., azúcar y sales (1944); Jobke y Nieding, maquinaria y construcción; Atanor SA, productos químicos (1944); Unitas, compañía financiera; La Querencia SA; inmobiliaria y financiera (1944); Planificadora de Córdoba SRL; Casa Denk-Aceros Boehler, hierro y acero (1939); Thyssen-Lametal, hierro y acero (1943); Arbizu y Cervino, industrial y comercial (1942); Crefin SA, créditos y financiaciones, hierro y acero (1942); La Unión Bulonero Argentina, hierro y acero (1942); Speratti Romanelli SRL, constructora; Sudasteel, hierro y acero (1941); TAEM, talleres electromecánicos; Wella Sudamericana, fabricación de equipamientos para peluquería (1941); Wilckens Hnos., exportadores e importadores (1938), y Zeiss Carl, fabricante de instrumentos de óptica y materiales fotográficos (1942).

[11] *Prensa Económica*, Buenos Aires, 1 de marzo de 1983.

II.- 1931-1945: ¿UNA ARGENTINA NAZI?

En la Argentina, el viejo cuento de reclamar la paz invocando a los enterradores comenzó en 1930.

Sacudido por una oleada de huelgas y movilizaciones obreras —coletazos del crack de la Bolsa de Valores de Nueva York en 1929— el país contemplaba absorto cómo su moneda se había depreciado, el valor de los cereales exportables había caído en un cuarenta por ciento, los créditos estaban cancelados, y la pobreza —que aún no había sacado carta de ciudadanía— comenzaba a golpear a las puertas de los hogares.

El 6 de septiembre de aquel año, por la mañana, la historia argentina habría de ingresar en un cono de sombras que duraría décadas. Impulsado por un puñado de hombres que habían ingresado a los cuarteles agitando banderas e implorando ayuda, un militar derrocó a un civil e inauguró un modelo que otros se empeñarían en imitar. Con él llegarían el autoritarismo y la "hora de la espada", que serían festejados por poetas y banqueros, terratenientes e intelectuales y ciertos inmigrantes.

Desde la década anterior, en la colectividad alemana "habían surgido asociaciones con una posición ideológica de este tipo, como la Tannenberbund (1924), la Asociación Negro-Blanco-Rojo (1922-23) y el Stahlhelm (1924). Esta última organización fue la elegida por los flamantes nacionalsocialistas en la Argentina para realizar en conjunto su presentación en sociedad, el 25 de mayo de 1931"[1].

Para muchos porteños, tal presentación fue una sorpresa. Pocos

sabían que en Alemania, perdidosa tras la Primera Guerra Mundial, doce años antes había surgido de entre las cenizas un partido ultraderechista que buscaba restaurar "el honor nacional". En 1919 había sido fundado el Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán, edificado sobre las bases de un pequeño Partido Obrero Alemán, que sería absorbido por la nueva sigla: NSDAP. El programa de la nueva agrupación había sido fijado en febrero de 1920 y declarado inmutable por su inspirador, Adolf Hitler, seis años más tarde.

Una explicación de las vinculaciones entre ese partido y el grupo que irrumpió en la vida política argentina a mediados de 1931, la ofrece Simón Wiesenthal. Según él, "al final de la Primera Guerra Mundial, mientras Austria y Alemania atravesaban la crisis política y económica que siguió a su derrota, muchas personas de ambos países emigraron a la Argentina. Y no era de extrañar que, en su mayoría, los nuevos emigrantes fueran nacionalistas radicales que no querían vivir en la derrotada Alemania 'esclavizada por las cadenas de Versalles'. Con su acostumbrada diligencia, los nuevos inmigrantes erigieron fábricas, escuelas, empresas, fundaron periódicos y revistas, y ganaron una considerable influencia política"[2].

La división extranjera del NSDAP había sido creada el 10 de mayo de 1931. A su frente fue designado Hans Nieland, un nazi convencido, cuya primera medida fue reconocer formalmente al grupo de Buenos Aires el 7 de agosto de 1931. Unos meses antes, el 2 de febrero del mismo año, se había registrado el primer antecedente[3] de la actividad de los nazis en territorio argentino: mediante un aviso publicado en un periódico de la colectividad, el *Deutsche La Plata Zeitung*, se había invitado a participar de la fundación de una Asociación Nacionalsocialista. El organismo se denominó Landesgruppe Argentinien del NSDAP (Grupo Argentino del Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán), y fue el punto de avanzada para lo que vendría después.

Desde el 6 de septiembre de 1930 gobernaba en la Argentina el general José Félix Uriburu, un oficial de caballería formado militarmente en Alemania, ex diputado por el Partido Conservador, e integrante de una familia vinculada a la aristocracia local. Ese día, estrenando lo que algunos historiadores habrían de llamar "década infame", había encabezado un golpe de Estado cuyo propósito inmediato fue el derrocamiento del presidente constitucional Hipólito

Yrigoyen. Gobierno ultranacionalista y exacerbadamente católico, el de Uriburu representaba a aquellos que abogaban por la supresión de los partidos políticos y el establecimiento de un régimen autoritario que siguiera los modelos en boga en Italia, España y Francia, inspirados respectivamente por Benito Mussolini, José Antonio Primo de Rivera y Charles Maurras.

En el verano de 1931, desde las más altas esferas del gobierno uriburista —y con el beneplácito de sus hombres más leales, como los coroneles Emilio Kinkelín y Juan Bautista Molina— fue concebida la Legión Cívica Argentina. Estructurada siguiendo el esquema de una milicia paramilitar, el 20 de mayo se la habría de reconocer por decreto presidencial, y se daría autorización a sus integrantes para recibir instrucción militar y de tiro en cuarteles y bases, impartidas por oficiales de carrera. Con un parecido más que casual a los "fasci di combattimento" italianos, el mismo 25 de mayo de 1931 en que hacía su presentación en sociedad el partido nazi argentino, la Legión desfiló con las tropas regulares encabezada por su inspector general, el coronel Kinkelín, y uniformada con birretes, chaquetillas y pantalones de color gris, y polainas, cinturones y bandoleras rojas.

El propio Uriburu, al saludarla, le indicó el rumbo: "Como jefe de la revolución soy vuestro jefe y os aseguro que, a pesar de las acechanzas de todo orden con que sordamente se intenta contrariarla, ella, sostenida por vuestra acción patriótica y valiente, seguirá su marcha vencedora hasta la plena realización de su programa".

Un entusiasta admirador de estos "camisas pardas", el doctor Floro Lavalle, a la vez uno de sus fundadores, diría al día siguiente del desfile: "Los legionarios son cincuenta mil en Buenos Aires, pero antes de tres meses serán 250 mil en todo el país"[4]. Exageraba; pero lo cierto era que, dividida en brigadas, compañías y escuadrones, la Legión cuyos miembros ostentaban insignias para señalar los diferentes grados, se batía en las calles de las grandes ciudades contra radicales, socialistas, comunistas y judíos, sin importar que esos últimos tuviesen o no color político.

Dentro del cuadro de situación que se conformaba en esta Argentina fascistoide, y luego de la muerte del general Uriburu en 1932, la filial local del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán continuaba implementando un ambicioso plan de crecimiento y desarrollo.

La importancia que las autoridades del NSDAP conferían a esta organización sudamericana, queda probada por el traslado a Buenos Aires, en febrero de 1933, del jefe regional del Partido para América latina, Willy Köhn. El funcionario, quien hasta ese momento residía en Santiago de Chile, cruzó la Cordillera para encargarse personalmente de la reorganización política de la colectividad, obteniendo prontos resultados[5]. Hombre de carrera dentro del Partido, el organizador iba a ser premiado por su trabajo en la Argentina, y una vez concluido el mismo se lo destinaría a Berlín. Hasta 1938 habría de desempeñarse como Secretario de Exterior para América del Sur en la estructura partidaria, y en 1943 sería nombrado jefe de las instituciones supervisoras de la Educación Espiritual y Política del nazismo.

El 30 de enero de 1933, Adolf Hitler había sido nombrado Canciller de Alemania, e iniciado así el tramo final de su terrorífica maratón. En marzo, tras las elecciones generales que habían conferido a los nazis el 43,9 por ciento de los votos, la delegación diplomática del Reich abrió sus puertas en Buenos Aires y se hizo cargo de las oficinas un embajador de carrera: Edmund von Thermann. Miembro de las SS, von Thermann inició su representación con una medida que no dejaba lugar a dudas: el 5 de abril de 1933 reunió a los organismos con personería que componían la colectividad en el país, y cincuenta y un grupos representativos realizaron la formal "Proclamación de Lealtad de las Asociaciones Alemanas en la Argentina a Adolf Hitler".

Fue como si se hubiese destrabado un mecanismo: a partir de ese momento, la organización de los nacionalistas emigrados comenzó a realizarse más rápidamente y con menos obstáculos para superar. El 10 de abril de 1934, la Asociación Alemana de empleados se transformó en la Unión Alemana de Gremios. Dos años más tarde, en mayo de 1936, la Unión pasó a formar parte del Frente Alemán del Trabajo y reeligió como jefe a Erwin Schriefer, uno de los fundadores del Partido en Buenos Aires. En las empresas instaladas con capitales germanos se dictaban cursos de formación nacionalsocialista y, siguiendo el modelo ya probado del "doppolavoro" de la Italia fascista, se organizaban viajes recreativos a Villa Rumipal, en la provincia de Córdoba, y a las playas atlánticas bonaerenses.

En 1937, el 31 de enero, el *Deutsche La Plata Zeitung* informaba que los nacionalsocialistas alemanes radicados en la Argentina "eran instruidos en la escuela de Altona, dependiente del Instituto para Extranjeros de Sttutgart", y que uno de los concurrentes había

explicado: "Somos una comunidad consagrada al Führer y militamos en las filas del ejército activo de los nacionalsocialistas". No era propaganda antinazi: el *Deutsche La Plata Zeitung* era subvencionado por la embajada alemana.

Siete meses más tarde, durante el Congreso de los Alemanes en el Extranjero celebrado en la misma ciudad, el informe de la sección argentina hacía saber que el grupo regional del Partido tenía su asiento en la embajada, desde donde se coordinaban las diferentes organizaciones, que dirigían a su vez las Secciones de Asalto y las formaciones entrenadas en ejercicios militares, manejo de armas y funciones policiales. "Tanto el Partido como las SA", se consignaba en la exposición, "nuclean sólo a los nacidos en Alemania, y de reciente radicación en la Argentina". (Sin ser totalmente confiables, los antiguos inmigrantes se encolumnaban en la Unión Nacional Alemana, que encabezaba el doctor Wilhelm Luetge.) El congreso, realizado en Stuttgart entre el 29 de agosto y el 5 de septiembre de 1937, había sido presidido por Wilhelm Bohle, quien había dicho el día de la apertura: "Los germanos en el exterior que no quieren ser nacionalsocialistas, considerándose sin embargo alemanes, sólo tienen un nombre: traidores a la patria". Sus palabras parecieron causar efecto: al concluir ese año, 1.500 alemanes pertenecían a la Sección Argentina del NSDAP.

En 1938, la embajada en Buenos Aires distribuyó una "sugerencia" recibida desde la Cancillería de Berlín: "La industria y el comercio alemán en el exterior, deben ver como una cuestión de honor el reemplazar a los representantes extraños a nuestra idiosincrasia por alemanes o descendientes de los mismos". Días después, ni qué decirlo, comenzaban los despidos de judíos.

Von Thermann, entretanto, continuaba rigiendo abiertamente los destinos de la comunidad, y hasta indicaba en qué medios periodísticos podían poner sus anuncios las empresas. Dado que los grandes diarios como *La Nación*, *La Prensa* o *El Mundo* eran opositores al nazismo, los avisos sólo se podían colocar en los pequeños *Clarinada*, *Bandera Argentina*, *Crisol* y *Pampero*.

Por esos años había en la Argentina 176 escuelas alemanas, a las que concurrían 13.200 estudiantes. Estaban atendidos por maestros que, para poder ejercer, necesitaban el visto bueno de la Unión de Escuelas Alemanas y cumplimentar ante el embajador la siguiente promesa: "Juro ser fiel y obedecer al Führer del Reich y Pueblo Alemán, Adolf

Hitler, velando por las leyes y cumpliendo exactamente los deberes de mi obligación profesional. Que Dios me ayude". En las paredes de las aulas colgaban retratos de Hitler y banderas con la cruz svástica.

Se cantaba el himno Horst Wessel y, cuando le tocaba el turno al argentino, se lo entonaba con el brazo derecho en alto. En los libros de lecturas obligatorias se incluían textos con títulos tan atractivos como "Salve Hitler", "No se nos regala nada en la vida (Adolf Hitler)" o "Goebbels conquista Berlín"[6]

El 18 de mayo de 1938, por una iniciativa de los diputados Raúl Damonte Taborda, de la Unión Cívica Radical, y Enrique Dickmann, del Partido Socialista, había quedado formada una Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas. Pasó más de un año sin que se le llevara el apunte, hasta que el 7 de junio de 1939 Dickmann apostó fuerte.

Durante una agitada sesión de la Cámara, denunció que además del capítulo argentino del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, funcionaba en el país una larga lista de organizaciones colaterales: Frente del Trabajo Alemán, Fuerza por la Alegría, Unión Alemana de Guerreros Imperiales, Unión Nacionalsocialista Alemana de Marinos, Unión Germano Argentina, Federación Imperial para Ejercicios Físicos, Deutscher Volksbund für Argentinien, Juventud Hitlerista, Boy-Scouts Germano Argentinos, Organización de Muchachas Alemanas y, entre otros grupos, la mismísima Gestapo. El diputado alertó también sobre los propósitos de expansión germana en la Patagonia, y para probarlos citó un documento fechado en Buenos Aires el 11 de enero de 1937, dirigido a la Oficina Política Colonial del Partido en Berlín, para ser entregada en mano al Alto Comisionado del Estado, Ritter von Epp.

El "paper" había llegado a la Comisión llevado por Enrique Jürgens, un militante antinazista alemán, y en él se detallaba una distribución de tareas para reunir información sobre las provincias de La Pampa, Río Negro, Neuquén, Santa Cruz, Chubut, y sobre Tierra del Fuego.

Esas tareas, y los encargados de cumplirlas, eran las siguientes: "1) A través de la Embajada y de la dirección argentina del Partido Nacionalsocialista Alemán, obtención de datos militares, pozos de petróleo y minerales naturales. 2) Cámara de Comercio Alemana: información sobre la parte de dichas zonas en el comercio de importación y exportación de la Argentina. 3) Banco Germánico y Banco Alemán Transatlántico: determinación de los capitales extranjeros en la zona, e investigación sobre la actividad de las empresas de capitales inglés y francés. 4) Lahusen y Cía. Ltda.: informe sobre producción, puertos, ferrocarriles, aeródromos y red caminera, y sobre las condiciones climáticas.5) Antonio M. Delfino y Cia: informes sobre navegación, puertos, ferrocarriles, aeródromos y red caminera, y sobre las condiciones climáticas. 6) Unión Popular Alemana y Sociedad para la Protección de la Inmigración Germana: número y composición racial de la población, determinación de la fuente de población de habla alemana y de las zonas en que es relativamente densa; las futuras posibilidades de colonización, bajo la suposición teórica de que se anexe al Reich toda la zona"[7].

Pese a la espectacularidad de la denuncia, Dickmann no pudo conmover muchas conciencias, y el imputado de la redacción del documento fue sobreseído por un juez federal. El acusado era el ciudadano alemán Alfred Müller, y las razones de su sobreseimiento hay que buscarlas, entre otras, en la eficiencia de su abogado: el doctor Justo Bergadá Mujica, notorio fundador de dieciocho brigadas con la Liga Patriótica Argentina, grupo paramilitar hermanado con la Legión Cívica uriburista. En cualquier caso, el mayor mérito de la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas residió en la intención de indagar la penetración nazifascista en el país, más allá de los resultados que haya conseguido. Debe tenerse en cuenta que, ante el inminente comienzo de la guerra, las organizaciones alemanas en el extranjero habían recibido desde Berlín la orden de no entrometerse en los asuntos internos de los países ajenos.

Hitler ya había entendido que no iba a necesitar enemigos extras. Ahora tendría que pelear por aliados, prescindentes... o neutrales.

El de 1939 sería un año de transformaciones para la historia del mundo, y esas transformaciones iban a tener su epicentro en Europa. En España terminaba una guerra civil que había durado tres años, y gobernaba el país, "por la gracia de Dios", el general Francisco Franco. En Italia, la Cámara de los Fascios y de las Corporaciones suplantaba a la de Diputados, mientras el régimen de Mussolini se anexionaba formalmente Albania. Italianos y alemanes firmaban un "pacto de acero" al tiempo que se independizaba Eslovaquia, y Checoslovaquia desaparecía repartida entre sus vecinos.

Al amanecer del 1 de septiembre, sin que mediara una declaración de guerra, los ejércitos nazis comenzaron una brutal invasión a Polonia. Con la ayuda de una red de espías y una quinta columna bien organizada, las divisiones Panzer germanas penetraron con sus tanques hasta lo más profundo del territorio polaco. Tropas aerotransportadas seguían a los tanques, precediendo a la infantería motorizada y contando con el apoyo aéreo de la poderosa Luftwaffe. La operación militar se llamó "guerra relámpago" y el nombre no fue caprichoso: en dos días se aniquiló a la mayor parte de las fuerzas polacas, se interrumpieron sus comunicaciones, y se impidió cualquier intento de movilización defensiva. En tres semanas fue conquistada Polonia occidental, y veintiocho días después de la invasión Varsovia se rendía incondicionalmente.

Las botas del Tercer Reich, sucias de barro y de sangre, habían comenzado a pisotear Europa, y la prueba piloto realizada en Polonia habría de repetirse en Holanda, en Bélgica, en Francia. A partir de octubre, Alemania se había anexionado a Danzig y a los territorios cedidos a los polacos tras el armisticio de 1918: Prusia Occidental y la región del Warthe. Kattowitz y Olsa pasaban a formar parte de la provincia de Silesia, y las regiones de Sudauden y Zichenau eran anexadas a Prusia Oriental. Lo que quedaba del país habría de permanecer bajo la tutela de un Gobernador General, cuyas primeras medidas serían el cierre de las escuelas públicas y de las universidades, el exterminio de los intelectuales y las condenas masivas a trabajos forzados para toda la población.

Pero si desde el 1 de septiembre la guerra había comenzado en tierra firme, pocos días después se extendería también a los mares. Francia e Inglaterra habían declarado sus hostilidades a Alemania horas después de la invasión a Polonia, y el peso principal de las acciones en el mar recayó sobre la flota británica. La Armada inglesa no sólo tenía que proteger las comunicaciones de su marina mercante, sino también mantener el bloqueo y atacar a los submarinos germanos, los barcos de transporte y las demás unidades de superficie. La flota alemana actuó con rapidez y seguridad. El 18 de septiembre, en el canal de Brístol, un submarino hundió a un portaaviones británico. Antes de que pasara un mes, otro sumergible atacó en Scapa Flow al acorazado inglés Royal Oak, y lo echó a pique.

El Almirantazgo, más que a los submarinos, temía a los acorazados de bolsillo Deutschland y Admiral Graff Spee, y a los cruceros

acorazados Scharnhorst y Gneisenau, enviados a la caza de buques aliados. El Graff Spee en particular era un azote en el Atlántico Sur, y tres meses después de iniciadas las acciones sucumbiría tras el ataque de tres cruceros británicos.

El hecho, mucho más que una batalla, revistió una importancia considerable para la historia de los nazis en la Argentina: trajo la guerra al Río de la Plata.

Imponente, con sus 186 metros de eslora y sus 22 de manga, el acorazado de bolsillo Admiral Graff von Spee había sido botado el 6 de enero de 1936. Impulsado por ocho motores diesel que generaban una potencia de 64.000 HP, podía desplazarse a una velocidad de veintinueve nudos horarios, transportando a bordo un verdadero arsenal naval. Su dotación de fuego estaba compuesta por seis cañones de 280 milímetros, ocho de 150 y seis antiaéreos de 102, además de ocho tubos lanzatorpeados de 533 milímetros ubicados sobre la línea de flotación.

Motivo de orgullo para los marinos alemanes, el buque debía su nombre al conde imperial Maximilian Johannes María Hubertus von Spee, Caballero de la Cruz de Hierro de Primera y Segunda Clase, muerto durante la Primera Guerra Mundial en el combate de las islas Malvinas, ocurrido el 8 de diciembre de 1914.

El barco, bautizado en memoria de ese almirante que había sido derrotado por los ingleses, había zarpado del puerto de Wilhelmshaven el 21 de agosto de 1939, con la orden secreta de encontrarse en alta mar para cuando estallara la guerra. Contaba con el apoyo táctico del Altmark, una nave de aprovisionamiento a la que se acercaba de tanto en tanto para reabastecerse furtivamente, y su comandante era el capitán Hans Langsdorff, un hombre de 45 años responsable de la vida de 44 oficiales y 1.080 tripulantes, cuya edad promedio apenas alcanzaba a los veinte. Langsdorff tenía una manera de hacer la guerra propia de un corsario de fines del siglo XVI, y era un marino eficaz.

Entre el 30 de septiembre y el 7 de diciembre de 1939, en aguas del Atlántico Sur habían sucumbido bajo el fuego de sus cañones ocho mercantes ingleses: el Clement, el Newton Beach, el Ashlea, el Huntsman, el Africa Schell, el Doric Star, el Tairoa y el Streonschalt. Las capturas o los hundimientos, según el caso, habían producido pérdidas considerables a la economía británica. Por esas razones, suficientes para ver herida y mancillada su dignidad naval, los ingleses buscaban al Spee como el gato al ratón.

germanos: Uruguay era formalmente un país neutral, signatario de la Convención de La Haya, y en virtud de ese tratado ningún buque de guerra podía reparar en sus puertos las averías que no afectaran directamente a la navegabilidad. Los contendientes absolvieron posiciones: Langsdorff, sabiéndose encerrado, solicitó autorización para permanecer catorce días en el lugar, y solucionar allí sus desperfectos. Los británicos contraatacaron, exigiendo que no se le diera ningún plazo.

Aunque cumplía con las formalidades burocráticas, el marino alemán no perdía el tiempo. Mientras se sucedían las negociaciones en los andariveles del gobierno y de las embajadas, había comenzado a esbozar un plan. Advertido por su embajador de que "en la Argentina hay simpatías por Alemania y que el propio ministro de Marina, el almirante León Scasso, es partidario del Eje"[8], analizó la posibilidad de romper el bloqueo y enfilar el canal que conducía a Buenos Aires.

Más tarde, enterado de que nuevos buques ingleses habían llegado a la desembocadura del Plata, y dado que a su barco sólo le quedaban municiones para media hora de combate, desistió del proyecto y eligió comunicar tres puntos al Alto Mando Alemán mediante un cable cifrado. El mensaje decía: "1) El Renown y el Ark Royal, lo mismo que cruceros y destroyers, cerca de Montevideo. Cerrado bloqueo nocturno. Ninguna perspectiva de romperlo y salir mar afuera para conseguir llegar a la Patria. 2) Intento llegar al límite de las aguas neutrales. Si puedo luchar para abrirme camino a Buenos Aires con las municiones que me quedan todavía, lo intentaré. 3) Como la salida forzada podría resultar la destrucción del Spee sin la posibilidad de causar averías al enemigo, solicito instrucciones para saber si hundo el barco o me someto a la internación"[9].

El Gran Almirante Raeder, en Berlín, escuchó el informe de boca de sus peritos y, con la autorización del propio Hitler, decidió que se le diera amplia libertad de acción al comandante en aprietos.

Para Langsdorff, en Montevideo, las cosas seguían de mal en peor. El embajador británico estaba ganando la batalla diplomática, y había denunciado que once obreros alemanes de Buenos Aires, en una acción secreta, habían subido a bordo del Graff Spee con un motor y planchas de acero para contribuir a su reparación. Drake urgía a las autoridades uruguayas para que los tripulantes del buque fueran inmediatamente expulsados hacia alta mar, o internados en calidad de prisioneros.

A las seis de la tarde del sábado 17 de diciembre, acabando de una vez con los cabildeos, el acorazado alemán se hizo a la mar. Minutos después, pasando casi inadvertido por la tensión del momento, otro buque seguiría sus pasos: era el Tacoma, un mercante germano que también había estado anclado en Montevideo. Las dos naves, con lentitud, bordearon los muelles, dejaron la rada y se internaron en las aguas marrones del estuario. Una multitud silenciosa los despidió desde la escollera. En la proa del Spee flameaba la bandera con la cruz gamada.

Una vez alejado del puerto, y cuando parecía enfilar hacia donde aguardaban los ingleses, el corsario cambió violentamente de rumbo, puso proa hacia el oeste y comenzó a navegar hacia el pontón Recalada, que marca la entrada del canal que lleva a Buenos Aires. Pero tampoco fue muy lejos por esta nueva ruta: poco después aminoró su marcha y se detuvo en medio del río.

Lo que no podían saber los montevideanos que observaban la maniobra, era que el capitán Hans Langsdorff había realizado a lo largo de todo el día su última maniobra de inteligencia: al momento de zarpar, el Spee tenía sólo 43 tripulantes, el mínimo indispensable para hacerlo navegar, ya que los 1043 restantes —descontando los 37 muertos en combate y el herido que había quedado internado en Montevideo— habían sido transbordados subrepticiamente al Tacoma.

Una vez detenido el buque, y mientras se lanzaban por la borda los botes salvavidas para su reducida tripulación, el acorazado fue sembrado con explosivos de acción retardada que iban a funcionar a las 19.40 de esa misma tarde. A esa hora, desde las escolleras del puerto uruguayo, centenares de testigos vieron "una tremenda columna de humo que envuelve al navío y se eleva a más de trescientos metros; luego comienzan a elevarse luces de todos los destellos. Las llamaradas y las explosiones se suceden en cadena. Se ven dos cañones de once pulgadas lanzados al aire como si fueran escarbadientes"[10]. El Spee había sido volado, y navegaba ahora hacia la Historia. Su capitán seguiría el rumbo de su nave unas horas después.

Desde la costa argentina, presurosos y cumpliendo al pie de la letra el plan trazado por los embajadores alemanes, viajaban hacia el lugar de la explosión los remolcadores Coloso y Gigante, y la chata Chiriguana. La tripulación del acorazado que estaba en el Tacoma fue subida a bordo de esos barcos menos hostiles, que pronto enfilaron sus proas hacia el puerto argentino. Poco antes de llegar, desde otra

embarcación, les salió al encuentro el embajador von Thermann. Iba acompañado por miembros de la colonia germana que llevaban leche, frutas y otros alimentos para los tripulantes del Graff Spee.

La guerra, y un puñado de militares que la habían hecho, llegaban a Buenos Aires. Una vez desembarcados, los marineros fueron alojados en el Hotel de Inmigrantes, y los oficiales en el arsenal de Marina contiguo. A la mañana del día siguiente el gabinete nacional resolvería internar a toda la tripulación, y el lunes 20 de diciembre de 1939 el capitán Hans Langsdorff acabaría con su vida disparándose un tiro de su reglamentaria pistola Parabellum en la habitación que le había sido asignada. Al velatorio, realizado en dependencias del arsenal, iba a concurrir el ministro de Marina León Scasso, el mismo hombre a quien el embajador Langsmann había definido como partidario del Eje.

Lo que resta de la historia del Graff Spee es más conocido. Los oficiales y los tripulantes, por decreto número 50.826 firmado por el presidente Roberto Ortiz, fueron internados en la isla Martín García. Después, tras reiterados intentos de fuga individuales y colectivos, se los redistribuyó en asentamientos de Mendoza, San Juan y Córdoba, y cerca de las ciudades de Santa Fe y Rosario. Muchos de ellos aún siguen en el país, donde se han casado, tenido hijos y adaptado socialmente. Aunque cada año, cada 20 de diciembre, se reúnan en cierta cervecería del barrio de Belgrano, o en cierto hotel de Villa General Belgrano, en la provincia de Córdoba, para recordar los viejos tiempos al son de los compases de "Ich hatte einen Kameraden...".

Para los últimos meses de 1941, casi dos años después de la batalla del Río de la Plata, pocas cosas habían cambiado en la Argentina. El presidente de la Nación era Ramón S. Castillo. Sucedía a Ortiz, quien había reemplazado al general Agustín P. Justo y éste, a su vez, a José Félix Uriburu, muerto en París el 29 de abril de 1932.

Aunque el sentimiento mayoritario de los argentinos se expresaba en favor de los aliados, en el gobierno sucedían otras cosas. "El período de inconsistencia gubernativa de Buenos Aires a principios de 1941, combinado con la superioridad del Eje en Europa, brindó un trampolín para que se intensificara la actividad alemana en la Argentina. Inmediatamente después de su regreso de Berlín, a fines de febrero, el embajador von Thermann llevó adelante todas las fases del programa nazi en América del Sur. La embajada norteamericana

informó en detalle sobre los planes tendientes a desacreditar a los Estados Unidos, impedir el cumplimiento de la ley de Préstamo y Arriendo, y obstaculizar la llegada de recursos argentinos a Inglaterra. Los informes que identificaban a los dirigentes con la estructura de la organización nazi, describían 'un Estado dentro de otro Estado', pronto para tomar a su cargo las funciones del gobierno argentino"[11].

El presidente Castillo había bloqueado los fondos germanos y había concedido a los Estados Unidos el rango de "país no beligerante", otorgándole la franquicia de poder utilizar los puertos locales. Al mismo tiempo había insistido en su declaración de neutralidad, formulada el 4 de septiembre de 1939, a los tres días de la invasión nazi a Polonia.

Para el presidente argentino, el problema que se originaba tenía un inocultable contenido político. El favoritismo por los aliados subyacente en la población había nutrido y hecho crecer a la oposición liberal, y lo había impulsado a tomar medidas drásticas. El 16 de diciembre, presionado por el vuelo que iban tomando sus opositores, había decretado el estado de sitio, aparentando que con él se resguardaba la neutralidad. Lo real es que le era un instrumento útil para estabilizar su propia situación, y cerrarles la boca a los liberales. Al día siguiente de decretada la medida, la misma habría de ser invocada para impedir un acto popular en homenaje al presidente de los Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt.

El ataque japonés a Pearl Harbour, que decidiría el ingreso de los norteamericanos en la Guerra, había sucedido el sábado 7 de diciembre de 1941. Antes de que pasara un mes, las naciones americanas en conjunto se reunieron en la Conferencia Internacional de Río de Janeiro, y el encuentro sólo echó más leña al fuego de las relaciones continentales. La primera reacción de Castillo ante la agresión japonesa había sido inmediata y solidaria con los Estados Unidos, y todos esperaban que de la cita en Brasil pudiese salir un bloque homogéneo. Todos, en realidad, menos el propio Castillo.

El vocero de su posición era el Canciller argentino, el franquista Enrique Ruiz Guiñazú, y su misión era encolumnar a los gobiernos de Chile, Paraguay y Bolivia tras las banderas de la neutralidad. La situación que el ministro encontró en Río acabó con ese sueño: después del ataque imperial, todas las naciones americanas se habían alineado con los Estados Unidos. Ante la realidad, Ruiz Guiñazú se reveló

pragmático y también aprobó la ruptura de relaciones con los países del Eje. Una vez comunicada su decisión a Buenos Aires, Castillo montó en cólera, reconvino a su delegado y lo obligó a anular el compromiso contraído.

A los norteamericanos la actitud les cayó como un baldazo de agua helada. Summer Welles, el representante de Roosevelt, adoptó una posición tibia que evitaba la censura, pero el secretario de Estado Cordell Hull, un verdadero peso pesado, fue terminante: "En una lucha de vida o muerte", dijo, "los compromisos resultan absurdos". A buen entendedor, estaba diciendo: que la Argentina defina su posición; o se está dentro del grupo de las naciones americanas, o se está fuera de él. Fue el propio Roosevelt quien tuvo que suavizar las cosas, consiguiendo que el gobierno castillista no fuese considerado proscripto.

Durante 1942 Castillo se mantuvo vacilante. Entre otras cuestiones, soportaba las críticas por la situación de los marineros del Graff Spee, de los cuáles se había evadido más de un diez por ciento. A fines de julio de ese año, los 1.086 internados originales se habían reducido a 937: 120 se habían escapado, 3 habían muerto y 8 habían sido recapturados cuando se aprestaban a fugar en un buque de bandera española. En esas actividades habían participado funcionarios de la empresa naviera Mihanovich, y de la Siemens Schuckert. Otra arista del caso que no se podía explicar convincentemente, era que 18 de los extripulantes del acorazado hubiesen dejado sus lugares de internación y estuviesen empleados en la embajada alemana, gozando de inmunidad diplomática.

Castillo, como un péndulo, oscilaba sin decidirse entre dos posiciones antagónicas. Por un lado, se sentía presionado por una ciudadanía hostil, por la subversión y el desembozado espionaje germano, y por los buques mercantes argentinos hundidos en el Atlántico por los submarinos nazis. Por el otro lado tiraban de él los grupos nacionalistas católicos, los militantes antinorteamericanos, y su círculo de poder dentro del partido. También lo seducía el deterioro militar que se manifestaba en Europa, y las posibilidades que esa decadencia podría ofrecer a la Argentina.

Buenos Aires disputaba por un dudoso privilegio: el de ser —como Madrid, Lisboa o Ginebra— la capital del espionaje internacional. Las actividades de los agentes nazis eran casi públicas, sobre todo a través de la Federación de Círculos Alemanes de Beneficencia y Cultura, y se reiteraban pese a los esfuerzos de algunos miembros

del gabinete que mantenían posiciones claramente aliadófilas[12]. A mediados de 1942, para abundancia de dudas, un representante personal del presidente Castillo, apellidado Hellmouth, había realizado contactos formales con el agregado de negocios alemán, a quien había demandado asistencia militar.

A esta altura de los acontecimientos, la actitud de los norteamericanos era terminante: no toleraban la "neutralidad" en su propia retaguardia.

Los departamentos de Guerra y Marina de los Estados Unidos habían proyectado un convenio sobre armamentos con la Argentina, pero se lo subordinó a un cambio en la postura diplomática del castillismo, y el asunto no prosperó. También el Departamento del Tesoro propuso el congelamiento de los créditos argentinos en Washington, y la Comisión de Guerra Económica borró a Buenos Aires de su lista de exportaciones. Pero estas medidas tampoco sirvieron.

A la búsqueda de resultados rápidos, las presiones se volcaron sobre los británicos: ellos controlaban la Bolsa en ese enloquecido país del extremo sur. Si Inglaterra no había protestado antes por la neutralidad de Castillo, era porque la Argentina representaba sus intereses en el Lejano Oriente, y había intercedido ante el gobierno de Tokio para la mejor atención de sus prisioneros de guerra. Desde el puerto de Buenos Aires, por otra parte, se enviaban cargamentos de carnes y cereales hacia Londres, que Gran Bretaña recién tendría que pagar cuando finalizara la guerra.

"Pero, además, el Foreign Office no compartía enteramente las posiciones norteamericanas sobre la situación argentina. Washington sostenía que la Argentina servía como medio para la transferencia de fondos procedentes del Eje; las investigaciones británicas consideraban que los cargos eran infundados. Washington denunció que las redes locales de espías nazis planteaban una amenaza para los aliados; los agentes británicos las consideraban inofensivas y torpes. Washington insistía en que debían finalizar las relaciones diplomáticas del Eje con América del Sur; los funcionarios británicos no compartían esa actitud: sus servicios de inteligencia conocían los mensajes antes que Berlín. Washington estaba preocupado porque la Argentina realizaba negocios con las firmas de la Lista Negra, en tanto los ingleses se negaban a intervenir en el problema y consideraban que la lista negra americana era demasiado extensa..."[13]

Tuvo que llegar diciembre de 1942 para que el embajador británico en Buenos Aires, sir David Kelly, se dignara a protestar por la tolerancia a las actividades nazis. Pero si Castillo se sintió sofocado por esa operación de pinzas, pronto encontró el camino para descargar la presión: días después del reclamo, se anunciaba con bombos y platillos el "descubrimiento" de una red de espionaje que actuaba bajo la cobertura de la Federación de Círculos Alemanes de Beneficencia y Cultura. En el paroxismo de su actitud democrática, el gobierno argentino llegó a deportar al agregado naval germano, capitán Dietrich Niebuhr pero, para que nadie se llamara a engaño... ratificó la neutralidad formulada el 4 de septiembre de 1939[14].

Mientras tanto, "los agentes del Eje operaban desde bases argentinas bajo órdenes del alto comando alemán. Reunían datos vitales sobre embarcaciones y movimientos de tropas aliadas, armamentos y producción de guerra norteamericanos, y medidas defensivas latinoamericanas. Operaban estaciones de radio clandestinas y retransmitían sus hallazgos a Alemania. El espionaje había dado como resultado graves pérdidas de vidas y propiedades para los Estados Unidos y sus aliados"[15].

Pero sería injusto decir que Castillo sólo "descubría espías". También había encontrado una argumentación para sus actitudes, y sobre ella batía el parche con el empeñoso apoyo de los propagandistas del Eje: los Estados Unidos quieren dictar órdenes a la Argentina, decían, pero su presidente no cederá a las presiones. A este coro se sumaban también los representantes de los intereses británicos en Buenos Aires, para quienes un acuerdo con los norteamericanos sólo podría significar un mal negocio.

El embajador yanqui, Norman Armour, seguía trabajando y finalmente lograría que, en un comunicado oficial, el Foreign Office "deplorara" la posición argentina de neutralidad. El poderoso *Times*, de Londres, consideró el documento como algo "altamente desusado", y el presidente Castillo encontró una vez más la vía de escape: prohibió su difusión y lo ocultó a la opinión pública.

Lo que el Presidente ignoraba era que su gobierno estaba llegando al final. Deseoso de no malquistarse con el Tercer Reich, hasta había llegado a prohibir "El gran dictador", una película donde Charles Chaplin parodiaba a Hitler, y había conseguido que el embajador von Thermann, en un telegrama cursado a su Cancillería en Berlín, dijese: "Por lo menos en el seno del gobierno de Castillo, no se puede hablar en

absoluto de una actitud hostil hacia Alemania"[16]. Tan preocupado parecía el mandatario por quedar bien, que cometió un error irreparable: el 17 de noviembre de 1942, nombró ministro de Guerra al general Pedro Ramírez.

Quizá sin proponérselo, este oficial representaba a un Ejército que estaba en ebullición. Y en ese hervidero de posiciones, tendencias y hombres, un sector se destacaba más que los restantes: el Grupo de Oficiales Unidos, GOU. Secta de militares anticastillistas que repudiaban el sistema político basado en el fraude, lamentaban la pérdida de prestigio que significaba para el Ejército su identificación con el régimen, hablaban de la necesidad de resistir las presiones contra la neutralidad, y temían la toma del gobierno por un frente popular acaudillado por los comunistas, el GOU estaba compuesto por un puñado de coroneles con cargos administrativos y sin mando de tropas.

Las simpatías de Ramírez por esta logia pronto fueron advertidas por Castillo, quien a principios de junio de 1943 intentó separarlo del cargo. La reacción no se hizo esperar. Al día siguiente del intento, el 4 de junio, una columna integrada por diez mil hombres que obedecían al general Arturo Rawson, se rebeló contra el gobierno constitucional, avanzó sobre Buenos Aires desde Campo de Mayo y, tras vencer alguna resistencia, se hizo con el poder. Esa noche el general sublevado, un nacionalista pro-Eje, sería investido presidente de la Nación y nombraría a su gabinete. No sería más que una farsa: sólo iba a durar dos días en el cargo, al cabo de los cuáles la banda presidencial pasaría a lucir sobre el pecho del ex ministro Ramírez.

"Los jefes militares argentinos que sucedieron al presidente Castillo en sus funciones, se negaron deliberadamente a situar a su nación junto a las demás repúblicas americanas con el fin de proseguir la guerra. Se negaron incluso a actuar en forma convincente contra las actividades de espionaje y propaganda de los enviados del Eje dentro de sus propias fronteras"[17]. Esta afirmación, que sintetizaría la posición norteamericana respecto a los militares del GOU, tardaría algún tiempo en manifestarse. Las primeras opiniones, por el contrario, eran alentadoras y dejaban espacio para la esperanza. La argumentación que se hacía era lineal e ingenua: "Se ha desplazado a Castillo para defender la causa aliada". Esta hipótesis se apoyaba, entre otras razones, en la designación del nuevo Canciller, el almirante Segundo Storni, quien siempre se había manifestado proaliado y llegaría a anunciar al

embajador Armour que la Argentina rompería relaciones con el Eje el 15 de agosto de 1943.

Seis meses después de esa fecha, y aunque los Estados Unidos habían reconocido al gobierno revolucionario, la administración Roosevelt seguía esperando la anunciada ruptura[18].

Ni corto ni perezoso, Cordell Hull volvió a tomar la iniciativa. Vista la situación, insistió ante Inglaterra para que se tomaran medidas económicas contra Buenos Aires, y el sólo amague inquietó a Ramírez: el 27 de enero de 1944, presionado, decretó el rompimiento de relaciones con los países del Eje, argumentando que Alemania y Japón, con sus actividades de espionaje, habían violado la soberanía argentina. No tuvo en cuenta que los hombres del GOU también cargaban munición gruesa, y el descuido le costó el puesto: convencidos de que con esa medida el gobierno había cedido a las presiones extranjeras, y antes que declarara la guerra a Alemania, Ramírez fue desplazado el 14 de febrero y se nombró en su lugar al general Edelmiro Farrell.

La réplica de los Estados Unidos, que se mantenían a la expectativa, también fue fulminante. Cuando Hull comprendió que quienes habían llegado al poder eran militares ultranacionalistas y admiradores del Eje, envió naves de guerra que se estacionaron frente a Montevideo y demoró casi nueve meses, hasta el 4 de marzo de 1944, para anunciar oficialmente el no reconocimiento al nuevo gobierno de Buenos Aires. "Toda América del Sur va a tornarse fascista, a menos que desarraiguemos esto de la Argentina", diría el secretario del Tesoro, Henry Morgenthau.

Mientras, "en Washington, los expertos latinoamericanos debatían dos rumbos opuestos de acción. Uno sostenía que la ayuda económica argentina era esencial para ganar la guerra y que, cualquiera fuere la medida en que quedaban justificados en el terreno moral, el mero no reconocimiento y la represión verbal contribuían escasamente a alcanzar dicho fin. El otro, argumentaba que el régimen de Farrell era totalitario a fondo, básicamente hostil a la política norteamericana, y una amenaza para la seguridad norteamericana. Para los Estados Unidos, la opción residía entre un 'modus vivendi' que permitiera al gobierno argentino contribuir con sus recursos a la derrota del Eje, o sanciones económicas más rigurosas que precipitaran su caída y aceleraran su pronto reemplazo. El secretario Hull se inclinó por la segunda"[19].

Simultáneamente, en Buenos Aires comenzaban a insinuarse

algunos cambios. Conscientes del desarrollo que iba tomando la guerra y de la cercanía de la inexorable derrota nazifascista, el gobierno de Farrell había comenzado un acercamiento diplomático a los Estados Unidos, y para esto se habían mantenido algunas conversaciones con el embajador Armour. Enterado Washington de las tratativas, instó a los militares sudamericanos a que declararan la guerra al Eje sin más dilaciones, y como respuesta obtuvo el pedido de que primero cesaran las presiones yanquis. Estados Unidos insistió retirando a su embajador y logrando que Inglaterra, tan reacia a tomar medidas de acción directa contra los argentinos, hiciera regresar a Londres a sir David Kelly.

El 2 de agosto de 1944, Winston Churchill decía a la Cámara de los Comunes: "... Como inglés, me ha de ser perdonado en este momento pensar en otro país sudamericano con el cuál tenemos íntimos vínculos de amistad y mutuos intereses desde su nacimiento a la libertad e independencia. Me refiero a la Argentina. Todos sentimos profunda pena y también ansiedad, como amigos de la Argentina, que en esta época de prueba para naciones ella no haya considerado adecuado declararse sincera, inequívocamente y sin ninguna reserva ni limitación, del lado de la libertad, y haya elegido coquetear con el mal. Y no sólo con el mal, ¡sino con el bando perdedor! Confío que mis observaciones serán examinadas, porque ésta es una guerra muy seria. No es igual a las pequeñas guerras del pasado donde todo podía ser olvidado y perdonado. Las naciones deben ser juzgadas por el papel que desempeñan. No sólo los beligerantes sino los neutrales hallarán que su posición en el mundo no puede permanecer enteramente sin ser afectada por la parte que ellos decidieron desempeñar en la crisis de la guerra".

Cordell Hull fue más allá. Para él, Argentina era el cuartel general nazi del hemisferio occidental. Pocos días después de esta declaración, el secretario de Estado renunciaba con sus 73 años a cuestas, y a partir del 30 de noviembre de 1944 se hacía cargo de las relaciones con Buenos Aires el coordinador de Asuntos Interamericanos, Nelson Rockefeller.

Este hombre habría de cambiar la táctica empleada, y conseguiría en tres meses lo que sus antecesores no habían logrado en tres años. "Arrojando a un lado las etiquetas de fascismo, Rockefeller tomó nota de la creciente popularidad del vicepresidente Perón entre las masas argentinas, la ambición presidencial del astuto coronel y, lo más importante, su voluntad de llegar a un acuerdo con los Estados Unidos que salvara las apariencias. En consulta directa con el Presidente, el

actual secretario ayudante ofreció el reconocimiento diplomático, la ayuda militar y la condición de miembro de las Naciones Unidas para la Argentina, a cambio de una declaración de guerra contra el Eje y el saneamiento de los intereses comerciales alemanes. Después de muchos regateos y negociaciones secretas, Perón aceptó. El 27 de marzo de 1945, cinco semanas antes de la rendición final de los nazis, la Argentina declaraba la guerra"[20].

¿En qué habían consistido los regateos y las negociaciones secretas? Hubo que esperar veinticinco años, hasta septiembre de 1970, para que en el destemplado otoño madrileño el propio Juan Domingo Perón admitiera ante un periodista argentino: "Mucho antes de que terminara la guerra nosotros nos habíamos preparado para la posguerra. Alemania estaba derrotada, eso lo sabíamos. Y los vencedores se querían aprovechar del enorme esfuerzo tecnológico que había hecho ese país durante más de diez años. Aprovechar la maquinaria no se podía, porque estaba destruida. Lo único que podíamos usar eran los hombres. Les hicimos saber a los alemanes que les íbamos a declarar la guerra para salvar miles de vidas. Intercambiamos mensajes con ellos a través de Salazar y de Franco. España entendió de inmediato nuestra intención y nos ayudó. Los alemanes también estuvieron de acuerdo. Cuando terminó la guerra, esos alemanes útiles nos ayudaron a levantar nuevas fábricas y a mejorar las que ya teníamos. Y, de paso, se ayudaron a ellos mismos"[21].

El hombre que decía esto estaba llamado a jugar un papel protagónico en la historia argentina durante el medio siglo siguiente al fin de la guerra. Muerto el 1 de junio de 1974, su influencia aún seguiría vigente y su nombre irremediablemente ligado al de los jerarcas nazis que se refugiaron en el país. Formado militarmente en el ejército uriburista que derrocó a Yrigoyen, mentor del golpe fascistoide de 1943, hay dos años en la vida de Perón que alumbran con una luz particular sus actitudes.

"El 17 de febrero de 1939, a bordo del Conte Grando, un transatlántico italiano, partió para Europa. Los dos años que pasó alejado de su país le dejarían impresiones profundas y duraderas. El legajo de Perón indica que entre el 1 de julio de 1939 y el 31 de mayo de 1940, sirvió en varias unidades del ejército italiano y asistió a una escuela de alpinismo. Sus instructores mandaron magníficos informes sobre sus aptitudes. Desde junio de 1940 hasta su regreso en diciembre

del mismo año, sirvió de asistente del agregado militar a la embajada argentina en Roma. Aunque su legajo oficial no lo confirma, hay indicios de que viajó a Budapest, Berlín, Albania y la frontera ruso-alemana, ingresando brevemente a territorio de la Unión Soviética en tiempos en que el pacto entre Hitler y Stalin aún estaba vigente. Es posible que también haya visitado Francia luego de su rendición a Alemania. Estuvo en medio de la multitud que en la piazza Venecia de Roma escuchó a Benito Mussolini declarar a Italia aliada de Alemania en la guerra (...)

Lo que vio y oyó en Europa debió impresionar a Perón pero no hay ningún testimonio contemporáneo, directo o indirecto, que sirva para establecer lo que realmente sentía y pensaba entonces. La organización y la movilización del pueblo alemán y del pueblo italiano, bajo Hitler y Mussolini, lo fascinaron. El vislumbraba que el sistema alemán y —especialmente— el sistema italiano llevaban hacia una genuina 'democracia' social que sería, en su opinión, la onda del futuro en materia política. También tomó, por primera vez, conciencia de la importancia del movimiento sindicalista como resultado, según él, de unos cursos que tomó en Torino. Es posible que haya percibido con interés el rol que los sindicatos italianos jugaban en el estado fascista. La estadía de Perón en Europa probablemente dejó su influencia en, por lo menos, otros dos aspectos. La utilización por parte de Mussolini del espectáculo de masas como arma política seguramente lo impresionó. Sus contactos en Italia y, quizá en Alemania, lo expusieron al virulento anticomunismo que aportaba mucho del empuje intelectual y emocional a los movimientos fascista y nazi.

Perón no encontró nada moralmente repugnante en la Alemania nazi o la Italia fascista. Vistas bajo su prisma de formación militar, muchas características de ambos sistemas de gobierno eran admirables"[22].

Fuera de estos datos puntuales, es una discusión bizantina la que gira en torno a la relación de Perón con los nazis. Se pueden enumerar actitudes y palabras que la prueban y otras, muchas menos, que la descartan.

Pero si como decía André Malraux "un hombre es lo que hace, no lo que dice", conviene ver cuáles fueron los hechos sucedidos en la Argentina desde, aproximadamente, junio de 1946, cuando el ya general Juan Domingo Perón asumía la presidencia.

NOTAS

[1] Jackisch, Carlota: *El nazismo y los refugiados alemanes en la Argentina. 1933-1945*; Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1989.

[2] Wiesenthal, Simón: *op. cit.*

[3] Jackisch, Carlota: *op. cit.*

[4] *La Nación*, 27 de mayo de 1931.

[5] Por lo pronto, acabar con los permanentes conflictos internos que acechaban a la organización y que en 1932 habían provocado el alejamiento de uno de sus fundadores, de apellido Gerdnt.

[6] Prieto, César E.: "El partido nacionalista alemán en la Argentina", en *Todo es Historia*, número 148. También en Jackisch, Carlota: *op. cit.*

[7] Prieto, César E.: art. cit.

[8] Bayer, Osvaldo: "El fin del último corsario"; en *Todo es Historia*, número 6.

[9] Idem anterior.

[10] Idem anterior.

[11] Peterson, Harold F.: *La Argentina y los Estados Unidos. 1810-1960*; Hyspamérica, Buenos Aires, 1985, tomo II.

[12] Una extensa declaración del doctor Miguel J. Culacciatti, quien fuera ministro del Interior del presidente Castillo, fue publicada en el diario *La Razón* el 3 de julio de 1962. Entre otras cosas, dice el doctor Culacciatti: "No puedo terminar esta declaración sin recordar emocionado una carta que me envió en febrero de 1946 el ex embajador norteamericano Norman Armour, en uno de cuyos párrafos decía: 'Siempre recordaré con aprecio la cooperación y buena voluntad de que usted dio muestras en la época de mi actuación como embajador en la Argentina, cuando siendo ministro del Interior dejó bien claramente sentada su actitud de amigo firme de la causa aliada. No solamente eran aliadófilos sus sentimientos sino que, como miembro del gabinete, se forzó por hacer cesar la intriga, el espionaje y la propaganda nazi, cooperando así con nuestra embajada para el logro de ese propósito. Que usted no haya alcanzado el éxito deseado se debió, bien lo sé, a circunstancias ajenas a su voluntad'".

[13] Bendaña, Alejandro: "Churchill, Roosevelt y la neutralidad argentina", en *Todo es Historia*, número 113.

[14] Uno de los miembros de la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas, el diputado radical Silvano Santander (*Técnica de una traición*; Antygua, Buenos Aires, 1955), consigna una carta fechada en Buenos Aires el 27 de enero de 1943, que el capitán Niebuhr enviara al general Wilhelm von Faupel, embajador del Tercer Reich en Madrid. En una de sus partes, la misiva dice: "...sin querer hemos dado un buen camouflage a mi

partida de aquí para los autores de los memorándums norteamericanos, dados a publicidad por la camarilla diplomática reunida en Montevideo, y ávidamente recogidos por la prensa judía local...". En el párrafo siguiente, consigna: "Es una ingenuidad infantil la creencia de que mi vuelta a Alemania sea la consecuencia inmediata de este trabajo de diletantes, y exigida por el gobierno argentino. Esto no sólo robustece la posición de nuestro amigo el doctor Ruiz Guiñazú ante los embajadores de Gran Bretaña y los Estados Unidos, sino también protege a nuestro personal no descubierto de curiosidades y sospechas indeseables, puesto que el 'espía nazi más peligroso de América' ya no se encuentra aquí".

[15] Peterson, Harold F.: *op. cit.*

[16] Prieto, César E.: art. cit.

[17] Peterson, Harold F.: *op. cit.*

[18] "Romper relaciones con el Eje en la etapa actual de la guerra", argumentaba Storni, "sería un acto tan falto de caballerosidad como lo fue el ataque de Italia a Francia".

[19] Peterson, Harold F.: *op. cit.*

[20] Bendaña, Alejandro: art. cit.

[21] Martínez, Tomás Eloy: art. cit.

[22] Page, Joseph A.: *Perón. Primera parte: 1895-1952*; Javier Vergara, Buenos Aires, 1984.

III.- 1945-1950: POLITICA DE PUERTAS ABIERTAS

Con el tiempo, la jornada del martes 10 de julio de 1945 quizá no sea de aquellas que suelen omitirse en los manuales de historia.

En Mar del Plata y el resto de las costas bonaerenses había amanecido nublado y muy frío, y los pescadores habían madrugado para estar en el puerto antes de que saliera el sol. Hacía dos días que no trabajaban —el domingo por el descanso semanal y el lunes por el día de la Independencia— y pese a la bruma decenas de lanchas de casco amarillo se hicieron a la mar poco después de las cinco.

En la ciudad también se volvía a la rutina después del fin de semana largo. En la Base de Submarinos, resguardada entre las escolleras al norte del puerto, todo fue normal hasta las 7.30. A esa hora, el personal de vigilancia que estaba por acabar el turno advirtió unas señales luminosas que venían de mar adentro, a unos cinco kilómetros de la costa. El capitán de corbeta Ramón Sayús, a cargo de la guarnición, fue despertado y conducido hasta el puesto de observación. Cuando descifró el mensaje que las luces transmitían, el sueño se le fue de una vez y casi no creyó lo que estaba viendo: alguien, desde alta mar, estaba identificando a su nave como "german submarine".

La capitulación final de las fuerzas del Tercer Reich ante los ejércitos aliados, fue firmada por el almirante Wilheim Doenitz el 8 de mayo de 1945 en Reims, al noreste de Francia. Tal capitulación comprendía la rendición incondicional de los temidos "lobos grises", los submarinos alemanes que habían sembrado el terror en el Atlántico y en el Mar del Norte. No obstante, el mismo día de la firma habían

protagonizado otras dos acciones: el hundimiento de un carguero noruego y de un buque inglés, el Avondale Park, frente a las costas del noroeste europeo.

La actitud determinó que el Almirantazgo británico, a poco de conocerse los hechos, irradiara un mensaje a los submarinos nazis: se les ordenaba, de acuerdo con lo pactado, salir a superficie izando una bandera o crespón negro, informar su posición a la estación más cercana, y continuar hacia los puertos que se les indicara, navegando con los torpedos desarmados y los cañones en crujía. Al día siguiente de esa comunicación, el U-249 se habría de rendir a menos de cincuenta millas del cabo Lizard, y a partir de entonces más de sesenta submarinos se entregarían en puertos de Escocia, Noruega, Gibraltar e Irlanda; otros cinco en aguas norteamericanas, y uno en Canadá. El 20 de mayo, el U-963 emergió ante la costa portuguesa, y todo pareció indicar que el Atlántico estaba por fin libre de los "lobos grises".

Así lo habrá entendido el Almirantazgo, porque una semana más tarde comunicó a todos los países que "los buques que naveguen en el Atlántico podrán hacerlo con las luces encendidas". El 3 de junio, no obstante, otro U-boot se rendiría en Portugal, y el hecho daría pie a que los medios periodísticos especularan con que Hitler estaba huyendo en submarino hacia una base secreta. Para tranquilizar los ánimos, el 13 de junio, el Departamento de Marina de los Estados Unidos difundía un comunicado que rezaba: "Si bien se desconoce la suerte de cuatro o seis submarinos alemanes en el Atlántico, se cree que han sido hundidos. Por otra parte, se tiene la seguridad de que, en caso que hubiera alguno, no operan ya en el Atlántico y no es de creer que alguno tenga el suficiente radio de acción para llegar al Japón"[1].

Pero la realidad suele ser distinta a los análisis y, pese a las deducciones de la inteligencia aliada, el 10 de julio de 1945 —a más de un mes de terminada la guerra— un "german submarine" se encontraba frente a las costas de Mar del Plata.

Durante más de un cuarto de hora, aquella mañana, el capitán Sayús y el comandante alemán intercambiaron mensajes. El oficial nazi identificó a su nave como el U-530, se presentó como teniente de navío Otto Vermouth y dijo que sus intenciones eran rendir el submarino ante las autoridades argentinas. Una vez aclarados los términos de la inesperada visita, el oficial obtuvo autorización para avanzar navegando en superficie y atracar amurado al guardacostas

General Belgrano, junto a la escollera. Las maniobras de amarre fueron tensamente vigiladas desde tierra. Una vez concluidas Vermouth, en uniforme de gala y luciendo sus condecoraciones, formó a sus hombres en cubierta y recibió a las autoridades de la base.

El misterio había comenzado.

El interrogatorio a que fue sometida la tripulación, en su carácter de prisioneros de guerra, giró en torno a si Adolf Hitler o algún otro jerarca del Tercer Reich había viajado a bordo del submarino. Las negativas fueron terminantes, y los marinos informaron que el fin de la guerra los había sorprendido en alta mar. La explicación que daban era sencilla: el U-530 había zarpado de Kiel el 19 de febrero, con 54 tripulantes y destino a Noruega. Se había reaprovisionado en Christiansand y navegado hacia su zona de operaciones en el Atlántico Norte, donde había recibido la noticia de la capitulación. Era el primer viaje de Vermouth como comandante; a los 25 años dirigía una tripulación cuya edad promedio era de 23, y juntos habían decidido viajar hacia playas argentinas. Si bien era cierto que ese país les había declarado la guerra, ellos consideraban que sólo era un acto provocado por circunstancias diplomáticas, y que evitarían allí el duro cautiverio que les reservaban los vencedores.

Paralelamente a los interrogatorios, el submarino era revisado y sometido a pericias técnicas en busca de pistas que contradijeran los testimonios de sus tripulantes. El miércoles 11, al día siguiente de la rendición, un diario de Buenos Aires daba cuenta de que "se encontraría cerca un submarino gemelo del U-530", pero no consignaba la fuente[2].

La situación de los detenidos era complicada. Las pruebas que hubiesen podido ofrecer para que les creyeran —el libro de bitácora y las cartas de navegación— las "habían arrojado al mar". Para el gobierno argentino, con todo, la situación no ofrecía dudas, y ese día se conoció un comunicado del ministerio de Marina, redactado la noche antes, que contenía cuatro puntos. El primero indicaba que el sumergible germano no había hundido ningún buque en los días previos, y el último consignaba la nómina de los tripulantes. El segundo y el tercer punto decían textualmente: "Segundo: que a bordo de la citada nave no llegó ningún político ni militar alemán. Tercero: que antes de entregarse a las autoridades, no llegó a la costa argentina ninguna persona procedente de la embarcación".

En síntesis: lo que nadie sabía, y todos trataban de averiguar,

estaba perfectamente claro para las autoridades argentinas, apenas doce horas después de que el submarino amarrara en la base de Mar del Plata.

Semejante seguridad no podía menos que alentar las dudas: a partir de ese momento, y casi hasta fin de mes, los acontecimientos iban a sucederse muy rápido.

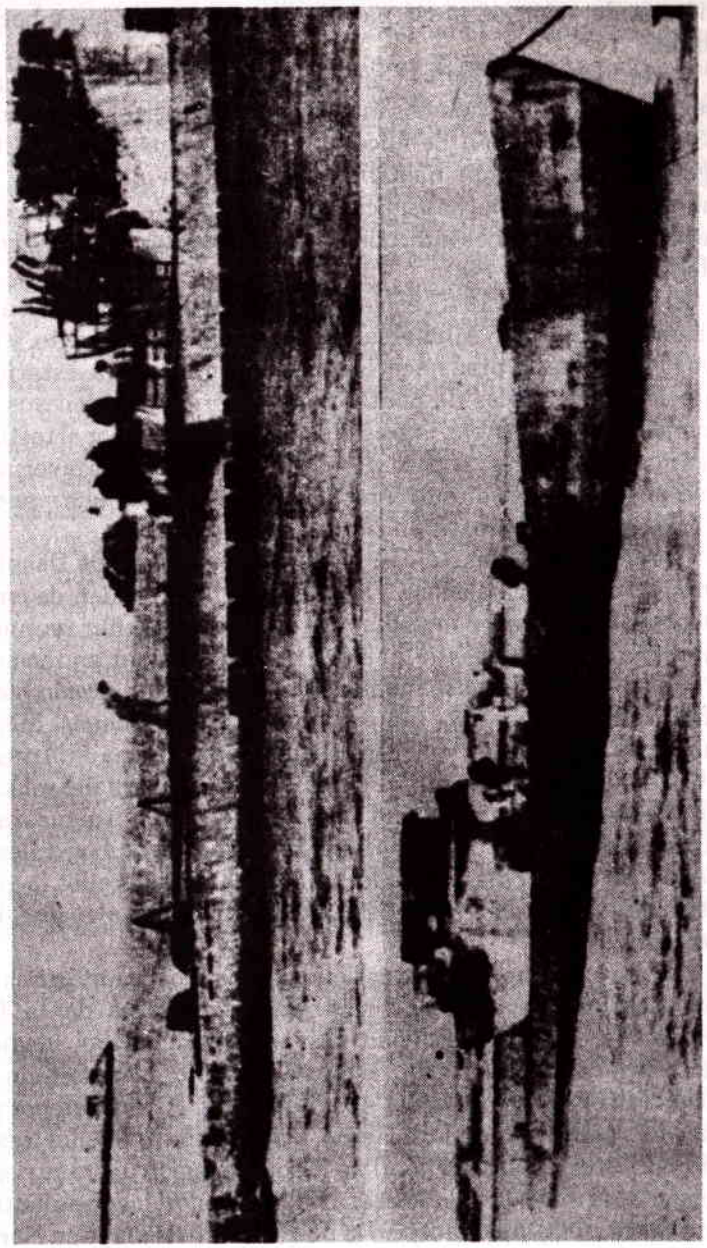
El jueves 12 llegaron hasta el balneario los agregados navales británico y norteamericano, invitados por el gobierno para examinar la nave rendida. El viernes 13 y el sábado 14, informaciones periodísticas consignaban que buques de guerra brasileros estaban persiguiendo a un "submarino fantasma" en aguas jurisdiccionales de su país.

Desde la mañana del 17, y por casi una semana, decenas de testigos en San Clemente del Tuyú y sus aledaños —prácticamente, la desembocadura del Río de la Plata— avistaban dos sumergibles en navegación, dirigiéndose al sur, cuya bandera no pudieron identificar. Tales avistajes se continuaron en los días siguientes y la situación, que iba más allá de una supuesta psicosis colectiva, determinó que se movilizaran tropas, aviones y lanchas para impedir cualquier intento de desembarco en la zona. Las informaciones seguían siendo imprecisas, a veces contradictorias, y en medio del alerta general se detuvo a dos mujeres jóvenes, de nacionalidad alemana, una de las cuales fue identificada como Maximiliana Oschatz. Al día siguiente de la detención, ocurrida el 19 de julio, la captura de la mujer fue rotundamente negada por la policía provincial.

Todavía una semana después, el viernes 27, se produjo otro avistaje en Punta Negra, al sur de Necochea, también sin que el submarino pudiese ser identificado.

Pero los rumores y las versiones sobre "naves gemelas" y "otros submarinos dando vueltas por la zona", iban a tener una confirmación palmaria treinta y ocho días después de la rendición del U-530. A las nueve de la mañana del 17 de agosto de 1945, otro "german submarine" habría de acercarse a la base de Mar del Plata para manifestar mediante un juego de luces su intención de entregarse a la Marina argentina.

El nuevo sumergible, identificado como U-977, estaba al mando del capitán de navío Heinz Schaeffer, a quien se le permitió comandar la nave en las maniobras de amarre. Había sido escoltado hasta la Base Naval por el rastreador Py y el submarino Salta, desde donde se



envió una dotación de presa para hacerse cargo de la embarcación rendida.

Ya en tierra, Schaeffer y su tripulación de 48 hombres habrían de ser sometidos a los mismos interrogatorios que sus camaradas del U-530, y se obtendrían de ellos idénticas respuestas: ni Hitler ni ningún político alemán habían viajado en esa nave. Esta vez sí estaban las cartas de navegación y el diario de bitácora, que de acuerdo con los peritajes indicaban los movimientos del barco antes de su llegada a Mar del Plata.

El 26 de abril de 1945, el U-977 había zarpado de puerto alemán con rumbo a Noruega. Allí había comenzado el alistamiento, y el 2 de mayo habían puesto proa hacia la misión encomendada: estacionarse frente al puerto inglés de Southampton, permanecer en sus inmediaciones y, de ser posible, ingresar a la rada. A estar por el testimonio del capitán Schaeffer, a poco de partir sufrieron una avería en el periscopio, pero se decidió no regresar ante la certeza de que mandarían a la tripulación a combatir en tierra.

Pocos días después, "el U-977 recibió el mensaje de Doenitz con el anuncio de la capitulación, y posteriormente la orden de emerger dada por los aliados. De inmediato, el capitán Schaeffer reunió a sus hombres para informarles de la situación internacional, anunciándoles que si bien a partir de ese momento no efectuarían acción ofensiva alguna contra el enemigo, tampoco acataría sus órdenes. Más aún: había meditado un plan que consistía en viajar hacia la Argentina, país con el que Alemania siempre había mantenido cordiales relaciones, siendo un buen ejemplo de ello el trato que se les dispensara a los tripulantes del Graff Spee; por otra parte, uno de los suboficiales tenía parientes en dicho país, y les podría informar con detalles lo que era la Argentina. Dada la trascendencia del asunto, era algo que debían decidir entre todos"[3].

Son curiosas las "conductas democráticas" del capitán Schaeffer y del teniente Vermouth, disciplinados oficiales de la férrea Kriegmarine, quienes resolvían casi en asamblea las medidas a tomar. En el caso del U-977, según el marino, el resultado de la votación fue el siguiente: de los 48 tripulantes, 30 votaron por viajar hacia la Argentina; dos lo hicieron por España y 16, los casados, quisieron volver junto a sus familias. Y aquí se registra otra curiosidad: arriesgando la nave, la vida y la seguridad de todos, los tripulantes con esposa fueron desembarcados en la noche del 10 de mayo en Noruega,

cerca de Bergen, luego de acordar que en caso de ser descubiertos declararían pertenecer a un submarino hundido. El señuelo se lo tragó la agencia noticiosa americana Associated Press, que en un despacho fechado en Londres tres meses antes de la rendición, informaba que "16 alemanes llegaron a la costa de Bremanger, Noruega, y de allí se trasladaron hacia Bergen, donde aseguraron que pertenecían a la tripulación del submarino U-977 que se había hundido".

Tras desembarcar a esos tripulantes, el sumergible inició su viaje hacia la Argentina. Dejada atrás la zona de Gibraltar, peligrosa por el tránsito de la flota aliada, se retomó el ritmo normal de navegación y el mantenimiento de la nave. Cuando el submarino llegó a Mar del Plata, estaba en tales condiciones de cuidado y limpieza que parecía un transporte de lujo. La última resolución colectiva de un problema debió enfrentarla Schaeffer poco antes de la llegada al puerto argentino: la mayoría de sus hombres quería destruir la nave y desembarcar secretamente en las desoladas playas bonaerenses. El joven comandante, de 25 años, los convenció de lo peligroso que esto podría llegar a ser. En caso de que fueran descubiertos, les dijo, todos supondrían que con ellos también habían desembarcado encumbrados personajes del Tercer Reich.

Lo que no queda explicado en los testimonios de Schaeffer ni en los de sus tripulantes, es por qué habían corrido en Noruega un riesgo que no quisieron correr en la Argentina, cuyas costas no estaban patrulladas y la vigilancia era inexistente. La argumentación[4], no obstante, admite una lectura que puede echar luz sobre una duda que subsiste: si los submarinos trajeron jerarcas nazis y/o bienes, ¿por qué no haber hundido las naves tras el desembarco secreto? Hay dos respuestas posibles: a) los tripulantes creían garantizada su situación personal, aun en el caso de caer prisioneros; b) si los descubrían hundiendo la nave, ya nadie albergaría dudas sobre el motivo de la misión.

Sea cual fuere la respuesta correcta, no deberían pasarse por alto una serie de detalles: que el gobierno argentino creyese inmediatamente en la versión de los submarinistas; que el destino de los submarinos —y de sus tripulaciones— se resolviera en asambleas populares en alta mar; que se arriesgara, en el caso del U-977, un desembarco de hombres en medio de la flota aliada y se desistiera de hacerlo en las desoladas playas patagónicas; que un oficial se ofreciera a explicar "con detalles" lo que era la Argentina, como si se tratara de un

contingente en vacaciones y no de una tripulación que iba a rendirse en condición de prisioneros de guerra.

Y existen, además, testimonios recogidos antes y después de que sucedieran los hechos, sobre hallazgos en distintas playas de botes vacíos, tanques grabados con la cruz svástica y otros objetos que la marea iba arrojando hacia la costa. Algunos de esos hallazgos se produjeron en la zona de San Clemente del Tuyú, en arenas de la estancia Lahusen, y otros en las costas al norte de Necochea[5]. Lo cierto es que, pese a los anuncios oficiales y al resultado de las investigaciones, pocos creyeron en lo que se decía. La prensa mundial insistió en que jerarcas nazis y parte del mítico tesoro del Tercer Reich habían llegado a la Argentina a bordo de los submarinos, y se mencionó que entre los viajeros podrían haber estado el reichleiter Martin Bormann y el exjefe de la Gestapo, Heinrich Müller. Los submarinos fueron entregados a los aliados y remolcados hacia los Estados Unidos y allí, en enero de 1946, hundidos en el Atlántico Norte.

Lo que habría de seguir flotando, con todo, sería el misterio que se tejió a su alrededor.

Pero los dos sumergibles que tanta tinta hicieron correr y a tantos desvelaron fueron, en todo caso, sólo un transporte para privilegiados, haya sido o no Martin Bormann uno de sus pasajeros. Entre 1945 y 1950, centenares de otros nazis, muchos de ellos criminales de guerra requeridos por el tribunal de Nüremberg, ingresaron a la Argentina por la entrada de servicio que en esos años era el puerto de Buenos Aires.

En los primeros meses de 1947, bajo la identidad de Pedro Ricardo Olmo Andrés —filiación que verdaderamente correspondía a un sacerdote de la orden de los Carmelitas— llegó a la Argentina Walter Kutschmann. Exoficial de las SS, se le imputaba el fusilamiento en la población polaca de Lwow, el 2 de julio de 1941, de veinte profesores judíos y dieciocho mujeres y niños que integraban sus familias. También se le atribuía el asesinato en masa de 1.500 habitantes de Brzezany, y de varios centenares más en Drobobyca. En los últimos meses de la guerra había sido trasladado a París, y tras la rendición alcanzó a huir hacia España; allí consiguió los documentos del sacerdote, que luego serían probatorios en el momento de su detención[6].

En septiembre de 1947, a bordo del buque de bandera italiana

Andrea C, llegó a Buenos Aires el depuesto jefe del Estado Independiente de Croacia, Ante Pavelic. Con hábitos sacerdotales, utilizó para ingresar a la Argentina el nombre de Aranjos Pal que figuraba en un pasaporte expedido por la Cruz Roja Internacional con el número 74.369. Pavelic fugaba de Croacia, donde desde abril de 1941 hasta mayo de 1945, se lo había responsabilizado por la muerte de ochocientas mil personas en los campos de concentración de Lobor, Jablanac, Mlaka, Brescica, Ustica, Stara Gradiska, Jastrebarsko, Gornja Rijeka, Koprivnika, Pag y Senj. El 21 de abril de 1945, sabiéndose derrotado y con la fuga ya preparada, ordenó personalmente la ejecución de 760 mujeres en el campo de Jasenovac, un centro de detención creado a imagen y semejanza del de Dachau. Investigaciones posteriores permitieron saber que los servicios de informaciones norteamericanos desaconsejaron su captura por los aceitados contactos que el fascista croata había hilvanado con las jerarquías vaticanas[7].

El 2 de octubre de 1948, procedente de Génova como pasajero de segunda clase en el vapor Italia, ingresó al puerto de Buenos Aires el capitán SS Eduard Roschmann. Lo hizo con documentos que lo identificaban como Friederich Wegner, y que las autoridades de Migraciones castellanizaron en "Federico Wegener". Los delitos por los cuales se le reclamaba en Europa habían sido cometidos entre 1941 y 1944 en la región de Riga, Letonia, y le habían valido el mote de "El carnicero". Cuarenta mil judíos habían sido ejecutados en la zona durante esos años. Muchos de ellos habían sido fusilados personalmente por Roschmann, quien ejercía los cargos de jefe de asalto de las SS y responsable de la sección "Judíos" de la policía de seguridad que operaba en el ghetto de Riga[8].

El 19 de marzo de 1949[9], utilizando su propio nombre pero nacionalidad italiana, arribó a la Argentina Joseph Schwammberger y se radicó en San Isidro, al norte de la capital. Los tribunales aliados habían pedido su detención tras acusarlo por la muerte de 15 mil judíos internados en los campos de concentración de Mieles y Przemsyl, en Polonia, y por la deportación de otros millares al infierno de Auschwitz.

Dos meses más tarde, el 20 de junio de 1949, Helmut Gregor —un italiano nacido en Trento, según lo atestiguaba el pasaporte número 100.501 de la Cruz Roja Internacional que exhibía— también llegó a Buenos Aires. Establecido como Schwammberger al norte de la capital, alternativamente en las localidades de Florida, Vicente

López y Olivos, su falsa identidad escondía al más sádico de los criminales fugados de Europa tras el derrumbe del nazismo: el doctor Joseph Mengele, más conocido como "El Angel de la Muerte". Las acusaciones que pesaban sobre él ya son un lugar común del horror: había ejecutado a cuatrocientos mil judíos y había efectuado experiencias médicas atroces con seres humanos vivos en el campo de concentración de Auschwitz, Polonia. Doctor en Medicina graduado en Frankfurt, y en Filosofía graduado en Münich, al comenzar la guerra había sido enviado al campo de exterminio de Büchenwald. Vistiendo el uniforme negro de las SS, recibía personalmente, sonriendo, a los prisioneros que habían sido deportados. Durante horas, con un ademán, iba seleccionando a los detenidos y haciéndoles agrupar en dos filas: una formada por hombres, mujeres y niños que irían directamente a las cámaras de gas; la otra, por los menos afortunados que había elegido para realizar sus experimentos. Utilizaba métodos variados que sólo se inspiraban en la crueldad: mataba a balazos o inyectando sustancias tóxicas; arrojaba niños a las llamas en presencia de sus madres; extenuaba a mujeres jóvenes perfectamente sanas, extrayéndoles grandes cantidades de sangre. Los prisioneros cojos o deformes, contrahechos o con problemas de crecimiento, eran sistemáticamente exterminados, incinerados sus restos, y enviados sus esqueletos al Museo de Antropología de Berlín, como prueba concluyente de la degeneración de las razas no arias. Su obsesión era encontrar el secreto que permitiera a todos los alemanes tener gemelos para reproducir la especie perfecta[10]. El 25 de febrero de 1954 obtuvo, a nombre de Helmut Gregor, la cédula de identidad número 3.940.484, expedida por la Policía Federal Argentina. Anteriores a este trámite son sus contactos con el entonces presidente Juan Domingo Perón, narrados por el periodista Tomás Eloy Martínez[11].

Otro de los criminales de guerra ingresados al país en aquellos años, fue el teniente general de las SS Ludolf von Alvensleben. Llegó a la Argentina en 1949, obtuvo su carta de ciudadanía —con el número 508.839— el 15 de diciembre de 1952, y se radicó en Santa Rosa de Calamuchita, en la provincia de Córdoba, donde se hacía llamar Carlos Luecke. Estaba acusado por la muerte de más de cinco mil judíos en los campos de concentración polacos de Resvin y Karolewo, lo que no le impidió obtener empleos públicos ni incursionar en política: fue jefe del Departamento Caza, Pesca y Náutica del embalse de Río Tercero, y concejal municipal. El 2 de abril de 1970 murió de un

cáncer en la garganta, cómodamente instalado en una cama y rodeado de solícitos cuidados.

Además de estos criminales de guerra, la lista puede engrosarse hasta límites insospechados con nombres como Franz Rademacher (ingresado al país en septiembre de 1952, huyendo del tribunal de Nüremberg que lo había condenado a tres años y cinco meses de prisión por su trabajo en el Departamento Deutschland III del Ministerio de Relaciones Exteriores, bajo la tutela de Martin Bormann), Walter Rauff[12], Richard Glueks (jefe del servicio de Administración Económica de las SS; estaba encargado de la recuperación de las joyas de los judíos enviados a las cámaras de gas, y era Inspector General de campos de concentración; supuestamente "suicidado" en Flensburg, Austria, el 10 de mayo de 1945), Joseph Ricord (colaboracionista de la Gestapo en Marsella, Francia, y posteriormente jefe indiscutido del narcotráfico en América latina)[13], Wilhelm Sassen[14], Milo Bogetic[15], o Constantino von Groman[16].

Pero esta nómina, paradójicamente confeccionada sin olvidar que "en ningún caso se dará cabida en territorio argentino a los acusados de crímenes de guerra", no se agota en los nombres mencionados. También llegaron técnicos, presumiblemente útiles para el desarrollo de ciertas industrias que pretendía el peronismo.

El 21 de julio de 1949, el diputado radical Silvano Santander presentaba ante la Cámara un pedido de informes que, entre otros puntos, requería saber "si desempeñan alguna función dentro de las instituciones armadas: el ex coronel aviador alemán Hans Ulrich Rudel; Otto Skorzeny, general de las Guardias de Asalto de Alemania, que rescatara a Mussolini de su prisión; ingeniero Willy Kurt Tank, especialista en aviación, y general Adolf Galland".

El pedido, que demandaba además información sobre otras personas[17], quedó sin respuesta pero fue rescatado por algunos periódicos. En ellos, como en el libro ya citado de Santander, las referencias se hacían más amplias: "Además de estos importantes personajes", decía el diputado radical, "entre otros, en la fábrica militar de aviones y en el Instituto Aerotécnico de Córdoba, algunos con nombres supuestos y otros con el propio, figuran los siguientes militantes nazis: Arturo Caviragi, Alvaro Onessi, Enrique Bilisco, Luis Cuarti, Marcos Pallavecino, Rolando Kalpas, Ricardo V. Dyrgalla, Frank D. Tierre, Rodolfo Freyer, Juan Puffer, Jorge Neumann,

Teodoro Quast, Hermann Brunemann, Rodolfo Voiftsberger, Juan Pedro Matties, Abele Manlio, Sicala Pacico, Sergio Panuncio, Carlos Keller, Augusto Fiebrecht, Paul Klajes, Eric Werner, Wilheim Bansemir, Reimar Horten, Kurt Rothe, Otto Ernest Pabst, Jans Schubert, Herbert Wolff, Ludwing Mittelhuber, Otto Beherens, Friedrich Heintzlmann, Ernest Schotter, Erwin Euth y Gustavo Fluger".

Lo que llevaba al ex miembro de la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas a interesarse por los institutos aeronáuticos emplazados en Córdoba, podía inferirse de la propia historia de esas instituciones. La Fábrica Militar de Aviones había sido fundada el 10 de octubre de 1927, y en 1943 transformada en Instituto Aerotécnico. Durante esos dieciséis años, había producido aviones nacionales de inspiración propia y otros bajo licencia extranjera. Entre estos últimos, en 1938 se había construido en sus instalaciones el primer Focke Wulff 44-J "Stieglitz", un biplano de estructura mixta para entrenamiento y acrobacia, propulsado por un motor Siemens Bramo radial. Este avión había sido construido bajo la licencia de la Focke Wulff de Alemania, cuyo diseñador jefe era el ingeniero Willy Kurt Tank.

Tank —muerto en Münich, Alemania, el 5 de junio de 1983 a los 85 años— había llegado a la Argentina a fines de 1947[18]. El 7 de diciembre se había presentado ante la División Investigaciones de la policía cordobesa con documentos a nombre de Pedro Jorge Matties[19], "hijo de Guillermo y de Ana Schertzinger, nacido en Rosario, provincia de Santa Fe". Con el pretexto de que le visaran el registro de conductor, "Matties" solicitó que se le abriera un prontuario, y ofreció un pasaporte expedido en Dinamarca el 13 de octubre de 1941. Ningún funcionario encontró algo sospechoso en ese rosarino con pasaporte dinamarqués; se tomaron sus declaraciones como ciertas y se le realizó el trámite. En una fecha posterior no debidamente precisada, el "señor Matties" volvió a presentarse ante la misma repartición para solicitar un cambio de nombre. El pasaporte que exhibió en esa oportunidad consignaba: "Reino de Alemania. Pasaporte número 68.210. El presente pasaporte fue otorgado a nombre de Kurt Tank, nacido el 24 de febrero de 1898 en Schewedenhöl, domiciliado en Bremen (Alemania), de profesión ingeniero, estatura mediana, cara ovalada, ojos azul-gris, cabellos rubios oscuros". El documento había sido librado en Bremen el 21 de mayo de 1937, y visado por los

consulados de Polonia, Francia, Rumania, Egipto e Italia, en calidad de turista.

La policía cordobesa, sin engorrosas dubitaciones, tomó el prontuario anterior, tachó el nombre de "Matties" y lo reemplazó por "Tank", e hizo las siguientes correcciones: donde decía "Argentina", escribió "Alemania"; donde decía "Santa Fe" consignó "Bremen", y donde decía "Rosario" anotó "Schewedenhöl"[20]. Así, mágicamente, Kurt Tank recuperó su identidad.

Ya con su verdadero nombre, el 8 de febrero de 1951, durante una ceremonia realizada en el Aeroparque de la ciudad de Buenos Aires, Tank reverdeció sus laureles al efectuarse la presentación en sociedad del Pulqui II, un moderno y avanzado avión a chorro, fruto de su concepción. Junto al general Perón, con quien se hizo fotografiar abrazado, le testimoniaron su gratitud ministros y funcionarios militares que admiraban en ese hombre entonces calvo y retacón, a quien había sido alumno de Albert Einstein en la Universidad de Berlín, a quien había creado el primer avión para vuelos comerciales de larg· distancia que en 1938 había unido sin escalas la capital del Tercer Reich con Nueva York, y a quien había logrado sacar de Europa, evitando que cayera en manos soviéticas, el diseño del último avión Messerschmidt.

Otro de los hombres sobre el que el diputado Santander buscaba informarse, era el coronel Hans Ulrich Rudel, considerado el más grande héroe de la Luftwaffe, la fuerza aérea alemana, durante la guerra. Había conseguido ese mérito al haber llevado a cabo dos mil quinientas misiones sobre territorio enemigo y al haber destruido, él sólo, 519 tanques soviéticos.

Además de un soldado brillante, Rudel era un nazi confeso y convencido. Había llegado a la capital argentina en 1948, contratado por Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado (IAME). En su contrato figuraba con el nombre de Emilio Mayer, y se le asignaba como domicilio un chalet de Villa Carlos Paz, en Córdoba. El 9 de noviembre de 1948 —repitiendo los pasos de Kurt Tank— había ido a la policía para pedir un registro de conductor. Allí se había identificado con un pasaporte otorgado en Roma por la Cruz Roja Internacional, documento que no fue encontrado en 1955 cuando miembros de una comisión investigadora le allanaron la casa.

El 25 de junio de 1951, Rudel regresó a dependencias de la policía

TRADUCCION DE PASAPORTE EXCLUSIVAMENTE PARA LA POLICIA DE LA PROVINCIA DE CORDOBA(REPUBLICA ARGENTINA). Reino de Alemania. Pasaporte Nº 68210. El presente pasaporte fué otorgado a nombre de KURT TANK, nacido el día 24 de Febrero de 1898, en Schwedenhöhe, domiciliado en Bremen(Alemania) de profesión Ingeniero, estatura mediana, cara ovalada, ojos azul gris, cabellos rubio obscuros.-El presente pasaporte fué expedido en Bremen, el día 21 de Mayo de 1937. El presente pasaporte ha sido visado por los Consulados de Polonia, Francia, Rumania, Egipto, Italia, de paso cómo Turista.- Es traducción fiel del documento original que en idioma Alemán he tenido a la vista y que he vertido al castellano y al que me remito doy fé.- Córdoba, Junio 14 de 1941.

Es Kurt Tank

FILIACION DE:

Nombre: Pedro Jorge Martínez

Hijo de: Guillermo
y de: María Schertlin

Nacido: Argentina
Provincia: Santa Fe
Pueblo: Rosario

Nació el: 24 febrero
de 19: 1898
Estado Civil: Casado
Profesión: Ingeniero
Lee y escribe: Sí
Vive al país: 14 A
Estatura 1 met. 73 cms.
Cuerpo: Regular

Color del cuto: blanco
del cabello: negro canoso
de la barba: negra
Frente: ancha mediana
Cejas: espesas
Párpados: normales
Ojos: Color: azul
Nariz: dorso: recta mediana
base: horizontal
Boca: chica
Labios: finos
Dientes: sanos, bóveda alta
Indice dactiloscópico: 1 a 4 d 4 - 1 a 4 d 4

Fichas C.S. 224792

Indicativo: C
Aspecto social en la vida ordinaria: decente

SEÑAS PARTICULARES

Para el indicador: Cicatrices región ganglional derecha, y el frontal derech.
Otras:

División de Investigaciones
Sección Identificaciones
Jefatura Dactiloscópica Argentina
CORDOBA

Mano Derecha: Pulgar, Índice, Medio, Anular, Meñique
Mano Izquierda

cordobesa para tramitar cédula de identidad, pasaporte y certificado de viaje, pero esta vez con su verdadero nombre. Exhibió una cédula otorgada por la Policía Federal el 28 de enero de 1950, que a su vez había obtenido presentando la traducción del certificado personal número 032058 expedido el 16 de septiembre de 1946 por las autoridades de Dusseldorf, Alemania. Como había sucedido en el caso del ingeniero Tank, con la mayor naturalidad, el empleado de turno agregó la solicitud al prontuario de "Emilio Mayer", tachándole en las hojas anteriores ese nombre y agregando "es" en el resto de los folios. De esa manera podía leerse: "Emilio Mayer es Juan Ulrico Rudel".

Las hazañas de este piloto, narradas en libros que él mismo escribió[21], pronto empezaron a trasladarse también a otros ámbitos. Rudel había sufrido la amputación de su pierna derecha durante la guerra, a consecuencia de un accidente, y llevaba una prótesis que no le impedía ser un esquiador eximio: en el anuario 1951 del Club Andino Bariloche, figura como socio y participante en competencias de esquí realizadas el año anterior. Allí consta que el 18 de agosto de 1950 intervino en una carrera de slalom, clasificando en el decimoséptimo lugar. En 1952 también había de realizar otra actividad infrecuente en un discapacitado: con apoyo oficial, lograría escalar los casi tres mil metros del volcán Llulay Yacú, en la provincia de Salta, donde encontraría restos arqueológicos pertenecientes a la civilización incaica.

Sus actividades deportivas no le restaban tiempo para seguir incursionando en la política: también en 1952, durante una reunión clandestina realizada en las afueras de Berlín, Hans Rudel sería proclamado "nuevo Führer" y candidateado como diputado por el Partido del Imperio Alemán. Tras la caída del peronismo en septiembre de 1955, sin embargo, las cosas comenzarían a complicarse para el piloto más condecorado de la Alemania nazi (el propio Adolf Hitler le había impuesto las Hojas de Roble de Oro, con espadas y brillantes, el más preciado de los reconocimientos a que un soldado podía aspirar).

Un informe producido por una comisión investigadora creada en Córdoba tras el derrocamiento de Perón, da cuenta de ciertos documentos hallados en la casa que el piloto tenía en Villa Carlos Paz; tales documentos no dejan dudas acerca de su condición tanto de militante como de militar. Una carta firmada por el "Adolf Hitler Gruppe", fechada en Berlín en julio de 1951, dice en uno de sus párrafos: "En todo caso, usted debe saber que la juventud alemana está con usted y

lo espera. ¿Qué hacen nuestros otros héroes en la Argentina, el coronel Werner Baumbach y el general mayor Adolf Galland? ¿Es cierto que Baumbach ha cambiado de opinión? Si tiene usted oportunidad de encontrarse con el presidente Perón y su linda esposa, exprésele la admiración que por él sienten nuestros jóvenes"[22]. Otra carta, también fechada en Berlín pero el 9 de julio de 1955, hace mención al levantamiento antiperonista del mes anterior: "Sus amigos de aquí lo veían ya a usted al frente de un ejército, luchando por el señor Perón, o a cargo de la aviación argentina". También le había escrito desde Viena Wilhelm Wiedorn, representante de la Liga Austríaca por la Libertad, sección austríaca de las Fuerzas Nacionales Europeas, y desde Salta un tal "señor Koch" quien le decía, el 24 de mayo de 1955, que debería conocer Bolivia: "No importa que se produzca un cambio político en ese país, porque entre los que ascenderían tiene verdaderos y buenos amigos, como el coronel Orihuela y el doctor Espada, que sería otra vez ministro de Finanzas. Ambos le quieren conocer".

Pero entre los documentos hallados por la Comisión, el más importante es una carta que Oswald Mosley, el jefe del fascismo inglés, había enviado a Perón. Está fechada en Londres el 2 de mayo de 1955, y dice textualmente: "Su excelencia. Tengo el honor de dirigirme a usted con relación a mi amigo el coronel H. U. Rudel, para pedirle tenga usted nuevamente la amabilidad de enviarlo a Europa tan pronto como ello sea posible. Varios de nosotros tenemos la impresión de que su presencia (la de Rudel) en Europa, es del mayor valor para el mantenimiento de la posición de Alemania y de toda Europa frente a los peligros que actualmente nos enfrentan. Se puede siempre confiar en él, para sostener con habilidad y vigor los verdaderos valores de la civilización, asistidos tan grandemente por la obra propia de V.E.. Mis saludos a V.E. con mi renovado agradecimiento por su amable recepción cuando estuve en la Argentina". Si esta carta es auténtica, y no la obra de algún travieso oficial de inteligencia antiperonista, reviste un verdadero valor documental por consignar la presencia en la Argentina —clandestina, por cierto— del jefe de los nazis ingleses[23].

Respecto a otros dos de los hombres citados por Santander en sus pedidos de informes, Otto Beherens y Manlio Abele (identificado como "Abele Manlio"), pueden agregarse algunas precisiones. Beherens, considerado uno de los mejores pilotos de prueba de la Alemania nazi, compartió con Kurt Tank todo el testeo del Pulqui II, y murió

precisamente en un accidente con ese avión, en Córdoba, el 9 de octubre de 1952. Manlio Abele, por su parte, era un doctor en Física que, aunque nacido en Italia, había trabajado para las SS y había tenido que dejar Europa tras la derrota del Eje, refugiándose también en la Argentina.

Pero además de militares, técnicos y criminales, también llegaron a estas playas científicos o aventureros que se consideraban tales. El caso más evidente ha sido el del "especialista en física nuclear" Ronald Richter, quien el 25 de marzo de 1951 treparía, arrastrando al presidente Perón, a las más altas cumbres del ridículo.

Ese día, en el ambiente austero de un salón de la Casa de Gobierno, el mandatario diría ante un auditorio que escuchaba estupefacto: "Estados Unidos desarrolló la bomba atómica bajo la presión de la necesidad y el peligro provocados por la guerra (...). Durante ese período, la Argentina se dedicó intensamente a establecer si valía la pena copiar la fisión nuclear, con la consiguiente inversión de enormes capitales, o si era preferible correr el riesgo de crear un camino nuevo que condujera a superiores resultados pero que también podía conducir a un fracaso".

Y continuaba: "La nueva Argentina decidió afrontar el riesgo y adoptar todas las medidas que permitieran llegar al resultado apetecido (...). Los técnicos argentinos trabajaron sobre la base de las reacciones termonucleares, que son idénticas a aquellas por medio de las cuales se libera energía atómica del sol (...). Este objetivo casi inalcanzable, fue logrado".

Quien lo había conseguido, a estar por la información oficial, era "un auténtico sabio con bien ganada fama mundial en el campo de los experimentos en física nuclear": el austríaco Ronald Richter.

Arribado a la Argentina el 16 de agosto de 1948 a instancias del ingeniero Kurt Tank, el "sabio" no tardó en entrevistarse con Perón, quien se dejaría convencer enseguida por sus delirios atómicos. "Métale nomás"[24], dijo entonces el presidente, y Richter le metió. Su primer destino fue Córdoba, donde comenzó a trabajar en el Instituto Aerotécnico en los primeros meses de 1949, en un galpón donde había instalado su laboratorio.

Mitómano y paranoico, el austríaco no tardó en suponerse víctima de espías y saboteadores, y un pequeño incendio en su gabinete de trabajo lo llevó a ansiar un cambio de lugar. En marzo de 1950 se mudó

a la isla Huemul, en Bariloche, en medio del lago Nahuel Huapi, y allí comenzó a desarrollar sus proyectos. Para entonces ya había sido nacionalizado argentino, doctorado Honoris Causa por la Universidad de Buenos Aires, y ungido de poderes extraordinarios: "Por la presente —rezaba una carta autógrafa de Perón que exhibió al desembarcar— queda usted designado mi único representante en la isla Huemul, donde ejercerá por delegación mi misma autoridad".

Los experimentos de Richter despertaban las desconfianzas de la comunidad científica local, liderada por el titular de la recientemente creada Comisión Nacional de Energía Atómica, el coronel Enrique González. Los trabajos del austríaco resultaban demasiado secretos, y sus presuntos descubrimientos eran sencillamente increíbles.

Al día siguiente del anuncio hecho por Perón, el propio Ronald Richter recibió a los periodistas. Durante la conferencia de prensa fue imposible que diera explicaciones convincentes sobre sus hallazgos: "Usted se sorprendería mucho si supiera cuál es el material que se usa", respondió cuando le preguntaron con qué elementos trabajaba. Y "Ahí está el secreto", cuando lo indagaron sobre cómo se conseguían las temperaturas necesarias para lograr la fisión nuclear.

Finalmente, después de experimentos fallidos y respuestas delirantes del "sabio", la desconfianza científica cristalizó en la formación de una comisión investigadora, que dictaminó la inexistencia de pruebas experimentales o teóricas que permitieran afirmar que se hubiese logrado reacción nuclear alguna.

El 17 de septiembre de 1954 Richter fue detenido por disposición de la Cámara de Diputados, y en octubre del año siguiente otra vez sería apresado para que rindiera cuentas sobre lo hecho. El 7 de marzo de 1956, por último, su suerte quedaría sellada: una nueva comisión investigadora habría de responsabilizarlo por haber "incurrido en groseros errores respecto de conocimientos elementales, que no serían excusables en un alumno universitario de esta materia"[25].

Ronald Richter, a finales de 1983, continuaba residiendo en los alrededores de Buenos Aires.

Casi todos los que iban llegando a la Argentina, tanto científicos como militares, tanto técnicos como criminales, elegían para instalarse áreas geográficas bien determinadas. Salvo algunas excepciones, podría decirse que esas zonas eran cuatro: 1) la selva misionera, en la Mesopotamia, contigua a las fronteras con Paraguay y Brasil y por eso

mismo segura; 2) el valle de Calamuchita y las Sierras Grandes de Córdoba, en el centro geográfico del país, y con pequeñas poblaciones de paisaje alpino como Santa Rosa de Calamuchita, La Cumbrecita, La Serranita, Villa General Belgrano (donde se había instalado parte de la tripulación del Graff Spee), y otras; 3) la región que circunda a San Carlos de Bariloche, entre lagos y montañas y a un paso de la frontera con Chile; 4) las localidades ubicadas al norte de la Capital Federal: Villa Ballester, El Palomar, Olivos, San Isidro, Vicente López, Florida y San Fernando.

Aunque también se registraron asentamientos en otras ciudades del país, como La Plata y San Miguel de Tucumán, no puede en esos casos hablarse de colonias. Incluso hay constancia de que por esos años hubo inmigrantes que se quedaron en Buenos Aires. Los datos que arroja el censo nacional de 1947 son elocuentes: la única nacionalidad extranjera que incrementó el número de residentes en la Capital Federal durante ese año, fue la alemana. Aun así, ese incremento —tomado en relación al censo anterior de 1936— apenas alcanza al diez por ciento[26].

Tuvieron que pasar casi treinta años para que Simón Wiesenthal, tan perspicaz la mayoría de las veces, incurriera en una explicación poco feliz para el fenómeno de los asentamientos en áreas determinadas: "Jamás encontrará a un jerarca nazi en un país de clima malo. Van a Bariloche, a la Suiza chilena, a Río Grande do Sul. Tienen dinero suficiente. Pueden elegir lo mejor", aseguraba a un periodista[27]. Pero las razones que llevaban a esos hombres a elegir aquellos lugares, había que buscarlas en su necesidad de integración.

A medida que iban llegando a la Argentina, los fugitivos tenían verdadero apuro por incorporarse definitivamente al nuevo medio. Llegaban a un país donde se hablaba otro idioma, había costumbres distintas y tradiciones que nada tenían que ver con las propias, y no es extraño que buscaran ámbitos donde encontraran connacionales a la vez que seguridad y discreción. Y en ciertos casos, como en las sierras cordobesas o en los lagos del sur, una geografía que pudiese facilitarles la inserción.

Son innumerables las historias que se cuentan sobre pequeños pueblos del interior misionero, o cordobés, o enclavados en la cordillera, donde se hablaba alemán, se celebraban las fechas patrias alemanas y en los mástiles de las escuelas y de las reparticiones públicas, en los días de fiesta, ondeaba la bandera con la cruz svástica.

Siguiendo la argumentación de Wiesenthal, puede que sea cierto que a la hora de elegir los destinos pesaran sobre esos hombres las bondades de un buen clima. Pero es más cierto, a la luz de los hechos, que resultaban decisivas las variables de seguridad y de integración a un medio que no les apareciera hostil. O al menos que, si había alguna hostilidad, se les manifestara a los recién llegados desde el llano, mientras ellos estaban en el poder o cerca de él.

Porque hubo un grupo que se decidió a aguantar las inclemencias de la humedad porteña, y se quedó en Buenos Aires. Ahí jamás fueron molestados, y pronto encontraron trabajo: el grupo de los "ustashis" del "quisling" Ante Pavelic.

En una publicación editada por la comunidad croata en la Argentina, *Izbor* ("Selecciones"), ellos mismos se encargaron de contar cómo se produjo la llegada al país tras la huida de la Yugoslavia recuperada: "Fuimos peregrinando, peregrinando por todos los países de Europa, hasta que nuestro dolor golpeó la puerta del corazón más noble que entonces latía en el mundo: el de Eva Perón, quien llegó a visitar Roma (...) Y no tardó mucho el ilustre presidente de la Nación Argentina, don Juan Domingo Perón, en abrirnos las puertas de esta tierra bendita (...) Una de nuestras características de croatas es la de saber apreciar los actos beneméritos que se nos dispensan, y ser fieles a nuestros amigos. Por lo tanto, que nadie se extrañe al saber que en esta tierra hay peronistas que no son argentinos"[28].

La aludida visita de Eva Perón a Roma, formó parte de un viaje que la esposa del presidente argentino realizó entre el 6 de junio y el 23 de agosto de 1947. Había llegado a Europa como invitada personal del caudillo español Francisco Franco, y su recorrida iba a dar origen a una serie de versiones que nunca pudieron ser comprobadas[29]. La estadía en Roma habría de incluir también una cita en el Vaticano, donde el 26 de junio mantuvo una audiencia de treinta minutos con el Papa Pío XII en su biblioteca privada[30]. Luego de esa entrevista, sospechosamente, "no tardó mucho el ilustre presidente de la Nación Argentina, don Juan Domingo Perón, en abrirnos las puertas de esta tierra bendita".

¿Por qué el plural en que está redactado el artículo? Porque el "quisling" Pavelic no llegó solo. Lo que se dio en llamar "el grupo de los ustashis" no fue sino un puñado de criminales de guerra, algunos de los cuáles residen aún en la Argentina, que arribaron acompañando

a su jefe y constituyendo en torno a él una especie de estado mayor. Los hombres más destacados de ese entorno eran Vjekoslav Vrancic (ex ministro de Gobierno, ex viceministro de Relaciones Exteriores, ex jefe de la sección Política de la cancillería croata, ex ministro de Comercio; se lo acusa de haber participado en los planes de deportación masiva recibiendo en pago una condecoración del propio Hitler, la adscripción a la 342a. división del ejército alemán, y el nombramiento como "gran oficial de la Corona italiana"), Petar Pejacevic (ex embajador del Estado Independiente de Croacia en la España franquista), Ivan Herencic (general, ex jefe de la Policía y del Ejército Fascista Croata), Branko Benzón (ex embajador en Berlín; en la Argentina fue asesor en la Dirección de Migraciones y médico personal del general Perón, a quien acompañó durante su exilio en Venezuela), Orsanic (ex jefe de las Juventudes Fascistas), Korsky (ex jefe de la policía secreta), y Vikario (ex juez de los Tribunales Móviles de Represión), entre otros.

Siguiendo la historia de las andanzas del grupo en Buenos Aires, se detecta una afición casi prusiana por la organización. Valgan dos ejemplos: la primera estructura creada por los "ustashis" fue el llamado "Gobierno Croata en el Exilio", presidido por el propio Pavelic y cuya vicepresidencia ejercía Vjekoslav Vrancic; algún tiempo después[31], se formaría la Agrupación Croata del Movimiento Peronista para los Extranjeros, cuya dirección estaba en manos de seis hombres: Edo Bulat era el presidente, Josih Subasic el secretario, y Ratimir Gadja, Nedim Salbegovic, Nikola Perik y Marijan Gudel, los vocales.

Cuatro años antes, el 24 de mayo de 1951, el gobierno yugoslavo había entregado al embajador argentino en Belgrado, de apellido Canosa, una nota por la que se solicitaba al régimen peronista la detención y extradición de Ante Pavelic, "quien figura en las listas oficiales internacionales como probablemente el principal criminal de guerra de la última contienda bélica". La nota agregaba: "Una gran cantidad de inmigrantes 'ustashis' y otros criminales de guerra, se han refugiado en la Argentina. Entre ellos, el ex general de la Policía, Ivan Herencic, quien está ahora (por mayo de 1951) empleado en el ministerio de Obras Públicas de Buenos aires, bajo el nombre de Juan Horvat[32]". En el documento se consignaba también que otro ex ministro croata, Josip Balen, trabajaba en ese momento en el Ministerio de Agricultura bajo el falso nombre de Ivan Barac.

Por razones que son de presumir, el gobierno argentino no dio curso al pedido y tampoco dio a conocer el texto de la nota yugoslava,

que sin embargo respondió por vía diplomática. En la respuesta se argumentaba que la Argentina no estaba obligada a entregar a ningún ciudadano yugoslavo por no existir tratado de extradición entre ambas naciones y que, por otra parte, no había ningún "Ante Pavelic" en el país[33].

Mientras tanto, el ignorado "quisling" residía en una casona de la calle Aviador Mermoz 643 de Ciudad Jardín, en Lomas del Palomar. La casa, que la prensa antiperonista definiría como "una magnífica residencia", había sido entregada al fugitivo por los organismos de ayuda social del gobierno. Lo que nunca pudo probarse es que hubiera sido en pago por el asesoramiento que el grupo de croatas prestara a la Alianza Libertadora Nacionalista, en aquellos años manejada por Juan Queraltó y en cuyo local de la esquina de Corrientes y San Martín había en las paredes retratos de Hitler, Mussolini y Franco, y banderas y libros de la Falange española[34].

Sobre las relaciones de "ustashis" con aliancistas, sin quitar ni poner al tono que les es propio, vale la pena reproducir dos fragmentos de sendas notas periodísticas. En uno de ellos[35], bajo el título "De servidores del fascismo a instructores de la Alianza. Pavelic, Vrancic, Asancaic y otros nazis croatas sirvieron al régimen peronista y le aportaron sus horrendas experiencias", se dice: "Pavelic y sus lugartenientes no encontraron mejor manera de agradecer el generoso asilo brindado al amparo de la nobleza criolla por el gobierno depuesto, que la de ponerse a su servicio y ofrecer su experiencia en métodos de 'persuación' política; Perón necesitaba cada día más adeptos y la picana, el atentado, el 'fondeo' y otros sistemas del régimen peronista recibieron el considerable aporte de la experiencia 'ustasa'. La Alianza Libertadora Nacionalista tuvo en este grupo de criminales de guerra, profesores aventajados y entusiastas. Los últimos días del régimen sorprendían al casual transeúnte, con la permanente entrada y salida de los locales aliancistas de rudos y hoscos individuos rubios, muchos; morenos los menos. Los 'habitué' de los conciliábulos aliancistas gustaban vanagloriarse de sus amigos los 'ustachis', firmes y decididos defensores del peronismo".

El otro artículo está titulado "Cómo colaboró con Perón en la Argentina Ante Pavelic"[36], y en él puede leerse: "Como servidor de la dictadura peronista, Pavelic se había rodeado de la 'crema' de los 'ustashis', entre ellos Vjekoslav Vrancic, Iván Asancaic, Petar Pejacevic, y otros integrantes del régimen Croacia Independiente y luego

miembros del gobierno croata en el exilio. Esta pandilla organizó un poderoso movimiento croata en la Argentina, la mayor parte del cual colaboró con la Alianza Libertadora Nacionalista. La crónica policial dio varias veces cuenta de misteriosas muertes de residentes yugoslavos, lo que permitió entrever que la organización de Pavelic y un grupo rival comunista mantenían una sorda lucha, salpicada de frecuentes 'vendetas'. El movimiento croata en la Argentina mantiene contacto con grupos similares en otros países de América, que siguen bregando por la implantación de regímenes totalitarios".

La versión de los enfrentamientos se habían abonado seis días antes de publicado el artículo: el jueves 11 de abril de 1957, Pavelic había sido herido de seis balazos cerca de su casa de Lomas del Palomar. La versión de los hechos que el criminal contó a los periodistas fue, a grandes rasgos, la misma: "El día en que fui atacado era en la semana en que los croatas celebran su independencia. Yo regresaba a mi domicilio, luego de ultimar diversos aspectos de los actos, y lejos estaba de pensar que iba a ser objeto de un atentado". Pavelic contaría que al bajar de un colectivo dispuesto a caminar hasta su casa, oyó el estruendo producido por cuatro disparos detrás suyo, y seguidamente otro que le penetró en la espalda, cerca de la columna vertebral. Al recibir el impacto se dio vuelta, y recibió otro tiro en la axila derecha. Herido, alcanzó a ser llevado hasta el Hospital Sirio-Libanés, y allí recibió las primeras atenciones.

Hasta este punto, las crónicas periodísticas casi no difieren. Tampoco en las acusaciones que recogen del nazi, quien hace responsables del atentado a los miembros de la legación yugoslava en Buenos Aires. Pero hay un dato que sólo consigna el diario *La Prensa*. En su relato, el cronista cuenta que "tuvo oportunidad de conversar con el doctor Pavelic en su domicilio, al que llegó en compañía de varios dirigentes de la institución La Defensa del Hogar Croata, de esta capital. Al llegar al pequeño chalet, una persona que se encontraba en el jardín, que vestía 'breches' y botas, hizo al dirigente que encabezaba el grupo un saludo levantando la mano abierta, al estilo del usado por los nazis. Posteriormente, el cronista de este diario interrogó sobre este detalle a uno de los allegados al jefe croata, quien le informó que esa persona era un servidor de la casa, que hacía muchos años reside en la Argentina".

¿Qué era la Defensa del Hogar Croata? En principio, una inofensiva agrupación con fines sociales, económicos y culturales, que

hasta el momento de realizarse esta investigación funcionaba en los números 1061 y 1063 de la avenida Boedo, en el barrio porteño del mismo nombre.

Sin embargo, una recorrida por la prensa de la colectividad ofrece otras pistas. En una de sus publicaciones se reproduce la esquela siguiente: "Los asociados de la Defensa del Hogar Croata, reunidos en la 23a. Asamblea General Ordinaria, hacen llegar a V.E. la expresión de la fidelidad y admiración, adhiriéndose al mismo tiempo al Magnífico Segundo Plan Quinquenal, manifestando que apoyaremos al mismo con todas nuestra fuerzas intelectuales y físicas"[37]. "V.E." era el presidente Juan Domingo Perón, quien unos días más tarde respondería los elogios por intermedio de Juan Mollo, de la secretaría privada de la Presidencia, y agradecería la disposición intelectual y física del grupo de criminales.

La misma publicación[38] consigna en otro número: "La emigración croata no es una multitud sin personería que ambula por el mundo sin finalidad y sin esperanza, sino que es una fuerza indestructible bajo la unitaria y probada conducción política del poglavnik doctor Ante Pavelic". Y prosigue: "Con la creación del Hogar Croata de Buenos Aires se han echado las primeras bases y sólidos fundamentos, como para que esta primera institución económica croata en el exilio, que tiene además precisados sus puntos de vista ideológicos, cumpla en un tiempo ya determinado con las necesidades económicas de cada uno y con las necesidades económicas comunes de la lucha política croata".

Y aunque allí se hablara de "lucha política", cuatro meses antes el propio "quisling" había escrito en la misma revista: "... El pueblo croata sabe que en el extranjero sus hijos se están preparando y están listos para socorrerlo inmediatamente cuando llegue la hora. Las fuerzas armadas croatas existen y esperan la orden. Nuestro deber es estar alertas y vigilar los acontecimientos y estar listos para avanzar en el momento de iniciarse un nuevo conflicto mundial".

Ante Pavelic no se rindió. Exiliado en la España franquista desde 1957, luego del atentado y de salir también indemne de la investigación a que lo sometió el capitán Aldo Molinari por orden de la Revolución Libertadora, murió en un convento franciscano de los alrededores de Madrid el 28 de diciembre de 1959.

Un mes y medio más tarde, las agencias noticiosas enviaban un despacho fechado en la capital española, por el cuál se informaba que

poco antes de morir el criminal había dado a conocer su testamento político al Consejo del Movimiento Libertador Croata. En él designaba heredero plenipotenciario al "señor ministro" Stjepan Hefer, y se nombraban asesores ayudantes al ingeniero Ivan Asancaic, presidente del Hogar Croata en la Argentina; a Josip Markovic, presidente de la cooperadora del Hogar Croata en Buenos Aires, y a otros cinco fugitivos, entre ellos un cura franciscano que se hacía llamar "fray Mario Branco".

Stjepan Hefer residía en Buenos Aires desde 1948. Durante la dictadura de Pavelic había sido ministro de Agricultura, un cargo desde el que había contribuido al despojo de miles de ciudadanos yugoslavos que, por sus ideas, no aceptaron nunca la ocupación de su país por los ejércitos nazis.

Pero el fin de esta poco privilegiada inmigración hacia la Argentina, lo habrían de poner en 1950 dos hombres de dudosa notoriedad: Adolf Eichmann, ingresado en los primeros días de mayo con el nombre de Ricardo Klement, y Klaus Barbie, quien ya se hacía llamar Klaus Altmann, llegado en los últimos días de diciembre en tránsito hacia Bolivia.

Hacía tres años y ocho meses que el embajador argentino ante los Estados Unidos, se había indignado ante el propio presidente norteamericano. El 2 de abril de 1947, Oscar Ivanissevich le había dicho a Harry Truman:

—¡Señor presidente, es una calumnia decir que hay nazis en la Argentina![40].

NOTAS

[1] Moyano, Miguel Angel: en *Todo es Historia*, número 72.

[2] *Noticias Gráficas*, 11 de julio de 1945.

[3] Moyano, Miguel Angel: art. cit.

[4] Ofrecida, sin mencionar fuente, por Moyano, Miguel A.

[5] Los testimonios se encuentran en Santander, Silvano: *Técnica de una traición*; Antygua, Buenos Aires, 1955. Los declarantes eran miembros de la tripulación del Graff Spee, según puede verificarse en el "Despacho e Informe de la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas", Cámara de Diputados de la Nación, Buenos Aires, 22 de septiembre de 1942. Un desarrollo de estos testimonios, mencionados también por el periodista francés Alain Pujol, pueden verse en el capítulo V: 1960-1973: Los enigmas del nazismo.

[6] Sobre Walter Kutschmann, ver capítulo VIII: 1983-1989: Schwammberger, ¿el último nazi?

[7] Un despacho de la agencia noticiosa francesa Associated France Presse, reproducido por el diario *La Razón* el 8 de mayo de 1986, consigna textualmente: "Nueva York (AFP). Los servicios de informaciones del ejército norteamericano desaconsejaron, en 1947, la detención del criminal de guerra yugoslavo Ante Pavelic, debido a sus contactos con el Vaticano, lo que le permitió huir de Europa, reveló una agencia norteamericana de informaciones religiosas. Según el Religious News Service, documentos encontrados recientemente en los archivos nacionales norteamericanos señalan que Pavelic, jefe del régimen croata reconocido por los alemanes, logró viajar a la Argentina con algunos de sus colaboradores gracias a la ayuda de dignatarios de la Santa Sede. Según la agencia, uno de los documentos del CIC asegura que Pavelic —que viajó a la Argentina en mayo de 1947 y murió en España— estaba en contacto con el Subsecretario de Estado del Vaticano en esa época, Giovanni Battista Montini, quien luego fue el Papa Paulo VI. Pavelic, cuyo gobierno fue acusado de haber supervisado algunos de los peores crímenes de guerra nazis, encabezaba la lista de criminales que los aliados habían prometido extraditar a Yugoslavia".

[8] Sobre Eduard Roschmann, ver capítulo VII: 1976-1983: La svástica en los cuarteles.

[9] Sobre Joseph Schwammberger, ver capítulo VIII: 1983-1989: Schwammberger, ¿el último nazi?

[10] Berdenac, Christian: *Los médicos malditos*; Caralt, Barcelona, 1979.

[11] Martínez, Tomás Eloy: *Perón y los nazis*; art. cit. Como Bormann, como Barbie, Joseph Mengele también "mereció" que algunos investigadores se ocuparan específicamente de su persona (Astor, Gerald: *Mengele, el último nazi*; Javier Vergara, Buenos Aires, 1985; etcétera). Para otros datos, algunos inéditos, sobre "El ángel de la muerte", ver Apéndice I: Mengele, un caso piloto.

[12] Sobre Walter Rauff, ver Introducción: "La ruta de las ratas".

[13] La historia de Auguste Joseph Ricord merece una investigación aparte. Alias "Lucien Dargelles" o simplemente "Papa", llegó a Buenos Aires en 1947 a bordo del "Argentina Star", un buque en el que viajó en clase turista. Huía de Europa, donde había sido colaborador de la Gestapo en la Francia ocupada, así como antes había tenido que escapar de los propios alemanes. En 1937 la justicia francesa lo había condenado por robo, extorsión, violencia, portación ilegal de armas, encubrimiento y ocultamiento de objetos de arte robados. Tenía 25 años. En 1942 otra vez había caído preso, pero su inescrupulosidad habría de transformarlo en informante de la policía nazi de Marsella. Delator en los bajos fondos, al terminar la guerra había conseguido escapar con tres secuaces (Jules Henard, Henry Thiriet y Jacques Herbert) hacia España, portando barras de oro y 300 millones de francos en joyas expoliadas a los judíos franceses. En la capital argentina, los cuatro fugitivos establecieron el cuartel general de su organización, una red de prostitución y crímenes por encargo, que con el paso de los años iba a ser conocida como "French Connection". En el período que va desde su llegada a Buenos Aires hasta 1954, "Papa" Ricord acabó bruscamente la amistad con sus compinches: Thiriet fue asesinado en un cabaret porteño; Henard, en una calle de Nueva York, y Herbert en un bar de la ciudad de México. Unico sobreviviente de la pandilla de colaboracionistas, en Francia había sido juzgado en ausencia en 1951 bajo los cargos de contrabando de armas y colaboración con el enemigo. Condenado por contumacia a veinte años de trabajos forzados y diez de interdicción civil, no cumplió ninguna de las penas. Dueño de restaurantes y centros de diversión nocturna en Lima y Caracas, en Buenos Aires era propietario de los cabarets Le Fetiche, Lido y Etoille, y del restaurante Chez Danielle. En 1968 fue arrestado con dos secuaces corsos cuando planificaban el asalto a un banco, y tras su liberación se instaló en Paraguay, donde abrió el restaurante París-Niza. En 1971 fue atrapado por la Interpol y reclamado por los Estados Unidos, a donde fue extraditado en 1973 cuando el presidente Alfredo Stroessner ya no pudo protegerlo. Se le imputaba haber introducido a aquél país, en nueve meses, una tonelada de heroína pura que le había reportado una ganancia de veinte millones de dólares. Un tribunal norteamericano lo condenó a 20 años de cárcel, pero paralítico y mudo sólo cumplió la mitad de la pena. En 1983 habría de regresar al Paraguay, y moriría en Asunción el 2 de agosto de 1985. Tenía 73 años.

[14] Sobre Wilhelm Sassen, ver capítulo IV: 1950-1960: El desbande, y Apéndice I: Mengele, un caso piloto.

[15] Sobre Milo Bogetic, ver capítulo VI: 1973-1976: El regreso.

[16] Sobre Constantin von Groman, a quien algunas fuentes caracterizan como "experto en acción psicológica", es poco lo que se conoce. En su edición del 1 de febrero de 1966, la revista *Siete Días* dice de él que ostentaba el grado de mayor en las SS, y que "prestó servicios en un campo de concentración. Su actividad en la Argentina consistía en darle refugio en sus residencias a altos jerarcas del nazismo". Próspero Fernández Alvariño (*Z. Argentina, el crimen del siglo*; edición del autor, Buenos Aires, 1973) lo vincula indirectamente al secuestro y posterior ejecución del general Pedro Eugenio Aramburu, describiendo a von Groman como "coronel alemán, especialista en informaciones"

(pág. 149), y agregando más adelante: "Constantino von Groman era un oficial superior de informaciones del Estado Mayor del ejército alemán, ingresado en 1947 al país, como Ante Pavelic, y a la sola mención del país de origen y declaración de su nombre. Vivía en Gaspar Campos y Valentín Vergara, en Olivos. Se dedicaba a metales, importación de máquinas agrícolas alemanas, y tenía escritorios en 25 de Mayo 140, frente casi a donde estuviera el 'Gambrinus', cervecería a la que concurrían todos los nazis que conocíamos y de los que hablara Adolfo Lanús en 'Campo minado'. Von Groman cruzaba con frecuencia la calle e iba a hablar con el jefe de la SIDE, general Señorans, en 25 de Mayo 11. Pero el hombre de la SIDE que entraba a su casa era Eduardo Aguirre. Von Groman daba en su domicilio espléndidas clases sobre información, y otros días reunía militares que asistían a reuniones amables en las que don Constantino y frau Felicitas agasajaban con mucha solicitud" (pág. 222).

[17] Ver Santander, Silvano: *op. cit.*

[18] Mariscotti, Jorge: *El secreto atómico de Huemul*; Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1985.

[19] Idem anterior.

[20] Fotografías de ambos documentos, en el archivo del autor.

[21] La vena literaria del coronel aviador Hans Ulrich Rudel comenzó a despuntar poco después de haber llegado a la Argentina. En la Biblioteca Nacional se conservan de él cinco obras, todas ellas editadas en alemán por Dürer, la librería-editorial de Ludwing Freude. Sus títulos son: *Trotzdem* ("A pesar de"), 1949; *Wir frontsoldaten zur wiederaufrustung* ("Nosotros, soldados del frente, hacia el rearme"); 1951; *Dolchstoss oder legende?* ("Puñalada trapera o leyenda?"), 1951; *Esgeth um das Reich* ("Se trata del Reich"), 1952; y *Aus krieg und frieden* ("De la guerra y la paz"), 1953.

[22] La fuente es la Comisión mencionada. Quizá se pueda dudar de su autenticidad, lo que no pone en tela de juicio la relación personal entre Rudel y Perón, como queda sobradamente demostrada en el capítulo VI: 1973-1976: El regreso.

[23] Oswald Mosley fue el fundador de la Unión Fascista Británica, B.U.F., surgida para contrarrestar una presunta tendencia izquierdizante en la política inglesa.

[24] Mariscotti, Jorge: *op. cit.*

[25] Comisión Nacional de Investigaciones: *Libro Negro de la Segunda Tiranía*; edición oficial, Buenos Aires, 1958.

[26] Mazzeo, Victoria: "Migración internacional en la ciudad de Buenos Aires. 1855-1980"; Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires, Dirección de Estadísticas y Censos, noviembre de 1988.

[27] Revista *Gente*, 6 de octubre de 1977.

[28] *Izbor* ("Selecciones"), número 8, año II, mayo de 1954.

[29] En su edición del 14 de julio de 1972, la revista *Ultima clave* publicaba un extenso informe sobre el viaje, vinculándolo al conocido affaire de la "cuenta suiza". Dice una parte de la nota: "El análisis de los pasos que dan origen a las cuentas numeradas en banco suizos, es un quebradero de cabeza aun para los especialistas, debido a los muchos recaudos que se tomaron en

ese momento para que la cuestión permaneciera en secreto, y a los muchos medios que tenía Perón para evitar ser controlado. El viaje de Eva Perón, entre fines de junio y principios de agosto de 1947 se convierte, así, en un galimatías tanto por su falta de propósitos públicos (no se le declaró viaje oficial, ni en tal carácter se presentó en ninguna parte), como por el extraño —hasta rayar lo inexplicable— itinerario elegido. Pero Eva Perón, no obstante cumplir un viaje privado, no marchó sola. Estuvieron junto a ella, todo el tiempo, dos edecanes de Perón, de la Marina y la Aeronáutica; y además contó con la inestimable asistencia de una serie de diplomáticos, en especial los embajadores en Portugal, Suiza e Italia y, sobresalientemente, el embajador en Gran Bretaña, doctor Ricardo de Labougle, quien se desempeñó con gran inteligencia en el levantamiento de útiles cortinas de humo. Con tales maniobras, los banqueros ingleses que avizoraban el secreto de los movimientos, no pudieron saber si Eva Perón se dispondría a tratar con ellos, y sólo tuvieron motivos para desmoralizarse totalmente cuando la esposa del presidente argentino, ya en Zurich y con el arreglo concertado, declaró a la agencia Reuter que no se proponía visitar Gran Bretaña porque "no disponía de tiempo para correr a Londres" y porque, de todos modos, no había sido invitada oficialmente. A todo esto, Labougle se había comprometido con la visita de tal modo que la prensa inglesa publicó una serie bastante impresionante de festejos, que incluían el recibimiento por la reina Isabel. Contrastando con esto, Eva Perón ignoró el desaire público de varios partidos políticos franceses, que solicitaron al presidente Ramadier que "comunicase a la señora Eva Perón que su lugar no está en la Francia actual" (alusión a los antiguos tratos de Perón con los nazis, que por entonces el gobierno argentino trataba de hacer olvidar). Como para la entrada en Suiza era forzozo tocar tierra francesa (pasar por segunda vez por Italia hubiera resultado harto extraño, y Alemania y Austria estaban a la sazón con status de territorios ocupados), Eva Perón se atrevió a bajar en París desafiando el desprecio público, así como después, en Suiza, superó impertérrita que su automóvil fuera blanco de piedras y tomates. París bien vale una misa. De esa extraña gira (Madrid-Avila-Génova-Roma-, nuevamente Génova-Lisboa y cruce del Atlántico), el resumen concreto parece ser: a) Eva Perón había arreglado en Rapallo (Italia), el 10 de junio de 1947, en conversación con el comendatore Giovanni Maggio, que se pasase a Suiza parte del cargamento de oro llegado al puerto de Génova días antes, confundido con 90 toneladas de alimentos de regalo, y que fue controlado por el consulado argentino en la ciudad ligur; b) El depósito de joyas en Lisboa parece haberse arreglado durante la conversación de la esposa de Perón con el ex rey Humberto de Italia (acompañado por su esposa María José y los generales italianos Graziani y Cassiani), que se registró en la hostería La Barraca, situada en la playa de Guincho, a unos 15 kilómetros al norte de la población de Cacaes, el 20 de julio de 1947; c) La operación de depósito en los bancos suizos tiene casi indudablemente que haberse concretado el 7 de agosto de 1947, en Bar-au-lac, donde Eva Perón fue agasajada por 220 banqueros suizos, debido a un contacto que vehiculizó la Asociación Helvético-Argentina de Zurich".

[30] Si Pavelic tenía vinculación con el Vaticano, es de suponer que el

contacto se realizó allí. Para abundancia de datos, el pasaporte del "quisling" croata estaba visado por la embajada argentina en Roma el 5 de julio de 1947, diez días después de la entrevista de Pío XII con Eva Perón.

[31] Según cita la revista *Hvastska* ("Croacia"), en su edición del 1 de abril de 1955.

[32] No debiera confundirse al general Herencic con el sindicalista peronista Juan Roberto Horvath, nacido en 1937 e ingresado al gremio de los trabajadores del Estado —del que llegó a ser secretario general— en 1959. Durante el curso de esta investigación, el autor no pudo descartar con certeza que el dirigente gremial y el criminal de guerra tuviesen algún vínculo familiar.

[33] *El Plata*, 17 de abril de 1957.

[34] de Dios, Horacio: "Kelly cuenta todo"; ediciones de la revista *Gente*, Atlántida, Buenos Aires, 1984.

[35] *La Epoca*, 20 de noviembre de 1955.

[36] *El Plata*, 17 de abril de 1957.

[37] *Hvastska* ("Croacia"), 27 de enero de 1954.

[38] idem anterior, 18 de mayo de 1955.

[39] idem anterior, 12 de enero de 1955.

[40] *La Razón*, 20 de julio de 1972. Cuatro días más tarde, *La Nación* reproducía un despacho de la agencia Associated Press fechado en Washington, que en uno de sus párrafos consignaba: "El presidente Harry S. Truman intervino personalmente para que su país deportara 'a unos 20 o 30 peligrosos nazis' que aún quedaban en ese país. La desusada conversación se desarrolló en la propia Casa Blanca, y su contenido se desprende de un memorándum que Acheson envió inmediatamente al embajador norteamericano en Buenos Aires, George S. Messersmith (...). Messersmith informaba a Acheson seis semanas después, que el canciller Juan Atilio Bramuglia le había informado que 'se había demorado la deportación de los detenidos desde la última deportación de 13, con el propósito de tener a la mayoría de ellos antes de embarcar'. Sin embargo, una comunicación del asesor de asuntos políticos norteamericanos en Berlín, Robert Murphy, presentaba un cuadro distinto a Washington, después de haber entrevistado al deportado Hans Lieberth. 'El caso de Lieberth', señalaba en otra de las comunicaciones dadas a publicidad, 'representa un típico ejemplo de la forma en que la policía argentina ha tratado el caso de los espías nazis en una forma arbitraria, mediante la tortura, la intimidación y la deliberada falsificación de los hechos... para satisfacer las demandas de los aliados. Así, la policía ha fabricado el caso según las necesidades del gobierno, y gente sin importancia como Lieberth, como se verá por la minuta de su interrogatorio aquí, ha sido forzada a aparecer en roles que le asignó la imaginación del comisario Amarante, que es aparentemente el principal autor de la versión oficial. Los prisioneros dicen que se les ha tornado casi importantes, por la aplicación de la picana eléctrica".

IV.- 1950-1960: EL DESBANDE

Hasta bien entrada la década del cincuenta, los nazis que habían llegado a la Argentina se sintieron cómodos y seguros en el país que los había cobijado.

En líneas generales puede decirse que esa seguridad derivaba de condiciones de vida muy claras y verificables: nadie los perseguía, gozaban de impunidad, podían trabajar, permanecían tranquilos y les estaba permitido alentar la esperanza de construirse un futuro. Algunos, inclusive, iban camino de transformarse en hombres prósperos, y otro puñado de ellos hasta disfrutaba de cierto prestigio y reconocimiento público.

Si se revisa la lista de sus nombres, aparecerán ejemplos como para disipar cualquier duda: Otto Beherens estuvo trabajando como piloto de pruebas, con reconocimiento oficial, hasta que se accidentó mortalmente; Jan Durcansky lo hizo como abogado, aunque quizá sin un estudio a su nombre[1]; Adolf Eichmann estuvo empleado en una empresa dedicada a la explotación de recursos hídricos, y en una gran factoría automotriz; Abraham Kipp[2] se desempeñaba como capataz en obras de construcción y como cuentapropista; Walter Kutschmann ascendió vertiginosamente de taxista hasta el nivel gerencial en una firma alemana nacionalizada; Joseph Mengele ejercía ilegalmente la medicina y practicaba abortos, no siempre con éxito pero sí con padrinazgos que le evitaban inconvenientes[3]; Olivèrio Mondrelle[4] era un empresario; Jan Olij Hottentot[5] trabajaba para la policía; Ronald Richter, Hans Ulrich Rudel y Kurt Tank, oficiaban de técnicos al servicio del Estado, se fotografiaban junto al presidente de la Nación

confirmar un viejo aforismo: "Cuando el río suena, es porque agua trae".

Enterado por sus hombres de la asonada, y mientras los porteños se volcaban hacia las calles para desagraviar al general San Martín tras la quema de la bandera, Perón fue trasladado hasta un sótano en el Ministerio de Guerra, y una división del regimiento de Granaderos a Caballo tomó posiciones para defender la sede del gobierno.

Desde su refugio, minuto a minuto, el presidente siguió el desarrollo de los hechos. El comando general de los golpistas estaba instalado en oficinas del Ministerio de Marina, a metros del palacio gubernamental, y desde allí se ordenó a una formación de aviones Catalina y Beechcraft —que debiera haber participado del desfile de desagravio— que arrojara bombas sobre la Plaza de Mayo y las adyacencias de la Casa Rosada. Cuando las fuerzas leales consiguieron retomar el control de la situación, otra vez los pilotos debieron cruzar el río de la Plata y buscar refugio en el Uruguay. Mientras tanto, Perón se enteraba de que la Confederación General del Trabajo se disponía a distribuir armas entre los afiliados deseosos de defenderlo, y lo impedía decididamente.

En las últimas horas de ese 16 de junio la Marina rebelde se rindió al Ejército del gobierno, y las cifras de bajas estremecieron a todos: había habido 335 muertos y más de 600 heridos; unos y otros, en su mayoría, civiles.

La reacción no se hizo esperar y, tal vez a consecuencia de la reciente marcha de Corpus Christi, adoptó la forma de la quema de iglesias. Esa noche Buenos Aires fue un caos. Grupos sin identidad política manifiesta se lanzaron a las calles, y la policía no estuvo allí para detenerlos. Un sacerdote murió al tratar de impedir el saqueo de la Catedral porteña. En las horas siguientes a los disturbios, Perón se mostró contradictorio: primero dijo que los incendiarios habían sido los comunistas, y después que el fuego lo habían iniciado los propios católicos para provocarlo a él. Desde Londres, y en un lenguaje sin metáforas, Winston Churchill fue mucho más explícito: "Perón es el primer soldado que ha quemado su bandera, y el primer católico que ha quemado sus iglesias".

El 31 de agosto, cuando ya los ánimos parecían haberse suavizado y la violencia haber retornado a sus catacumbas, en una arenga pública Perón hizo retroceder la historia: "Aquél que en cualquier lugar intente alterar el orden en contra de las autoridades constituidas,

o en contra de la ley o la Constitución", dijo, "puede ser muerto por cualquier argentino". Faltaban dos semanas para el final, y las aguas volvían a bajar turbias.

El viernes 16 de septiembre de 1955, como la última nota de algún tango inconcluso, un nuevo alzamiento militar marcaría el epílogo de la primera etapa del peronismo en el poder. Desde Córdoba, en el centro del país, el general retirado Eduardo Lonardi —quien se había negado a sumarse a la comedia montada por Menéndez cuatro años antes— se ponía a la cabeza de una tropa de artillería, y tras ocho horas de combate tomaba el control de la Escuela de Infantería de aquella ciudad.

Su actitud fue la luz verde para otras insubordinaciones, que respondían a una planificación previa. Una vez conocidos los hechos, más tropas se rebelaron en Mendoza, San Juan y Curuzú Cuatiá, en la provincia de Corrientes, y precedieron por horas a la insubordinación generalizada de la Marina. La Armada, siguiendo su propio esquema, se unió a los conspiradores con alzamientos de la Flota de Mar en las bases de Puerto Madryn, Puerto Belgrano y Bahía Blanca, que junto con La Plata eran los asentamientos más importantes de la fuerza.

Mientras una escuadra de buques de guerra se formaba en el Atlántico Sur y emprendía el lento avance sobre Buenos Aires, el peronismo comenzaba a reaccionar. Las tropas leales, conscientes esta vez de la gravedad de los acontecimientos, comenzaron a marchar hacia la ciudad de Córdoba, epicentro de la rebelión y plaza donde Lonardi se había hecho fuerte. El general alzado tenía con él a cuatro mil hombres, y fue necesario rodearlo con diez mil para ponerlo en aprietos. La rebelión se había extendido y comandos civiles actuaban en todo el territorio, incluida la Capital Federal, para apresurar el derrocamiento. Pero cuando Lonardi parecía perdido, pues ya no podía esperar refuerzos, Perón puso su renuncia a disposición de los generales, a fin de dejarles las manos libres para que encontraran una solución negociada.

Sigue siendo una decisión confusa, con más de una explicación aceptable, la adoptada por Perón: se entregó mansamente, sin dar el combate, y se justificó en que así evitaba un seguro derramamiento de sangre. Aunque el generalato rebelde estaba casi rebasado en Córdoba y su caída podría haber sido una cuestión de horas, los militares leales y quienes se habían amotinado decidieron reunirse y pactar una salida.

"Luego de emitir el mensaje de Perón (ofreciendo su renuncia), (el comandante en Jefe del Ejército, general Franklin) Lucero hizo llegar a los insurgentes la propuesta de que se reunieran en el Ministerio de Guerra para discutir los términos del arreglo. Lonardi no quiso saber nada. Le contestó que la primera condición para establecer una tregua era la renuncia inmediata e inequívoca de Perón. Lucero designó entonces una junta militar formada por generales, para que llevaran a cabo la tarea de acabar con el conflicto, y sometió su propia renuncia al presidente. La junta militar propuso una reunión en el cabildo de la Plaza de Mayo. La respuesta de la Marina fue exigir una tregua de veinticuatro horas, y que la conferencia se realizara a bordo de un buque de guerra. La junta, sumisamente, aceptó.

"El martes 20, una delegación de la junta se trasladó al crucero 'Argentina' para parlamentar con el almirante (Isaac Francisco) Rojas. El resultado fue un acuerdo según el cuál el presidente, el vicepresidente y todos los miembros del gabinete renunciarían. Lonardi se convertiría en el titular de un gobierno provisional a mediodía del 22, y las unidades militares que luchaban en defensa de Perón volverían a sus bases y aguardarían órdenes del nuevo régimen. Poco después de que la reunión pasara a cuarto intermedio, los representantes de Lonardi llegaban al crucero. Ratificaron el acuerdo y discutieron los aspectos políticos de la Revolución Libertadora: llamado a elecciones tan pronto como fuera posible, retorno a la Constitución de 1853, preservación de los beneficios obtenidos por los obreros y, lo más importante, el lema del proceso de reconstrucción iba a ser: 'ni vencedores ni vencidos'. Esa misma noche, Lonardi se declaró presidente provisional de la Nación sobre la base de que su inmediata asunción iba a ayudar a resolver el conflicto armado"[8].

Era el final, pero aún quedaba un conato de resistencia por oponerse. Con cierta lógica histórica, esa resistencia provendría de uno de los grupos más nazifascistas que habitaban el peronismo: la Alianza Libertadora Nacionalista.

Formada en mayo de 1943 sobre la base de la Alianza de la Juventud Nacionalista, la ALN se identificaba por su emblema de un cóndor con las alas desplegadas, que sujetaba entre sus garras un martillo y una pluma. Violentamente antisemita y anticomunista, la Alianza no sería reconocida como la Legión Cívica, no desfilaría en las fechas patrias, nunca sería oficializada ni arengada por el presidente

Perón y, por lo tanto, tampoco iban a ser seriamente investigadas sus acciones. Pero existía.

En las últimas horas del 20 de septiembre de 1955, cuando ya todas las cartas estaban echadas, cincuenta militantes aliancistas se atrincheraban fuertemente armados en un local de la calle San Martín casi esquina Corrientes, en pleno centro porteño, y decidían no entregarse sin combatir. Poco después de la una de la madrugada del miércoles 21, efectivos de Gendarmería, Ejército y Policía Federal, en un operativo combinado, rodearon el lugar e intentaron allanarlo, pero fueron rechazados con granadas y disparos de pistolas y ametralladoras. El oficial a cargo de las tropas, obedeciendo órdenes precisas de los mandos militares, hizo tomar posición en la calle a dos tanques Sherman, demolió la casa a cañonazos y capturó a todos los rebeldes.

Fue el último acto, la última resistencia al golpe. Unas horas antes, desde que había abordado la cañonera "Paraguay" surta en el puerto de Buenos Aires, Juan Domingo Perón había comenzado un largo exilio de casi dieciocho años.

En su caída, el peronismo arrastró también la tranquilidad de algunos de los nazis que habían encontrado refugio en estas playas. Aunque hay casos piloto que admiten un análisis exhaustivo[9], puede hablarse de tres grandes grupos bien diferenciados: a) los que tuvieron problemas inmediatamente a partir de septiembre de 1955; b) los que de acuerdo con la evolución de los acontecimientos hubieran podido tenerlos, y decidieron partir antes que afrontarlos, y c) los que se sintieron seguros y optaron por quedarse.

El primer grupo, el que sufrió más temprano las consecuencias del derrocamiento, estaba integrado por los hombres públicamente allegados a Perón: los técnicos y científicos residentes en Córdoba, los "ustashis" llegados desde Croacia, y los sospechosos de haber financiado al régimen.

Identificados con este segmento, pues nunca habían ocultado su relación con el ex presidente, el ingeniero Kurt Tank y el coronel aviador Hans Ulrich Rudel, fueron puestos bajo la lupa de una comisión investigadora que actuaba en Córdoba. Aunque Tank no fue detenido, Rudel sí lo estuvo, por pocos días, en dependencias de Inteligencia del Ejército, en la Capital Federal. Sobre los dos pesaban los cargos de falsificación de documentos, y en el caso del aviador,

además, se lo requería desde Alemania por su condición de "nuevo Führer". Tank desaparecería sin dejar rastros, y años después volvería a la luz en Alemania; Rudel emprendería camino hacia el Medio Oriente, y más tarde se lo ubicaría e identificaría en Egipto.

El caso de los "ustashis" croatas tuvo más vericuetos. Poco después de los hechos de septiembre, la casa del propio jefe de la organización fue allanada y Ante Pavelic detenido en su chalet de Villa Jardín. Aunque fue dejado en libertad prontamente, el nuevo gobierno lo hizo blanco de una investigación —cuyos resultados nunca fueron publicados— que fue llevada adelante por un capitán de Marina. Una vez terminada la pesquisa, y tras el atentado que sufriera, el "quisling" abandonó la residencia que le había regalado el peronismo y se mudó con su familia hacia algún lugar del Litoral, cerca de la frontera con el Paraguay, donde permaneció oculto hasta su retorno a Europa.

Su presencia en la Argentina había conseguido atraer muchas miradas, y la observación se multiplicó luego del triunfo de los antiperonistas. La comunidad croata tuvo que esgrimir sus defensas y el 23 de octubre de 1955, un mes después del derrocamiento de Perón, dos secuaces de Pavelic publicaron una solicitada en un vespertino porteño[10]. Ivan Asancaic y Vjekoslav Vrancic, en sus calidades de presidente y vice de La Defensa del Hogar Croata, señalaban en el texto: "Desmentimos categóricamente de que haya habido croata alguno y menos aún grupos de croatas organizados, contratados por el gobierno depuesto, destinados para inmiscuirse, con o sin armas, en asuntos internos o externos de la República Argentina". En otro de los párrafos, explicaban: "No se encuentra prófugo de la República Argentina ningún croata llegado al país desde terminada la segunda guerra mundial. Al contrario, enterados sobre las acusaciones de que fuimos víctimas, nos pusimos a disposición de las autoridades competentes para facilitar la investigación del caso, de cuyos resultados ningún croata tiene miedo...".

La aseveración, cuanto menos, era discutible y tres ejemplos bastaban para ponerla en duda: los de Milo Bogetic, Secen Vlado y Branko Benzón. El primero era un integrante calificado de la custodia de Perón; el segundo era el jefe de la guardia personal de Pavelic y el tercero era el médico personal del presidente derrocado. Los tres había huido de la Argentina tras el triunfo de la revolución, dejando el país al que habían llegado en mayo de 1947[11]. Bogetic y Vlado habrían de recalar en la República Dominicana, donde el dictador Rafael Leónidas Trujillo pronto les ofrecería trabajo como instructores de su policía política, y Benzón acompañaría durante los primeros tiempos del exilio a Juan Domingo Perón. Bogetic, luego, volvería a reencontrarse con el expresidente, y retornaría de su mano en 1972[12].

Para acabar con esta primera tipología, conviene decir que el caso de Ludwing Freude fue mucho más confuso y que, bajo sospecha de haber sido uno de los financistas del peronismo desde sus orígenes, sus empresas —que estaban incluidas en la lista de firmas nazis del Departamento de Estado norteamericano— fueron cuidadosamente investigadas, provocando las molestias que estos trámites suelen acarrear.

El segundo de los grupos lo integraban ciertos criminales de guerra que habían aprendido a apreciar la clandestinidad y la discreción, y no querían arriesgarlas quedándose en el país durante los primeros y furiosos tiempos de la Libertadora. Tales los casos, entre otros, de Joseph Mengele, Hans Fischboeck, Eduard Roschmann, Gerhardt Bohne y Johannes von Leers.

Durante los años que precedieron y continuaron a la caída del peronismo, el doctor Joseph Mengele no pudo estar muy tranquilo en la Argentina. Su vida privada se desordenó, y entre 1954 y 1958 se divorció de su primera esposa, contrajo matrimonio con la viuda de su hermano mayor y otra vez volvió a divorciarse. Un periodista norteamericano, Att Harris, de *The Washington Post*[13], señala que en esa época a Mengele "lo hastiaba la Argentina" y que decidió emigrar hacia el Paraguay, donde también tenía amigos. Hastiado o no, en los meses posteriores al golpe de estado el "Angel de la muerte" se identificaría con su propio nombre en Colonia Helvecia, Uruguay, para casarse con Marta Will. Y aunque todo este período de su vida es relativamente poco claro[14], lo cierto es que se había ausentado de la Argentina.

Un caso similar al de Mengele es el de Hans Fischboeck, comisario general de Finanzas y Comercio de las SS, con actuación en Austria y en Holanda. Su misión durante la guerra, tarea que había desempeñado con eficiencia, había sido la de "arianizar" la propiedad judía, un eufemismo técnico que disimulaba el robo en gran escala y los saqueos al por mayor. Finalizada la contienda, y huyendo de los cargos oficializados por las autoridades holandesas y austríacas, había pasado a Italia y desde allí a la Argentina, donde se había

servicio de informaciones, estaba copiado de modelos europeos más avanzados y se apoyaba en una red de delatores e informantes que penetraba incluso los departamentos gubernamentales ingleses en Palestina. Pero los británicos, quienes en algún sentido apoyaban y hasta colaboraban con la incipiente inteligencia judía, también comenzaron a poner sus trabas y sus dificultades.

En marzo de 1939, mediante la publicación de un "Libro Blanco", las autoridades coloniales limitaron severamente la inmigración al territorio. Dada la situación imperante en Europa, ni la Haganah ni el Shai podían ceder, y tuvieron que extremar los recursos para seguir evacuando gente. El sólo hecho de introducirla en Oriente les hacía correr serios riesgos y los enfrentaba a los británicos.

En diciembre de ese mismo año, con Alemania ya lanzaba brutalmente a la guerra, los ingleses decidieron modificar su punto de vista y convocaron a la Agencia Judía —dado que la Haganah no era reconocida oficialmente— a incorporarse a las tareas de inteligencia. Se invitó a un grupo de hombres a integrarse al Departamento Especial de Guerra Clandestina de la armada británica, y aunque los invitados no pudieron avanzar hacia su reconocimiento internacional, las enseñanzas que sacaron iban a ser muy útiles en el futuro. "En efecto, la experiencia del trabajo conjunto con los órganos del Intelligence Service británico, no dejó de ser valiosa para los inexpertos espías de la Haganah que hasta entonces habían trabajado sin una orientación de auténticos profesionales. Por primera vez, los hombres del servicio clandestino judío habían visto cómo funcionaba un servicio secreto de verdad"[20].

Las relaciones con la inteligencia inglesa, basadas en la guerra común contra Hitler, habrían de continuar y, a principios de la década del cuarenta, la Haganah conseguiría introducirse en Siria y en El Líbano, las principales avanzadas nazis en Medio Oriente. Allí permanecieron sus hombres, recogiendo información y poniendo en práctica todo lo aprendido en Londres, hasta diciembre de 1942. En esa fecha, durante la histórica batalla de El-Alamein, el general Bernard Montgomery conseguiría derrotar al mariscal Erwin Rommel y poner fin a la amenaza hitlerista en el norte de Africa.

La finalización de la guerra, a mediados de 1945, habría de sorprender a los servicios judíos aún sin una encuadratura orgánica. Hombres expertos y fogueados en la lucha contra los nazis, continuaban dispersos y no podían evitar el surgimiento de brigadas de partisanos

que se proponían operaciones meramente revanchistas. La más importante de estas brigadas, por la trascendencia de sus acciones, fue la Nekem ("Venganza", en idisch). Formada por medio centenar de ex guerrilleros, a menos de un año de terminado el conflicto llevaron adelante una operación de envenenamiento masivo en el campo de detención Stalag 134, levantado en las afueras de Nüremberg y donde se hallaban alojados prisioneros SS. Allí, en febrero de 1946, los partisanos liquidaron a un millar de hombres haciéndoles comer pan con arsénico.

Los brigadistas, sin embargo, aún no estaban satisfechos y se proponían un objetivo de mayor envergadura. "Animados por el éxito parcial de la operación, los dirigentes del Nekem elaboraron un nuevo plan, el asesinato de veintiún nazis que estaban siendo juzgados por crímenes de guerra en el Tribunal de Nüremberg. Durante varios meses estuvieron visitando el lugar donde se llevaba a cabo el juicio, estudiaron el dispositivo de seguridad y concluyeron que el proyecto era factible. Descubrieron algunas entradas en el edificio por donde una persona armada podría introducirse sin ser vista. Varias veces los emisarios del Nekem llegaron a ocupar asientos en la sala del juicio, con armas escondidas bajo su ropa. No tendrían dificultades en abatir a los reos sentados frente a ellos. Pero el plan fue descartado por miedo a que, durante el tiroteo, fuesen alcanzadas personas inocentes presentes en la sala"[21].

La Haganah se oponía a esta forma de venganza terrorista. Para combatirla, produjo un hecho político concreto que serviría para la persecución a los criminales: a mediados de 1944, en Haifa, quedó fundado el Centro de Documentación de los Crímenes Nazis, y en noviembre del año siguiente la sede central del organismo fue trasladada a Viena. A fines de 1947, pese a todos los esfuerzos, la actividad de dicho centro en la capital austríaca habría de pasar a un segundo plano, desatendida por el inminente conflicto que comenzaba a insinuarse en Medio Oriente. Dos hombres quedarían a cargo del Centro: Tuvia Fridman y Simón Wiesenthal.

Para entonces, había seguido cobrando importancia la evacuación de judíos de todas las nacionalidades que vagaban por Europa tras el final de la guerra. Como los británicos mantenían sus restricciones para el ingreso masivo a Palestina, otras organizaciones se sumaron para cumplir el objetivo: entre ellas, el Mossad Lealiá-Bet y la Brikha. Organismos también clandestinos, embarcaban en el

Mediterráneo europeo a los inmigrantes ilegales y los depositaban en puertos del futuro estado de Israel, donde se les conseguían documentos, trabajo y vivienda.

En estos años de la inmediata posguerra, un hombre que tendría mucho que ver con la captura del tal Ricardo Klement en la Argentina, comenzaría a perfilarse como un cuadro en los nacientes servicios de inteligencia. Era Isser Harel, funcionario del Shai, cuya tarea principal consistía en redactar y custodiar los informes sobre políticos y otras personalidades destacadas de la comunidad judía. Pero antes que este hombre jugara el rol protagónico que se le tenía reservado, otras cosas hubieron de suceder.

El Estado de Israel nació guerreando. Apenas creado, casi simultáneamente con las formalidades burocráticas, sufrió la invasión de una Legión Arabe formada por sus vecinos, que alcanzó a ocupar territorios pero fue repelida. La nueva nación apenas se había consolidado cuando, el 30 de junio de 1948, el Shai fue abolido por decreto y en su lugar se crearon otros tres organismos: el SHIN-BET, como servicio de seguridad interna; el Departamento Político del Ministerio de Asuntos Exteriores, como encargado de coordinar el espionaje fuera de las fronteras, y el sector de Informaciones Militares, identificado con la sigla AMAN.

Pero todavía faltaban ajustar clavijas en el flamante Estado, y las autoridades israelíes crearon, a principios de 1950, un nuevo organismo: el Instituto de Investigaciones y Misiones Especiales, cuya sigla en hebreo era Mossad y el cuál continuaría la tradición iniciada por su antecesor del mismo nombre. La nueva estructura ya no tendría como misión el ingreso de inmigrantes ilegales sino, en algún sentido, la emigración de la inteligencia: se encargaría de centralizar la recolección de informaciones, y de ejecutar los operativos especiales en el exterior del país.

El SHIN-BET, simultáneamente, ampliaba sus funciones y se dedicaba a coordinar las actividades del contraespionaje israelí fuera de las fronteras. Su jefe era Isser Harel, quien en 1952 volvería a ascender para transformarse en el director general de todos los servicios de seguridad, internos y externos. La denominación de tales servicios también fue SHIN-BET, y hasta cinco años más tarde, en 1957, el gobierno de Israel no iba a admitir oficialmente su existencia.

En 1953, un hecho sucedido en Alemania Occidental habría de

desviar por primera vez la intención de los agentes israelíes hacia Buenos Aires. A mediados de ese año, el líder neonazi Werner Naumann —uno de los hombre que había alcanzado a escapar del bunker de Hitler en la noche del 1 al 2 de mayo de 1945— había sido detenido por decisión del Alto Comisionado de la zona británica de ocupación. La investigación sobre sus actividades habría de poner al descubierto una estructura que actuaba en la capital argentina desde 1947, al amparo de la revista *Der Weg* ("El sendero").

En junio de ese año, y desde la librería Dürer Haus, de Ludwing Freude, un grupo de inmigrantes alemanes y austríacos había comenzado a editar la publicación. Financiada por industriales y comerciantes alemanes establecidos en Buenos Aires, y por colonos de Misiones y el Chaco[22], la revista era dirigida por Eberhardt Fritsch y Gustav Friedl, quienes daban cabida en sus páginas a miembros del antiguo comando geopolítico de Adolf Hitler que había hallado refugio en la Argentina. Entre la nómina de colaboradores figuraban Kaethu Müller, Paul Wottke, Rudolf Biding, Wilhelm Westpahl, Colin Ross (autor de "Unser Amérika"), Ferdinand Fried (autor de "El fin del capitalismo"), Anton Zischka ("Este u Oeste", "La lucha por el monopolio mundial del algodón" y "Japón en el mundo"), Hans Grimm ("Pueblo sin espacio"), Hans Mohler y Walter Pahl ("Piratería de las materias primas del mundo", "Centro de la tormenta política mundial" y "Distinciones aéreas del mundo"). La circulación de la revista, publicada en alemán, había sido prohibida por las autoridades de ocupación en Alemania Occidental y la zona occidental austríaca, por sus contenidos abiertamente neonazis.

"El caso Neumann arrojó luz sobre la importancia del centro neonazi que en Buenos Aires actuaba al amparo de *Der Weg*. Varios agentes alemanes que habían contraído deudas con las justicias francesa, inglesa y norteamericana, aparecieron detrás de *Der Weg*. Hans Wasemann había estado complicado en el secuestro del periodista Berthold Jacob; la baronesa Lydia Sthal estuvo condenada a cinco años de prisión por la justicia francesa a consecuencia del Caso Switz; Anna Volkoff, hija de un almirante ruso blanco, había sido condenada en junio de 1940 a diez años de prisión en Londres por el delito de espionaje, recuperando la libertad en 1946; una norteamericana, Velvalae Dickinson, Bluker de soltera, había sido condenada a la misma pena pero en Nueva York, como agente japonés, complicada en el caso de las 'muñecas parlantes'. Estas gentes trabajaban a

las órdenes del antiguo brazo derecho del embajador de Hitler en la Argentina, un tal Walter Gisen, y de su colaborador Erich Meynen, ex especialista del tráfico de submarinos durante el Tercer Reich"[23].

Pero si el caso Neumann y sus ramificaciones en Buenos Aires habían llamado la atención de la joven inteligencia israelí, una denuncia discreta que recibirían poco después atraería todas las miradas.

Sobre la operación que culminó con la captura de Adolf Eichmann en los suburbios de la capital argentina, a mediados de mayo de 1960, hay por lo menos dos versiones públicas y una tercera, expresada aquí por primera vez, que se desprende del análisis de lo sucedido.

La versión número uno, la más difundida, carga los méritos de la detención en el pecho de Simón Wiesenthal. La versión número dos es la semioficial, ofrecida por el gobierno de Israel a través del jefe del grupo que concretó el procedimiento. La versión número tres, hasta ahora inédita, podría conducir a demostrar que Adolf Eichmann fue delatado por un periodista, quien vendió su información —quizá de manera indirecta— a los servicios de inteligencia israelíes. Cualquiera fuere la alternativa que se acepte, el estudio de las tres permitirá extraer una sola conclusión: demasiada gente, y al mismo tiempo, estaba corriendo detrás de la misma liebre.

¿Qué había hecho de Eichmann un hombre perseguido tan tenaz y pacientemente?

Nacido en 1906 en Solingen, Alemania, muy joven se había mudado con sus padres a la zona de Linz, en la Alta Austria, y allí había concurrido a un colegio donde había tenido como profesor al mismo maestro de Historia de Adolf Hitler. En 1931 había ingresado al Partido Nacional Socialista y un año más tarde, en 1932, a las SS. Cuatro años le llevó especializarse en judaísmo; al cabo de los mismos, leía y traducía el hebreo y podía hablar y entender el idisch. En 1938, todavía en Austria, se le encargó la organización de la Sección de Asuntos Judíos. Su éxito fue tal que un año después se lo envió a Bohemia-Moravia para repetir allí la experiencia. El concepto "organizar los asuntos judíos", para Eichmann, tenía un sentido inequívoco: exterminarlos.

El período 1941-1942 fue el apropiado para poner en práctica sus planes. Al comenzar las deportaciones masivas propuso crear un gran ghetto en Marruecos, al norte de Africa, pero pronto se convenció de

que era más barato matarlos. Y comenzaron las ejecuciones en Lublin y Auschwitz.

Siendo uno de los mayores responsables de la llamada "solución final del problema judío", una metáfora para designar la organización de la muerte de seis millones de personas, al término de la guerra cayó prisionero de los americanos, quienes ignoraban su verdadero nombre. Se hacía llamar "Eckmann"[24] y permaneció relativamente seguro en el campo de detención, hasta que su nombre empezó a aparecer durante los interrogatorios a los otros prisioneros. Cuando los aliados comenzaron a interesarse por su persona, huyó del campo y en 1950, tras haberse escondido algún tiempo en las inmediaciones de Hamburgo, trabajando como leñador, llegó a Génova por la "ruta de las ratas" y estrenando nombre: desde ese momento se hizo llamar Ricardo Klement, y tenía documentos que probaban su filiación.

El 15 de julio de 1950 llegó a Buenos Aires a bordo del buque italiano "Giovanni C", el mismo vapor que dos años antes —según indicios[25]— habría desembarcado a Martin Bormann en el mismo puerto. Había hecho el viaje como pasajero de segunda clase, portando un pasaporte de la Cruz Roja Internacional visado por el cónsul argentino en Génova. Después de los primeros tiempos en la capital, a finales de 1951, Eichmann-Klement "inició relaciones comerciales con una institución bancaria llamada Fludner y Compañía cuya dirección, correspondiente a Buenos Aires, era Avenida Córdoba 374. Esta institución, dirigida por un alemán que había emigrado a la Argentina, estaba interesada en la explotación de recursos hidráulicos con vistas a la generación de energía eléctrica, y había fundado a tal fin una empresa llamada CAPRI, de cuyo equipo de colaboradores formaba parte Ricardo Klement que, según parece, trabajó hacia 1952 por cuenta de dicha empresa en las cercanías de la ciudad de Tucumán"[26].

Llegado a esa provincia, Eichmann se presentó ante la policía local y solicitó una cédula. Exhibió el documento número 1.378.538, librado por las autoridades bonaerenses, y se le otorgó el carnet de identidad número 341.952. En el documento mostrado para realizar el trámite, constan los siguientes datos: nacido en Borzano, Alemania, el 23 de mayo de 1913; hijo de Ana Klement; soltero; mecánico. El domicilio anterior era Monasterio 429, Florida, provincia de Buenos Aires.

Lo más curioso del expediente es la dirección que fija para su

nueva residencia. Era una casilla de correos de la capital tucumana, la número 17, y era la misma que antes habían ofrecido para idéntico trámite otras nueve personas: Guillermo Gerardo Klammer (alemán, cédula de identidad 1.318.455), Pedro Geller (alemán, cédula 4.344.976), Federico Limberger (austríaco, cédula 4.449.976), Carlos Teodoro Nahmacher (argentino, cédula 1.977.769), Juan Richwitz (alemán, cédula 4.651.550), Leo Lecharmair (alemán, cédula 4.039.316), Ingrid Elisabeth Silberman (alemana, cédula 3.869.112), Guillermo Alejandro Stephanus (argentino), y Tomislav Kuraja (croata, cédula 4.277.334)[27].

Esto podría hacer suponer que los nombrados, como Eichmann-Klement, eran empleados de CAPRI que, una vez llegados a Tucumán, habían dado la dirección postal de la firma para regularizar su situación legal. Existiría esta posibilidad, a no ser por un detalle: según el resultado de una investigación privada, la empresa "CAPRI Proyectos y Traliz Ind.", se había registrado en la guía telefónica de la ciudad... con una dirección falsa. Ni en el momento de realizarse la pesquisa, ni antes, había estado esa compañía en la dirección que figuraba en la guía[28]. CAPRI, así, se parecía mucho a un fantasma inasible.

Quien no era un fantasma era la mujer que arribó a Tucumán con tres niños a mediados de 1952. Llegó el 28 de junio y su nombre era Verónica Liebl, Eichmann de casada, y los chicos que la acompañaban eran los tres hijos del matrimonio: Dieter, Klaus y Horst.

Y aquí conviene analizar la primera de las explicaciones que se dieron sobre el hallazgo y la identificación del criminal de guerra; es decir, la que le otorga todo el mérito a Simón Wiesenthal. Porque el jefe del Centro de Documentación de Viena, con el olfato aguzado que le era característico, había comenzado a rastrear a Eichmann siguiendo la pista de su esposa.

El eslabón inicial de una larga cadena de indicios lo había obtenido a finales de 1947, al enterarse de que la señora Liebl había solicitado en el juzgado de Bad Ischl un certificado de defunción de su esposo, del que se decía divorciada, "en interés de los niños". A Wiesenthal no se le escapó lo principal: ni bien Eichmann fuese declarado oficialmente muerto, dejaría de ser reclamado por la justicia y se le dejaría de perseguir. Investigando la solicitud descubrió que un hombre, Karl Lukas, había enviado una declaración jurada en la que decía haber presenciado la muerte del criminal durante un tiroteo en

Praga, el 30 de abril de 1945. El dato que alentaba las sospechas era que Lukas estaba casado con la hermana de la esposa de Eichmann, María, y podía pensarse que parte de la familia estaba complotada para fraguar el deceso. En sus memorias, Wiesenthal ha admitido: "Hoy creo que mi más importante contribución a la captura de Eichmann, fue destruir aquella patraña de su pretendida muerte. Muchos criminales de las SS no podrán ser capturados jamás porque se hicieron declarar muertos, viviendo a partir de entonces felices y contentos, bajo nombres supuestos".

El segundo indicio que llamó la atención del cazador, fue la desaparición de Vera Liebl de su casa de Altausee después de la Pascua de 1952. Nadie sabía aún que había viajado hacia la Argentina a bordo del vapor "Salta" para reunirse con su esposo, pero su desaparición y la de los chicos, sin motivo aparente, volvió a despertar las sospechas. Siete años tuvieron que transcurrir, hasta la mañana del 22 de abril de 1959, cuando "leyendo el diario de Linz 'Oberosterreichische Nachrichten' vi en la última página una esquela de frau María Eichmann, madrastra de Adolph Eichmann. A continuación del nombre figuraban los de los familiares, pero el de Adolph Eichmann no venía entre ellos, si bien el último era el de 'Vera Eichmann'. La gente no miente, generalmente, en las esquelas, y allí ponía 'Vera Eichmann'. Al parecer, frau Eichmann ni se había divorciado ni se había vuelto a casar"[29].

Tiempo más tarde, Wiesenthal envió a uno de sus hombres a investigar a la madre de Verónica Liebl, María, y aunque la mujer se mostró reticente admitió que su hija se había casado con un "sudamericano llamado Klems o Klemt". El 6 de febrero de 1960, otra vez, un diario puso sobre la pista del criminal: en la necrológica del padre de Eichmann, también llamado Adolf y fallecido el día anterior, se citaba entre las hijas políticas a frau Vera Eichmann.

Simón Wiesenthal puso todas estas informaciones en manos de los servicios de inteligencia israelíes, quienes enviaron dos emisarios a Viena para conseguir, además, fotografías de la presa. Tal vez por imperio de la necesidad, no tuvieron una actitud recíproca con el cazador de nazis: ellos también estaban sobre la pista del responsable de la "solución final", pero no se lo dijeron.

Hasta aquí, y según lo ha admitido públicamente el propio interesado, llegan los méritos de Wiesenthal en la responsabilidad por la captura y posterior juzgamiento de Adolf Eichmann. El resto de las

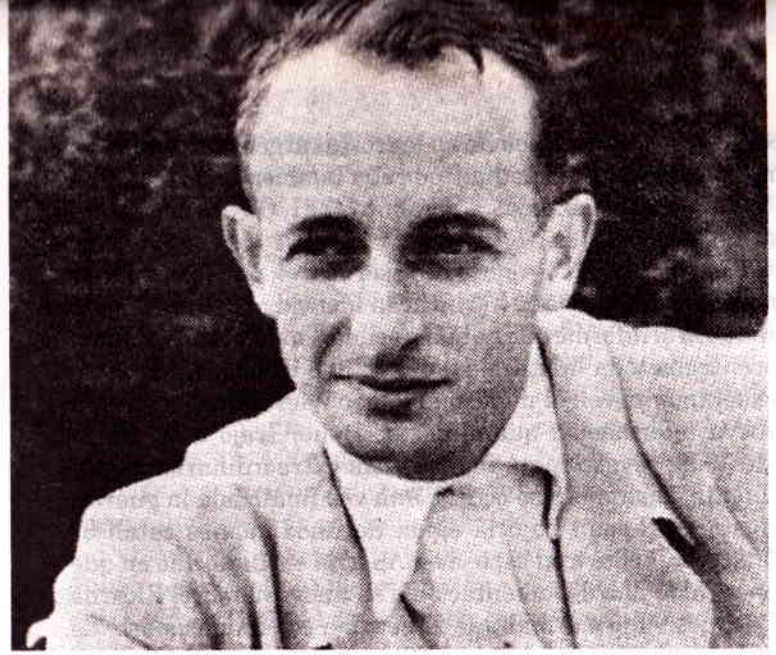
explicaciones en boga, las que le atribuyen mayor injerencia en el caso, forman parte de su leyenda personal.

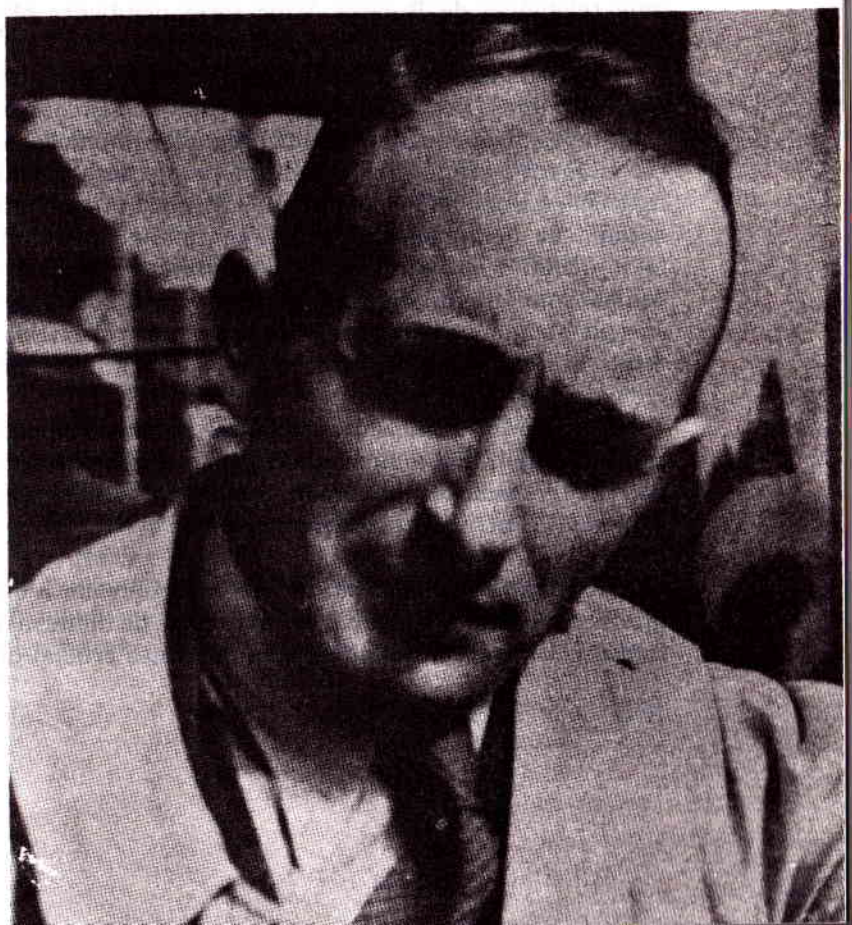
La segunda de las versiones sobre la caída del genocida es la que el gobierno de Israel acepta a regañadientes y adquiere, por lo tanto, un carácter semioficial. Según esta versión[30], la primera pista que el SHIN-BET obtuvo sobre el caso, llegó a Israel en los primeros meses de 1958, emitida sigilosamente por el doctor Fritz Bauer, fiscal general de la República en Hesse, Alemania Federal.

La información daba cuenta de que un alemán de 55 años y ciego, radicado en Coronel Suárez, provincia de Buenos Aires, llamado Hermann Lothar, tenía razones para suponer que había dado con el paradero de Eichmann. Una hija suya, contó a Bauer, había conocido en la ciudad de Olivos a un joven llamado Nicolás. El muchacho profesaba admiración por los nazis, lamentaba que no hubiesen acabado su trabajo con los judíos, y no ocultaba que su padre había sido durante la guerra un oficial del ejército alemán "que había cumplido con su deber para con la patria". El apellido del joven era Eichmann y se había negado siempre a dar su domicilio, al punto que la muchacha debía enviarle las cartas a la dirección de un amigo común.

Cuando el fiscal Bauer —en abierta violación a sus deberes de funcionario del gobierno alemán— transmitió esta información a los servicios de inteligencia israelíes, comenzó un largo proceso de verificación y chequeo del dato. Una vez establecido un contacto directo entre Israel y Hermann, el informante hizo nuevas averiguaciones e incurrió en un error que pudo haber hecho fracasar toda la operación: confundió a Eichmann con un vecino.

"Francisco Schmidt", decía en una carta enviada a los israelíes, "es el hombre que buscamos y la descripción personal de Adolf Eichmann que recibimos de Francfort, se ajusta a él perfectamente. Según resulta de lo que hemos podido averiguar, eligió a dos personas (dos familias de apellidos Dagoto y Klement), y registró los contadores de luz a su nombre. Francisco Schmidt y su familia viven en la parte frontal de la casa, y han alquilado la vivienda de atrás a una familia cuya identidad no he podido averiguar, pero que al parecer está al corriente de quién es él. Según lo que he podido comprobar a través de personas que vieron a Francisco Schmidt cuando éste adquirió la parcela, su aspecto se ajusta exactamente a la descripción de Adolf Eichmann. Se dice que Schmidt





desembarcó de un submarino alemán en las costas argentinas en 1945". En la misma carta, Hermann Lothar indicaba también la dirección en que vivían los hombres observados: Chacabuco 4261, Olivos, en el norte de la ciudad de Buenos Aires.

Todo hace suponer, en el relato de Isser Harel, que los israelíes no hicieron ningún esfuerzo por verificar la identidad del misterioso señor Schmidt. En el informe que habían recibido, había otro elemento que les concentraba toda la atención: el apellido Klement, que coincidía casi exactamente con el mencionado por Wiesenthal.

"La nueva información que el doctor Bauer trajo a Israel en diciembre de 1959, revestía una importancia extraordinaria. Según esa nueva fuente, Eichmann se ocultó, una vez finalizada la guerra, en un monasterio alemán bajo la égida de unos monjes católicos croatas. Al parecer, visitó a su esposa en Austria en 1950, año en que ya había conseguido una documentación a su nuevo nombre, Ricardo Klement. Después viajó por mar a la Argentina con un pasaporte de la Cruz Roja Internacional a nombre de Ricardo Klement. En Buenos Aires obtuvo una tarjeta de identidad con su nuevo nombre, y en la guía telefónica de Buenos Aires correspondiente al año 1952 ya figuraba un tal Ricardo Klement".

A partir de estos nuevos datos recibidos por el MOSSAD, los contactos con Lothar Hermann fueron haciéndose cada vez más espaciados, hasta quedar totalmente interrumpidos. La prioridad, en ese momento, era formar un equipo propio para continuar la investigación en Buenos Aires, y un nuevo hecho apresuró ese trabajo: "La decisión de enviar agentes a la Argentina, a pesar de los riesgos, se tomó debido a la denuncia de dos nuevos informadores según los cuáles también estaría en la Argentina el médico de Auschwitz, doctor Joseph Mengele, responsable de atroces experiencias médicas con cobayos humanos y de la 'selección' de víctimas para los hornos crematorios"[31].

Así, las dos explicaciones conocidas sobre la ubicación e identificación de Adolf Eichmann en la Argentina, que podrían denominarse "versión Wiesenthal" y "versión semioficial israelí", ensamblan perfectamente entre sí y no se contraponen.

A partir de la certeza de haber encontrado a su hombre, los integrantes del SHIN-BET se avocaron de lleno a planificar su captura. En este punto surge una pregunta crucial que convendrá

intentar responderse antes de seguir avanzando: si se estaba ante la firma de un tratado de extradición entre Israel y la Argentina[32], si ambos países mantenían relaciones diplomáticas en apariencia cordiales, si el entonces presidente argentino tenía antecedentes que le habían ganado fama de "amigo de los judíos"[33], ¿por qué hacer una arriesgada operación de inteligencia para secuestrar a un hombre en un país extranjero, actitud que ocasionaría un altísimo costo político?

Hay sólo dos respuestas posibles, sencillas y concordantes: a) los israelíes no confiaban en el gobierno de Buenos Aires; b) jamás pensaron que alguien del entorno de Eichmann haría trascender tan rápidamente lo ocurrido. Sobre esta segunda contestación se volverá después, ya que en ella se apoya la hipótesis de que el criminal de guerra fue delatado por un igual.

La primera respuesta tiene su propia lógica, ya que tal desconfianza hasta podía medirse en forma estadística: en los diez años anteriores a 1960, sucesivos gobiernos argentinos habían rechazado de una manera u otra cinco pedidos de extradiciones formulados por dos estados contra media docena de personas. El primer rechazo había ocurrido en 1951, cuando Yugoslavia había reclamado por Ante Pavelic, Iván Herencic, Josip Balen y otros. El segundo había sucedido en 1952, cuando Alemania Occidental requirió a Hans Ulrich Rudel. El tercero en 1957, cuando los yugoslavos volvieron a cargar sobre Pavelic. El cuarto y el quinto, respectivamente, habían ocurrido a mediados de 1959 y en enero de 1960, al rechazarse sendos pedidos de extradición de Alemania Occidental por Joseph Mengele. (Al margen, puede acotarse que la tradición de la no extradición en la justicia argentina, exceptuados los casos de Gerhardt Bohne y Josef Schwammberger, habría de continuar rigiendo en lo referido a los criminales de guerra)[34].

Este descreimiento fundamentado de los israelíes, los había convencido de que era inevitable correr los riesgos de un escándalo político. Aun así, sólo los consideraban posibles si se daba el caso de sufrir imprevistos durante la misma operación de captura: "Consideraba esta acción nuestra como mucho más difícil desde el punto de vista operativo, y mucho más delicada desde el punto de vista político, que cualquiera de las que hubiera emprendido hasta entonces el Servicio Secreto, y sabía que mi presencia en Buenos Aires sería esencial habida cuenta de los complicados problemas que probablemente iban a plantearse (...) Políticamente estaba claro que, aunque

la operación constituyera un éxito, siempre correríamos el peligro de ser acusados de haber violado la soberanía de un estado amigo y, si se producía algún percance y se descubrían nuestros propósitos antes de que hubiéramos alcanzado la fase operativa, habría que tomar decisiones improvisadas sobre la marcha, dado que no dispondríamos ni de tiempo ni de medios para pedir ayuda o instrucciones a Israel"[35].

Con plena conciencia de lo que estaba por acometer, el SHIN-BET se puso a trabajar sobre la operación, y envió su primer contingente a Buenos Aires. Era una avanzadilla de tres hombres, a quienes en la capital argentina se les unieron otros dos y una mujer. Tenían la misión de verificar los datos por última vez, y proceder a la identificación indubitable de Eichmann-Klement.

El grupo llegó en los primeros días de febrero de 1960, y comenzó a operar sobre el terreno.

La primera comprobación que realizaron, no fue auspiciosa: el pájaro se había volado.

Por alguna razón no comprobada, pero tampoco vinculada a la operación, Adolf Eichmann y su familia se habían mudado de la casa que ocupaban en el 4261 de la calle Chacabuco, en Olivos. Pasado el primer momento de desconcierto, el grupo retomó la pista al descubrir que uno de los hijos del criminal, Dieter, aún seguía trabajando en un taller mecánico de las inmediaciones. Mediante el simple procedimiento de simular el envío de un regalo para su hermano Klaus, los agentes pudieron seguirlo y el muchacho, que no lo advirtió, los condujo hasta el nuevo domicilio: la casa levantada en la intersección de la calle Garibaldi y la ruta 202, en los suburbios de San Fernando. Averiguaciones discretas en la oficina de correos de la zona, permitieron comprobar que la casa estaba a nombre de la señora Verónica Liebl. El círculo otra vez comenzaba a estrecharse, y unos días más tarde se habría de cerrar del todo.

La vigilancia sobre la nueva morada de la familia, una construcción modesta y sin revocar, se ejercía de una manera sutil y disimulada: a diferentes horas del día y de la noche, y utilizando diferentes automóviles alquilados, los seis integrantes del grupo comenzaban a tomar notas detalladas de hábitos, costumbres y horarios de esos vecinos, y a registrar las características toponímicas del lugar.

El 20 de marzo de 1960, la observación tuvo un premio impensado: ése fue un día de fiesta para "los Klement". Los vigías advirtieron

que el dueño de casa regalaba flores a su esposa, que los muchachos se ponían los mejores trajes, y que la mesa se preparaba para una celebración. Para los agentes israelíes, fue como si el hombre les hubiese firmado un documento con su verdadera identidad: el 20 de marzo de 1960, es decir ese día, se cumplían veinticinco años del casamiento de Adolf Eichmann con Verónica Liebl, celebrado en Austria en 1935. La fiesta había disipado todas las dudas sobre la verdadera filiación de Ricardo Klement.

Con esta certeza, cuando el segundo grupo del SHIN-BET llegó a Buenos Aires, la primera avanzada abandonó la Argentina sin dejar pistas. Habían hecho un buen trabajo que incluía la toma de fotografías de Eichmann, su casa y su familia, registradas sin que ellos lo hubiesen advertido.

El nuevo grupo de tareas del servicio de inteligencia israelí estaba integrado por Gabi Eldad (comandante), Ehud Revivi (subcomandante y jefe del grupo de avanzada), Menashe Talmi (conocedor y jefe del grupo de avanzada), Yosef Kenet (incorporado al grupo de avance para interrogar al prisionero), Ezra Eshet (coordinador de las cuestiones organizativas), Zev Keren (técnico), Shalom Dani (experto en falsificación de documentos), Eli Yuval (experto en disfraces y maquillaje, y elegido para ser el primero en apresar a Eichmann dada su fortaleza física), Yitzhak Nesher (miembro del grupo de avanzada), Dina Ron (para permanecer con el detenido en la casa donde se lo alojara), y un médico que debería mantener drogado al prisionero durante las distintas fases de la operación.

A partir de la identificación definitiva de Adolf Eichmann el 20 de marzo, el momento de la acción se acercaba rapidamente.

A principios de mayo, poco antes de viajar él mismo a Buenos Aires, Isser Harel había resuelto el problema del traslado del criminal, una vez capturado, hasta Jerusalén. La decisión del jefe del SHIN-BET se había inclinado por un avión Britannia de la línea estatal El-Al, que habría de llevar hasta la capital argentina a la delegación israelí que asistiría a los festejos de los 150 años de la Revolución de Mayo. Harel también había previsto una alternativa: un carguero de la misma nacionalidad estaba fondeado en los muelles porteños, con sus hombres en estado de alerta. Las tripulaciones del avión y del buque tenían una característica en común: todos sus integrantes eran sobrevivientes de campos de concentración, o familiares de víctimas de Adolf Eichmann.

Para el miércoles 11 de mayo de 1960, día en que habría de realizarse la captura, los miembros de las fuerzas especiales israelíes se habían movilizado en número de 64; habían arrendado siete casas que les servirían de alojamiento y de improvisado lugar de detención del prisionero mientras permanecieran en territorio argentino; habían alquilado y desalquilado una veintena de automóviles en distintas agencias; habían instalado 19 hombres en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores, más un equipo de apoyo en Montevideo, Uruguay, y habían planificado la operación hasta en sus más mínimos detalles.

Cinco minutos después de las ocho de la noche de aquel día, y como lo había hecho durante innumerables jornadas anteriores, Ricardo Klement bajó del ómnibus que lo traía de su trabajo en la Mercedes Benz, empresa a la que había ingresado el 20 de marzo de 1959 al irse de CAPRI. Seguramente no le llamaron la atención los dos autos estacionados, uno a cincuenta metros y el otro a una cuadra de su casa. Había comenzado a caminar por la ruta 202 hacia las vías del ferrocarril, despreocupado, cuando el peso de la Historia cayó sobre su humanidad.

"Los hombres del primer automóvil ya casi habían perdido las esperanzas. Vieron pasar un autobús, pero no pensaron que fuera a ocurrir nada. Y, de repente, Kenet vio a alguien caminando junto al borde de la carretera. Estaba demasiado oscuro para poder distinguir quién era.

"—Alguien se acerca —le dijo a Gabi— pero no puedo ver quién es. —Segundos más tarde, en un susurro que a él se le antojó un grito, exclamó: —¡Es él!

"A Gabi le dio un vuelco el corazón. Miró apresuradamente a sus hombres para comprobar que todos estaban a punto. Eli reconoció inmediatamente a la figura que se acercaba, pero Gabi tardó en hacerlo otros quince segundos. Entretanto, Klement ya había doblado la esquina de la calle Garibaldi.

"Kenet le susurró al oído a Gabi:

"—Lleva una mano metida en el bolsillo... es posible que vaya armado. ¿Se lo digo a Eli?

"Díselo —repuso Gabi.

"—Eli —susurró Kenet— vigila porque tal vez vaya armado. Lleva la mano en el bolsillo.

"Klement se encontraba de pie frente al automóvil.

"—Momentito —le dijo Eli abalanzándose sobre él.

"Klement retrocedió presa del pánico.

"En los ejercicios de práctica, Eli había utilizado el método llamado 'asimiento de centinela', consistente en agarrar al hombre por detrás y arrastrarle de espaldas, pero la advertencia de Kenet acerca del arma lo obligó a cambiar de táctica. Se abalanzó sobre Klement para derribarle pero, a causa del retroceso de éste, ambos cayeron al suelo. Mientas caía, Klement lanzó un terrible grito, como un animal salvaje atrapado en una trampa. Zev rodeó rápidamente el automóvil y le agarró las piernas. Klement yacía como paralizado.

"Gabi se vio también obligado a cambiar de táctica sobre la marcha. Descendió del automóvil, agarró una mano de Klement y empezó a arrastrarle hacia el interior, mientras Eli y Zev lo empujaban por el otro lado. En muy pocos segundos, los cuatro —Gabi, Eli, Zev y Klement— se encontraron apretujados en la parte de atrás del vehículo. Zev pasó a la parte delantera del automóvil saltando por encima del respaldo del asiento. Kenet cerró la puerta, subió y puso en marcha el motor. Toda la acción había durado menos de un minuto"[36].

Siguiendo la ruta previamente elegida, donde se habían distribuido otros grupos de apoyo, los dos automóviles del grupo de avanzada condujeron al prisionero hasta una de las casas seguras, la que habían denominado Tira. Allí el hombre, quien había empezado a intuir lo que estaba sucediendo, fue interrogado por Yosef Kenet. La versión oficial de este interrogatorio es como sigue:

"Con la lista de los datos personales de Eichmann frente a sí, Kenet empezó a dirigirle al prisionero una serie de preguntas:

"—¿Cuál es su tamaño de sombrero?

"—Seis y siete octavos— repuso.

"—¿Y su talla de vestir?

"—Cuarenta y cuatro.

"—¿Qué números de zapatos calza?

"—Nueve.

"—¿Y cuál era el número de su tarjeta de afiliación al Partido Nacional Socialista?

"—El 889.895 —fue la resuelta respuesta.

"—¿Cuándo llegó usted a la Argentina?

"—En 1950.

"—¿Cómo se llama?

"—Ricardo Klement.

"—¿Se deben las cicatrices de su torso a un accidente que ocurrió durante la guerra?

"—Sí —repuso Klement empezando a temblar.

"—¿Cuál es su verdadero nombre?

"—Otto Heninger —contestó el prisionero como a regañadientes.

"—¿Eran sus números en las SS 45.326 y 63.752?

"—Sí.

"—¡Entonces dígame cómo se llama! —le ordenó Kenet.

"—Me llamo Adolf Eichmann"[37].

Desde el momento de su captura hasta que fue sacado de la Argentina, el criminal de guerra permaneció ocho días en una casa del Gran Buenos Aires que todavía hoy se mantiene en la más estricta clandestinidad. Al cabo, el 19 de mayo, fue embarcado subrepticiamente a bordo del avión de El-Al, y trasladado hasta Jerusalén en un vuelo sin escalas. Habían transcurrido veintiséis meses desde que los servicios de inteligencia israelíes se habían puesto sobre la pista de su paradero. La primera batalla se había ganado, y desde ese momento habría de comenzar otra, también dura. El nuevo combate se iba a librar en la arena diplomática.

El lunes 23 de mayo de 1960, mientras Vera Liebl enviaba una carta a la oficina de personal de la Mercedes Benz explicando que su esposo había desaparecido hacía doce días, el primer ministro israelí David Ben Gurión leía una declaración ante el parlamento de su país: "Tengo que anunciar al Knesset que hace poco tiempo los Servicios de Seguridad israelíes localizaron a uno de los mayores criminales nazis: Adolf Eichmann, responsable junto con los demás dirigentes nazis, de lo que ellos llamaban 'la solución final del problema judío'; es decir, el exterminio de seis millones de judíos de Europa. Adolf Eichmann ya se encuentra detenido en Israel, donde en breve será juzgado según la Ley de Castigo contra los criminales nazis de 1950".

La noticia, un verdadero estallido periodístico, dio la vuelta al mundo a una velocidad asombrosa y el martes 24, dada la diferencia horaria, fue conocida por los argentinos. Dos días después de la difusión del anuncio, el jueves 26, un diario de Buenos Aires publicaba una primicia mundial: informaba a sus lectores que Eichmann había sido capturado en la Argentina. La afirmación repercutió en los medios de prensa americanos y europeos que, en los días siguientes, pudieron confirmar la noticia.

La reacción del gobierno, cuyo presidente desde hacía dos años era Arturo Frondizi, no fue tan rápida. Recién el primer día de junio el ministro de Relaciones Exteriores, Diógenes Taboada, admitió a los periodistas que "los organismos del Estado están reuniendo los antecedentes vinculados con el asunto", y agregó: "He llamado al embajador de Israel, señor Arie Levavi, para pedirle que requiera a su gobierno una manifestación expresa y oficial relacionada con el hecho". El canciller Taboada fue todavía más allá, y expresó con cierta preocupación: "He señalado al mencionado diplomático que de comprobarse oficialmente que ha tenido lugar en territorio argentino un acto violatorio de las normas del derecho internacional y del derecho interno, nuestro gobierno adoptará las medidas que correspondan de acuerdo con la naturaleza del caso".

El 10 de junio, una carta de Ben Gurión a Frondizi confirmaba los temores del canciller y explicitaba la defensa que Israel hacía de lo actuado: "No desestimo la seriedad de la violación formal de las leyes argentinas cometida por quienes, al fin, culminaron su larga búsqueda con la captura de Eichmann, pero estoy cierto que solo muy pocas personas en el mundo dejarán de comprender la profunda motivación y la suprema justificación moral de este acto"[38].

El mismo día en que se conocieron los términos de la carta de Ben Gurión, la Argentina notificaba formalmente al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas su intención de solicitar el apoyo del organismo si Israel no devolvía a Adolf Eichmann.

El 21 de junio de 1960, en consecuencia, el tema llegó a ese recinto en la voz del embajador Mario Amadeo, quien expuso los agravios sufridos por el gobierno de Buenos Aires. En su parte resolutiva, Argentina reclamaba del Consejo de Seguridad que se reconviniera a Israel para que "proceda a una adecuada reparación, de conformidad a la Carta de las Naciones Unidas y las normas del derecho internacional". Ocupando un asiento en el reciento, pero sin voz ni voto, la canciller israelí Golda Meir declaraba a decenas de periodistas al término de la sesión: "Nosotros reconocemos que las personas que trasladaron a Eichmann desde la Argentina hasta Israel, violaron las leyes argentinas. A este respecto, Israel presentó sus excusas. Mi gobierno cree sinceramente que esta violación aislada de la ley argentina, debe ser considerada a la luz excepcional de los crímenes atribuidos a Eichmann, y a la de los motivos que tienen los que cometieron la violación: seis millones de judíos europeos, entre

los cuáles había un millón de niños, murieron en las cámaras de gases".

Israel comprendía, se excusaba, se disculpaba oficial y públicamente, pero no devolvería a su prisionero. El 12 de mayo de 1961 dio comienzo el juicio en Jerusalén, y en el último minuto del 31 de mayo de 1962, Adolf Eichmann fue ejecutado.

El proceso, largo y extenuante, había sido también transparente y se había arribado a la condena del acusado tras la probanza de todos los cargos, que podían sintetizarse en uno solo: la comisión de crímenes atroces y reiterados contra el pueblo judío.

Entre el aluvión de elementos que decidieron a los jueces figuraban unos cuadernillos escritos en inglés y anotados en alemán que disiparon todas las dudas: eran los originales de las memorias que Eichmann había dictado en Buenos Aires, corregidos de su puño y letra. Y en este dato se apoya la tercera versión sobre su identificación en la Argentina.

La hipótesis tiene sus atractivos: Hermann Lothar —quizá sin saberlo, quizá a cabio de algún dinero[39]— fue el intermediario de otro nazi, quien en realidad entregó el criminal a los israelíes en una operación en la que involucró calculadamente al fiscal alemán en Hesse.

Como sostén de esta hipótesis puede decirse, sin temor a estar haciendo leña del árbol caído, que el corresponsable de la "solución final" no era querido, respetado ni protegido aun por sus mismos excamaradas. Esta serie de testimonios recopilados después de la guerra dan fe de ello:

• "Otro hombre de Altausse me confirmó que había visto a Eichmann allí el 2 o 3 de marzo (de 1945) y que Kaltenbrunner 'se enfadó bastante' cuando supo de la presencia de Eichmann en Altausee, y le dijo 'que se largara al instante'. Esta fue la primera vez que me di cuenta de que ni los amigos de Eichmann querían saber nada de él una vez terminada la guerra: con razón, sus antiguos colegas intuían que su contacto abrasaba".

• "Uno de mis más allegados colaboradores de aquellos meses (primavera de 1948), fue un antiguo comandante de la Wehrmacht alemana. Se había mostrado reacio a ayudarme, y dijo: 'No debo manchar mi uniforme', invocando el espíritu de Kameradschaft. Le dije que la camaradería termina donde el crimen empieza, y que yo no

salvaría a camaradas míos que hubiesen cometido crímenes en un campo de concentración. El comandante visitó varios camaradas suyos alemanes, habló con muchos SS y cuando volvió a Linz me dijo que Eichmann era 'el hombre más odiado entre los SS, por haberle dado a la SS tan mala fama'".

"Hay algunas personas conocidas. De seguro recordará al teniente Hoffmann de mi regimiento, y al hauptmann Berger, de la 188 División. Hay también algunas otras que usted no conoce, pero ¡imagínese con quién me encontré!; es más, con quién tuve que hablar un par de veces: ese asqueroso puerco de Eichmann, el que se ocupaba de los judíos" (fragmento de una carta enviada por un teniente coronel alemán a un amigo austríaco, desde la Argentina, a fines de 1953)[40].

Con semejante publicidad sobre sus espaldas, y sintiéndose seguro en los suburbios porteños, Adolf Eichmann se decidió a ejercer su defensa, y escribió sus memorias. Mejor dicho, las dictó. El encargado de la redacción fue un periodista holandés, también emigrado a la fuerza, que le fue presentado en Buenos Aires por el coronel Otto Skorzeny[41].

El hombre se llamaba Wilhelm Sassen y había llegado al país en 1947, huyendo de la justicia de su patria que lo reclamaba como criminal de guerra. Durante la ocupación nazi había renunciado a su nacionalidad y adoptado la ciudadanía alemana, para poder ingresar a las SS y enorgullecerse de revistar como oficial en la guardia preferida por Hitler. En 1944, a instancias del ministro de Propaganda Joseph Goebbels, había sido nombrado director del diario *Telegraf*, un hecho que no le impediría asegurar —años más tarde— que había sido corresponsal de guerra y ex soldado en el frente del Este. En la Argentina, durante 1955, había cubierto los primeros escarceos de la Revolución Libertadora y entrevistado al general Lonardi en Córdoba, reportajes que habían publicado las revistas norteamericanas *Time* y *Life*.

A partir de la conexión realizada por Skorzeny, Sassen y Adolf Eichmann comenzaron a trabajar. En un viejo grabador, el periodista registraba el testimonio del criminal y luego redactaba despaciosamente los originales que el propio Eichmann corregía en los márgenes. Sin saber, claro, que esas correcciones concurrirían para su sentencia de muerte, en Jerusalén, a mediados de 1962.

La hipótesis de que el tándem Wilhelm Sassen-Hermann Lothar

haya sido quien denunció a los israelíes el paradero de Adolf Eichmann, se basa en lo que algunos juristas llamarían "una coincidencia temporal con concordancia de hechos". En otras palabras, que pueda establecerse una relación cronológica comprobable entre una serie de acontecimientos.

En este caso, la hipótesis de que tal encadenamiento existe se apoya en dos puntos en apariencia inconexos pero estrechamente ligados entre sí: a) la temprana "filtración" de que la captura se había producido en la Argentina; b) la llegada de los originales de las memorias a manos de los jueces en Jerusalén.

A poco de analizarlos, se advierte que el primer punto sólo pudo haberlo difundido alguien que —exceptuando a los propios secuestradores— conociera previamente la identidad y el paradero del criminal. La entrega de las hojas mecanografiadas, a su vez, sólo podría haberla hecho la persona que las tenía en su poder. Los perfiles de Sassen y Lothar encajan perfectamente en la primera de las dos situaciones. En lo que hace a la segunda, aunque fuese la única, sería suficiente para justificar una mirada curiosa sobre el holandés. Pero si esos dos hechos se ponen en una cadena más amplia, es sobre todo el papel de Wilhelm Sassen el que queda comprometido.

Lo primero que puede determinarse, reduciendo al mínimo el margen de error, es cuándo se produjo el contacto entre el periodista y el criminal. Si se recuerda que Eichmann llegó a la Argentina a mediados de 1950, y se admite que Skorzeny tuvo que haber abandonado el país apenas después de septiembre de 1955, tras la caída del peronismo al cuál se lo ligaba, debe aceptarse que la relación se estableció entre estas dos fechas. Dado que los primeros dos años y medio de su estadía en el país Eichmann los vivió en Tucumán, y recién tras la llegada de su esposa la familia se mudó a Olivos, puede suponerse que ambos hombres fueron presentados entre julio de 1952 y el triunfo de la Libertadora.

La segunda cuestión es determinar cuándo comunicó Hermann Lothar por primera vez el paradero de Adolf Eichmann en la Argentina. Aquí hay que diferenciar entre tres niveles: los servicios de inteligencia israelíes, el fiscal alemán Bauer, y el antecesor de este funcionario. Para el primer caso, puede verificarse que personal del Ministerio de Relaciones Exteriores de Israel accedió a la información en septiembre de 1957, comunicada por el fiscal Bauer[42]. Este, por su parte, tomó conocimiento de ella a poco de hacerse cargo de la oficina en Hesse, a

mediados de ese mismo año. Y su antecesor en la fiscalía, por último, recibió el primer dato de Hermann Lothar hacia febrero de 1956[43].

Si se toman en cuenta los dichos del propio Eichmann sobre cuándo fueron escritas las memorias, se revela otra situación que compromete a Sassen. Durante el interrogatorio al que fue sometido en Jerusalén, el criminal mantuvo el siguiente diálogo con su abogado defensor Robert Servatius:

"—¿Cómo conoció usted a Sassen?

"—Yo lo conocí a Sassen después de una de las visitas que hizo Skorzeny a Buenos Aires. Por lo que recuerdo, fue en esa entrevista que Sassen me propuso escribir las memorias y que él sería mi asociado.

"—Cuando usted dictó el libro, ¿estaba Perón en el poder?

"—Sí. Yo creo que el general Perón era presidente de la república"[44].

Pasando en limpio estas informaciones, y sabiendo que en septiembre de 1955 Wilhelm Sassen se encontraba en Córdoba entrevistando a Lonardi y haciendo la crónica de la revolución, puede deducirse que el dato sobre el paradero del nazi fue comunicado a Alemania ni bien el periodista acabó su trabajo de escritor alquilado, y ya no tuvo razones para frecuentar a Eichmann.

¿Una casualidad? Difícil, si se considera un tercer aspecto de la cuestión: cómo, cuándo y dónde se supo que Eichmann había sido capturado en la Argentina.

En su edición del 26 de mayo de 1960, el vespertino porteño *La Razón* daba la primicia mundial sobre lo que verdaderamente había ocurrido. La información contenía errores en los detalles ("...después de lograr su secuestro lo introdujeron en un avión particular para trasladarlo a Recife y desde allí a Israel..."), pero era cierta en sus aspectos principales: el criminal había sido sorprendido en los alrededores de Buenos Aires, y sus captores integraban un comando de la inteligencia israelí.

Si es curioso que semejante información tomara estado público a los dos días de haberse conocido la noticia oficial por boca de David Ben Gurión —y mientras el gobierno israelí, fuera de eso, se mantenía en silencio— más curioso resulta que haya sido el mismo diario el único en encontrar seis meses más tarde a Wilhelm Sassen, dispuesto a contar vida y milagros de Adolf Eichmann y sus memorias.

En un extenso reportaje titulado a cinco columnas e ilustrado con

una fotografía suya junto al general Lonardi, Sassen ("Willy, para sus amigos argentinos", dice el cronista) explica qué lo llevó a realizar el trabajo: "Creo que ningún periodista, ni americano, ni europeo, ni congoleño, ni judío, hubiera dejado escapar una 'oportunidad' como ha sido la de entrevistarse con un hombre cuyos enemigos lo acusan de ser el principal responsable de algo tan horrendo e inimaginable como el haber dado muerte a seis millones de judíos. Yo no veo ninguna razón de actuar en otro plano que no sea el periodístico o, dicho con un poco de grandilocuencia, histórico"[45].

¿Fue "Willy" Sassen la fuente que informó a los judíos, a través de Hermann Lothar, el paradero de Eichmann? ¿Fue quién divulgó con tanta rapidez dónde se lo había capturado, promoviendo un escándalo diplomático que llegó al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas? Es difícil saberlo. Poco después del secuestro del criminal, al periodista se lo tragó la tierra. Cuando se supo que él había escrito las memorias del nazi, fue buscado para ratificarlas o rectificarlas por el abogado Robert Servatius y por los diarios más importantes del mundo, incluido el *The New York Times*, quienes no pudieron hallarlo.

Las memorias fueron publicadas por la revista norteamericana *Life*[46], pero nunca se supo en cuánto las había comprado. Presionado por sus colegas, que querían conocer detalles sobre la adquisición y sobre el hombre que se había metido en la piel del criminal para escribir sus recuerdos, el editor de la revista dijo: "Cualquiera sea la revelación del verdadero papel de Sassen, la autenticidad de las 'Memorias' de Eichmann ha sido establecida en una investigación a fondo que ha satisfecho totalmente a la dirección de *Life*. De otro modo, no las hubiera publicado".

Pero todas estas deducciones podrían no ser otra cosa que fantasías, si no fuese por un hecho sucedido durante el proceso llevado a cabo en Jerusalén. Al comienzo del interrogatorio, preguntado por las memorias que se le atribuían y que había publicado la revista norteamericana, Eichmann dijo que él no había autorizado la publicación y que, en todo caso, en nada se había beneficiado. Y recalcó que las había escrito Sassen. El procurador Guideon Hausner, entonces, le hizo llegar al reo unas cuántas páginas mecanografiadas, corregidas en los márgenes por el acusado, y Eichmann hubo de admitir que era su letra.

"Después de una breve pausa, los ayudantes del doctor Hausner hacen instalar un aparato grabador en la mesa de la fiscalía, y se pone en marcha un disco donde aparece una voz que habla en alemán. El doctor Hausner, dirigiéndose a Eichmann, lo interroga:

"—¿Conoce usted esa voz?

"Eichmann vacila. El disco sigue funcionando. Hausner insiste:

"—¿Conoce usted esa voz?

"El acusado, haciendo un gran esfuerzo, con voz casi imperceptible, contesta:

"—Sí, es la misma. Pero...

"Quiere continuar. Le interrumpe el Procurador General quien, dirigiéndose al presidente del tribunal, dice:

"—Señor Presidente: aunque esto no es una prueba legal, como lo ha exigido el tribunal, es una prueba moral. En estas cintas —y exhibe varios tambores de los que se utilizan para esto— está íntegramente lo que Eichmann dictó por un megáfono, sus memorias, de donde Sassen, luego, ha ido haciendo el traslado taquigráfico, después mecanografiado, de cuanto dictaba Eichmann.

"El abogado defensor doctor Servatius se dio cuenta del estado de su cliente y de su situación. Pide la palabra y se expide de este modo:

"—Señor Presidente: voy a formular una confesión. Cuando trabajaban Eichmann y Sassen en las memorias, siempre tenían a mano varias botellas de vino negro, de ese que en la Argentina se consume mucho. Y es claro: Sassen, para animarlo a Eichmann, lo hacía beber con exceso. Comprenderá, entonces, que embriagado haya dicho cosas exageradas.

"El Procurador General doctor Hausner, que siguió con atención al doctor Servatius, al llegar a esta parte, tajante y con rapidez de rayo, le interrumpe y exclama:

"—¡In vino veritas!

"El doctor Servatius sintió el impacto y no habló más"[47].

Allí estaban, en manos del tribunal, las páginas corregidas de puño y letra y las cintas donde Adolf Eichmann se hacía responsable de la muerte de seis millones de judíos. Wilhelm Sassen había sido el anterior propietario de ambas pruebas[48].

Las secuelas que dejó el caso Eichmann en la Argentina, sólo pudieron medirse con el correr del tiempo. Cinco años y medio después de la captura, a fines de diciembre de 1965, su hijo Klaus admitió al

semanario alemán *Quick* que "el jefe de la juventud peronista argentina me propuso secuestrar al embajador israelí en Buenos Aires, y torturarlo hasta que Adolf Eichmann fuese liberado por Israel". Otro plan, según Klaus, contemplaba la voladura del edificio de la citada embajada. El joven señaló a la revista que "los planes no se materializaron porque un exoficial de las SS hitlerianas, amigo de mi padre, nos pidió que fuésemos razonables".

Once meses antes de hacer esas declaraciones, Klaus Eichmann no había sido razonable. Se había tiroteado con la policía bonaerense en los bosques de Ezeiza, al ser sorprendido en un campamento donde los agentes secuestraron bombas Molotov, armas largas y cortas, proyectiles, mapas, banderines con cruces svásticas y una lista con los nombres, direcciones y teléfonos de veintisiete miembros prominentes de la colectividad judía en la Argentina.

NOTAS

[1] Su nombre no figura en las guías telefónicas de esos años ni de los posteriores. Tampoco en los registros nacionales del Colegio de Abogados. Ver Capítulo VII, 1976-1983: La svástica en los cuarteles.

[2] Ver capítulo VIII, 1983-1989: Schwammberger, ¿el último nazi?

[3] Ver Apéndice I: Mengele, un caso piloto.

[4] Ver Capítulo V, 1960-1973: Los enigmas del nazismo.

[5] Ver Capítulo VIII ya citado.

[6] Ver Capítulo V ya citado.

[7] Ver Capítulo III, 1945-1950: Política de puertas abiertas.

[8] Page, Robert: *Perón. Segunda Parte: 1952-1974*. Javier Vergara, Buenos Aires, 1984.

[9] Ver, por ejemplo, el desarrollo del caso Mengele en el Apéndice I.

[10] *La Razón*, 23 de noviembre de 1955.

[11] El dato está consignado en el llamado "Informe La Vista" que cita Tomás Eloy Martínez en "Perón y los nazis", art. cit.

[12] Ver Capítulo VI, 1973-1976: El regreso.

[13] Citado por Tomás Eloy Martínez en art. cit.

[14] Ver Apéndice I ya citado.

[15] Wiesenthal, Simón, *op. cit.*

[16] Ver Capítulo V ya citado.

[17] La historia de las cédulas de identidad en blanco, presuntamente ofrecidas por Perón (cuando aún no era presidente) a los jerarcas nazis a punto de emprender la huida, es un tema recurrente en la crónica de la inmigración nazifascista a la Argentina. Nunca pudo ser confirmada, aunque hay varias versiones sobre la misma. La más difundida dice que la entrega la realizó el entonces embajador argentino en Viena, Alberto Vignes, pero hay otra afirmación que habla de un misterioso "cónsul González" sin precisar cuál era su nombre de pila ni dónde ejercía sus funciones, quien ahora viviría en el barrio porteño de Núñez ya retirado de sus actividades. Para mayores precisiones, ver Martínez, Tomás Eloy, en art. cit.

[18] Ver Capítulo V ya citado.

[19] Ver Capítulo VII ya citado.

[20] Strauch, Eliezer. *Servicio secreto de Israel*. Alberto Martínez, Buenos Aires, 1977.

[21] Idem ant.

[22] *Siete Días* número 961, 21 al 27 de febrero de 1985.

[23] Guerin, Alain: *El general gris*. Círculo de Lectores, Barcelona, 1972.

[24] Según su propia explicación, para que los americanos no sospecharan si alguien lo llamaba por su nombre. Harel, Isser: *La casa de la calle Garibaldi*, Grijalbo, Barcelona, 1976.

[25] Ver Capítulo V ya citado.

[26] El nombre completo del dueño de la empresa era Carlo Fuldner; su director técnico era un geólogo alemán apellidado Schocklitz.

[27] Santander, Silvano: *El gran proceso*. Silva, Buenos Aires, 1961.

[28] Harel, Isser: *op. cit.*

[29] Wiesenthal, Simón: *op. cit.*

[30] La versión está desarrollada ampliamente en el libro ya citado *La casa de la calle Garibaldi*. En adelante todas las citas, cuando no se especifique lo contrario, corresponderán a esta obra.

[31] Strauch, Eliezer: *op. cit.*

[32] El tratado de extradición entre Israel y la Argentina fue firmado el 9 de mayo de 1960, dos días antes del secuestro de Adolf Eichmann. Nunca entró en vigencia.

[33] Algunos hechos concretos: en 1937, Arturo Frondizi había suscripto la declaración inicial del Comité contra el Racismo y el Antisemitismo en la Argentina; el mismo año, el 11 de julio, había pronunciado una conferencia sobre "El problema del antisemitismo visto por un argentino", dictada en la Sociedad Israelita Enrique Heine. Veinte años después mantenía las mismas posiciones: en 1958, siendo ya presidente y en el comienzo del auge de la organización filonazi Tacuara, había enviado al Congreso un proyecto de ley sobre enseñanza libre.

[34] Sucedió lo mismo con Jan Durcansky y con Oliverio Mondrelle (ver capítulo VII). La situación de Eduard Roschmann fue un poco más confusa (ver capítulo VII), y aunque estuvo a punto de ser detenido nada prueba que hubiese sido extraditado. Con Joseph Schwammberger, en cambio, la historia fue otra: ver Capítulo VIII ya citado.

[35] Harel, Isser: *op. cit.*

[36] Strauch, Eliezer: *op. cit.*

[37] Harel, Isser: *op. cit.*

[38] Una de esas "pocas personas" mencionadas por Ben Gurión, residía en la Argentina. Según algunas versiones, el 19 de mayo de 1960 había copado por algunos minutos la torre de control de Aeropuerto Internacional de Ezeiza, y obligado a permanecer en espera, con los motores encendidos en la cabecera de la pista, al cuatrimotor Britannia de El-Al que conducía secuestrado a Adolf Eichmann. Ese hombre había tenido la esperanza de frustrar la operación israelí, hasta que fue reducido por la guardia de la estación aérea. No obstante, quince años después del hecho, el vetusto y reblandecido jefe de la Alianza Libertadora Nacionalista, Juan Queraltó, aún lloraba sobre la leche derramada. El 9 de diciembre de 1975, en el curso de una conferencia de prensa, reclamaba la formación de una comisión investigadora para averiguar lo sucedido en el país a partir de 1955. Entre otros hechos, al nazi Queraltó le interesaba saber "qué se hizo con el caso Eichmann, donde nuestra soberanía fue mancillada".

[39] En las memorias de Harel se insiste reiteradamente en el tema. Entre mayo de 1958 y principios de 1959, según el jefe de los servicios de inteligencia, se le envió dinero al menos en dos ocasiones. El reclamo de Hermann estaba fundamentado en un párrafo de la carta que el 19 de mayo de 1958 envió a Harel: "Si usted, o las autoridades, desean el material necesario para llevar adelante el asunto, tendrán que permitirme sostener todos los hilos... Excuso decirles que los gastos serán enormes y que no podré sufragarlos de mi propio bolsillo. Volverán a tener noticias mías en cuanto me contesten y accedan a mis peticiones".

[40] Wiesenthal, Simón: *op. cit.*

[41] En boca del propio Eichmann, el dato adquiere una relevancia distinta. Hasta ese momento, los esfuerzos por probar la presencia en territorio argentino de Otto Skorzeny —un general de comandos alemán, famoso por sus hazañas de guerra— habían caído en saco roto. La sospecha de que estaba en el país ya había sido planteada por los diputados radicales Silvano Santander y Raúl Damonte Taborda.

[42] Harel, Isser: *op. cit.*

[43] Idem ant.

[44] Santander, Silvano: *op. cit.*

[45] *La Razón*, 9 de diciembre de 1960.

[46] Las memorias de Adolf Eichmann fueron publicadas por la revista *Life* entre noviembre y diciembre de 1960.

[47] Santander, Silvano: *op. cit.*

[48] Ver más datos sobre Wilhelm Sassen en Apéndice I, ya citado.

V.- 1960-1973: LOS ENIGMAS DEL NAZISMO

A las diez de la mañana del 27 de febrero de 1964, una comisión policial detuvo en una calle de Buenos Aires a un hombre avejentado, con aspecto enfermo y casi ciego, quien no opuso resistencia. El procedimiento pasó inadvertido para el periodismo y recién tres días más tarde, desde Francfort, Alemania, el fiscal Fritz Bauer (el mismo del caso Eichmann), iba a hacerlo público: Gerhardt Bohne, médico y abogado, ex funcionario nazi que había perdido su fianza al huir para no ser sometido a juicio por su participación en el programa de eutanasia de Adolf Hitler, había sido arrestado en la Argentina y se estaban completando los trámites necesarios para lograr su extradición.

La noticia sacudió a los hombres de conciencia que estaban al tanto de las implicaciones que había tenido el "programa de eutanasia" hitleriano.

Llamado técnicamente "Operación T4", había significado la culminación natural de un debate entre los propios nazis que discutían sobre "la necesidad de la higiene racial". En su *Mein Kampf*, el mismísimo Führer había advertido: "Una generación más fuerte eliminará a los débiles; el impulso vital romperá los lazos ridículos de una pretendida humanidad conforme al individuo, para cederle lugar a la humanidad de la Naturaleza que extermina a los débiles en provecho de los fuertes".

En Alemania, durante la segunda mitad de los años treinta, se había orquestado una campaña de propaganda que abundaba en números: "Un epiléptico cuesta 23.805 reichmarks en veinte años; una prostituta débil mental, 16.175 RM en ocho años; un criminal

alienado, 6.576 RM en cuatro años...". Una vez desarrollada la noción de vida sin valor, e insistido en la conveniencia de eliminar a los inútiles —quienes suponían un lastre para la economía— se puso en marcha la Operación T4. En hospitales o simples barracones previamente acondicionados, solamente entre 1940 y 1941 se eliminaron en cámaras de gas 62.273 ciudadanos alemanes con enfermedades incurables: enfermos mentales, mogólicos, microcéfalos, malformados de todo tipo.

La operación, dirigida en persona por el jefe de las SS, Heinrich Himmler, había requerido esfuerzos y dedicación, y el hombre enfermo y casi ciego que había sido detenido en Buenos Aires había hecho su aporte desde una clínica de Hamburgo.

Según sus propias declaraciones, en 1947 había salido desde Alemania hacia la Argentina gracias a los buenos oficios de la embajada de este país en Bonn[1]. Ocho años más tarde, coincidiendo con la caída del peronismo, había retornado a su patria para regresar hacia Sudamérica el 23 de agosto de 1963 con un pasaporte de turista que lo identificaba como Alfred Rudiger Kart. Cuando llegó por segunda vez, estaba prófugo desde hacía treinta días, fecha de su última presentación ante la policía de Düsseldorf, obligado por su situación de libertad condicional conseguida gracias a su estado de salud.

El fiscal Bauer, al hacer pública la noticia de su detención, había expresado también sus dudas sobre la fuga: "Bohne debe haber tenido por lo menos apoyo financiero para poder huir, porque no tenía dinero". El funcionario agregó que existía cierta relación entre la huida de Bohne, el suicidio de su ex compañero de celda Friedrich Tillman, y el del principal acusado por la Operación T4, el psiquiatra nazi Warner Heyde. La fuga y los dos suicidios habían ocurrido en menos de una semana.

Los trámites de extradición del criminal de guerra no fueron tan rápidos como había supuesto el fiscal. Hubo que esperar hasta el 24 de agosto de 1966 para que la Suprema Corte de Justicia argentina, integrada por los ministros Ortiz Basualdo, Chute, Risolía, Borda y Cabral, hiciera lugar al pedido. Habían considerado probados los siguientes cargos: "Haber intervenido en el planeamiento, organización y funcionamiento de un organismo dependiente del Partido Nacional Socialista, denominado Cancillería del Führer del NSDAP el que, en cumplimiento de una autorización o disposición secreta,

personalmente dictada por Adolfo Hitler el 1 de septiembre de 1939, tuvo a su cargo la tarea de eliminar enfermos mentales en forma masiva y metódica. El sistema eutanásico empleado consistió en colocar a las víctimas en cámaras de gas camufladas como cuartos de duchas, donde las víctimas eran llevadas so pretexto de bañarlas. Estímase que el número de personas desaparecidas fue de, por lo menos, 60.000. Además, ha reconocido ser 'un partidario decidido de la eutanasia'"[2].

Sobre la vida de Gerhardt Bohne en Buenos Aires no es mucho lo que ha podido saberse, y éste quizá sea el aspecto más oscuro de la cuestión. Vivía al 2700 de la calle Arcos, en el elegante barrio de Barrancas de Belgrano, junto a su hermana Gisela quien trabajaba como enfermera en el Hospital Alemán. Durante los interrogatorios, Bohne dijo que realizaba frecuentes viajes a Chile, por Mendoza, y los testimonios de vecinos coinciden en que recibía correspondencia a su verdadero nombre desde distintos lugares de Europa. También se pudo verificar que la justicia argentina nunca le renovó, pese a haberlo gestionado, su título universitario.

Una última comprobación resulta paradójica: el asesino de enfermos terminales era él mismo un enfermo terminal. Su abogado defensor, el doctor Juan Dollberg, le sugirió la conveniencia de hacer prosperar la suspensión de la extradición en base a su estado de salud, pero Bohne se opuso. Sufría cáncer de próstata, catarata del ojo derecho, pérdida paulatina de la visión en el ojo izquierdo y una lesión cardíaca. Entendía que, como detenido, "se encontraría espiritualmente más reconfortado en su patria"[3]. También le había confesado a su abogado que una condena superior a los cinco años, con su salud, equivaldría a una prisión perpetua.

El 11 de noviembre de 1966, el criminal de guerra Gerhardt Johannes Bernhard Bohne, nacido en Braunschweig el 1 de julio de 1902, fue extraditado a Alemania para comparecer ante un tribunal de Francfort doce días más tarde.

Lo que ignoraba, quizá, era que había sido víctima de las reacciones en cadena provocadas por la detención de Adolf Eichmann, tres años y medio antes de su propia captura.

El apresuramiento y posterior traslado a Israel, secuestrado, de Eichmann, había sido como un directo a la mandíbula del nazismo, que la corte de fugitivos no pudo disimular. Pero como el boxeador

herido que fuerza una sonrisa para aparentar que no le duele, aún intentaron recomponerse.

Hubo quejas, protestas, reclamos, paradas militares de los grupos autóctonos, invocaciones a la violación de la soberanía y acusaciones ajustadas a la letra del derecho, contra el Estado que había practicado la detención. Con todo, esas posturas de los nazis locales e inmigrados no consiguieron evitar que desde mediados de 1960, y durante más de diez años, los criminales de guerra estuviesen sometidos a un bombardeo permanente. Por suerte para ellos, los artilleros no tuvieron muy buena puntería.

Liberados del corset real o imaginario que les había impuesto el peronismo, los diarios y las revistas de la época comenzaron a ocuparse del tema de los genocidas que habían hallado refugio en la Argentina.

Alternativamente iban tomando como caballitos de batalla una serie de versiones y rumores, entre los cuáles la mayoría eran disparatados, fantasiosos y legendarios. Quizá había alguien que proporcionaba esos datos, pues se evidenciaban en ellos los conceptos básicos de la acción psicológica: todos partían de algún hecho comprobable, toleraban el análisis y se cubrían de una cierta aureola de realidad. Así se reflotó la historia de los dos submarinos rendidos en Mar del Plata quince años antes; se valuó y describió con detalles de pericia el presunto tesoro enviado hacia América del Sur en los últimos días de la guerra; se encontraron huellas de criminales que habían evadido los tribunales aliados, y hasta se llegó a insistir en que el propio Adolf Hitler había sido evacuado hacia las playas argentinas en las últimas horas del mes de abril de 1945[4]. ¿Cuántas de esas versiones eran ciertas? Y las que lo eran, ¿cuánto de cierto tenían? Se citaban testigos, se exhumaban documentos, se referían las fuentes. Pero resultaba muy difícil separar la paja del trigo.

Dos nombres constituían el factor común, a veces implícito y subyacente, que enlazaban todos esos rumores espejados por la crónica periodística: Martín Bormann y ODESSA. Los dos, unidos al tesoro, se erigieron rápidamente en los mayores enigmas del nazismo después de la guerra. Casi medio siglo más tarde no han dejado todavía de ser enigmáticos, pero el misterio que les rodea se ha disipado un poco.

En palabras de Simón Wiesenthal[5], "¿Qué es lo que hace al 'misterio Bormann' tan fascinante? Se lo conoce mucho mejor hoy que cuando estaba en el poder junto a otros personajes con más color: Göering, Goebbels, Himmler. Muchísimas personas no habían oído en el Tercer Reich hablar de él, y muchas ni siquiera sabían el aspecto que tenía. Tras la huida de Rudolf Hess a Inglaterra en 1941, Bormann se convirtió en el lugarteniente de Hitler y fue más poderoso que ningún otro jefe nazi". Para entender cómo llegó ese hombre a esa posición, habrá que recorrer someramente su biografía[6].

Martin Ludwing Bormann había nacido en Halberstadt, el 17 de junio de 1900. Su militancia política se inició cuando tenía 18 años y poco tiempo después, tras la derrota alemana en la Primera Guerra, ingresó en el Freikorps Rossbach, uno de los grupos ultraderechistas que se oponían a la república de Weimar. En este cuerpo recibió el "blutorden", u "orden de sangre", una condecoración por el asesinato a bastonazos y cuchilladas del maestro Walter Kadow. Con su cómplice Ferdinand Franz Hoess —quien años más tarde sería comandante del campo de concentración de Auschwitz— Bormann había cometido el crimen convencido de que su víctima había denunciado al agitador nacionalista Albert Schalageter, detenido por los franceses en el Ruhr.

A fines de 1927 se afilió al partido Nacional Socialista y obtuvo la cédula número 60.508. Dos años más tarde, a los 29, se casó con la hija del presidente del tribunal partidario, Walter Buch. Gerda, siete años menor que él, era fea, fría, calculadora y fanática nazi. Constituía el empuje que el inescrupuloso Bormann necesitaba para iniciar la carrera que se había propuesto: remontar el escalafón partidario. Prolijo, enérgico, sumergido en los principios de la doctrina, era un hombre que no tenía vicios ni debilidades: no bebía, no fumaba, era parco en la comida, vestía siempre el uniforme y vivía en una modesta casa de tres ambientes.

En 1930, por fin, la influencia del suegro comenzó a hacerse notar: Bormann pasó a formar parte del estado mayor de las SA y sólo tuvo que esperar tres años, hasta 1933, para que Hitler llegara al poder y él se convirtiese en jefe de la secretaría de Rudolf Hess. También era el administrador de los bienes personales del Führer y, poco a poco, su mismísima sombra. En 1938 fue el mentor y el planificador del estallido antisemita en Berlín: en una semana se destrozaron todos los vidrios y cristales de las residencias y comercios judíos en la ciudad. En 1941, tras el ilusorio y confuso vuelo de Hess

a Inglaterra, Bormann lo reemplazó convirtiéndose en jefe de la Cancillería y miembro del Consejo del Reich.

Emparejó sus horarios con los de su jefe: se levantaba al mediodía y se acostaba a las cinco de la mañana. De esta manera estaba todo el día con él y podía intrigar libremente contra generales y políticos. Convertido ya en eminencia gris irremplazable, en junio de 1943 fue designado secretario del Partido. Una de sus primeras medidas consistió en la promulgación de la "ley sobre la ciudadanía del Reich", que privaba a todos los judíos de la protección de la justicia ordinaria, y establecía que "los bienes de un hebreo, a su muerte, pasan a engrosar las arcas del Reich".

Su matrimonio con Gerda, en tanto, era un modelo en la Alemania nazi. Familia establecida "por el bien del Führer y para la grandeza del Reich", tuvieron nueve hijos: Volker, Adolf Martin (actualmente sacerdote jesuita), Eike Ilse, Irmgard, Helmuth Rudolph (quien luego de la deserción de Hess fue rebautizado Gerhardt), Heinrich Ingo, Eva Ute, Gerda y Fritz Harmut.

Como la guerra había debilitado a las generaciones, y en Alemania sólo quedaban viejos, mujeres y niños, Bormann propuso una solución al problema: que cada jefe nazi tuviera dos o tres mujeres para procrear, y que estas uniones fueran consideradas matrimonios regulares. Gerda apoyó la idea de su esposo y la enriqueció con sugerencias concretas: el Estado debía reconocer estas uniones múltiples, y debía garantizar a la segunda y a la tercera mujer los mismos derechos que a la primera.

Sórdido, parco, malhumorado y sádico, el delfín del Führer había sabido ganarse enemigos entre el resto de los jerarcas. Varios de ellos se habrán sentido satisfechos cuando, el 1º de octubre de 1946, se procedió a la lectura de las actas de sentencia en el juicio de Nüremberg: "Martin Bormann. Fue desde 1932 hasta 1945: miembro del partido Nacional Socialista; miembro del Reichtag; miembro del estado mayor de la jefatura de las SA; fundador y jefe de la Caja de Seguros y Ayuda del partido Nacional Socialista; Reichleiter; jefe de la Cancillería; lugarteniente de Adolf Hitler; miembro del Consejo de Ministros para la defensa del Reich; organizador y jefe del Volksstrum; general de las SS; general de las SA. Acusado de: conspiración, crímenes de guerra, crímenes contra la Humanidad. Sentencia: muerte en la horca".

Bormann fue el único de los jerarcas nazis juzgados en Nüremberg

que fue sentenciado en ausencia. Y el día en que esa condena se hizo pública, hacía exactamente un año y cinco meses que había desaparecido en la puerta misma del bunker de Hitler, en el Berlín invadido por el Ejército Rojo.

A partir de ese momento habría de convertirse en el mayor fantasma político de la posguerra. Un fantasma cuya sábana teñida de sangre aún se agita en nuestros días.

Como dos décadas más tarde se planteara con claridad Simón Wiesenthal[7], la verdadera base del misterio Bormann "no es la cuestión de dónde esté escondido ahora; la clave del misterio es si Bormann logró o no sobrevivir la noche del 1º de mayo de 1945 después de haber salido de la Cancillería del Reich y de haber sido visto sin duda alguna, por diversos testigos".

Aquella noche en el bunker, después de haber firmado el último documento oficial que llevaría su rúbrica —la certificación de la muerte de Adolf Hitler y su esposa Eva Braun— Bormann se reunió brevemente con el otro alto jefe que permanecía en el lugar, Joseph Goebbels. El ministro de Propaganda le comunicó su decisión de no sobrevivir al Tercer Reich, y marchó a suicidarse luego de matar a su mujer Magda y a sus hijos.

El delfín del Führer tenía otras ideas respecto al honor y a la dignidad. Llamó al general Krebs, el último jefe de la Werhmacht, y le ordenó que llegara hasta las líneas soviéticas y ofreciera la capitulación de la Cancillería del Reich a cambio de un salvoconducto para los que se rindieran. El mariscal Vassily Chikov, al mando de la avanzada del Ejército Rojo, sólo respondió exigiendo una rendición sin condiciones. Bormann comprendió que la única solución era intentar escapar sorteando la cadena de tanques que ya estaba rodeando los terrenos de la Cancillería. Por radio, le comunicó esa decisión al almirante Wilheim Doenitz, quien se hallaba en Scheleswig-Holstein y había sido nombrado Reichprëesident por Hitler.

Volvamos a retomar, desde aquí, la línea propuesta por Simón Wiesenthal.

"A las cuatro y media de la tarde del primero de mayo, todos los que se hallaban aún en el refugio recibieron la orden de prepararse. El comentarista radiofónico Hans Fritzche prometió dar órdenes a la Werwolf (grupos de guerrilleros que se habían formado para seguir luchando tras la derrota) de que se abstuvieran de posterior acción.

Fritzche y el secretario de Estado Naumann salieron al jardín de la Cancillería donde Bormann llegó un minuto después. Según el testimonio de Naumann, Bormann llevaba uniforme gris de campaña con la insignia de general de la SS, y dio orden a varios jefes de las SS de disolver la organización Werwolf.

"A las diez de la noche, los defensores empezaron a salir del refugio. Bormann iba en un pequeño grupo formado por Naumann, el jefe de las Juventudes del Reich Arthur Axmann, el chofer de Hitler, Kempka, y el médico del Führer, Stumpfegger. Por la estación de tren de la Friedrichstrasse, llegaron al puente de Weindendammer sobre el río Stree: al otro lado del puente estaban los tanques rusos. El plan de Bormann era intentar romper el cerco de aquellos tanques mediante tanques alemanes y vehículos blindados"[8].

Es a partir de este momento que la situación de Bormann y la suerte que le tocó correr ingresan en el terreno de las contradicciones. Hay que consignar, en principio, el hallazgo de un diario personal en un cadáver encontrado días más tarde en la zona. El diario pertenecía inequívocamente al Reichleiter, y sus últimas anotaciones eran: '30.4 Adolf Hitler X, Eva B. X. 1.5 Ausbruchsversuchs (intento de romper el cerco)'".

Son curiosas, por lo contradictorias, las versiones que de esas horas han ofrecido el chofer Erich Kempka y el jefe de las Juventudes, Arthur Axmann. Ante el tribunal de Nüremberg, Kempka declaró: "Los tanques alemanes comenzaron a avanzar por el puente tras el tanque que los guiaba. Bormann iba a pie junto al primer tanque, y este tanque fue alcanzado supongo que por un panzerfaust arrojado desde una ventana. Tras la explosión, allí donde había estado Bormann había una llamarada".

A su turno, ante los mismos jueces, Axmann dijo: "El tanque alemán Tiger que llevaba un cargamento de munición, voló y la terrible presión del aire me derribó al suelo. Instintivamente busqué refugio en el hueco causado por una bomba, donde había varios hombres: Bormann; el médico de Hitler, Stumpfegger; Naumann; el ayudante de Goebbels, Schwaegermann, y mi ayudante Weltzin. Todos habíamos resultado ilesos y discutimos cómo salir de Berlín".

Más avanzado su testimonio, Axmann indicó que él y otros testigos habían visto un rato más tarde el cadáver del recihleiter y el del médico Ludwing Stumpfegger, tendidos sobre el cemento de la

estación Lehrter en la avenida de Los Inválidos. "Los cadáveres no presentaban heridas visibles", añadió.

A estas dos versiones encontradas se les iban a sumar otras.

Joachim Tiburtius, el comandante de las fuerzas de asalto encargado de custodiar la salida del último grupo que había permanecido en la Cancillería, aseguró haber visto a Bormann al día siguiente de la fuga, el 2 de mayo, en un salón del hotel Atlas. En ese momento el delfín del nazismo ya había dejado de lado el uniforme y vestía ropas de civil. Dos días después, el 4 de mayo, dos obreros de la fábrica Solex observaron los cadáveres que había visto Axmann, y de uno de ellos extrajeron el diario personal de Martin Bormann. Los dos cuerpos, en avanzado estado de descomposición, fueron enterrados el 8 de mayo en un parque público semidestruido por los bombardeos.

Pero hubieron de pasar todavía once meses, hasta marzo de 1946, para que Ronald Grey aportara su propio testimonio a la confusión. Según este exmiembro del Intelligence Corps del ejército británico. en la fecha mencionada había disparado y matado a Martin Bormann, quien estaba disfrazado de capitán del ejército inglés en las afueras de Rinkanaes, Dinamarca.

Muchos años más tarde Reinhardt Gehlen habría de dar otra vuelta de tuerca al enigma. A mediados de 1971, en sus Memorias recién publicadas, relató como Bormann había sido durante toda la guerra un espía de los soviéticos, y en la noche del primero de mayo de 1945 se había entregado a ellos para ser llevado a Moscú, donde aún vivirá o estará enterrado. La versión, quizá la más delirante de cuantas hayan circulado, debe consignarse por la autoridad de la fuente: Gehlen había sido el jefe de la inteligencia militar alemana durante la guerra y, por causas que exceden esta investigación, aún lo siguió siendo cuando la guerra terminó.

La enumeración de los testimonios podría continuar, pero sólo serviría para agregar mayores confusiones. Baste decir que tal vez porque sabía lo que iba a valer su vida para los aliados, Martin Bormann había pensado mucho antes en las maneras de fraguar su propia muerte.

Y si esa muerte en las inmediaciones del bunker de la Cancillería, la noche del 1 al 2 de mayo de 1945, fue real, será preciso admitir que su fantasma ha estado hiperactivo durante muchos años.

Recorrer cualquier archivo periodístico o de publicaciones desde 1945 hasta 1973, permite hacer una primera comprobación irrefutable sobre Martin Bormann: nunca se lo ha dejado de perseguir.

Considerado vivo y sentenciado por los jueces reunidos en Nüremberg, su captura —o su simple detección— fue una manzana de Adán para diversos grupos, en muchos casos movilizados por otras razones que los 25 mil dólares que se ofrecían como recompensa.

De acuerdo con los distintos testimonios que fueron recogidos por servicios de inteligencia, reporteros o simples curiosos, desde mediados de 1945 se lo identificó (o se creyó hacerlo), al menos cinco docenas de veces. Hay quienes juran haberlo visto en 1945 en Milán, Inssbruck, la cuenca del Ruhr, Flensburg, Roma, Buenos Aires, Moscú y Brena (Lüneburg). En 1946 en Roma y en el sur de Chile. En 1947 en España, Egipto y Buenos Aires. En 1948 en Montevideo, Bolivia, Buenos Aires y Río Negro (Chile). En 1950 en Sudáfrica Occidental y Santa Ana (Misiones, Argentina). En 1951 en Paraná, Blumenau, Florianópolis y el resto de las colonias alemanas del sur de Brasil. En 1952 en España y Roma, y en Porto Alegre, Blumenau, Curitiba, Ponto Grosso y Bahía, en Brasil. En 1953 en La Paz, Bolivia. En 1954 en Mina Clavero (Córdoba, Argentina). En 1955 en Montevideo y en Santa Fe. En 1956 en San Pablo. En 1957 en San Carlos de Bariloche. En 1958 en Santander (España) y el Matto Grosso. En 1959 en Hohenau y Asunción (Paraguay), en Bariloche y en Osorno, Chile. En 1960 en Valdivia (Chile) y Asunción. En 1961 en Asunción, Eldorado e Iguazú (Argentina), la frontera argentino-brasileña y Valladolid, España. En 1962 en Bariloche. En 1964 en Villa Ballester, en el Gran Buenos Aires, y Curitiba, Brasil. En 1965 en el Matto Grosso. En 1966 en la frontera argentino-chilena, el Alto Paraná y Asunción. En 1967 en Brasil, Perú, Bariloche y Asunción, Paraguay. En 1968 en Buenos Aires, Asunción y sur de Brasil. En 1970 en Paraguay. En 1971 en la isla de Rönne, Dinamarca, y en 1973 en Tupiza, Bolivia. Durante el año anterior, 1972, y aún en 1973, también había "aparecido" en Berlín Oeste, pero sólo en las planas de los diarios que "confirmaban" su muerte.

De esta lista de 68 detecciones en 29 años, cincuenta de ellas se hicieron en América del Sur: 17 en la Argentina, 15 en Brasil, 8 en Paraguay, 4 en Chile, 3 en Bolivia, 2 en Uruguay y una en Perú. De las dieciocho restantes, excepto tres (las correspondientes a Moscú, Sudáfrica Occidental y Dinamarca), todas corresponden a los itinerarios seguidos por la "ruta de las ratas".

CONFIDENCIAL y SECRETO

DIRECCION COORDINACION FEDERAL — CF "DAE" N°

MEMORANDO

Para información de: el señor Jefe de la División de Asuntos Extranjeros

Producido por: VERRI

Bs. As., 19 *de* setiembre *de 19*5

ASUNTO: Vigilancia y desplazamiento de elementos nazis

Cumpleme informar a Ud., que he tomado contacto con el doctor Pino Frezza, medico italiano, que conoció a MARTIN BORMAN, en Berlin, con motivo de formar parte del séquito de MUSSOLINI que visitaba oficialmente Alemania. Refirió el Dr. FREZZA, que en uno de sus ocasionales paseos, repentinamente se encontró de frente con MARTIN BORMAN, quien sumamente nervioso lo eludió yendose con otros nazis que lo aguardaban en las cercanías de la cerveceria "ABC". Posteriormente el suscripto tomó contacto con el informante T. KARLIKOWSKI, que conocía los movimientos de BORMAN, pues era amigo de FELISIAK y de otros oficiales de la WEhrmacht, quien solía frecuentar la colonia alemana de la Provincia de Entre Rios, informando le éste que en efecto había visto varias veces a BORMAN, en una cervecería de Villa Ballester, en la cual hacían reuniones los ex-dirigentes nazis, enterandose por un amigo polaco de apellido Savicki, que BORMAN habia expresado que se dirigía hacia la zona de Bariloche con la intención de cruzar la frontera y dirigirse a CHILE. Continuó en las averiguaciones.

F. 2852

¿Acción psicológica? Es posible. Pero también es posible que las cuatro veces que se creyó detener a Martin Bormann en Sudamérica, entre 1960 y 1973, no hayan sido más que el resultado de unas bromas macabras, de unas cortinas de humo tendidas con prolijidad para esconder a los cazadores el lugar en que estaba escondida la presa. Por lo pronto, la primera vez que ocurrió fue apenas cuatro meses después de la captura de Adolf Eichmann, y justamente en la Argentina, un país que seguía sensibilizado por lo que había sucedido[9].

Pero no siempre las autoridades de este país investigaron las denuncias sobre la presencia del exreicheleiter en el territorio. Si para muestra basta un botón, sobrará con la historia vivida por un diplomático norteamericano. Los hechos fueron ocultados por la crónica oficial y uno de los pocos que los retomó más tarde —sólo parcialmente— fue uno de los biógrafos más tolerantes con el general Perón[10].

En los primeros meses de 1948, el agregado cultural de la embajada americana en Buenos Aires, Joseph Griffiths, había viajado hacia Washington para entrevistarse con el juez de la Suprema Corte de los Estados Unidos, Robert H. Jackson. El abogado, figura legendaria, había servido como principal fiscal de su país durante los juicios celebrados en Nüremberg, y en el curso del encuentro con el diplomático éste le transmitió ciertos detalles sobre el paradero de Martin Bormann, a quien él ubicaba inequívocamente en la Argentina.

Durante su estadía en Buenos Aires, Griffiths —quizá un agente de la inteligencia yanqui— se había dedicado a juntar información sobre las actividades nazifascistas en el río de la Plata. Entre los datos que había reunido descollaba el testimonio de una persona de su total confianza, la que aseguraba haber almorzado con el exreichleiter Bormann en Montevideo. El juez Jackson, impresionado por la denuncia, se puso en contacto con el presidente Harry Truman, quien concluyó en que el asunto merecía ser investigado. Cumpliendo órdenes suyas, J. Edgar Hoover, director del FBI, despachó a uno de sus mejores agentes hacia Buenos Aires. El hombre, tras permanecer varias semanas entre Argentina y Uruguay, no pudo sin embargo confirmar la información y regresó a casa con las manos vacías.

Poco tiempo después de estos hechos, el 24 de septiembre de 1948, el jefe de la Policía Federal iba a convocar a una urgente conferencia de prensa para dar a conocer profusos (y confusos)

detalles de un frustrado complot para matar a Juan Domingo Perón y a su esposa Eva Duarte.

El asesinato, según informó el eficiente funcionario a los periodistas, había sido planificado para el 12 de octubre y las autoridades ya habían arrestado a los responsables: eran Cipriano Reyes, jefe del Partido Laborista; once de sus correligionarios, y un trío de sacerdotes de los cuáles dos recuperaron enseguida la libertad. Un decimosexto hombre, dijo el jefe policial, se les había escapado: era Joseph Griffiths, quien ya había dejado su cargo en la embajada norteamericana, se había retirado del servicio exterior y estaba viviendo en Montevideo donde dirigía una oficina de importación y exportación.

La denuncia del exdiplomático, así, quedó tapada por el escándalo y los delitos que se le imputaban. Y, obviamente, nunca fue investigada por el gobierno peronista, que tampoco pudo probar seriamente la existencia del complot.

Quien muchos años más tarde tomó el guante arrojado por Joseph Griffiths, fue un periodista húngaro que murió convencido de lo que había descubierto.

Ladislas Farago había viajado a Inglaterra en los años treinta como periodista independiente, y se había convertido en corresponsal extranjero del diario *Sunday Chronicle*. Durante los días de la Segunda Guerra Mundial su conocimiento particularizado del ejército alemán lo había llevado hasta Washington, donde desempeñaría tareas en los servicios de inteligencia americanos y cumpliría algún papel en la puesta a punto de la acción psicológica emprendida contra el Japón.

Autor de best-sellers reconocidos, como *El sello roto*, *El juego de los zorros* o *Patton, el juicio de Dios*, Farago también escribió un libro que iba a despertar una polémica caliente: *Aftermath, Martin Bormann and the Fourth Reich*. En esa obra, editada en 1974[11], el escritor asegura que, ayudado por dos veteranos funcionarios de la policía argentina, tuvo acceso a documentación de naturaleza oficial, cuyo estudio lo llevaría a proponer una explicación sobre "el misterio Bormann".

Aunque el libro por momentos es confuso, su mérito, en todo caso, es el de encuadrar las supuestas andanzas de Martin Bormann en un marco de referencia posible.

En él se dice que en 1945 la Argentina, presionada por los aliados, había declarado la guerra a Alemania y designado un custodio de las propiedades germanas en el país[12]. Por algunos artilugios legales, Perón se había transformado en negociador de esos bienes —entre los que figuraban fortunas inmensas como la de la familia Krupp— y cuando terminó la guerra pactó un arreglo con sus legítimos propietarios.

Según Farago, el presidente argentino había cobrado doscientos millones de dólares a cambio de protección, otorgamiento de pasaportes, accesos e intermediación ante otros gobiernos latinoamericanos, para que no se persiguiera a los nazis exiliados. En las negociaciones con los alemanes, Perón —siempre según el escritor húngaro— había accedido a recibir a unos cinco mil "inmigrantes", 200 de los cuales eran criminales perseguidos por la justicia.

En cuanto a la fortuna que Bormann puso en sus manos, lo que se habría hecho era una legitimación del dinero a través de inversiones en Brasil y Paraguay, y la compra de tierras y estancias en Córdoba.

Durante toda la narración sobre los supuestos movimientos y las relaciones de Bormann en la Argentina, campea la convicción del autor de que el exreichleiter era el único jefe que admitían los refugiados, aunque unos años después de su llegada esa jefatura le habría sido cuestionada. El motivo no parece estrictamente político sino económico, y Farago lo cuenta así:

"... Pero si la relación de Perón con Bormann estaba estabilizada, una nueva controversia se despertó de pronto al enfrentarlo con una seria rivalidad a su contralor del tesoro. Bormann no lo codiciaba para sí mismo. Extremadamente frugal para sus propias necesidades, y parsimonioso en la administración de los fondos, proyectaba su propia avaricia hacia quienes pretendían ayuda financiera. Otorgaba sólo tristes pitanzas a los nazis pobres, y cortó todos los lazos con los 'nassauers', como aludía a los 'sableadores' que esperaban vivir totalmente de sus dádivas.

"Su forma miserable de economizar entre la creciente afluencia de su régimen, provocó gran cantidad de quejas entre los fugitivos, que pensaban que tenían derecho a compartir el tesoro. Pero mientras, Ludwing Freude[13] y sus tres socios exigieron que se les pagara y luego —insatisfechos con lo que Bormann les ofreció— empezaron a discutir su régimen dictatorial.

"La calma del exilio de Bormann durante estos primeros años fue

turbada por las intrigas y los chismes. Algo debía hacerse para dejar arregladas las cuentas de una vez por todas. Bormann permaneció inquebrantable ante las pretensiones de sus exhombres de confianza. Todo terminó sólo con la muerte de esos hombres que se atrevieron a cuestionar su interpretación de los principios del liderazgo.

"Heinrich Dörge fue el primero en irse. En 1949, sólo un poco más de un año después de la llegada de Bormann a la Argentina, su cuerpo fue encontrado en una calle de Buenos Aires[14]. Aunque la Policía Federal llevó a cabo la investigación, los resultados nunca se dieron a conocer.

"Luego, en diciembre de 1950, Ricardo von Leute también fue encontrado muerto[15]. Su asesinato sigue todavía sin resolverse. Luego le tocó el turno a Ricardo Staudt[16]. El también murió misteriosamente, unos pocos meses después de la muerte de Leute.

"Freude era ahora el único miembro del sindicato que seguía con vida. Un hombre de coraje y director de intrigas, sobrevivió a sus finados socios durante un año más. Pero en 1952 se lo encontró muerto en su casa de Buenos Aires, una copa vacía sobre la mesa frente a él. Había ingerido café envenenado[17].

"Después de eso, Martin Bormann dejó de tener rivales que le discutieran su manera de llevar las cosas...".

Es cierto que el libro de Farago contiene algunos errores de fechas, geográficos e históricos. Algunos de esos errores pueden atribuirse a su condición de extranjero en la Argentina y a su desconocimiento del idioma. En lo que respecta a sus fuentes de información, que hubieran podido sacar de la duda al más escéptico, nada prueba que sean indudables pero tampoco se pueden descartar[18].

Pero mientras el periodista húngaro informaba con lujo de detalles sobre los presuntos movimientos del exreichleiter por la Argentina y el resto de América del sur, éste, de acuerdo con diversas fuentes, había muerto por lo menos media docena de veces. La primera (¿o habría que plantearlo en plural, dada la contradicción entre los testimonios?) fue consignada más arriba, y alude a las versiones referidas a la noche de la caída de Berlín. Las siguientes, inverificables, habrían de sucederse a partir de 1959, y llegarían hasta 1973.

Para cualquier archivo periodístico, en 1959 Martin Bormann murió dos veces. O, al menos, se aseguró que dos sepulturas contenían sus restos. Una de ellas estaba en el cementerio público de Asunción,

Paraguay, y la otra en el de San Carlos de Bariloche, en el sur argentino. Esta última tenía grabada sobre la lápida la inscripción "M. Bormann", y los grupos de nostálgicos del nazismo que habitaban en la región no dejaban de rendirle su homenaje y de tenerla cubierta de flores frescas. La embajada alemana fue avisada por un periodista y, cuando se intentó investigar qué había ocurrido, la tumba ya no existía.

La cuarta muerte del heredero de Hitler también habría de escenificarse en la capital paraguaya, y la quinta otra vez en Bariloche, en la cama de un hospital público. Estas dos "desapariciones" iban a suceder en 1960 y en 1962, respectivamente, y podría pensarse que —como las supuestas capturas— fueron fraguadas para desviar la atención de los perseguidores, cebados tras la detención de Eichmann.

La sexta representación de la comedia también habría de montarse en Paraguay, en 1968, pero esta vez no en Asunción sino en Itá, un poblado cercano, donde se revisó una tumbra sólo para comprobar que en ella yacía un hombre que no era Bormann: la sepultura contenía restos aindiados, y el cadáver tenía una estatura considerablemente menor a la del antiguo reichleiter.

Pero todavía hubo que esperar hasta 1972 para que las autoridades de Berlín Occidental afirmaran categóricamente, y ratificaran un año después, que Martin Bormann había muerto en la noche del 1 al 2 de mayo de 1945, al tratar de escapar del bunker de la Cancillería. La afirmación daba por terminados una larga lista de peritajes forenses, antropológicos, odontológicos e históricos, y casi hace pasar por alto la noticia de la última muerte registrada, que había sucedido en Tupiza, Bolivia, tras las paredes de un convento donde el hombre más buscado del mundo se habría refugiado vistiendo hábitos sacerdotales.

Curiosamente, las pericias técnicas lograron convencer a quien durante más tiempo y con mayor ahinco había perseguido a Bormann o a su fantasma. Una vez conocido el dictamen de los especialistas, Simón Wiesenthal dijo: "El caso que más trabajo me dio fue el de Bormann. Tengo nueve volúmenes con nueve mil hojas con datos sobre él. Está muerto, pero durante mucho tiempo se lo creyó vivo. La razón es simple: Bormann sirvió como bandera para los nazis. Después de la guerra repetían: 'Bormann está vivo. Volveremos'. Eso nos confundió. También nos confundieron las historias escritas por muchos periodistas que hicieron fortunas con ese tema. Además, la cara de Bormann no tiene nada de especial. Uno puede encontrar gente

como Bormann en todos los pueblos alemanes y austríacos. Yo diría que de cada cincuenta hombres, uno se parece a Bormann. Por esa razón la gente empezó a verlo en todas partes: en Buenos Aires, en Asunción, en Caracas, en Río de Janeiro, en Dinamarca. Hoy sabemos que Bormann se suicidó la noche del 2 de mayo de 1945 en Berlín. No hay ninguna duda".

Las dudas, en todo caso, las produjo esa súbita conversión, que llevó a decir a otro investigador de la vida de Bormann: "Wiesenthal dejó desde hace un tiempo, por presión de dirigentes judíos, de ocuparse del caso Bormann. La organización Bormann no es meramente una organización de exnazis. Es un grupo económico poderosísimo cuyos intereses, hoy, están por encima de las ideologías"[19].

Cierto o no, la polémica despertada por sus reiteradas muertes no hizo sino añadir misterio a la figura más enigmática del nazismo en la posguerra. Los ecos sobre sus apariciones, reales o supuestas, no se acallaron, y su nombre fue ligándose cada vez más al fabuloso tesoro que habría logrado evacuar de Alemania. La leyenda de este tesoro, que junto a Bormann forman dos de las patas de un trípode, se apoya en datos ciertos: hubo bienes esfumados de Europa y decenas de testimonios de su transporte hasta las playas sudamericanas, a bordo de aviones o de los también legendarios submarinos.

Pero, ¿qué es lo que supuestamente se transportó?

Hablar del "tesoro nazi" es una generalización que abarca un puñado de "tesoros particulares": el de Ante Pavelic (oro y joyas escondidos en las cercanías de Langreit, Austria, tras la fuga desde Zagreb), el de Mussolini (un coche fúnebre lleno de joyas y documentos que fueron enterrados en las inmediaciones del lago de Como, al norte de Italia, en los últimos días de abril de 1945), el de Göering (compuesto principalmente por obras de arte de valor incalculable, robadas de los museos de los países ocupados y de las colecciones privadas de ciudadanos judíos), el de Rommel (oro, plata y objetos preciosos valuados en diez millones de libras esterlinas, contenidos en seis cajas que fueron hundidas en aguas poco profundas cercanas a Córcega), el más conocido del lago Töplitz, y otra media docena de cargamentos de diversos bienes que desaparecieron en los últimos días de la guerra y que todavía hoy se están buscando, en algunos casos a riesgo de la propia vida[20].

Para algunos investigadores, sin embargo, no eran estos valores

los que componían los llamados "fondos Bormann", sino más bien los dividendos producidos por las empresas radicadas fuera de Alemania a partir del período 1942-1944. Como ya quedó dicho, más de 90 de esas empresas habían sido establecidas en la Argentina.

Todo parece indicar que las directivas de la reunión de la Maison Rouge fueron cumplidas al pie de la letra, aunque ciertos servicios de inteligencia estén todavía hoy empeñados en ocultarlo: "Sin duda, Argentina constituyó el refugio más inviolable para los nazis. Documentos recientes y serios han establecido de una manera formal que Bormann hizo transferir, por avión, de noviembre de 1944 a marzo de 1945 fondos extremadamente importantes (oro, divisas extranjeras, títulos bursátiles y acciones de sociedades). Los agentes norteamericanos de la CIA llegaron incluso a identificar, en 1953, los nombres de los aviadores que realizaron estos vuelos, los bancos y los números de estas cuentas bancarias. Por desgracia, el gobierno norteamericano se ha opuesto, hasta hoy, a la publicación de estas investigaciones que podrían aportar interesantes revelaciones sobre el famoso tesoro nazi"[21].

Entre los documentos recopilados por Ladislas Farago, hay uno que hace referencia al mismo tema[22]. Tiene un texto en el que se lee "Central de Inteligencia. Martin Bormann" y otro, menor, que indica que es una copia fiel del original. Está encabezado "Juan Domingo Perón Sosa hace entrega al Viceführer Martin Bormann la cuarta parte de los siguientes bienes", y a continuación se detalla: "En marcos oro, 187.692.400; en dólares, 17.576.386; en libras esterlinas, 4.632.500; en francos suizos, 24.976.442; en florines holandeses, 8.379.000; en francos belgas, 17.280.009; en francos franceses, 54.968.000; en platino kg. 87; en oro kg. 2.511; en diamantes y brillantes kilates, 4.638". Sigue una firma ilegible, precedida por una cruz, y debajo la aclaración: "Rdo. Padre Egidio Esparza. Jefe accidental de A.I.C.A.".

La sigla, contra lo que podría suponerse, no puede aludir a la Agencia Informativa Católica Argentina[23]. Sobre el sacerdote mencionado puede consignarse que nació en Navarra, España, en 1910, y que se ordenó en Buenos Aires a fines de 1934. Doctorado en Filosofía y naturalizado argentino, tuvo catorce destinos dentro de la arquidiócesis porteña. En los años en que se le imputa haber firmado el documento precedente —es de presumir que tuvo que haber sido entre 1947 y 1948— estuvo a cargo de las capellanías del sanatorio San José, de Santa Clara y de Santa María, y terminó su carrera

ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL Y SECRETO

COPIA FIEL

Para:	Producido por:
MINISTERIO DEL INTERIOR	DIVISION ASUNTOS EXTRANJEROS

ASUNTO:

RELACIONES DE JUAN DOMINGO PERON SOSA CON ELEMENTOS NAZIS.

La síntesis solicitada por ese Ministerio arroja en una primera investigación lo siguiente:

PERON era Jefe del GOU, en su calidad de tal entro en tratos con el entonces embajador del III REICH en Bs. As. Sr. VON THERMANN, a quien propuso negociaciones que culminaron con acuerdos en que las partes intervinientes lograron mutuo provecho.

El embajador alemán pidio a PERON, 8.000 pasaportes argentinos y 10.000 Cédulas de Identidad de la Policía Federal, sin fotos y sin impresión dígito - pulgar, para poder ser utilizada por alemanes que se pudieran ver perseguidos como criminales de guerra, ya que por ese entonces el embajador alemán sabia que tenian perdida la guerra.

PERON aceptó y entregó la documentación pedida al agregado militar de la embajada germana, Gral. VON LEERS, el que de inmediato los hizo llegar a poder de HEINDRICH HIMMLER quien los recibió el 8 de Agosto de 1944 en la Ciudad de ESTRASBURGO, que se encontraba bàjo la ocupación alemana.

Los alemanes regalaron los títulos de propiedad de una finca en el CAIRO a PERON y este le permitió vivir allí a VON LEERS, hasta su fallecimiento acaecido en el corriente año.

Sin más que informar por el momento.

12 JULIO 1967

ANDRES RADRANES
JEFE SECCION "C"

sacerdotal en el vicariato castrense, como capellán del Ejército, entre los años 1966 y 1977. En su destino inmediatamente anterior, la iglesia de San Francisco, en la que ofició entre 1963 y 1965, el padre Esparza protagonizó un incidente que no fue publicitado.

El 24 de febrero de 1964, las calles de la ciudad de Rosario habían sido escenario de violentos combates callejeros. Un millar de sindicalistas que participaban de un plenario se habían enfrentado con militantes de la organización ultraderechista Tacuara, y de resultas de la refriega tres tacuaristas habían muerto y otros siete quedaban heridos. Al día siguiente, en Buenos Aires, se celebró una misa en memoria de las víctimas, oficiada en su iglesia por el cura Esparza.

Un grupo de hombres que vestían uniformes con correajes y ostentaban insignias con la cruz gamada, se reunieron en el atrio del templo para escuchar el oficio que ese día tuvo un valor agregado: un sermón de corte totalitario pronunciado por el sacerdote, quien permitió que al término de la reunión los participantes hicieron un saludo con el brazo derecho en alto, formados militarmente. El reclamo efectuado por la Delegación de Asociaciones Israelitas en la Argentina ante el cardenal primado, monseñor Antonio Caggiano, nunca fue respondido[24].

¿Es posible que Farago haya "acertado" con el nombre y el apellido de un cura fascista a la hora de fraguar un documento? Dado que las noticias de lo sucedido en la iglesia de San Francisco no hacían mención a la identidad del cura, puede decirse al menos que, como casualidad, el "acierto" no es de los menores. Quizá tampoco lo sea el hecho de que el siguiente destino del padre Esparza haya sido el vicariato castrensse, en Ejército, el mismo año en que el general Juan Carlos Onganía iba a dar un golpe de Estado y establecer una dictadura basada en "la espada y el hisopo"[25].

Pero retomando la historia del legendario tesoro, y desoyendo la versión de que era el propio Bormann el único que podía disponer de él, conviene hacer referencia a un hombre que estaba en la Argentina desde mucho tiempo antes que la guerra terminara: Ludwing —o Ludovico— Freude.

En su edición del 8 de abril de 1946, el diario *The New York Times* publicaba una entrevista realizada por el corresponsal de la United Press en Buenos Aires al hombre considerado como "el nazi número uno" en Argentina. Freude, que de él se trata, concedió el reportaje en

la residencia de verano que por entonces tenía en Bariloche, y la mayor parte de sus respuestas estuvieron encaminadas a quitarse el sanbenito de encima.

El texto de la nota, reproducida al día siguiente por los diarios locales, es como sigue: "San Carlos de Bariloche. El señor Ludwing Freude, acusado por el Departamento de Estado de la Unión como el nazi número uno de la Argentina, ha desmentido todas las acusaciones del Libro Azul, declarando que las investigaciones y los acusados de Nüremberg podrían declararlo libre de toda culpa. 'No conocí a Hitler, ni a Göering, ni a Bohle ni a ninguno de los líderes nazis'. Dijo al corresponsal, en una entrevista exclusiva que le concedió en la residencia de verano que tiene en Bariloche: 'Soy democrático y he sido antinazi desde el comienzo del nazismo. Ese hecho era bien conocido por todos los alemanes de la Argentina'. Señaló que su nombre no estaba incluido en la reciente lista de nazis alemanes viviendo en la Argentina, emitida por el Departamento de Estado. Este magnate de la industria de la construcción en esta nación —de quien se dice que es uno de los diez hombres más ricos de Sudamérica— se hizo ciudadano argentino. Saltó a la preeminencia con la elección de Perón por ser el más íntimo confidente del presidente electo. Freude dijo que vino a la Argentina en el año 1913, para pasar aquí más de la mitad de su vida. Tiene 54 años y habla castellano con un ligero acento alemán; se ha casado con una argentina y argentinos son sus hijos. Uno de ellos, Rudolph, no es secretario privado de Perón aunque Freude admitió que le prestó servicios durante la campaña electoral, asumiendo esa tarea contra los deseos de su padre. Freude fundó la Compañía General de Construcciones con un capital inicial de un millón de pesos, el cual era netamente argentino y todavía lo es cuando pasa de los 112 millones. Añadió Freude que renunció voluntariamente a la compañía para permitir que los controles del gobierno revisaran los libros en busca del dinero nazi. 'Han estado trabajando durante nueve meses y todavía no han encontrado nada', declarando luego que tiene su conciencia limpia respecto de su comportamiento durante la guerra, diciendo que de los doscientos mil alemanes que vivían en el país, sólo unos 1.400 eran realmente nazis. Luego manifestó: 'En el año 1941, una delegación de alemanes que conocían mi antipatía por los nazis me pidió que fuera presidente del Club Alemán, a fin de evitar la infiltración. Acepté. La primera cosa que hice fue prohibir el saludo nazi y todas las discusiones políticas. Naturalmente tenía

algunos contactos con la embajada, pero sólo en relación con mis deberes de presidente del club, tales como permisos para banquetes, etc.... No comprendo por qué mi nombre ha sido incluido en el Libro Azul, a menos que sea porque soy amigo de Perón! Dijo Freude que conoció a Perón hace veinte años, en Mendoza, donde era ingerniero constructor y Perón teniente del Ejército. 'En el transcurso de los años Perón ha sido mi más probado amigo y tengo esa amistad en muy alto precio', admitiendo que es probablemente el más íntimo amigo del presidente electo. Pero dijo que siempre hablaban de andinismo y ski, deportes que practicaban juntos. 'Nunca hablamos de política'"[26].

Ludwing Freude, al hablar con el corresponsal del *The New York Times*, evidenció cierta fragilidad de memoria. Por ejemplo, aunque admitía haber presidido el Club Alemán en 1941, nada dijo de su gestión durante ese mismo año y los siguientes al frente de la Ayuda Social Alemana, una asociación que él presidía y que tenía oficinas en la calle Reconquista 134 de la Capital Federal, en la sede del Banco Alemán Transatlántico. Tampoco hizo mención a las empresas que presidía por aquella época, y que aparecen mencionadas en la Guía de Sociedades Anónimas, edición de 1945: Rhenania S.A. Comercial y Financiera; S.A.E.R.A., Sociedad Anónima de Explotaciones Rurales y Anexos, y S.A.M.A., Sociedad Anónima Maderera y Anexos, todas instaladas en el país a partir de 1942 y mencionadas en la nómina del Departamento de Finanzas de los Estados Unidos, ya consignada[27].

Y, por fin, no hay ninguna mención al entuerto judicial que tuvo por protagonista a Freude cuando decidió nacionalizarse argentino después del fin de la guerra, cuarenta y dos años más tarde de haber llegado al país[28]. Lo cierto es que más allá del misterio sobre su origen, sus actividades y sus predilecciones políticas, Ludwing Freude fue reiteradamente vinculado a la suerte del tesoro nazi en calidad de presunto testaferro.

Para dar por terminado el capítulo legal, el 6 de septiembre de 1946 el propio Poder Ejecutivo —ya entonces presidido por Juan Domingo Perón— cerró abruptamente la investigación que se había abierto sobre Ludwing Freude, acusado de realizar actividades antiargentinas. El decreto suscripto por Perón "declara que el mismo, según surge de las actuaciones precitadas, no ha efectuado actividades contra el Estado, ni contra la seguridad individual ni colectiva, o el bienestar general de las repúblicas americanas".

Dicho más sencillamente, se establecía por decreto que Ludwing Freude no era un nazi.

Hay otras vertientes para seguir las pistas del tesoro llegado a América del Sur. Una de ellas radica en considerar que tal tesoro no sólo estaba compuesto por lingotes de oro, millones de dólares, acciones de empresas y puñados de piedras preciosas, sino que también estaba integrado por obras de arte robadas de los museos y las colecciones europeas por el mariscal Herman Göering. Una versión que ofrece algunas dudas por su falta de precisiones[29] consigna el hallazgo en una galería de Buenos Aires de un cuadro firmado por el maestro veneciano Francesco Guardi (1712-1793), que había sido robado por los nazis a los Hatvany, una familia húngara emparentada con la nobleza. El rastro de ese hallazgo habría conducido a los servicios de inteligencia israelíes y soviéticos hasta una dirección en el Gran Buenos Aires, domicilio legal del Partido Nacional del Renacimiento, una pequeña agrupación fascista que había salido a la luz en las movilizaciones de esos sectores tras la captura de Adolf Eichmann.

Otras pistas que conducen hacia Sudamérica a los rastreadores del tesoro, están desarrolladas en un puñado de investigaciones escritas por periodistas europeos[30]. En ellas —sin demasiado rigor— se afirma que los "fondos Bormann" fueron depositados en bancos argentinos a nombre de la entonces actriz María Eva Duarte. En otro de esos trabajos se insiste en que dos de los hombres que controlaron la expatriación del tesoro desde Europa, Klauss Bremme y Mathias Stinne, huyeron luego hacia la Argentina. Bremme, a poco de llegar, habría instalado en Buenos Aires una importante agencia de viajes[31].

Una versión más detallada sobre la llegada de estos bienes a playas argentinas, y su relación con Perón exactamente un año antes que fuese ungido presidente, habría de ofrecerla un periodista francés. En un extenso artículo publicado por el diario parisino *Le Figaro* el 1 de septiembre de 1970, Alain Pujol relata: "El 7 de febrero de 1945 un solo U-Boot (submarino de la flota del almirante Doenitz) efectúa el transporte 17-44 (con desembarco en San Clemente del Tuyú) de los siguientes valores: 187.692.400 marcos; 17.576.500 dólares; 4.682.500 libras esterlinas; 24.976.500 francos suizos; 8.379.000 florines holandeses; 17.280.000 francos belgas, y 54.963.000 francos franceses, además de 87 kilogramos de platino, 2.511 kilogramos de oro y 4.638 carats de

diamantes y brillantes. Por medio de Ludwing Freude, agente del espionaje alemán en Buenos Aires, esos fondos fueron depositados en el Banco Alemán Transatlántico, el Banco Germánico, el Banco Tornquist y el Banco Strupp, y anotados en una cuenta a nombre de Juan Domingo Perón y de su esposa, María Eva Duarte de Perón"[32].

Pujol, quien estuvo vinculado al Deuxième Bureau, la rama del servicio secreto francés que realizó un estudio exhaustivo sobre los bienes nazis, describe también otros envíos hechos por submarino. Esta vez se trataba de cajones que llevaban la inscripción "Geheime Reichssage (Secreto de Estado)", y fueron enviados por el general Ernest Kaltenbrunner desde la base de Schleswig-Holstein hasta la estancia Lahusen, en San Clemente del Tuyú. Tales cajones, una vez desembarcados, fueron guardados en dependencias de esa estancia a donde habrían sido conducidos en cinco camiones la noche del 28 al 29 de julio de 1945. Al decir de Pujol —y en una versión coincidente con la de otros investigadores[33]— dieron fe de todo esto varios testigos del desembarco subrepticio, entre ellos tres marineros del acorazado Graf Spee: un tal Brennecke, el radiotelegrafista Rudolf Detelmann y el oficial Alfred Scholtz. Nótese en esta versión, además, la coincidencia casi absoluta entre las cifras mencionadas y las mencionadas más arriba en el documento citado por Farago y firmado por el cura Esparza.

Pero para agotar las hipótesis referidas a la vinculación entre Perón y el tesoro nazi, debe mencionarse el excelente trabajo del periodista argentino Tomás Eloy Martínez[34], a través de cuya investigación salen a la luz nuevos datos. Sus conclusiones, sin embargo, traslucen escepticismo al sopesar la posibilidad de que aquellos fondos hubieran ido a parar a manos del jefe del peronismo: "No hay, como se advierte, el menor indicio documental de que esos fondos hubieran sido desviados hacia las cuentas de Perón, Eva o la Fundación Eva Perón: en 1945 ni en los diez años siguientes".

Hay un punto, con todo, en que los investigadores están de acuerdo. Aunque discrepen en sus fuentes de información, en la tasación de la fortuna, en las fechas, medios y condiciones en que fueron realizados los envíos, todos coinciden en un aspecto: la que custodiaba los bienes y los hombres de paja que los administraban, era una organización.

El nombre de esa organización poco importa —y por otra parte, tuvo más de uno— a no ser porque constituye el tercer gran enigma del nazismo en la posguerra: el enigma de ODESSA.

El primero en hacer referencia a la "Organization der SS Angehörigen", u Organización de miembros de la SS, fue Simón Wiesenthal:

"—¿No ha oído nunca hablar de Odessa? —me preguntó Hans.

"Le contesté bastante ingenuamente (ahora me doy cuenta):

—¿La de Ucrania? Sí, estuve allí antes de la guerra. Una bonita ciudad.

"—No, no —dijo Hans impacientándose—. ODESSA, con mayúsculas. La organización de huida de la SS clandestina"[35].

Sobre el fin de la guerra, los jefes superiores del nazismo estaban conscientes de su próxima derrota y pudieron preparar rápidamente vías de escape como "la ruta de las ratas", y remesar dinero según se les había ordenado en la reunión de la Maison Rouge. ODESSA, cronológicamente posterior a estos dos hechos comprobados, fue la organización que los coordinó y centralizó el mando de las operaciones a ejecutar. Con el tiempo, después, se agregó una doble tarea: proteger a los fugitivos instalados en sus nuevos destinos, y administrar los bienes que habían sido enviados al exterior.

En una novela que no lo es tanto, un escritor británico se hizo eco de los dictados de Wiesenthal y definió las funciones de la organización:

"Los objetivos de ODESSA eran, y son, cinco: reinserción de los antiguos camaradas de la SS en la nueva República Federal creada en 1949 por los aliados; infiltración, por lo menos, en los escalones inferiores de los partidos políticos; obtención de la mejor defensa jurídica para todo asesino de la SS que hubiera de comparecer ante un tribunal, entorpeciendo por todos los medios el curso de la justicia en Alemania Occidental cuando ésta procediera contra un antiguo Kamerad; introducción de los antiguos afiliados a la SS en el comercio y la industria, para sacar partido del milagro económico que ha reconstruido el país desde 1945 y, por último, realización de una intensa propaganda cerca del pueblo alemán, encaminada a convencerlo de que los asesinos de la SS eran patrióticos soldados que servían a su patria y que en modo alguno merecían la persecución a que los sometió la justicia —sin gran eficacia por cierto— ni la repulsa de los hombres de conciencia.

"Apoyándose en su potente base económica, ODESSA ha podido, con relativo éxito, realizar estos planes, especialmente el de reducir a una especie de parodia la reparación oficial exigida por los tribunales

de Alemania Occidental. ODESSA, cambiando de nombre varias veces, ha tratado de desmentir su existencia, lo cual ha inducido a muchos alemanes a decir que ODESSA no existe. Sin embargo, taxativamente puede responderse a ello: ODESSA existe, y los Kameraden de la insignia de la calavera continúan ligados a ella"[36].

La "Organisation der SS-Angehörigen" no fue la primera ni la última de estas organizaciones de típico corte mafioso.

La primera se llamó "Estrella de Seis Puntas", y debe su macabro e irónico nombre a que asentó sus bases en otras tantas ciudades austríacas. Investigaciones coincidentes pudieron comprobar que entre 1945 y 1950, aproximadamente, tenía ramificaciones o sucursales en muchas ciudades alemanas ocupadas todavía por los americanos y los ingleses.

El cerebro de la estructura era un excapitán, Franz Röstel —con documentos sirios a nombre de Haddad Said— quien se encubría bajo la identidad de un próspero hombre de negocios radicado en Austria y especializado en el comercio con Egipto y Siria. Röstel tenía sus papeles en regla y los pases necesarios en orden, y según varios testigos organizó un abultado número de transportes de fugitivos. Salían desde la región de Lindau por Bregenz, atravesaban la frontera suiza, y ya en el país helvético podían tomar un tren para Zürich o Ginebra y desde allí, por vía aérea, viajar hacia Egipto o América del Sur.

La "Estrella de las Seis Puntas" devino en 1950 en "La Araña", en 1953 en ODESSA y, tiempo más tarde, en la "Kameradenwek", el nombre con el que continuaría actuando.

Aunque es uno de los secretos mejor guardados por los nazis después de la guerra, todo indica que no hay diferencias sustanciales entre ellas, y que los cambios de nombre a través de los años sólo han obedecido a la necesidad de protección y de seguridad. Más allá de la transformación de los rótulos, el organismo seguiría cumpliendo con los mismos objetivos para los cuales fue creado.

Las dos preguntas que más han querido responderse los investigadores que aún corren tras él, son cómo funciona y quién es su jefe. Adoptar la versión más difundida presupone aceptar lo que no ha sido demostrado: que funciona en la Argentina y que su jefe es, o ha sido, Martin Bormann.

Una explicación tan obvia como fantástica le fue ofrecida al autor por un hombre enfermo y taciturno, ya muerto al escribir este trabajo.

El contacto se había establecido por un anzuelo que el hombre, de unos sesenta años, había arrojado: "Yo sé dónde está la tumba de Bormann", había dicho. Y había empezado a contar una historia previsible a la vez que imaginativa, salpicada aquí y allá por datos indudablemente reales.

Durante todo el invierno de 1986, los fantasmas de los nazis prófugos aparecieron y desaparecieron a lo largo de docenas de horas de conversación. Entre cafés interminables fueron desfilando Gerhardt Bohne ("Huyó de Alemania, una vez que fue extraditado, y regresó a la Argentina. Con otro nombre tiene una hostería, en sociedad con la hermana, cerca de Coronel Suárez"), Heinrich Müller ("Llegó en uno de los submarinos y fue desembarcado en Orense. Ahora vive en una estancia al sur de Tandil; una estancia con laguna y pista de aterrizaje, y un galpón que tenía dibujada la cara de Perón en una de sus paredes"), Ricardo Walter Darré ("Murió en 1985, en Europa, en un accidente automovilístico"), Adolf Eichmann ("Lo denunciaron los camaradas. Habló de más, y era un peligro")...

Las informaciones que daba eran generalmente precisas, escuetas, y quizá ciertas: coincidían fechas, nombres propios, lugares. Lo extraño era que las hilvanaba dentro de una historia caprichosamente prolija; tan prolija que parecía inventada.

Hablaba de Bormann con la familiaridad de quien lo hubiese conocido, y citaba nombres de personas reales (empresarios, políticos, sacerdotes, militares, empleados) que, decía, habían estado en contacto con el exreichleiter.

Todo era *posiblemente* real.

Hasta sus respuestas a las preguntas sobre ODESSA:

—¿Quiere saber quién la dirige? Anote: Eduard Roschmann. Sí, no me quede mirando. El no murió en 1977 en Paraguay. ¿Quiere saber cómo funciona ODESSA? Con una estructura celular cerradísima, y con una reunión anual de lo que ellos llaman el "Consejo de Ancianos". ¿Y sabe cuándo se hace esa reunión? Todos los 20 de diciembre, el aniversario del suicidio del comandante Langsdorff, el del Graf Spee. Antes se hacía en La Cumbrecita, en Córdoba, pero desde 1980, por razones de seguridad, se hace en un haras que está en la zona de Tornquist y es de un alemán que tiene el mismo apellido que una marca muy conocida de lapiceras... No, no le voy a decir quién es. Pero piense en eso: una marca muy conocida de lapiceras[37].

Pero sobre la ubicación del comando de ODESSA hay más de una

hipótesis. Mientras los que sostienen que su jefe máximo era Frederich Schwend[38] ubican la dirección en Lima, Perú, los que afirman que el cerebro era Bormann aseguran que la sede estuvo siempre en Buenos Aires. Idéntica conclusión sacan aquellos que siguen pensando que el verdadero coordinador fue el general SS Johannes von Leers, un hombre que parece haber dejado demasiados rastros de su estadía en la Argentina.

El 11 de julio de 1960, el vespertino *La Razón* consignaba que el militar —además, un experto en propaganda que fuera estrecho colaborador de Joseph Goebbels en Berlín— residía en Buenos Aires, y que su presencia había sido detectada en Mar del Plata pocos días después de la rendición del segundo de los submarinos. El diario informaba que von Leers había llegado a estas playas en 1945 y que, un tiempo después, había dirigido la revista *Der Weg* (El Sendero) hasta su traslado a Egipto junto al general Otto Skorzeny[39]. Otra publicación aparecida en el país, la revista *Propósitos*, lo incluía en la lista de nazis prominentes que residían en la Argentina a mediados de septiembre de 1965. Por fin, diversas opiniones que coinciden entre sí dan cuenta de que el militar murió en Egipto en 1967, mientras habitaba en El Cairo una casa que figuraba a nombre de Juan Domingo Perón. El general alemán, indican esos informes, se había convertido al islamismo y adoptado el nombre de Omar Amin von Leers, una identidad bajo la cual colaboró en la elaboración de temas propagandísticos contra el estado de Israel[40].

Pero además de Bormann (con el margen de duda que se quiera) y de von Leers, también Franz Röstel vivió en la región. Según consigna el insospechable *The New York Times*, asentó en Montevideo, Uruguay, una de sus principales bases de operaciones. Y así comienzan a simplificarse las cosas: es altamente posible que ODESSA, cualquiera fuera su nombre y quienquiera fuese su "capo mafia", continuara manejada desde Sudamérica, aunque se pueda presumir que tenía importantes sucursales en Europa y Medio Oriente. La Argentina en particular, a partir de 1960, ofrecía seguridades para el manejo de la organización, dado el violento nacimiento de organizaciones de corte nazifascista que protagonizarían una escalada de antisemitismo.

Así se iba completando, con pleno apogeo durante estos años, la santísima trinidad de los enigmas del nazismo. A la luz de los hechos

históricos, podría formularse legítimamente una hipótesis: si el tesoro, Bormann y ODESSA habían sido trasladados hacia Sudamérica, y según muchos indicios concretamente hacia Buenos Aires, a partir de 1973 este tríptico iba a tener una magnífica oportunidad para revitalizarse.

El resurgimiento se iba a dar de la mano de ciertos personajes descaradamente fascistas que iban a irrumpir en la política argentina.

NOTAS

[1] *El Siglo*, 3 de marzo de 1964.

[2] *La Razón*, 25 de agosto de 1966.

[3] *La Razón*, 12 de noviembre de 1966.

[4] Sobre esta versión en particular puede consultarse Kristenssen, Jeff: *Hitler murió en la Argentina.*, Lumiere, Buenos Aires, 1987. El autor, sin ruborizarse, afirma que Adolf Hitler murió en algún recóndito lugar de la Patagonia a las tres de la tarde del 13 de febrero de 1962. Según esta hipótesis, el Führer habría llegado a la Argentina a bordo del buque Harpon, procedente del puerto Noruego de Kristiansand, y bajo la identidad de "Hans Krauss".

[5] Wiesenthal, Simón: *op. cit.*

[6] En realidad, las biografías sobre Martin Bormann no abundan. Datos sobre su historia personal, en cambio, pueden obtenerse en cualquier archivo periodístico a condición de desbrozar las decenas de contradicciones que allí se encuentren. La biografía más confiable del viceführer, hasta 1945, parece ser la de von Lang, Jochen: *The Secretary*; Random House, New York, 1979. Para conocer la presunta vida del delfín de Hitler a partir de esa fecha —lo que equivale a suponer que consiguió escapar del bunker de la Cancillería en Berlín— puede consultarse Farago, Ladislas: *Aftermath: the Fourth Reich*; Ediction Belfon, París, 1975; Manning, Paul: *Martin Borman, nazi in exile*, Lyle Stuart, New York, 1981; y, del mismo investigador, *My search for Martin Bormann*, sin edición conocida, fotocopia del original en el archivo del autor.

[7] Wiesenthal, Simón: *op. cit.*

[8] Idem ant.

[9] Durante el mes de septiembre de 1960, un hombre llamado Walter Flegel fue detenido en su casa de Zárate, en la provincia de Buenos Aires, bajo el cargo de ser Martin Bormann. La fiebre desatada tras la captura de Eichmann aún se hacía sentir, y parecía que cada alemán en la Argentina era un sospechoso. En diciembre de 1966 también fue detenido Rolf Soneburg. Esta vez sucedió en el sur del Brasil y el hombre, un desequilibrado que tenía cruces svásticas tatuadas por todo el cuerpo, hizo recaer sobre él las sospechas por el sólo hecho de hacerse llamar "padre Adolfo". La historia, en rasgos generales, volvió a repetirse con Juan Falero Martínez en la selva guatemalteca, en mayo de 1967, y por último con Johann Hartmann, en Colombia, a mediados de marzo de 1972. En los cuatro casos, las autoridades debieron pedir disculpas a los detenidos, quienes fueron dejados en libertad una vez que se hubieron

verificado sus respectivas filiaciones.

[10] Page, Joseph A.: *op. cit.*

[11] No hay edición en castellano. Sí en francés, citada más arriba.

[12] Ver capítulo II, 1931-1945: ¿Una Argentina nazi?

[13] Idem ant.

[14, 15, 16 y 17] Por la proverbial desorganización de los archivos públicos argentinos, o por alguna mano traviesa que eliminó los documentos correspondientes, durante el desarrollo de esta investigación no fue posible conseguir pruebas que dataran fuera de toda duda (certificado de defunción, registros de cementerios, avisos fúnebres, etc.) las muertes de Heinrich Dörge, Ricardo von Leute, Ricardo Staudt y Ludwing Freude. Los familiares de éste último, aún residentes en la Argentina, se negaron con firmeza a conversar con el autor. Las fechas mencionadas, así, siguen siendo imprecisas y sólo atribuibles a Ladislas Farago.

[18] Un juego de los llamados "documentos Farago" obran en el archivo del autor. Son fotocopias presuntamente originadas en la Secretaría de Informaciones del Estado (SIDE).

[19] Se trata de Paul Manning.

[20] Pueden verse detalles en Mc Key, Jameson: *¿Dónde están los tesoros nazis y fascistas?*; Ediciones G.P., Barcelona, sin fecha, y en Salvetti, Gualterio: *Las SS matan todavía*; De Vecchi S.A., Barcelona, 1970.

[21] Aziz, Philippe: *Los criminales de guerra*; DOPESA, Barcelona, 1975.

[22] Fotocopia en el archivo del autor.

[23] Fundada el 11 de junio de 1956, funciona como agencia periodística que suministra informaciones y comentarios a distintos diarios y revistas argentinos.

[24] Tres años antes, sin embargo, Caggiano había tomado posición sobre el tema de los nazis en la Argentina. Refiriéndose al ejecutor de la "solución final al problema judío", y según lo consigna el diario *La Razón* el 23 de diciembre de 1960, el cardenal primado manifestó que el acusado "había llegado a nuestra patria en busca de perdón y olvido, y no importa cómo se llame, Ricardo Clement o Adolf Eichmann: nuestra obligación de cristianos es perdonar lo que hizo". Sobre el padre Egidio Esparza, por otra parte, hay un tercer dato curioso que vale la pena consignar. El diario *La Razón* del 25 de abril de 1955, bajo el título de "Es procesado un sacerdote por desacato al Primer Magistrado", informaba lo siguiente: "En conocimiento de que en la iglesia de la Sagrada Eucaristía, ubicada en avenida Santa Fe y Uriarte, se acostumbraba a pronunciar sermones al promediar los oficios religiosos, en los que se proferían expresiones ofensivas para las autoridades nacionales, las autoridades de la comisaría 23ª. destacaron personal en dicho templo, en previsión de incidentes, durante la misa de 10 oficiada en la víspera. Pudo así comprobarse que, finalizada la primera parte de la ceremonia, ocupaba el púlpito el sacerdote

Egidio Esparza, argentino naturalizado, de 45 años, domiciliado en Juncal 1945, quien leyó un manuscrito cuyos conceptos eran agraviantes para la investidura del jefe del Estado. Simultáneamente, las personas que se hallaban en el interior del templo expresaron de viva voz su protesta, manifestando que no habían concurrido a un acto político sino a un oficio religioso. En esa situación, al reiterar el mencionado sacerdote sus expresiones, avanzaron hacia el púlpito, por lo que intervino la policía para evitarlo. Calmados los ánimos, se procedió a la detención del presbítero Esparza, quien es procesado por desacato, quedando a disposición del juez nacional en lo penal especial, doctor Miguel J. Argüello". Es posible que el cura Esparza hubiera virado su óptica política, pero más posible es que su última fidelidad haya sido con la iglesia: su detención y procesamiento ocurrían 45 días antes del rompimiento final de lanzas entre la iglesia y el peronismo, en ocasión de celebrarse el Corpus Christi de 1955.

[25] La frase corresponde al periodista Gregorio Selser, y hace referencia al estilo "cursillista" de la dictadura de Onganía, que tuvo connotaciones antisemitas muy marcadas, y donde la iglesia consiguió una importante cuota de poder... terrenal.

[26] *La Razón*, 9 de abril de 1946.

[27] Ver capítulo II, 1931-1945: ¿Una Argentina nazi?

[28] Los detalles judiciales de este entuerto fueron sintetizados en la polémica que un grupo de diputados nacionales mantuvieron en la Cámara, durante la sesión del 31 de julio de 1946. Ese día, según consta en el Diario de Sesiones, el radical Silvano Santander arremetió contra Freude. Dijo: "El 10 de septiembre de 1945, el señor ministro de Relaciones Exteriores se dirige al ministro del Interior sobre el caso Freude, para terminar en el país, dice textualmente, con sus actividades, según lo hace saber al ministro de Norte América, señor Braden. Esto lo dice el ministro de Relaciones Exteriores, no lo digo yo. El 11 de septiembre de 1945, por decreto 21.284, el Poder Ejecutivo disponía la expulsión del extranjero Ludwing Freude por indeseable, de acuerdo a los términos de la ley 4144. ¿Qué había pasado? Se sustancia un trámite rapidísimo. Surgen dudas sobre la nacionalidad de este señor en la Policía Federal. El 30 de setiembre de 1945, el señor ministro de Relaciones Exteriores pide informes a la Coordinación Federal, donde no obran antecedentes sobre Freude. No obstante, habían surgido dudas. De ello se deduce que habían llegado versiones de que Freude era ciudadano argentino desde 1935. El 8 de mayo de 1935, el juez federal de San Juan había resuelto otorgar a Ludwing o Ludovico Freude carta de ciudadanía argentina con todos los derechos, deberes y privilegios que la Constitución y las leyes argentinas consagran. Desde esta fecha, Freude había abandonado el trámite, no prestando el juramento correspondiente. Recién el 9 de agosto de 1945, es

decir después de diez años, y luego del decreto del Poder Ejecutivo por el cual se dejaba en suspenso el otorgamiento de la carta de ciudadanía, había recurrido al juez federal de San Juan para proseguir la gestión. El fiscal, que se hallaba gravemente enfermo, hizo lugar al pedido reactualizándolo no obstante el tiempo de diez años transcurridos. El juez federal se opone a la petición fiscal. Va la causa en apelación a la Cámara Federal de Mendoza, y ésta hace lugar en mérito a que el fiscal no se había opuesto y recién el 18 de diciembre de 1945, Freude obtiene la carta de ciudadanía argentina. La Suprema Corte de Justicia de la Nación resolvió recientemente un caso semejante. El alto tribunal sostiene que no se está en posesión legal de la carta de ciudadanía hasta que no se preste el juramento correspondiente, y que quien abandona el trámite por más de diez años desiste de su propósito de nacionalizarse". Por el oficialismo respondieron a Santander los diputados Raúl Bustos Fierro y Eloy Camus, quienes señalaron que Freude tenía arraigo en el país, y empresas e hijos argentinos. No obstante las reclamaciones y el pedido de una comisión investigadora para que analizara el caso, el Poder Ejecutivo dio por terminado el asunto el 6 de septiembre de 1946. Pero habría otro decreto presidencial que otorgaría inusuales privilegios a la familia Freude. Llevaba el número 24.136/46, y disponía: "Visto lo informado por el Departamento de Marina, en expediente 4 F 2500 de 1946, el Presidente de la Nación Argentina decreta: Artículo 1°: reconózcase como subteniente de la reserva del cuerpo de Infantería de Marina al ex conscripto clase de 1923 R.A. 2554 Rodolfo Eugenio Ludovico Freude. Firmado: Perón. F. Anadón". Era el hijo de Ludwing Freude, quien recibía así por expresa voluntad presidencial un ascenso que transgredía todas las disposiciones de las leyes orgánicas del ejército, ya que sólo se podían acordar esos ascensos en casos de guerra y por acción heroica.

[29] Alexandrov, Víctor: *op. cit.* Sobre el tema de la evacuación de obras de arte robadas por los nazis hacia la Argentina, al término de la guerra, también hay referencias en el ya mencionado libro inédito de Paul Manning. Las imprecisiones, sin embargo, impiden realizar un catálogo o, siquiera, una enumeración descriptiva.

[30] Las referencias a ambos textos se mencionan de segunda mano. No hay ediciones conocidas en español; sólo comentarios periodísticos.

[31] *Clarín Revista*, sin fecha.

[32] Juan Domingo Perón y Eva Duarte se casaron el 22 de octubre de 1945.

[33] Santander, Silvano: *op. cit.*

[34] Martínez, Tomás Eloy: art. cit.

[35] Wiesenthal, Simón: op. cit.

[36] Forsyth, Frederick: *ODESSA*, Plaza y Janés, Barcelona, 1975. En el libro se cuenta la historia de Eduard Roschmann y, con las licencias

propias de una novela, el autor desarrolla la compleja trama que los nazis prófugos han ido tejiendo hasta la actualidad. Hay varias referencias específicas al caso argentino.

[37] En esta investigación no se ha utilizado nada del material ofrecido por esa persona. Todos los datos están siendo reinvestigados y rechequeados, y quizá más adelante merezcan un trabajo específico.

[38] Nacido en Boeckingen, Wurtemberg, en 1906, Frederich Schwend registra un tardío ingreso a las filas del partido nazi. Lo hace recién en 1938, tras una estancia en Trieste donde había traficado con material aeronáutico. En 1942, por una orden personal de Adolf Hitler, se puso a la cabeza de un ambicioso plan de falsificación de moneda de los países enemigos, que fue conocido con el nombre de "Operación Bernhard". Con libras esterlinas y dólares ilegales, la Alemania del Tercer Reich conseguiría atacar los centros financieros de los aliados, y la operación sólo se detuvo en los últimos días de la guerra. Schwend huyó a Perú y se radicó en Lima, estableciendo contacto con otros prófugos como Klaus Barbie, quien vivía en La Paz. En enero de 1972 se lo vinculó al asesinato del empresario peruano Luis Banchero Rossi, un zar de la industria pesquera, y dos años más tarde el gobierno de Lima lo acusó de tráfico ilegal de divisas. Una versión no verificada (revista *Historia* número 21, marzo-mayo de 1986) señala que Frederich Schwend murió en su casa de la capital peruana en el "otoño de 1980".

[39] Respecto a esta vinculación entre Johannes von Leers y la revista *Der Weg* ("El sendero"), hay que decir que el artículo citado es el único que la menciona. Por otra parte, entre los "documentos Farago" citados en este mismo capítulo, figura una fotocopia de la División Asuntos Extranjeros de la Secretaría de Informaciones del Estado, que hace mención al mismo hombre. Fotocopia en el archivo del autor.

[40] Sobre esta conversión al islamismo, existe una prueba irrefutable ofrecida por el propio interesado. En una carta sin fecha, pero datable en los días siguientes a la captura de Adolf Eichmann, enviada a la dirección de la revista fascistoide *Pregonando Verdades* que se editaba en Buenos Aires, el nazi deploraba el secuestro del criminal y anotaba algunas precisiones sobre su vida. En un papel con membrete, encabezado "Prof. Dr. Omar Amin von Leers, N° 28 Street 11 (Tel. 34993) Maadi-Cairo, U.A.R.", pero graciosamente firmado "J. von Leers", el "profesor" dice: "Yo anduvo a Egipto, hoy el centro de la lucha mundial contra el coloniaje sionista que roba a las naciones de su libertad. Habiendo visto tanto en Alemania como en la Argentina que las iglesias cristianas en el mundo son aliadas a los judíos sionistas, yo me convertí al Islam, religión de los libres, de los grandes próceres de la libertad y del nacionalismo, como Gamal Abdel Nasser y Emir Abdel Krim. Continúo al lado de los árabes mi lucha contra la tiranía mundial de Israel y de los sionistas, y donde pueda ser

útil a su lucha contra ellos, lo haré con sumo placer". Este texto confirma, además, la estancia del experto en propaganda en Egipto, donde hasta fines de la década del sesenta tenía un programa de radio, "La voz de los árabes", que se emitía cinco veces al día, minutos antes y minutos después de las oraciones rituales mahometanas. La carta certifica, por otra parte, el paso por la Argentina del "profesor" Johannes von Leers.

VI.- 1973-1976: EL REGRESO

A media mañana del 17 de noviembre de 1972, bajo una lluvia torrencial y como último broche de una serie de tratativas con los militares que usurpaban el poder desde 1966, Juan Domingo Perón regresaba a la Argentina poniendo fin a un exilio que había durado diecisiete años y cincuenta y dos días.

El retorno al país, tan largamente postergado por las fluctuantes condiciones políticas, era el punto de fusión para un proceso que ya estaba iniciado y que iba a terminar seis meses más tarde con la vuelta del peronismo al poder.

La llegada de Perón a Buenos Aires —a bordo de un avión de Alitalia y acompañado de un extraño cortejo[1]— había movilizado un complicado y vasto operativo de seguridad que reconocía al menos tres direcciones independientes: la ofrecida por el gobierno militar argentino, más en provecho propio que por la tranquilidad del retornado; la coordinada por las estructuras locales del peronismo y la más estrecha y primordial: la establecida por el entorno íntimo del expresidente.

El primero de esos aparatos de seguridad estaba dirigido por un grupo de militares de alta graduación que obedecían órdenes directas del presidente Alejandro Agustín Lanusse. El segundo era comandado por un hombre que tenía la confianza del Movimiento: el teniente coronel (RE) Jorge Osinde. El tercero estaba presidido por un prófugo de nombre dudoso, dueño de un historial que más le valía ocultar: el exteniente de los "ustashis" croatas, Milo Bogetic[2].

Posiblemente nacido en Imoysky, Croacia, el 15 de junio de 1919[3], Bogetic había sido coronel del ejército de su país y revistado a las órdenes del mariscal Kuartineck durante las guerras de consolidación nacional. A partir de 1941, cuando Ante Pavelic había sido ungido "quisling" por decreto de Adolf Hitler y formado sus escuadras de "ustashis", el coronel se había incorporado a ellas como voluntario y se le había reconocido el grado de teniente, La pertenencia al grupo de fascistas le había permitido, al fin de la Segunda Guerra Mundial, compartir la suerte de sus camaradas: en julio de 1947, desde Génova, se había embarcado hacia Buenos Aires siguiendo los pasos de su jefe Pavelic[4].

Los datos que pueden rastrearse sobre él son confusos y contradictorios. Se sabe que obtuvo la ciudadanía argentina durante 1948, y que en ese año comenzó a trabajar al servicio de la seguridad personal del entonces presidente Juan Domingo Perón. Su tarea consistía en reconocer previamente los lugares a donde éste se trasladaría, y en elegirle las rutas que le convendría seguir[5].

Aunque pueda suponerse que se mantuvo cautelosamente en un segundo plano, como convenía a su pasado y a su trabajo en inteligencia, no pasó lo suficientemente inadvertido para los investigadores de la Revolución Libertadora: en septiembre de 1955 fue detenido, y liberado tres meses después.

Argentina ya no era un lugar seguro, y su siguiente escape lo condujo a la República Dominicana. Allí pronto consiguió trabajo como asesor en contrainsurgencia de la policía del dictador Rafael Leónidas Trujillo. En 1958 se reencontró con Perón, cuyo exilio lo había llevado hasta ese país centroamericano, y quizá con quien era un visitante asiduo del presidente derrocado: Hans Ulrich Rudel, "un tipo de unos cuarenta años, joven, buen mozo, simpático. Pasábamos a veces horas y horas escuchando sus anécdotas. Había sido uno de los hombres más valiosos que había tenido Hitler en el frente ruso. Y él sentía una gran admiración por Perón. Estaba radicado en Bonn pero iba de visita a Santo Domingo. Estaba buscado como criminal de guerra"[6].

Durante 1961, la seguridad que Bogetic proporcionaba al general Trujillo quedó flagrantemente violada: un atentado acabó con la vida del dictador, y obligó al croata a buscar nuevos rumbos. Esta vez se fue a España, donde la familia Perón estaba radicada desde hacía un año, y al llegar a Madrid fue alojado como huésped de la residencia "17 de Octubre", en el barrio Puerta de Hierro.

Gracias a los oficios de viejos amigos, estableció contactos con miembros de la policía política franquista y con sectores de la ultraderecha española. Y otra vez consiguió conchabo al servicio de su antiguo patrón: Perón, haciendo caso omiso de la frustrante experiencia dominicana de Bogetic, lo puso a cargo de su custodia personal. Y cuando decidió el regreso hacia la Argentina, lo hizo responsable de su seguridad y la de su nueva esposa, Isabel Martínez.

No fue un gran retorno para el croata: en 1974 habría de enemistarse con José López Rega y con su yerno, Raúl Lastiri, lo que lo decidiría a emigrar otra vez, ahora hacia el Paraguay. En los primeros días de 1975 habría de regresar a Buenos Aires, y se alojaría en el hotel Presidente con gastos cargados a la cuenta de Presidencia de la Nación.

En marzo de 1976, tras el golpe de estado que derribaría a su amiga Isabel, Bogetic regresó a España. Decía que trabajaba para la empresa alemana Thyssen y que tenía intereses comerciales en varios países. En julio de 1981 retornó durante tres meses a Asunción, donde compartió una casa con el dirigente peronista Julio Romero, exiliado en la capital paraguaya.

En abril de 1982 la guerra por las Malvinas lo sorprendió en España, y desde Madrid puso su experiencia al servicio de la dictadura militar argentina: se ofreció como voluntario para combatir en las islas, pero la oferta le fue rechazada con una carta de agradecimiento[7].

En mayo de 1988, después de tantas idas y venidas por el mundo, Milo Bogetic se radicó definitivamente en una casona de las afueras de Asunción, y allí murió el 25 de julio. Exactamente cinco años antes, el 28 de julio de 1983 y en medio de la borrasca política desatada cuando intentó jugar la carta de Isabel Perón en la interna del movimiento, una revista argentina había publicado un reportaje sorprendente.

La entrevistada era una mujer que residía en Mendoza y se llamaba Vilma Rudolf. Era yugoslava, tenía 55 años, decía que se había casado con el croata en 1949 vía México; que del matrimonio habían nacido tres hijos y que después de un viaje suyo a Europa no había vuelto a saber de su hombre. En uno de los párrafos de la entrevista, aseguraba: "Tengo el documento legalizado de casamiento por el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. Y tengo todos mis

documentos: cédula, pasaporte, todos con su nombre. Que no es de Bogetich sino Ravlic, Milo Ravlic".

En otra parte del reportaje, el periodista le recordaba que su presunto marido había regresado a la Argentina en 1972, acompañando al general Perón, y le preguntaba si ella se había enterado. "Sí, claro, si lo vi por televisión", respondía la mujer. Y agregaba: "Esa vez mandé a mis hijos a Olivos. El se encontró con ellos, se mostró muy sorprendido, eran casi tan altos como él. ¿Sabe qué les contestó? Que dejaran el teléfono, que él se iba a comunicar con nosotros. Pero nunca lo hizo. Y nosotros nunca quisimos volver a molestarlo porque él estaba —o nos parecía— en una posición de mucha importancia"[8].

De ser cierto el relato de la señora Rudolf, hay por lo menos una confusión: en noviembre de 1972 el expresidente Perón y su reducido entorno no estaban en Olivos sino en Vicente López, a algunas cuadras de la quinta presidencial, habitando una casa que los afiliados peronistas habían comprado para obsequiar a su líder. La residencia era un chalet de tres plantas, con jardín y piscina, que aún se levanta en el 1065 de la calle Gaspar Campos.

Por ochenta y tres millones de pesos de la época, donados por empresarios y dirigentes sindicales, la propiedad le había sido comprada a la familia Bruer Mengelberg, quienes veinticinco años antes la habían construido cálida y confortable. De ladrillos pintados de blanco y con tejados rojos, la entrada exhibía un escudo de armas con la inscripción en latín *Nec temere nec timide* ("Ni temerariamente ni tímidamente"). La operación de compra-venta se había formalizado el 25 de septiembre de 1972, y en los documentos figuraba a nombre de Isabel Perón[9].

•

En los últimos días de ese año, con el jefe peronista recién llegado a la Argentina, el incansable fantasma de Martin Bormann volvió a revolotear. Esta vez no iba a ser en Bariloche ni en Misiones sino en el noroeste del país: una pareja de periodistas lo rastreó en Salta, pero los resultados obtenidos fueron tan etéreos como el personaje buscado.

La investigación se había originado en la aparición de las notas de Ladislas Farago y Steward Steven, publicadas por el *Daily Express* de Londres a partir del 25 de noviembre. A raíz de las denuncias que contenían, los reporteros argentinos recorrieron la capital de la provincia y dos pequeños pueblos de los alrededores: Rosario de Lerma y Ampascachi.

En la ciudad de Salta dieron con dos testigos, identificados con nombre y apellido, que reconocieron indubitablemente al exreichleiter en las fotos que les fueron mostradas, y lo asociaron con el hombre que había estado allí poco tiempo antes buscando una casa para comprar. De acuerdo con sus testimonios, el presunto Bormann y una mujer que lo acompañaba se habían alojado en el hotel Victoria Plaza, y habían entrado en tratativas con una inmobiliaria local.

Los testigos recordaban precisiones y detalles sobre la extraña pareja: "Me dijo que viajaban mucho. Que habían estado en Chile, en Holanda, en Paraguay, pero que estaban cansados de tanto viajar y querían comprar una casa o un departamento en Salta para quedarse una temporada larga. Dijeron también que su lugar preferido era Paraguay, donde tenían un amigo muy íntimo que los alojaba en su finca, un sitio muy tranquilo y solitario donde descansaban de tantos viajes" (testimonio de Olga de Juárez). "Lo traté una semana, poco más o menos. Hablaba castellano pero con fuerte acento alemán y alguna sonoridad portuguesa. Le pregunté por qué, y me dijo que había viajado mucho, que se pasaba la vida viajando" (testimonio del ingeniero Bernardo Biella).

Los periodistas no tuvieron tanta suerte en Ampascachi, un pueblito de ochocientos habitantes incrustado en la precordillera, donde la familia Krupp había sido propietaria de una finca de 36.000 hectáreas. En 1967, la estancia había sido vendida a una sociedad anónima, y la mayoría del paquete accionario estaba en manos de Waldtraut Burchardt, una descendiente de la familia Krupp al igual que el anterior propietario: Arndt vonBohlen-Halbach. Los investigadores argentinos sólo encontraron negativas en Ampascachi. Sus habitantes aseguraron firmemente que ningún hombre parecido al que mostraban las fotografías que se les exhibían, había estado jamás en el lugar. Con todo, era una negativa demasiado enfática y osada, y el periodista así lo dejaba entender en su reportaje[10].

Medio año después de publicada esta investigación —que los peronistas pronto habían asociado a una campaña en su contra basada "en el viejo mito del estigma nazi-fascista"— la fórmula Héctor Cámpora-Vicente Solano Lima ganaba las elecciones presidenciales, y la figura de Juan Domingo Perón volvía a dibujarse en los cenáculos del poder.

Con el advenimiento de la democracia después de siete años de

dictadura militar inaugurada en junio de 1966 por el general Juan Carlos Onganía, el nuevo peronismo había llegado de la mano de millones de votos populares. Y con él, notorios personajes identificados con el fascismo volverían a hacer sentir su presencia en la sociedad porteña. Porque además de Milo Bogetic, del inasible fantasma de Martin Bormann, de las visitas del coronel Hans Ulrich Rudel o del poder entre bambalinas que iba amasando Licio Gelli[11], habría de hacer su aparición un puñado de cavernícolas, nazistas vernáculos, que iba a monopolizar la violencia de ultraderecha y se iban a hacer fuertes en la Universidad.

El bautismo de fuego de estos grupos, quizá nacido como reactivo a sus similares de ultraizquierda que ya tenían presencia política desde hacía años, iba a producirse el 20 de junio de 1973 en Ezeiza, fecha y lugar previstos para el regreso definitivo de Perón a su patria.

Con sus casi 78 años a cuestas, el viejo general que había protagonizado tres décadas de historia argentina —por acción u omisión— se había desprendido de casi todos los enconos y rencores a los que muchos de sus hombres aún seguían rindiendo culto. La batalla librada entre los distintos sectores congregados para dar la bienvenida a su líder, produjo un número de muertos no determinado todavía[12] y marcó el inicio de una carrera fatal por la hegemonía del poder dentro del peronismo.

La mayoría de los grupos que actuaron en Ezeiza, sin embargo, no eran nuevos. Formados por viejos cuadros y militantes aliancistas y tacuaristas, sólo habían aggiornado sus denominaciones: ahora se llamaban Comando de Organización, Juventud Peronista de la República Argentina, Mazorca o Concentración Nacional Universitaria, por mencionar sólo algunos.

Sobre todo esta última, identificada como CNU, habría de tener una participación relevante en el desquicio a que viejos y afiebrados fascistas —que no trepidaban en reconocerse como tales— habrían de conducir a la Universidad.

El 20 de agosto de 1983, en el transcurso de una mesa redonda donde fue orador junto al italiano Atilio Carelli, dirigente del Movimiento Nacionalista Revolucionario de su país, el doctor Alberto Ottalagano había dicho sin avergonzarse: —Hago mía la frase de Primo de Rivera: "Soy fascista. ¿Y qué?"[13].

No necesitaba tal carta de presentación. Nacido en Santa Fe en

1926, abogado, doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales, y en Filosofía, había hecho sus primeras militancias en el nacionalismo ultracatólico, desde el cual había derivado primero a la Alianza Libertadora Nacionalista y desde allí al peronismo.

Había sido fundador de la Agrupación Gremial Universitaria del Litoral, y posteriormente de la Confederación General Universitaria, ambos nucleamientos nacidos en 1946 al amparo de la derecha católica. A partir de 1955 había comenzado una incesante batalla contra el gobierno de la Revolución Libertadora, que le había valido el exilio, en 1959, en España. A partir de 1960 había sido un asiduo visitante de Perón en Puerta de Hierro, y en años posteriores vivió en París, donde tomó contacto con elementos de la extrema derecha francesa. Retornado a la Argentina siguió militando en el peronismo, y en 1973 fue elegido presidente de la Confederación General Universitaria.

"Sin embargo, su gestión más recordada es cuando se hace cargo del rectorado de la Universidad de Buenos Aires durante el gobierno de Isabel Perón, para 'exorcizar' a los estudiantes del peligro marxista"[14]. Cierto: esta parte de su trayectoria, iniciada el 16 de septiembre de 1974, fue la que le valió más notoriedad. Entre otras cosas por haber expresado una síntesis política que el propio Nicolás Maquiavelo hubiese envidiado: "Desde este instante", dijo en noviembre de aquel año, "se es justicialista o marxista".

Una década más tarde, en agosto de 1983, se explayaría en sus explicaciones.

En un reportaje concedido a la revista *Siete Días*, Ottalagano habría de clarificar su concepción del mundo, y del peronismo, en los siguientes términos: "La historia futura necesita de un nuevo Hitler acristianado. Necesita de un nuevo Hitler católico. Un Hitler sin Auschwitz (o esos campos que se le atribuyeron y cuyas pruebas de existencia no me constan). Dios reclama en este momento una espada de fuego".

Otra de sus reflexiones: "La guerra de hoy procura dominar la mente de los neutrales. Destruir la psiquis. La guerra de hoy es la conquista de los cerebros. Procura debilitar la psiquis del enemigo y reforzar la propia. Por eso es tan importante la universidad. Desde la cátedra, la subversión nos carcomía el cerebro. Se proponía cambiar las mentes. Y ésa fue la lucha que yo tuve que librar en la universidad. La defensa de los cerebros".

Otro pensamiento: "Suprimid el sable y os quedaréis sin historia argentina. El sable hizo la patria. Y el ejército brilla cuando es una idea hecha bayoneta".

Esta metáfora de "la idea hecha bayoneta" parece haber obsesionado el carcomido cerebro de Ottalagano. A tal punto, que en el mismo reportaje vuelve a referirse a ella al hablar sobre Perón: "Perón admiró a Hitler y a Mussolini. Pero eso no significa que admirara los errores de Hitler. Y eso se lo voy a especificar bien. Perón lo admiró a Hitler —como lo admiro yo— en toda su concepción social. Pero no admiró la Gestapo. Ni la masacre de judíos. Perón era militar y era nacionalista. Fue hasta instructor de la Legión Cívica. Esa es una verdad histórica irrefutable. ¿Y qué era el ejército del 43, sino una expresión del nacionalismo de su época en el mundo? Un ejército como el de la Revolución de Mayo: una idea hecha bayoneta".

Después de la mesa redonda mencionada, y del reportaje glosado, para que no quedaran dudas Ottalagano insistió: "Yo soy justicialista porque soy fascista", dijo en un programa de televisión[15].

Pocos meses más tarde, a poco de iniciado el gobierno de Raúl Alfonsín, participó en un acto organizado por el Partido de la Independencia, y en septiembre de 1984 compareció ante la Justicia para prestar declaración testimonial en la causa iniciada por el secuestro y posterior asesinato del estudiante Daniel Winer, hechos ocurridos el 29 de noviembre de 1974, dos meses después de que el declarante hubiese asumido como interventor en la Universidad de Buenos Aires.

El 19 de agosto de 1988, finalmente, Alberto Ottalagano "reapareció" en los actos oficiales del peronismo: fue durante una comida servida en homenaje a Carlos Menem en el estadio de Atlanta.

Habían pasado poco más de dos años, apenas, desde que se hiciera cargo de la defensa del criminal de guerra Walter Kutschmann.

Pero además de los fascistas vernáculos, Buenos Aires volvía a albergar a hombres que habían huido de Europa después de la guerra, y que ahora retornaban a su patria de adopción. El aviador Hans Ulrich Rudel, por ejemplo, fue recibido oficialmente por Perón en la quinta de Olivos el 1 de marzo de 1974. El diario que menciona la información, un vocero de la izquierda peronista, hace constar que el militar "actualmente se encuentra nuevamente radicado en la Argentina"[16].

Quien no estaba establecido en el país, pero era un asiduo visitante,

era el "venerable" Licio Gelli, el jefe de la logia masónica Propaganda Due, cuya historia es suficientemente conocida[17]. Su relación con el general Perón era de vieja data, y fue uno de los pasajeros del avión que condujo de regreso al ex-presidente. Cuando Perón recuperó el cargo, tardó solamente seis días para concederle al "maestro" la Orden del Libertador General San Martín, en el grado de Gran Cruz, "por los importantes servicios prestados a la Nación".

Pero aparte de los nostálgicos del nazismo había otros grupos —también fascistas, aunque a su manera— que ya se estaban moviendo en las sombras, aprestándose a dar el zarpazo.

NOTAS

[1] Los acompañantes sumaban 130 personas. Al decir del historiador norteamericano Joseph Page, "un potpurrí de dirigentes políticos peronistas, líderes gremiales, oficiales del ejército retirados, industriales, economistas, sacerdotes, médicos, luminarias del mundo de los deportes y de la farándula. Habían cruzado el océano tres noches antes, así podían estar al lado del conductor, su esposa y su secretario privado en el vuelo de regreso desde Roma".

[2] Elegimos esta grafía, extraída de una gama muy amplia de posibilidades: de Bogetich, Bogetich, de Bujetich, Bojetich, Bugetic, Vugetich, etcétera. Por momentos parece que el mayor secreto del coronel croata es su propio nombre.

[3] La versión corresponde a su presunta exesposa, Vilma Rudolf, entrevistada por un periodista de la revista *Gente*, 28 de julio de 1983.

[4] El embarque es mencionado en el "Informe La Vista", citado por Martínez, Tomás Eloy: art. cit.

[5] Revista *Somos*, 22 de julio de 1983.

[6] Revista *Flash*, 22 de julio de 1986. El testimonio es del animador televisivo Roberto Galán, y no parece lógico ni es concordante con el resto de las informaciones que el piloto estuviese "buscado como criminal de guerra".

[7] Revista *Gente*, 21 de julio de 1983.

[8] Revista *Gente*, 28 de julio de 1983.

[9] La casa estaba ubicada en un barrio que había sido elegido como hábitat por los nazis refugiados en el país. A 150 metros había vivido Joseph Mengele (Virrey Vértiz 968-970); a la misma distancia estaba la sede del Partido Nacional del Renacimiento (Martín Haedo 863); a 600 metros había residido —o dado una dirección— Adolf Eichmann (Monasterio 429); a 300 metros vivía Constantin von Groman (Gaspar Campos y Valentín Vergara), y ya más lejos, a quince cuadras, estaba viviendo Walter Kutschmann (Martín Haedo 2658).

[10] Revista *Gente*, 7 de diciembre de 1972.

[11] Ver Apéndice II: Los nostálgicos del Duce.

[12] Distintos investigadores que trabajaron sobre el tema no se ponen de acuerdo sobre el número de víctimas que los combates ocasionaron. El trabajo más serio es el de Horacio Verbitsky: *Ezeiza*, Contrapunto, Buenos Aires, 1985, donde con documentación de primera mano sostiene que los muertos fueron trece. Hay información diferente en Cernadas Lamadrid, J.C. y Halac, Ricardo: *La masacre de Ezeiza*, colección Yo Fui Testigo, Perfil, Buenos Aires, 1986.

[13] *Clarín*, 21 de agosto de 1983.

[14] *Nueva Sión*, 3 de septiembre de 1988.

[15] *Clarín*, 8 de septiembre de 1983.

[16] *Noticias*, 2 de marzo de 1974. La crónica está ilustrada con una fotografía que muestra al general Perón, su esposa Isabel y otras personas, en los jardines de la residencia de Olivos, saludando al aviador nazi.

[17] Ver, al respecto, Berger, Martín: *Historia de la Logia Masónica P-2*, El Cid Editor, Buenos Aires, 1983. Para otros datos sobre Licio Gelli, Ver Apéndice II: Los nostálgicos del Duce.

VII.- 1976-1983: LA SVASTICA EN LOS CUARTELES

Al amanecer del 24 de marzo de 1976, en la Argentina se hizo la noche.

Un puñado de generales, almirantes y brigadieres, al mando de la totalidad de las fuerzas armadas del país, instalaron una sangrienta dictadura militar que habría de proyectar su sombra durante casi ocho años.

Fueron tiempos de persecución y muerte que poco tuvieron que envidiarle a los del reinado de Adolf Hitler y sus SS sobre Europa. Modelo, en muchos sentidos, construido a imagen y semejanza del nazismo, durante su vigencia "desaparecieron" treinta mil personas o —según las cifras comprobadas— poco menos de diez mil[1]. Si entre 1939 y 1945 en Europa los campos de la muerte se denominaban "de concentración" o "de exterminio", en la Argentina del horror se los llamó "de detención". Si los incautos alemanes, tras la liberación, alegaron desconocer las atrocidades que allí se cometían, los argentinos de la democracia alegaron sorprenderse hasta el asco al enterarse de lo sucedido.

En la Argentina no hubo cámaras de gas: hubo fosas comunes. No hubo exhibición de la muerte, sino la intención de hacerla discreta y clandestina. No hubo olimpíadas sino un mundial de fútbol; no hubo Mengeles sino Bergés[2]. No Draganovichs, sino von Wernichs; los mariscales no robaron obras de arte sino heladeras y televisores. Entre las soldadescas, en cambio, no hubo diferencias: también mataron familias, secuestraron niños, saquearon casas, violaron, incendiaron, asesinaron.

"Sería quizás exagerado suponer que la barbarie argentina de la última década se debe a una causa tan remota como la migración de nazis entre 1947 y 1950, pero las semejanzas entre los métodos represivos de los dos regímenes son tan vastas que no pueden obedecer al azar. El ejercicio de la tortura y de la esclavitud contra los inocentes o adversarios que ya no se resistían, la concepción de la guerra como exterminio, el plagio de los campos de muerte, de las fosas comunes, de los hornos crematorios, no son meras parodias subdesarrolladas de una historia atroz. Son la puntual lección de discípulos enajenados (llámense Videla, Massera, Camps, Chamorro, Viola o Galtieri) por el legado que dejaron inconcluso los maestros del Tercer Reich. El juicio a los nueve comandantes del Proceso abunda en testimonios sobre los símbolos y consignas del nazismo que imperaron en cámaras de tortura de La Perla, El Vesubio o la Escuela de Mecánica de la Armada: las svásticas, la reproducción melancólica de los discursos de Hitler durante las sesiones de tormento y las inscripciones de glorificación nazi en los muros, reconstruyeron una escenografía caricatural de la muerte que los jueces de Nüremberg creyeron, con candor, haber desalentado para siempre"[3].

Aunque no puede afirmarse que la represión en la Argentina se caracterizó por su antisemitismo, tampoco puede desconocerse que lo hubo.

En el Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, el *Nunca Más*, un subcapítulo está dedicado al tema. En una de sus partes más sustanciales, dice: "El antisemitismo se presentaba como contrapartida de una deformación de 'lo cristiano' en particular y de 'lo religioso' en lo general. Esto no era otra cosa que una forma de encubrir la persecución política e ideológica. La defensa de Dios y de los valores cristianos fue la motivación ideológica simple para que pueda ser entendida por los represores, hasta en sus más bajos niveles organizativos y culturales. Esta necesaria identificación se hacía para forjar en todo el personal represivo 'una moral de combate' y un objetivo tranquilizador de sus conciencias, sin tener la obligación de profundizar las causas y los fines reales por los cuales se perseguía y castigaba, no sólo a la minoría terrorista sino también a las distintas expresiones políticas, sociales, religiosas, económicas y culturales, con tan horrenda metodología"[4].

Los ejemplos concretos de nazifascismo pueden rastrearse no

solamente en los testimonios de las víctimas. En un informe ofrecido en marzo de 1983 en Madrid ante la Comisión Argentina de Derechos Humanos, un expolicía arrepentido fue más que claro: "Dentro de la esfera de la Policía Federal Argentina, el aparato represivo ilegal comenzó a estructurarse a partir del año 1971 en torno a la figura del comisario general Alberto Villar, quien se desempeñaba en ese entonces como Director General de Orden Urbano, cargo que comprendía la jefatura de los principales cuerpos represivos policiales: Guardia de Infantería, Policía Montada, Unidades Móviles de Represión y División Perros. Estos cuerpos están especializados en la lucha contra la guerrilla urbana y en la represión política. Desde sus funciones oficiales, Villar comenzó a desarrollar en torno suyo una estructura paralela para la realización de acciones violentas ilegales. Los integrantes de esa estructura paralela se organizaron como una especie de logia o club, llamado 'De las caras felices', que se reunía habitualmente en la sede de la Fundación Salvatori, en el barrio porteño de Belgrano. El presidente de la Fundación era amigo personal de Villar y conocía el carácter de las reuniones que se realizaban.

"Además de Villar, componían este grupo el comisario inspector Roque Mancino, alias 'El funebrero'; el principal Famá, alias 'El tano', pariente de José López Rega; el principal Jorge Mario Veyra, alias 'El Pájaro Loco'; el principal Jorge Muñoz, alias 'Chiche'; el inspector Félix Farías, alias 'La Bestia'; el inspector Gustavo Ecklund, alias 'El alemán'; el principal Fausto José Mingorance, el inspector Eduardo Beuille, alias 'El caballo', y el inspector Eduardo Gutiérrez, alias 'La tablita', entre otros. Según el dicente, algunos de los integrantes del grupo, en la época de referencia, ostentaban grados menores a los indicados.

"Este grupo se reunía con una frecuencia mensual y Villar era su líder indiscutido, mientras Veyra cumplía las funciones de ideólogo. indicaba literatura y comentaba obras de Adolfo Hitler y otros autores nazis y fascistas. Las reuniones también tenían un sentido práctico: en ellas se analizaban detalladamente algunos hechos represivos de importancia, como la llamada 'noche de los bastones largos', etc.

"Uno de los principales objetivos de este grupo consistía en lograr la hegemonía operativa dentro de la Policía Federal Argentina con la técnica ideológica indicada y mediante la obtención de destinos privilegiados e influyentes"[5].

Pero aun sin este aporte —importante, entre otras razones, porque data el comienzo de la ideologización nazifascista cinco años antes de producirse el golpe de Estado— los testimonios de decenas de víctimas de condición judía habrían de trazar un panorama inequívoco de lo que sucedía en esos tiempos.

Distintas exposiciones de sobrevivientes de los campos clandestinos de detención coinciden en que en las paredes de las celdas habían sido pintadas las inscripciones "Haga Patria, mate un judío" y "El único judío bueno es el judío muerto". Otros dichos indican la existencia de simbolismos nazis en las prisiones: el exdirector del diario *Buenos Aires Herald*, Robert Cox, declaró en el juicio a los excomandantes que en las paredes del Departamento Central de Policía, a donde había sido llevado, había encontrado cruces svásticas de gran tamaño dibujadas en las paredes.

En el Informe de la CONADEP se mencionan varios casos semejantes: el de un torturador, apodado "El turco Julián", que llevaba un llavero con la cruz svástica y la cruz cristiana en el pecho; el de los prisioneros judíos a quienes se les pintaba svásticas en la espalda; el de los secuestradores que pintarrajeaban la cruz gamada en las casas de sus víctimas, o el del oficial de policía visto con una cruz svástica cosida en su uniforme.

Más declaraciones dan cuenta de que algunos de los detenidos eran forzados a arrodillarse ante retratos de Hitler y Mussolini y a renunciar a gritos a su condición semita. También hay testimonios de que en una cárcel cordobesa se torturaba haciendo gritar "¡Viva Hitler!"; de que en el Club Atlético un torturador se hacía llamar "El gran Führer"; de que se ordenaba gritar "¡Heil Hitler!" y "¡Yo amo a Hitler!" a los prisioneros, y de que en ciertos centros de detención, durante la noche, se dejaban oír grabaciones de sus discursos[6].

Dentro de este marco general, durante el Proceso sucedieron cosas particulares. Cronológicamente, la primera fue la aparición el 25 de marzo de 1976 —es decir, un día después del golpe de Estado— de una nueva publicación de corte totalitario llamada irónicamente *Génesis*. En ella, como tema central, se insistía con la superchería del Plan Andinia[7]. Casi simultáneamente, los kioscos de Buenos Aires comenzaron a exhibir distintos libros de la editorial Milicia: "Nosotros, los racistas", del por entonces secretario de la Internacional Neofascista europea, G.A. Amadruz; una edición especial con textos

de Adolf Hitler, y otro panfleto antisemita, "El Talmud desenmascarado", atribuido al sacerdote I.B. Pranaitis.

El 30 de abril de 1976, día en que Hitler hubiese cumplido 87 años, se intentó celebrar una misa en su memoria en la parroquia de Montserrat, a cuatro cuadras de la Plaza de Mayo y la Casa de Gobierno. Tal vez porque la ceremonia se publicitó como una reunión política, al Arzobispado de Buenos Aires prohibió su realización. Los volantes que invitaban a concurrir a la iglesia estaban firmados por "J.C. Sigwald".

Para dos periodistas argentinos que investigaron las relaciones entre los grupúsculos ultraderechistas en el país[8], las iniciales "J.C." esconden solamente una "A". Dicen: "Son muy pocos los que saben que un nazi de la primera hora es el general (RE) Adolfo Sigwald. Los destinos del PANI (Partido Ario Nacionalista Integral), están en sus manos desde hace por lo menos seis años. Sigwald, además de haber sido gobernador de Buenos Aires y de Córdoba durante la dictadura, tiene un currículum frondoso: en 1969 dirigió la represión militar contra las manifestaciones populares conocidas como el Cordobazo. En 1972 fue comandante del regimiento 'Escuela de Infantería de Monte 28 en Tartagal, Salta, donde boinas verdes norteamericanos instruían sobre métodos de tortura. En 1976 fue comandante de la Brigada de Infantería 10, con asiento en Palermo, que tuvo a su cargo los operativos de secuestro, tortura y desaparición de los delegados gremiales en las fábricas del cinturón industrial que rodea a Buenos Aires. En 1977 fue trasladado a Estados Unidos como delegado argentino ante la Junta Interamericana de Defensa. En enero de 1976, como parte de los preparativos del golpe militar de marzo, el 'Comando Sigwald' pintó la consigna 'Fuera judíos' frente al diario argentino en idioma idish *Di Presse* (...) Sigwald pretende permanecer en el anonimato haciéndose pasar como J.C. (Juan Carlos), y no como Adolfo. En el periódico del PANI ("Papeles"), cuya dirección ejerce, también apela a ese acertijo. El PANI absorbió en los últimos años a casi toda la militancia de la Alianza Libertadora Nacionalista, y su centro de difusión de ideas es el llamado Fortín Devoto, ubicado en esa zona de la Capital Federal".

La misma investigación habla a las claras de la escasa prédica del grupo, al señalar que el periódico que edita tiene una tirada de 250 ejemplares. Eso no le impide, sin embargo, poseer una "canción de guerra" propia. Se llama "Marcha de los Arios" y su estribillo delira:

"Camaradas a formar, adelante juventudes/ a los aires nuestro grito de la nueva libertad./ Pueblo ario a luchar, Argentina será tuya/ nuestra vida y nuestra muerte, en la guerra y en la paz".

Pero no fue ésta la primera vez que a un alto oficial del Ejército Argentino, además de Perón, se le comprobaban vinculaciones directas con los nazis autóctonos o inmigrados.

Un expediente iniciado por la embajada alemana en Buenos Aires durante 1959, en el que se detallaban los pasos en el país del criminal de guerra Joseph Mengele, ofrece una prueba concluyente de esas vinculaciones. El documento—una abultada carpeta que incluía antecedentes, domicilios, relaciones e inversiones del "Angel de la Muerte"—contenía también un folio agregado en 1964, donde se explicaba de qué manera el entonces coronel y luego general Osiris Guillermo Villegas ayudó a Mengele a escapar cuando la extradición ya había sido concedida.

De acuerdo con esa fuente, la huida del criminal hacia Uruguay y Brasil se produjo a mediados de 1960, un mes después de la captura de Adolf Eichmann. Mengele, quien tenía documentos a su verdadero nombre desde noviembre de 1956[9], necesitaba con urgencia un juego de papeles falsos para poder cruzar la frontera, y los pidió a su amigo Otto Kempe, un excapitán de la Wehrmacht que residía con su esposa Erika Mühring en Acassuso, al oeste de Buenos Aires. El matrimonio movió sus influencias dentro del ambiente de nazis prófugos, y pronto dio con la persona indicada.

Osiris Villegas, quien ese mismo año había publicado su libro *Guerra Revolucionaria Comunista*, un trabajo en el cual se inspiraría la doctrina de Seguridad Nacional, visitaba con frecuencia la casa de la avenida San Martín 2959, de Florida, donde residía la hermana del exgeneral SS Wilhem Koppe. El militar había sido jefe de la policía hitleriana en la Polonia ocupada, y detenido en 1960 en Bonn bajo la acusación de haber ordenado la muerte de más de trescientas mil personas.

La señora Koppe, quien había llegado a la Argentina en 1953, pidió al militar la ayuda necesaria, y pocos días después Villegas le alcanzaba un pasaporte y otros documentos, todos con el número 4.039.316, a nombre de Alfredo Mayern. Con esa nueva identidad, Joseph Mengele viajó hasta Colonia, en el Uruguay, donde fue recibido por un primo de los Koppe: el sacerdote redentorista Ahrens. El cura lo condujo desde allí hasta Rivera, en la frontera con Brasil, y al médico de Auschwitz se lo tragó la tierra.

Sobre el servicial Osiris Villegas puede agregarse que en 1960 estaba cumpliendo destino en el Comando en Jefe del Ejército y posteriormente en la Secretaría de Estado de Guerra; que en 1963 fue ministro del Interior y que a partir de la restauración democrática de 1983 protagonizó dos hechos relevantes: se constituyó en defensor del general (RE) Ramón Camps, acusado por reiteradas violaciones a los derechos humanos y nazi confeso[10], y querelló al presidente Raúl Alfonsín y a su Canciller Dante Caputo por haber condecorado con la Orden del Libertador General José de San Martín al rabino Marshall Meyer.

No había hecho lo mismo el 18 de octubre de 1973, cuando el presidente Juan Domingo Perón y su Canciller Alberto Vignes otorgaron la misma condecoración al fascista masón Licio Gelli.

Retomando el período comprendido por la última dictadura militar, conviene detenerse en la proliferación de literatura antisemita o abiertamente nazi que invadió las librerías y los kioscos de Buenos Aires.

El 3 de septiembre de 1976, el Poder Ejecutivo había proscripto por decreto a la Editorial Milicia. Al hecho no había sido ajena la persistente campaña periodística que había denunciado la actividad de la editorial. Milicia había iniciado sus publicaciones en agosto de 1975, difundiendo cuadernillos de contenido pronazi y algunos textos doctrinarios clásicos de la época del Tercer Reich[11] y, hasta el momento de su clausura, había editado 26 títulos en tres colecciones. Los autores que difundía era, entre otros, Adolf Hitler, Benito Mussolini, Alfred Rosemberg y Joseph Goebbels.

Una vez clausurada la editorial, los editores le cambiaron el rótulo y siguieron publicando, ahora bajo el sello "Odal". El nombre, tomado de un dios teutónico reverenciado por los nazis, agrupaba títulos como *El mito del siglo XX*, del filósofo oficial del nacionalismo, Alfred Rosemberg; *El manifiesto*, de Gottfried Feder, y *La lucha contra el enemigo del mundo*, de Julius Streicher.

El 3 de marzo de 1977 también Odal fue prohibida, y desde entonces se llamó Occidente. Uno de los títulos publicados bajo este nombre —*La política racial nacionalsocialista*— estaba firmado por el único argentino que había integrado el equipo de gobierno de la Alemania nazi: Walter Oscar Darré.

Nacido en la ciudad de Buenos Aires, en el barrio de Belgrano,

el 14 de julio de 1895, Darré era hijo de un matrimonio de alemanes que había emigrado hacia la Argentina pocos años antes. Gente de relativa fortuna, cuando el hijo creció pudieron enviarlo a estudiar en Europa y en Londres, donde cursaba la carrera de Agronomía, lo sorprendió el fin de la Primera Guerra Mundial. Quizá por un imperativo congénito cruzó el Canal de la Mancha y se radicó en la patria de sus padres, donde entró en contacto con los sectores más recalcitrantes del nacionalismo alemán. El 27 de junio de 1933 se hizo cargo de la cartera de Agricultura del Tercer Reich con un objetivo bien claro: implementar una agresiva política contra los "junkjers", los terratenientes que habían constituido una casta familiar de largo predominio en Alemania. La fundamentación de su política era que el país necesitaba renovar la aristocracia, ya que la que entonces tenía estaba contaminada por los cruces de sangres y de razas. Consideraba la tierra como base de todas las riquezas, y pontificaba: "Es el solar de la raza germana, la razón de ser de la nueva aristocracia, la fuente renovadora de su fuerza y la cuna de sus ideales".

Pese a sus ilusiones, su carrera política se desvirtuó el 23 de mayo de 1942 cuando, en plena guerra, fue destituido bajo el pretexto de "razones de salud".

Tras la derrota, a finales de 1945, el fiscal norteamericano Robert Storey consiguió en Nüremberg que el Tribunal declarara "criminales" a los cuerpos directivos del Tercer Reich, a los que calificó como "cerebro, piedra angular y brazo director del partido nazi". Entre esos cuerpos directivos mencionaba a los reichleiters, quienes en 1942 eran dieciséis: entre ellos Heinrich Himmler, Joseph Goebbels, Martin Bormann y Walter Oscar Darré.

En abril de 1946 la BBC londinense, mediante un trascendido, informó que el ex ministro Darré había sido arrestado por las fuerzas americanas de ocupación. La última noticia cierta que se tuvo de él data de marzo de 1950, y da cuenta de su liberación junto a los industriales Fick y Ter Mer y al funcionario encargado de las relaciones con la prensa, Otto Dietrich[12].

Además de las editoriales Milicia, Odal y Occidente —tres cabezas de la misma hidra, en apariencia dirigidas por el fascista vernáculo Federico Rivanera Carlés, actual mandamás del Movimiento Nacionalsocialista Social fundado en 1985— vale la pena mencionar otra, con sede en San Carlos de Bariloche.

Desde allí, donde dirigía un denominado Centro de Documenta-

ción, un hombre identificado como Juan Maler también realizaba su propaganda antisemita desde 1969. Lujosas ediciones escritas en idioma alemán, Maler —un periódico colaborador de la revista ultracatólica *Cabildo*— enviaba las obras publicadas hacia Europa, y desde 1976 también a los centros culturales y deportivos de la colectividad en el país. Sus títulos más notables eran *La gran rebelión*, *Contra Dios y la Naturaleza* y *Los siete pilares del infierno*, todos destinados, como puede suponerse, a "denunciar los poderes ocultos mundiales de la judeomasonería y el marxismo", que él se empeñaba en hacer coincidir.

Pero no sólo publicaciones antisemitas había en la Argentina en los últimos años de la dictadura militar. También quedaban criminales de guerra, entre los cuáles el más importante de los identificados iba a ser el general SS Eduard Roschmann.

Antes, sin embargo, la crónica policial iba a consignar otro nombre a quien más tarde igualmente se tragaría la clandestinidad: Heinrich Muerck.

En los primeros días del mes de diciembre de 1976, vecinos de un barrio de emergencia levantado entre San Fernando y Tigre, al norte de Buenos Aires, habían descubierto el cadáver de un niño de cinco años, violado y estrangulado. Orientados por testimonios de familiares del chico y por habitantes del lugar, los policías que investigaban el caso llegaron, una semana después del hallazgo, hasta una casa de la calle Alfonsina Storni al 900, y arrestaron a su propietario. Se lo identificó como Heinrich Jacob Muerk, nacido en Bavaria en 1915 y veterano de la Segunda Guerra Mundial, donde había prestado servicios como piloto de combate de la Luftwaffe.

Pronto comenzaron a trascender noticias sobre el detenido, pero casi todas estaban plagadas de imprecisiones. La primera indicaba que había ingresado al país "junto con el tristemente célebre Adolf Eichmann", en 1954, pero está probado que el responsable del exterminio lo hizo en 1950. También se dijo que la amistad entre ambos databa de los días de la guerra, lo que parece difícil por la diferencia de cargos y las funciones que ambos cumplían: Muerk era piloto y había tenido el cargo de teniente. De acuerdo con las informaciones periodísticas, con todo, dos datos confirmaban la filiación política del acusado: cuando la policía lo detuvo, halló en su poder un puñal con la cruz svástica grabada en la empuñadura, y al

ser entrevistado por un periodista alemán —mientras era trasladado a la oficina del juez— Muerk se reconoció como nazi.

Los vecinos de la casa donde vivía, por su parte, iban aportando otros detalles que sólo conseguían enrarecer el caso. Decían que había contado que era el dueño de un hotel en Perú; que en 1975 había realizado un prolongado viaje por Europa, con una estadía de seis meses entre Alemania, Portugal y España y, lo que más llamaba la atención de todos, era que no tenía trabajo y nadie conocía cuáles eran sus reales medios de vida.

También los laberintos procesales eran difíciles de transitar. Los diarios de los días siguientes a la detención daban por seguro —citando fuentes del juzgado— que Muerck había confesado su crimen y reconocido su participación en exhibiciones obscenas ante otros chicos del barrio. Pero el 14 de diciembre, tres días después de la captura, la situación pareció dar un vuelco y empezar a mejorar.

Tras la visita de un funcionario de la embajada alemana en Buenos Aires, el detenido se dijo inocente y dos días más tarde, el 16, el juez que entendía en la causa lo dejó en libertad por falta de pruebas. Desde ese momento nada más se supo de Heinrich Muerck, quien lucía en una de las paredes de su casa un gran retrato que lo mostraba vistiendo su uniforme de teniente. Ni siquiera regresó a la calle Alfonsina Storni en busca de las cosas que allí había dejado.

La detención y posterior liberación de Muerck no es el único ejemplo de la vulnerabilidad de la justicia argentina —en el tema de los nazis— registrada durante los años del proceso.

Además de este caso, quizá deba contabilizarse el más trágico de Gustav Franz Wagner[13], coronel de las SS que dirigió el campo de exterminio de Treblinka y que según el diario norteamericano *The New York Times* estuvo detenido en Buenos Aires en 1976 y después de unos días, antes que la noticia trascendiera los despachos oficiales, dejado en libertad.

También en abril de 1969, durante otra dictadura militar, la justicia cordobesa había tenido momentáneamente en su poder a Oliverio M. José Mondrelle[14], un nazi francés acusado de haber asesinado a 34.889 judíos, y lo dejó libre al considerarlo comprendido en una amnistía. Distinto, aunque con características similares, es el caso del abogado Jan (Juan) Durcansky, acusado de homicidios en masa cometidos contra la población civil de Eslovaquia entre noviembre de 1944 y la terminación de la guerra[15].

Siete meses después de la liberación de Heinrich Muerck, un caso de mayor entidad iba a conmocionar al mundo cuando el subjefe de la Policía Federal Argentina anunciara a los periodistas —y luego hiciera desmentir— la detención en Buenos Aires de Eduard Roschmann, el "carnicero de Riga".

Cuando Roschmann llegó al país, en los primeros días de octubre de 1948, venía precedido de una historia terrible por la que hasta entonces no había tenido que rendir cuentas a nadie.

El 1 de julio de 1941 había entrado en Riga, Letonia, convertido en una de las piezas claves de la "solución final". Mientras se instalaba en un castillo confiscado en el barrio Moscú, en los suburbios de la ciudad, hizo trasladar a todos los judíos a barracones cercados con alambres de púa. Eran setenta mil prisioneros confinados a órdenes suyas en sólo dos días: el 30 de noviembre y el 8 de diciembre. En esta última fecha, entre las siete de la mañana y las tres de la tarde, con una temperatura de veinte grados bajo cero, Eduard Roschmann ordenó personalmente el asesinato de 27.800 judíos. Entre las víctimas figuraba el historiador Simón Dubnow, quien no pudo dar fe de la estadística siniestra del campo: de los setenta mil prisioneros, cuando se fue Roschmann sólo sobrevivían dos mil quinientos.

Detenido por los americanos y trasladado a un campo instalando en Rimini, Italia, de donde consiguió escapar en 1947, su paradero fue un completo misterio desde ese año hasta mediados de 1967, cuando fue detectado en Brasil. Reclamado por las autoridades alemanas que habían solicitado su extradición, alguien lo puso sobre aviso y otra vez consiguió fugar.

Regresó a la Argentina, de donde había salido en 1958, y un año después de su retorno, el 2 de mayo de 1968, obtenía la libreta de enrolamiento número 8.209.470 en la que figuraba como Federico Wegener, "nacido el 21 de junio de 1914 en Eger, Sudeti, Checoeslovaquia". Para conseguir el documento, otorgado por el juez Felipe Ehrlich Prat, había presentado la cédula de identidad número 7.550.953, donde constaba que había ingresado a la Argentina el 2 de octubre de 1948.

Hombre excesivamente ordenado, el señor Wegener tenía todavía otros dos carnés de identidad: uno, del Registro Provincial de las Personas bonaerense, llevaba el número 1.197.555 y consignaba que

su educación era "universitaria", su ocupación "empleado", y su domicilio estaba en la calle Ballester de Villa Ballester; había sido expedido el 27 de julio de 1958 para viajar a Brasil. El otro documento era una credencial de la Asociación Cooperadora Policial, seccional 4ta. de San Isidro, donde figuraba como "socio activo número 2305" y anotaba un domicilio diferente al anterior: Güiraldes 824, Acassuso, provincia de Buenos Aires, una dirección que en realidad pertenecía a la señora Edith Rademacher[16].

Promediado el mes de octubre de 1976, ya instalada la dictadura militar, tantos documentos falsos le fueron insuficientes: las autoridades alemanas volvieron a identificarlo, y otra vez solicitaron su extradición. Pese a que en el pedido de la cancillería de Bonn se explicitaban los cargos ("comisión de delitos de asesinatos premeditados, por móviles viles —odio racial— y con ensañamiento, de numerosas personas"), las autoridades argentinas necesitaron ocho meses y medio para decidirse a responder. Finalmente, el 30 de junio de 1977 fue aceptado el pedido de extradición... e iniciada la confusión.

Eduard Roschmann, escudado bajo la falsa identidad de Francisco Bernardo Wegener, un nuevo nombre, fue detenido por una comisión de la Policía Federal en su casa de Villa Ballester, el 1 de julio de 1977. Llevado al Departamento Central, otros tres días fueron necesarios para despejar todas las dudas sobre su filiación. El 4 de julio el Poder Ejecutivo hizo público el "dése curso" al pedido de extradición, y se puso en marcha un complejo mecanismo jurídico que habría de acabar en la fuga del detenido.

Al aceptar la solicitud de la República Federal Alemana, el PEN giró el expediente a todos los ámbitos previstos por la ley: el Ministerio de Relaciones Exteriores, la Procuraduría General de la Nación, el Ministerio de Justicia y un juzgado civil en lo Criminal y Correccional a cargo de Guillermo Rivarola. Por su parte, la Cancillería amplió el expediente y solicitó la captura de Roschmann al Ministerio del Interior, desde donde se ordenó la detención a la Policía Federal.

Días después de iniciados esos trámites, el 5 de julio, el subjefe de la repartición, comisario general Antonio Mingorance, decía en rueda de prensa ante expectantes periodistas:

—Eduard Roschmann está detenido desde hace cuatro días y la Argentina concedió la extradición al gobierno de Alemania Federal.

Tres horas más tarde, un portavoz policial llamaba presuroso a todas las redacciones y transmitía una orden disfrazada de recomendación: no había que difundir las declaraciones de Mingorance. Y todos le obedecieron.

Al día siguiente, el 6 de julio de 1977, Roschmann-Wegener, "el carnicero de Riga", llegaba a Asunción del Paraguay para comenzar otro capítulo alucinante de su historia. Como en Rimini, como en Brasil, alguien lo había salvado de nuevo y ese alguien pudo ser ODESSA[17] si se acepta que sus miembros ya no vestían el negro uniforme de las SS sino, posiblemente, el atildado traje de los abogados o las jinetas de comisario.

Siguiendo la cronología de los hechos, todo indica que la huida de Roschmann se produjo desde su lugar de detención, el Departamento Central de Policía, y antes que mediara orden judicial alguna: como lo había manifestado la propia Secretaría de Información Pública, se había accedido al pedido "por entender que se sujeta a las disposiciones pertinentes del Código de Procedimientos, al existir un ofrecimiento expreso de reciprocidad para casos análogos, que en nombre de su gobierno ha manifestado la embajada de la República Federal Alemana".

De hecho, no era más que palabrerío: el hombre acusado de haber ordenado cuarenta mil asesinatos estaba otra vez en libertad.

En Asunción, Roschmann vivió casi con seguridad los últimos treinta días de su vida.

Llegado en un ómnibus de línea, se hospedó en una pensión modesta de la capital y trató de pasar lo más inadvertido que le fue posible. Los testimonios de los otros huéspedes del albergue, recogidos bastante después, coinciden en que no salía, no recibía visitas ni llamados telefónicos, leía los diarios de Asunción y de Buenos Aires y evitaba educadamente responder a las preguntas sobre su vida y sus actividades.

El 26 de julio, con los síntomas de una descompensación cardíaca, fue internado de urgencia en el Hospital de Clínicas de la capital paraguaya, donde murió el 10 de agosto.

Desde ese momento Eduard Roschmann ya no pudo ocultar su condición de prófugo ni, por extensión, su identidad, y al día siguiente la noticia de su muerte era consignada por todos los diarios y retransmitida al mundo por las agencias noticiosas. Se le practicaron

exámenes, reconocimientos, identificaciones, y como nadie reclamara su cadáver el cuerpo quedó en la morgue del hospital a la espera que se cumplieran los trámites para que pudieran disponer de él las cátedras de medicina forense de la Universidad.

El domingo 13 de noviembre, cuando ya todos se habían olvidado de "el carnicero de Riga", un llamado telefónico anónimo alertó a los periodistas del diario *ABC Color*: el cadáver había desaparecido.

La noticia fue constatada el mismo día y publicada al siguiente, lo que motivó al Departamento de Investigación de la policía, y a la Interpol paraguaya, a preguntarse qué había sucedido. No hubo respuesta —y no las hay hasta hoy— excepto las ofrecidas por los empleados del hospital: "Entraron seis hombres y se llevaron el cuerpo".

Antes de desaparecer por última vez, Roschmann había sido identificado casi indudablemente por especialistas alemanes, israelíes y norteamericanos llegados a Asunción. Una de las señales que despejaron las dudas fue la cicatriz dejada por la amputación de cuatro dedos en su pie derecho. La operación había sido practicada en Riga la noche del 8 de diciembre de 1941, a consecuencia de un principio de gangrena por congelamiento.

Volviendo al tema de la represión desatada en la Argentina por los militares que usurparon el poder el 24 de marzo de 1976, queda aún por responderse una pregunta decisiva: ¿actuaron, en esa represión, los criminales de guerra refugiados en el país? La respuesta, entre otros lados, parece estar en el análisis de un caso piloto que todavía sigue dando qué hablar.

El 27 de enero de 1977, la ciudadana sueca de 17 años Dagmar Ingrid Hagelin fue secuestrada en una casa de El Palomar por un grupo de tareas de la Escuela de Mecánica de la Armada, comandado por el entonces teniente de navío Alfredo Astiz.

La joven, herida durante el procedimiento, fue evacuada a dependencias de la ESMA, donde se le practicaron los primeros auxilios y quedó alojada en calidad de prisionera clandestina. Meses más tarde —transcurrió casi un año— fue trasladada a un centro de detención en Mar del Plata y desde allí, de acuerdo con lo investigado por el padre y sus abogados, posiblemente a una casa de un barrio militar en Tucumán, a las inmediaciones de un restaurante en Ciudad Güemes, Salta, y a un chalet de Villa General Belgrano, en la provincia de Córdoba.

En febrero de 1984, apenas establecido el gobierno democrático, cuatro presos alojados en el penal de Mercedes, provincia de Buenos Aires, purgando un robo a los pasajeros de un ómnibus de larga distancia, enviaron sendas cartas al embajador de Suecia en la Argentina, al padre de la chica y a sus abogados. Pedían una entrevista urgente para proporcionar información sobre la suerte corrida por Dagmar, y agregaban: "Aún está viva".

Luego de agotadoras gestiones para obtener los permisos necesarios, Ragnar Hagelin consiguió entrevistarse con los delincuentes que decían saber qué le había pasado a su hija. La reunión tuvo lugar en el locutorio del penal, a puertas cerradas, y asistieron los cuatro detenidos: Enrique Simón, Juan Alberto Imbesi, Alejandro Kantemirof y José Zarantonello.

El testimonio que ofrecieron, palabras más o menos, no difería del contenido de la carta de diecisiete folios[18] por la cual habían dado señales de vida. Era un extenso relato en el que se denunciaba la existencia de un grupo de tareas, hasta ese momento desconocido, que tenía base de operaciones en Villa General Belgrano y se identificaba como "Sol Argentino".

Proporcionaban una lista de nombres, ubicaciones y descripciones de lugares donde se hacían las reuniones, los números de patente de los vehículos que utilizaban y las relaciones de la cadena de mandos. Los presos decían que Dagmar Hagelin había estado —y aún estaba— en poder de ese grupo operativo, del que ellos tenían conocimiento por haberle prestado colaboración en algunas tareas durante los años de la dictadura.

En un apéndice que incluía la carta se mencionaban los nombres, los antecedentes y las funciones de algunos de los miembros del grupo. En uno de los párrafos se decía:

"Coronel Otto: Jefe de Operaciones de los Grupos de Tareas adscriptos al 'Operativo Sol Argentino'. Hombre alemán no perteneciente al Ejército Argentino, de 75 años de edad, dueño en la actualidad de las cervecerías Otto y Munich, propietario de clínica en el pueblo; la cervecería queda sobre la ruta principal que viene de Córdoba, a una cuadra de la calle principal del pueblo de Villa General Belgrano, partido de Calamuchita, Córdoba. Este señor tiene los nombres y fichas del personal paramilitar compuesto por alemanes refugiados en Villa General Belgrano. Puede preguntársele a la secretaría del doctor Otto, que trabaja en la única clínica

existente en Villa General Belgrano; la secretaría es de nacionalidad chilena, de aproximadamente 38 a 39 años de edad, pelo claro (tirando a teñido), separada de su esposo, con una hija de 18 a 19 años de edad; esta mujer en su casa habitación, que es alquilada, guardaba la documentación de Otto, pues le tiene absoluta confianza.

"Capitán Hans: (número identificatorio en clave, 16) jefe Grupo de Tarea de Enlace a órdenes directas del coronel Otto; hombre de aproximadamente 40 años, 1,80 de estatura, alemán, reside en la actualidad en Villa General Belgrano, Calamuchita, Córdoba.

"Sargento Zeballos: alemán, doctor de aproximadamente 50 años, actualmente vive en Villa General Belgrano y es propietario de una inmobiliaria situada en la galería aledaña al cine de esa ciudad; la inmobiliaria es el primer negocio de la galería. Torturador, perteneciente a las Juventudes Nazis, refugiado en nuestro país".

En otro párrafo de la carta, bajo el subtítulo "Personal paramilitar", se explicaba:

"Se trataba de un grupo de alemanes refugiados en la Argentina reclutados por el coronel Otto, por orden expresa del general Jorge Rafael Videla. Estos individuos residen en Villa General Belgrano, departamento de Calamuchita, provincia de Córdoba, y sus fichas las posee el coronel Otto. Mencionamos como dato ilustrativo de este grupo que colaboró Klaus-Barbie-Rochman (posteriormente fallecido en Paraguay). Varios de estos nazis son dueños de hoteles, inmobiliarias y cervecerías; figuran en el Centro de Investigaciones de Viena, a cargo del señor Simón Wiesenthal, como criminales de guerra nazis"[19].

La carta, en otros tramos, abundaba en detalles espeluznantes sobre cómo se torturaba con una técnica que, "según el sargento Zeballos, había dado resultados favorables, en el interrogatorio de prisioneros judíos durante la segunda guerra".

El testimonio contenía errores e imprecisiones, el más evidente de los cuáles era la confusa identificación de "Klaus Barbie-Rochman" para designar a uno de los colaboradores de la banda. La aclaración entre paréntesis, "posteriormente fallecido en Paraguay", indicaría que la referencia es a Eduard Roschmann, vivo y en la Argentina hacia 1976, fecha de fundación del grupo de tareas.

A instancias de Ragnar Hagelin, la denuncia de los delincuentes intentó ser corroborada por vía judicial y el juez Miguel del Castillo, que entendía en la causa, ordenó un allanamiento en Villa General

Belgrano el viernes 2 de marzo de 1984. El procedimiento fue cumplido por efectivos de la Policía Federal y en él se detuvo a Wirtz Hengstenberg, chilena de ascendencia alemana, de 41 años, enfermera de la clínica San Martín.

La mujer, interrogada, se reconoció en la denuncia de los cuatro presos aunque no acordó en todos los detalles. Aceptó conocer a Otto, dijo que su apellido era Bleidiester, aseguró que se trataba de "un hombre enérgico, prepotente y avasallador", pero negó que fuera su secretaria.

Dijo también que había entrado a trabajar en la clínica en reemplazo de Alicia Hoffman, quien se había ido a vivir con sus hijos al Paraguay, y que el establecimiento era de un "doctor Lafuente", que lo había cambiado tres veces de lugar.

Sobre el paradero de Dagmar Ingrid Hagelin, que los cuatro ladrones aseguraban conocer a febrero de 1984, nada pudo precisarse y en los lugares donde ellos dijeron que podía estar, no fue encontrada.

Fuera del razonable margen de duda que el testimonio puede ofrecer[20], ciertos datos sobre alguno de los personajes mencionados pudieron corroborarse.

El marco en que pudo haberse desarrollado esta historia, finalmente, refuerza la posibilidad de que haya sido cierta: los lugares y las calles descriptas por los delincuentes son reales, y todo Villa General Belgrano es un apacible pueblecito de aspecto alemán, habitado por una nutrida y simpática colonia alemana.

Allí se alojaron en la década del cuarenta los marinos del Graff Spee, allí se realiza cada año la Oktoberfest o Fiesta de la Cerveza, y a apenas una docena de kilómetros del lugar, en Santa Rosa de Calamuchita, donde en abril de 1970 muriera Ludolf von Alvensleben, vivían por la época de la denuncia unos trescientos nazis, entre ellos un puñado de aviadores veteranos de la Legión Condor que habían bombardeado el pueblo de Guernica durante la Guerra Civil española[21].

Al análisis del caso Hagelin puede agregársele también el testimonio ofrecido ante el Comité Israelí de Familiares de Desaparecidos por Eduardo Grutzky. Allí se señala que entre los carceleros e interrogadores de los centros clandestinos de detención, había varios de origen alemán: en Sierra Chica, por ejemplo, actuaban Sheffer (apodado "El nazi") y el oficial Schwint. Sierra Chica se

encuentra casi en el centro de la provincia de Buenos Aires y está cerca de la Colonia Hinojo, formada por alemanes provenientes del Volga[22].

Al terminar el repaso de lo sucedido en la Argentina entre 1976 y 1983 en relación con los nazis y los criminales de guerra, no puede obviarse otra misteriosa visita —quizá la última— de Hans Ulrich Rudel.

Casualmente, o no, realizó una breve presentación pública justo en Villa General Belgrano a mediados de 1978, saludando a los jugadores de la selección alemana que habían venido a disputar el Campeonato Mundial de Fútbol.

NOTAS

[1] La Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, integrada por intelectuales, periodistas, religiosos, especialistas en derecho y científicos, recogió oficialmente 8.960 denuncias sobre personas que aún hoy continúan "desaparecidas". Los organismos de derechos humanos, en líneas generales, afirman que esa cifra trepa hasta las 30.000 personas de todas las edades, convicciones y condiciones sociales.

[2] Guillermo Bergés es un médico ginecólogo. Todavía ejerce legalmente su profesión pese a las reiteradas denuncias formuladas contra él por ex prisioneras clandestinas. Entre otros puntos, esas denuncias coinciden en que el médico torturaba a embarazadas introduciéndoles en la vagina objetos metálicos a los que luego suministraba corriente eléctrica.

[3] Martínez, Tomás Eloy: art. cit.

[4] Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas: *Nunca Más*. EUDEBA, Buenos Aires, 1985.

[5] Fernández, Roberto Peregrino: testimonio ofrecido ante la Comisión Argentina de Derechos Humanos en Madrid, en 1983. Fotocopia del original en el archivo del autor.

[6] Los testimonios han sido extraídos de *Nunca Más*. Pueden consultarse también Senkman, Leonardo (y otros): *El antisemitismo en la Argentina*, Centro Editor de América Latina (tres tomos), Buenos Aires, 1986 y, para el análisis de un caso específico, Timerman, Jacobo: *El caso Camps, punto inicial*; El Cid, Buenos Aires, 1982. El título original de la obra es *Preso sin nombre, celda sin número*, y fue editado por Random House, New York, en 1981.

[7] Se trata de uno de los clásicos del antisemitismo vernáculo. Denuncia una presunta conspiración del sionismo internacional para apropiarse de la Patagonia y formar allí un estado independiente del resto del país.

[8] Díaz, Claudio y Zucco, Antonio: *La ultraderecha en Argentina;* Contrapunto, Buenos Aires, 1986.

[9] Ver Apéndice I: Mengele, un caso piloto.

[10] Para una caracterización filosófica y política del general (RE) Ramón Camps, ver Timerman, Jacobo: *op. cit.* Para aventar las dudas, si aún las hubiera, puede consultarse cualquier archivo periodístico.

[11] La lista completa del material editado por *Milicia* es la siguiente: Schwarz, Dieter: *La francmasonería*; Roth, Heinz: *¿Por que nos mienten?* y *¿O acaso Hitler tenía razón?*; Goebbels, Joseph: *Hacia el Tercer Reich*; Mussolini, Benito: *El fascismo*; Rosenberg, Alfred: *Fundamentos del Nacionalsocialismo*; Fedder, Gottfried: *Los judíos*; Hitler, Adolf: *Mi nuevo orden*; Arnald, Erik: *La SS europea*; Chamberlain, H. S.: *Cristo no es judío*; Libro Oficial del NSDAP: *Pueblo al fusil*; Christophersen, Thies: *La mentira de Auschwitz*; Amandrus,

A.: *Nosotros, los racistas*; Hitler, Adolf: *Mis enemigos son los tuyos*; Kofler, J. A.: *Judaísmo e iglesia Católica*; Sponholz, Hans: *Breviario nacionalsocialista*; Chaij, Julio: *El judaísmo según la Biblia*; Goebbels, Joseph: *Hitler o Lenin*; Nilus, Sergei A.: *Los protocolos de los sabios de Sión*; Goebbels, Joseph: *La conquista de Berlín*; Feder, Gottfried: *El programa nacionalsocialista*; Pranaities, I. V. (rvdo. padre): *El Talmud desenmascarado*; Mussolini, Benito: *Fascismo revolucionario*; Az Igazságot, Ismerok: *¿Quién está detrás de Kissinger?*, y Rosemberg, Alfred: *La política mundial judía*. La editorial también publicó una colección, *Más allá de la mentira*, cuyos títulos sin mención de autor son: *La orden negra* y *La SS en acción*, en dos partes.

[12] Uno de los poquísimos trabajos de investigación sobre Walter Oscar Darré, es el realizado por Pedro Olgo Ochoa, publicado en *Todo es Historia*, número 55.

[13] Ver Apéndice I: Mengele, un caso piloto.

[14] A mediados del mes de abril de 1969, los diarios porteños consignaron una serie de despachos fechados en Córdoba que daban cuenta de un hecho policial que había tenido derivaciones imprevistas. La Cámara Quinta del Crimen de esa ciudad había absuelto a Juan Dopazo, argentino, imputado del delito de defraudación en perjuicio de su ex socio, Oliverio María José Mondrelle. Mondrelle denunció que Dopazo había recibido unas joyas para la venta, y que no rindió cuentas de la operación en un plazo prudencial. El tribunal entendió que no existían pruebas suficientes de la presunta estafa, y absolvió al acusado. Sin embargo, cuando Dopazo declaró, no sólo había dicho que la acusación era falsa, sino que además había imputado a Mondrelle el "haber sido colaborador inmediato de Adolfo Hitler" y dijo que había participado durante la Segunda Guerra Mundial en el exterminio de judíos. Al ser interrogado por la Cámara sobre la contraacusación, Mondrelle admitió dichas circunstancias y agregó que había sido condenado a muerte por los tribunales franceses, razón por la cuál huyó de su país y buscó refugio en la Argentina. Sin embargo, adujo que a la fecha (abril de 1969) gozaba de una amnistía dictada por el general Charles de Gaulle, y la justicia cordobesa lo dejó en libertad. Un periódico de la colectividad judía, *La luz*, agregó el 28 de abril del mismo año que la justicia de Francia había hallado a Mondrelle culpable del exterminio de 34.889 personas.

[15] "El juez federal doctor Leopoldo Isaurralde, de conformidad con lo dictaminado por el procurador fiscal, doctor Francisco J. D'Albora, no ha hecho lugar al pedido de extradición de Juan (Jan) Durcansky, checoslovaco, de 58 años, casado, de profesión abogado, formulado por la legación de la república de Checoslovaquia acreditada ante nuestro gobierno, por encontrarse prescripta —según nuestras leyes— la acción penal de los delitos que se le han imputado. Según el país requirente, los mismos consistirían en homicidios en masa cometidos contra la población civil en el territorio de Eslovaquia, entre noviembre de 1944 y la terminación de la guerra. Expresa

el magistrado que en la rogatoria no se han transcripto las disposiciones sobre prescripción de la acción, vigentes en el momento de la comisión de los hechos imputados, ante lo cual corresponde estar a lo que disponen al respecto las leyes argentinas. La ley de extradición número 1612 establece en su artículo tercero la improcedencia del pedido 'cuando con arreglo a las leyes argentinas o de la potencia requirente, la acción se encontrase prescripta'. En el caso, ha transcurrido con exceso el término máximo de 15 años que fija nuestro Código Penal para que se efectúe la prescripción. Por último, sostiene el juez que en cuanto a la falta de reciprocidad con los estados comunistas como el requirente, la apreciación de la necesaria reciprocidad es del resorte del Poder Ejecutivo como poder político, y en este caso corresponde darlo por aceptado al haberse dado curso por el Ministerio de Relaciones Exteriores al pedido de extradición formulado. Tal alegación no prospera y sí, en cambio, la prescripción de la acción penal" (diario *La Razón*, 19 de julio de 1960).

[16] En la edición 1988 de la guía telefónica, la señora Edith Rademacher figura con otro apellido. Con la misma dirección de Ricardo Güiraldes 824, Acassuso, y el mismo número de teléfono, está anotada como "Radeniacher Edith de la R.". Quizá sólo se trate de un error de imprenta. Lo que no es un error, sino una ironía, es la publicidad que volvió a tener la seccional 4ta. de San Isidro, de la que era benefactor Eduard Roschmann, trece años después de la muerte del criminal de guerra. En esa misma comisaría estuvo detenido el subcomisario de la policía bonaerense Luis Abelardo Patti, mientras duró el proceso que se le sustanció por presuntas violaciones a los derechos humanos. El caso cobró notoriedad porque, además de enfrentar a la policía con el Poder Judicial, el trasfondo de la discusión era si la sociedad argentina aceptaba o no la tortura como forma de interrogar detenidos.

[17] La idea de la protección de ODESSA a Eduard Roschmann está largamente desarrollada en la novela de Frederick Forsyth mencionada en el capítulo V: 1960-1973: Los enigmas del nazismo. Vale la pena insistir en que no se trata, meramente, del producto de la imaginación del autor.

[18] Fotocopia del original en el archivo del autor.

[19] Todos los entrecomillados respetan la ortografía original, aunque a veces sea incorrecta.

[20] Juan Alberto Imbesi, a poco de establecido el gobierno democrático, se transformó en un formidable —y presuntamente poco veraz— denunciador profesional. Definido por jueces y policías como mitómano, hizo "espectaculares revelaciones" en torno a hechos criminales notorios, como el cuádruple homicidio de la familia Arata y su mucama, en 1982, o la profanación del cadáver de Juan Domingo Perón en 1987.

[21] Simón Wiesenthal en el diario *La Opinión*, 26 de febrero de 1974.

[22] El testimonio de Eduardo Grutzky está contenido en el documento titulado "El trato recibido por detenidos y 'desaparecidos' durante la dictadura militar argentina 1976-1983: los prisioneros de origen judío". Respecto a

las colonias de alemanes ubicadas en las cercanías de Sierra Chica, el diario de Bahía Blanca *La Nueva Provincia* publicó una serie de informes en los primeros días de septiembre de 1989. Con la firma de su corresponsal en Coronel Suárez, el diario publica las conclusiones sobre las notas. En uno de los despachos, bajo el título "El don preciado del idioma", el periodista escribe: "Es un gran mérito contar con poblaciones formadas y mantenidas por una sola raza...". En ningún lado se especifica si la referencia es a la raza aria.

VIII.- 1983-1989: SCHWAMMBERGER, ¿EL ULTIMO NAZI?

Cuando el mundo entero se aprestaba a festejar los primeros cuarenta años del fin de la Guerra, el aniversario iba a encontrar a la Argentina en un momento muy particular de su historia. Empeñado en un proceso de restauración democrática que sucedía a la sangrienta dictadura militar; lamiendo sus heridas y ocupado en horrores propios, el país comenzaba a levantarse en el terreno de los derechos humanos y los "turistas" nazis que aún albergaba no iban a gozar de tranquilidad durante mucho tiempo.

Mientras duró el gobierno establecido a finales de 1983, se estableció un récord sorprendente e inesperado: tres criminales de guerra iban a ser detenidos (Walter Kutschmann, Joseph Schwammberger y Jan Olij Hottentot), y otros dos habrían de escapar con el último hálito, prosiguiendo su interminable fuga (Teodoro Suonnen y Abraham Kipp).

Algo empezaba a cambiar en la Argentina, la que había sido paraíso de los asesinos, y los viejos señores de la muerte que aún residían en ella, comenzaban a temer por su futuro. Quien pareció intuirlo fue el eterno disconforme de Simón Wiesenthal, quien habría de decir en marzo de 1985: "Yo sé que el nuevo gobierno democrático argentino no protege a los criminales, y más sabiendo que todavía quedan en el país personas —de las cuáles no puedo dar todavía los nombres— que cometieron crímenes peores que los de Kutschmann".

En definitiva, cuarenta años después de finalizada la guerra, los autores de crímenes contra la humanidad no podían considerarse a salvo. En Argentina, para ellos, se había acabado la impunidad.

El jueves 14 de noviembre de 1985, pocos minutos antes de las cuatro de la tarde, una comisión de la oficina local de Interpol interceptó a un hombre alto y delgado, canoso, elegantemente vestido, que caminaba por la cuadra del 2600 de la calle Martín Haedo en Florida, partido de Vicente López.

El comisario Pedro Aybar, quien comandaba el grupo, se identificó ante el hombre a quien llamó "Pedro Olmo". El interpelado, con la sorpresa reflejada en la cara, respondió que efectivamente ése era él y mirando a los cuatro policías de civil que lo rodeaban, dijo:

—Debe tratarse de un error...

El comisario Aybar venía siguiendo a ese "Pedro Olmo", día y noche, desde hacía cuarenta y ocho horas. Había estudiado hasta el agotamiento su carpeta de antecedentes, lo había fotografiado sin que se diera cuenta, había aprendido de memoria sus señas y su dirección. Y ya tenía preparada la respuesta:

—No hay ningún error, señor Walter Kutschmann —contestó.

El hombre —71 años; reclamado por la justicia de Alemania desde hacía cuarenta— comprendió que el juego había llegado a su fin y no opuso resistencia. Sólo pidió que le permitieran caminar hasta la casa de su hermana Hanna, a pocos metros del lugar de la intercepción, donde tomó sus anteojos y un frasco de pastillas recetadas para el corazón. Desde ese domicilio —Martín Haedo 2658— fue llevado en un móvil policial sin identificación hasta el Departamento Central, donde la Interpol tiene su asiento.

Con el traslado del detenido, un viaje de apenas veinte minutos hasta el centro mismo de Buenos Aires, se empezaba a cerrar un capítulo de importancia en la historia de los jerarcas nazis refugiados en la Argentina. Kutschmann era, sin dudas, uno de los criminales de guerra más relevantes entre los que habían conseguido huir del castigo, y uno de los objetivos al que nunca dejaron de apuntar las organizaciones de sobrevivientes del Holocausto, varios gobiernos europeos y la central de Interpol desde su sede en París.

Que tanta atención confluyera en un sólo hombre, tenía su razón de ser.

Nacido el 24 de abril de 1914 en Dresde, Alemania, Walter Kutschmann había obtenido su bautismo de muerte en la madrugada del 4 de julio de 1941 en Polonia. Con las primeras luces de ese día, había hecho cavar sus propias tumbas y fusilado a veinte profesores

universitarios polacos, a sus esposas y a sus hijos, al pie de las colinas de Wulencka. La operación, explicó, se inscribía en el plan de pacificación general que el Tercer Reich había ideado para ese país.

Kutschmann tenía entonces 27 años y ostentaba la jerarquía de untersturmführer (subteniente) de la Werhmacht, conseguida tras una juvenil incorporación al partido nazi. Luego de su debut en la guerra, había sido destinado a la Sección de Asuntos Judíos de la Gestapo en Tarnopol y posteriormente, por sus méritos, ascendido a jefe de la Gestapo en Brezezany, donde ordenó la ejecución de más de veinte mil personas.

En 1942, cuando el plan de exterminio de judíos se había generalizado y alcanzaba a toda la Europa ocupada, Walter Kutschmann fue nombrado segundo comandante de las SS en Drobobycz y allí permaneció hasta mediados de 1943, cuando fue llamado a París por sus superiores.

Cuando el final de la guerra se le hizo previsible e inminente, el oficial abandonó las filas alemanas y consiguió fugar a España con su esposa Geralda Baeumler. Hasta el mismo mes de abril de 1945, la Gestapo lo rastreó por toda Europa para ejecutarlo por su deserción.

Como en 1937 había combatido bajo la bandera franquista durante la Guerra Civil española, ocasión en la que fue herido y condecorado por su heroísmo, le resultó natural elegir a España como el primer puerto de su huida. Allí lo habría de ayudar la suerte y lograría comenzar una nueva vida que le sería útil por casi cuarenta años.

En Madrid, con la asistencia de viejos amigos o de miembros de alguna logia precursora de ODESSA, Kutschmann se hizo de documentos de identidad que lo filiaban como Pedro Ricardo Olmo Andrés, nombre que realmente pertenecía a un sacerdote de la orden de los Carmelitas quien falleciera y fuera sepultado en 1967 en la capital española. Estrenando la nueva documentación e inventándose una historia que incluía supuestos padres madrileños y una treintena de años vividos en Alemania —lo que le ayudaría a justificar su acento— Kutschmann-Olmo se embarcó hacia la Argentina peronista, a donde arribaría a mediados de 1947 exhibiendo el pasaporte 59/47 con visado de la embajada en Madrid.

No es mucho lo que puede averiguarse sobre los primeros tiempos vividos en Buenos Aires por este desertor al que sus propios camaradas habían buscado para matar. Las cortinas de humo que él mismo tendió sobre sus pasos hacen confusa esta etapa.

Su ocupación inicial fue la de inspector de ventas en la Ferretería Alemana; luego manejó un taxi y en 1948, el 20 de noviembre, ingresó a la firma Osram como jefe de Compras. A principios de la década siguiente, el 28 de agosto de 1950, habría de obtener la ciudadanía argentina según matrícula 4.084.002, y la cédula de identidad número 3.625.340. Durante veintisiete años, desde 1948 hasta 1975, Kutschmann-Olmo concurrió diariamente a sus oficinas de la empresa de electricidad sitas en Bernardo de Irigoyen 330 de la ciudad de Buenos Aires, y pasó inadvertido para la mayoría de sus compañeros.

Pero su tranquilidad, por lo menos, se acabó el 27 de junio de 1975. Ese día, desde Viena, Simón Wiesenthal lo denunció públicamente y la vida del fugitivo ya no volvió a ser la misma.

Enseguida de conocidas, las revelaciones del cazador de nazis tuvieron confusas derivaciones en la sociedad que había ingresado a los últimos meses del gobierno de Isabel Perón. Un despacho de una agencia informativa local, Noticias Argentinas, fechado al día siguiente de la denuncia, anunciaba el arresto del criminal atribuyendo la primicia a un alto funcionario de la Policía. Horas después, sin embargo, la misma agencia iba a consignar en un segundo despacho la desmentida de tal noticia, ya que la jefatura de la Policía Federal y los altos mandos de la bonaerense negaban haber efectuado esa detención.

Como habría de suceder dos años más tarde con Eduard Roschmann[1] y un tiempo después con Joseph Schwammberger, los policías argentinos incurrían en serias contradicciones y no sabían qué postura adoptar ante los criminales de guerra. Esta vez la irregularidad la había cometido la policía peronista, que se había privado de romper una racha histórica entregando a un fugitivo nazi.

El mismo día de la "confusión" policial, otros telegramas de agencias internacionales fechados en Münich daban cuenta de que la casa central de Osram había admitido en esa ciudad alemana que Olmo era, en realidad, Walter Kutschmann. Un portavoz de la firma germana precisó que el ex oficial nazi (carnet partidario número 7.475.729; número de identificación SS 404.651) había confesado su verdadera identidad al gerente de la filial argentina, Harry Dautter, pero negado "rotundamente" ser un criminal. No obstante, y según un comunicado de la firma, la empresa había decidido ya "suspender temporariamente de su cargo" al atribulado empleado, "hasta tanto se

AVISA
S.R.L. Cap. $ 40.000
empresa de protección bancaria, industrial y comercial e investigaciones privadas
— autorizada por resolución nº 320/69 de la policía federal a cargo de comisarios (r)
Belgrano 1857 - 3o "B"
Tel. 46 - 8696
BUENOS AIRES - R. ARGENTINA
Calle 46 no 1091
Tel. 86586
La Plata

DEPARTAMENTOS
DE SEGURIDAD
DE INFORMACIONES
DE INVESTIGACIONES
DE PERICIAS
¡NO OLVIDE!
46 - 8696
Todos nuestros servicios se realizan
SIN RELACION DE DEPENDENCIA
SIN CARGAS SOCIALES

CONFIDENCIAL

La Cumbre, estableciéndose además que se hallaba empleado en la Petroquímica, calle 44, Olmos, distante 10 kilómetros del centro de la ciudad de La Plata.

En base a los datos obtenidos se practicaron en dicha planta Industrial diversas averiguaciones, como asimismo en otros lugares, lo que permitieron establecer los siguiente: respecto de la persona investigada:

NOMBRE: JOSEF FRANZ LEO SCHWAMBERGER, Hijo de Florian y de Dena Schuler.-

LUGAR Y FECHA DE NACIMIENTO: En Bressanone, Bolzano, italia, el 14 de febrero de 1912.-

LLEGADA AL PAIS: el 19 de marzo de 1949.

LUGAR DE TRABAJO: Petroquímica Sudamericana, distante 5 kilómetros de su domicilio, calle 44 Olmos.-

Se ha establecido que no posee cédula de identidad de la Provincia de Buenos Aires,. Se ha nacionalizado argentino por intermedio del juzgado del Dr. Ramón Pastor, otrogándosele el día 12 de febrero de 1965, Libreta de Enrolamiento, que lle va el número 7.603.354.-

En su lugar de trabajo goza de excelente concepto, como también en las inmediaciones de su domicilio. El causnate vive solo, sale todas las mañanas para su trabajo y regresa en horas de la tarde, poseyendo medios de movilidad. No registra antecedentes en la Policía de la Provincia de Buenos Aires.-

La casa donde vive el investigado está custodiadas por dos perros ovejeros alemanes y cubierto el terrero de arboledas, principalmente pinos y tuyas y un cerco de ligustrina, tornándose difícil la observación de la vivienda desde el exterior.

Buenos Aires, 30 de nobiembre de 1971.-

INVESTIGACIONES AVISA PRIVADAS

informaciones secretas y confidenciales

HORACIO JUAN SAGARI
DIRECTOR

aclaren las acusaciones contra él". Con esta maniobra, Osram deslindaba todas —o casi todas— las responsabilidades del caso.

Instalada en Buenos Aires en 1943, la sucursal argentina había sido nacionalizada por el gobierno dos años más tarde, tras la formal declaración de guerra al Eje, por tratarse de "propiedad enemiga". En tal situación estuvo intervenida hasta 1958, cuando fue devuelta a sus propietarios legítimos.

Dado que Kutschmann, como está probado, ingresó a la misma en 1948, lo hizo con el consentimiento del Estado peronista, que lo catapultó de la noche a la mañana desde el *status* de chofer de taxi al de gerente de una empresa líder.

El propio damnificado decidió agregar más leña al fuego que ya se había encendido, y convocó a una conferencia de prensa para el 30 de junio de 1975. El lugar donde citó a los periodistas no podía menos que llamar la atención: sus oficinas del segundo piso de Bernardo de Irigoyen 330, la sede de la empresa que dos días antes lo había suspendido.

La reunión, que prometía ser un atractivo ping pong de preguntas y respuestas, resultó un fiasco y se transformó en la aburrida entrega de una declaración. En el texto, luego de afirmar filosóficamente que "sólo cada hombre mismo sabe lo que hizo en su vida", Kutschmann rechazó "con decisión y buena conciencia" la acusación de criminal de guerra que le habían formulado.

Cuatro personas flanqueaban al declarante, y al término de la reunión dialogaron informalmente con los periodistas. Una de ellas se identificó como Max Teodoro Guttermann y prometió, para una próxima reunión, "sensacionales revelaciones". El propio Kutschmann corroboró esta promesa y citó a los periodistas para tres días más tarde, a fin de entregarles "la documentación necesaria para poner fin de una vez por todas a estas campañas de difamación bastante comunes en países latinoamericanos, y especialmente en la Argentina".

Para el 3 de julio, como era fácil de suponer, Walter Kutschmann había desaparecido. Otra vez fue desde Viena que se dio la noticia: "Está en una zona urbana, bajo discreta vigilancia policial".

El 26 de agosto, cuando aún no habían pasado dos meses de su promesa de "sensacionales revelaciones", Max Guttermann volvió a ser noticia: en un confuso episodio ocurrido en las inmediaciones de la jefatura de la Policía cordobesa, fue muerto de varios balazos —según

testigos presenciales— o "a causa de los golpes sufridos en un accidente", a estar por la versión oficial. Los diarios, que no informaron inmediatamente el hecho, aseguraron que el muerto era el cónsul alemán en Córdoba, y la embajada lo desmintió enfáticamente.

Siete años y ocho meses debieron pasar esta vez para que el ex oficial de las SS fuera nuevamente ubicado en la ciudad de Miramar, un balneario al sur de Mar del Plata.

Allí, en un modesto edificio de tres pisos de la calle 29 al 500, Kutschmann vivía en un departamento donde había conseguido esquivar la persecución periodística, cultivar amistades y encontrar ocupaciones que estaban lejos de su pasado criminal. En marzo de 1983 su nombre había regresado a la superficie, activado por un pedido de extradición de Alemania Federal. El reclamo era, en sí mismo, un atajo jurídico que se fundamentaba en un homicidio simple cuya víctima había sido una adolescente.

En 1975, junto con la denuncia de su paradero, Wiesenthal había reclamado al gobierno alemán que solicitara el arresto del nazi. El pedido había sido revocado porque el Estatuto de Limitaciones de aquél país no permitía el juzgamiento de los crímenes de guerra, excepto en los más inequívocos casos de genocidio. Wiesenthal tuvo entonces que recurrir a la argucia, y encontró el camino para apresar al prófugo.

Expurgando sus archivos halló un hecho nimio en la historia del nazi, que quizá sería el que pudiera posibilitar el arresto: en 1942, cuando se encontraba de servicio en Dobrobycz, Walter Kutschmann había asesinado personalmente a una empleada doméstica de 15 años, con la que mantenía relaciones sexuales, tras acusarla de haberle contagiado una enfermedad venérea. De acuerdo con las reglamentaciones internacionales vigentes, se trataba de un homicidio común y, en consecuencia, no pasible de caducidad.

Pero primero había que demostrar que el asesino Kutschmann había cambiado su nombre por el de Olmo.

Un periodista de un semanario lo había ubicado en Miramar y mantenido con él un diálogo interesante:

"—¿A qué se dedica ahora?

—Protección de animales.[2]

—De eso no se vive.

—Sin comentarios.

—¿De qué vive ahora?

—Administro algunas casas y departamentos. Saco para vivir.
—¿Hablamos de su verdadera identidad?
—Todavía no. Algún día, algún día. Pero soy inocente. No es posible que cada vez que alguien tose en Europa, yo tenga que temblar. Estoy ocupado con cosas espirituales: Kant, Schopenhauer, Ortega y Gasset...".

Una frase no deja dudas de que a Kutschmann, además de las cosas espirituales, le preocupaba el futuro: "Sé que un día puede pasar un coche con familiares de esos polacos que dicen que maté. Sé que ese día pueden pegarme veinte balazos. Estoy preparado. Algunos siguen empeñados en decir que soy un monstruo, que tengo las manos ensangrentadas, que soy un criminal. Tengo la conciencia limpia. Pero si mi destino es morir con veinte balazos en el cuerpo, lo acepto".

Después de esos coqueteos con el periodismo, Walter Kutschmann volvió a desaparecer, y desaparecido estuvo hasta el 14 de noviembre de 1986, cuando fue detenido por el comisario Aybar. Durante todo ese período, la acción en torno al criminal de guerra iba a desarrollarse en los folios de los expedientes, las oficinas de los Tribunales, los despachos de los jueces y las valijas diplomáticas.

Una suscinta cronología de poco más de diez años de trámites, aclara el panorama.

• 27 de junio de 1975: Se denuncia públicamente que Walter Kutschmann vive en la Argentina.

• 13 de julio de 1975: El gobierno de Alemania Federal solicita la extradición, y advierte que el fugitivo tiene nacionalidad argentina obtenida a nombre de Pedro Olmo.

• 27 de agosto de 1975: La justicia argentina requiere el expediente de nacionalización para ver si hay irregularidades.

• 29 de septiembre de 1975: En el juzgado federal del doctor Jorge Segreto, que entiende en la causa, se "extravía" el expediente. Se paralizan las actuaciones judiciales.

• 26 de junio de 1980: Hallazgo del expediente en la caja fuerte del juzgado.

• 10 de julio de 1980: Reinicio de las actuaciones.

• 10 de noviembre de 1980: El ministerio público (fiscal Raúl Tettamanti) requiere que la justicia española informe sobre datos filiatorios de Pedro Ricardo Olmo.

• 5 de diciembre de 1980: La justicia española informa que en sus registros no figura ningún Pedro Ricardo Olmo.

• 23 de marzo de 1981: El ministerio público (fiscal David Tezanos Pinto) requiere a España informes sobre Pedro Ricardo Olmo Andrés.

• 21 de agosto de 1981: Llegan de España los datos requeridos, incluyendo fotografías y huellas digitales.

• 30 de septiembre de 1982: En lugar de cotejar las pruebas remitidas por la justicia española con las de Olmo-Kutschmann, Tezanos Pinto solicita al Registro Nacional de las Personas que informe si Olmo Andrés vive en el país.

• 25 de febrero de 1983: A raíz de su ubicación en Miramar, se deja sin efecto el pedido anterior y se requiere que el gobierno español informe si Olmo Andrés vive en su territorio.

• 17 de marzo de 1983: España responde que Olmo Andrés no vive allí.

• 22 de febrero de 1984: La embajada argentina en los Estados Unidos remite fotocopias del legajo SS de Walter Kutschmann. Las fotos carnet que figuran en dicho legajo son las mismas (copiadas del mismo negativo) que las que aparecen en sus documentos argentinos.

• 25 de abril de 1985: El fiscal Tezanos Pinto se declara incompetente.

• 10 de mayo de 1985: El juez Jorge Segreto se declara incompetente.

• 4 de noviembre de 1985: Se inicia el trámite de extradición, en cumplimiento de un decreto del Poder Ejecutivo.

• 14 de noviembre de 1985: Olmo-Kutschmann es detenido[3].

Pero la Historia no siempre es una ortodoxa novela policial, y otra vez no iba a terminar con el asesino preso.

Una vez capturado por la comisión de la Interpol, el oficial nazi fue trasladado a la Unidad Penitenciaria 22, donde habría de compartir el alojamiento con los ex comandantes del Proceso de Reorganización Nacional durante cuyo gobierno tantas torpezas jurídicas lo habían favorecido. Tras un episodio de insuficiencia respiratoria, Kutschmann debió ser llevado a un sanatorio privado para su restablecimiento, pero en marzo de 1987 su salud se agravó. Esta vez el detenido fue internado en el Hospital Fernández, donde fue dado de alta el 30 de mayo. Por alguna razón inexplicable, Olmo-Kutschmann no abandonó el instituto y permaneció, con custodia, ocupando la habitación 1315

del segundo piso, donde algunos médicos se negaron a atendernos.

El sábado 30 de agosto, a las siete y media de la tarde, el hombre que gustaba ser llamado Pedro Ricardo Olmo Andrés, hizo una crisis respiratoria que le resultó fatal. Dos días después, sus restos —dentro de un ataúd donde figuraba el nombre que reclamaba como propio— recibían sepultura en el cementerio alemán de Grand Bourg. Hubo una única corona para despedirlo, y la leyenda de la cinta rezaba "Deine frau". Por tratarse de un español, realmente una curiosidad.

Dos semanas más tarde, de madrugada, siete desconocidos hicieron detonar un artefacto explosivo sobre la tumba; intentaron sin éxito robarse el cadáver y, en su huida, dejaron caer unos panfletos cuyo texto decía (incluidos los errores de ortografía): "Los criminales nazis huyeron de Alemania y amparados por la Iglesia Católica y el régimen peronista, se ocultaron en nuestro país. Bormann, Eichman, Menguele, Kutschman, evitaban el castigo con la complicidad de la justicia argentina y de la República Federal Alemana. Pero la venganza de Israel llega a todas partes para no dejar inmunes *(sic)* estos crímenes".

Los volantes, una grosera maniobra de provocación antisemita, estaban firmados por la sigla "OSW", quizá para confundir y hacer sospechar en falso a algún sagaz investigador de aquellos que nunca faltan.

La justicia y el periodismo argentino registraban así —levemente azorados— el último capítulo de la historia de un indocumentado no identificado. En efecto: el último día de julio de 1987 se había confirmado por vía diplomática desde Madrid que el verdadero Pedro Ricardo Olmo Andrés, sacerdote de la orden de los Carmelitas, había fallecido en España hacía veinte años. Por lo tanto, quien había muerto en un hospital público de Buenos Aires sólo podía tratarse de otra persona.

¿Pero quién era?

Los abogados de la acusación no tenían ninguna duda al respecto, y se habían trazado una estrategia clara que requería dar un primer paso fundamental: revocar la ciudadanía argentina del falso Olmo Andrés, habida cuenta de que la había obtenido presentando documentación adulterada. Recién entonces, y una vez verificado que se trataba de Walter Kutschmann, se podría conceder la extradición requerida por Alemania Federal para proceder a su juzgamiento. Pero dos factores igualmente decisorios habían impedido la concreción de esos trámites: primero, las torpezas judiciales ya mencionadas; segundo, la actitud asumida por sus abogados defensores que fueron, alternativamente, los doctores Ramón Gil, Mario Soaje Pinto y el inefable ex funcionario peronista Alberto Ottalagano.

Repensar y hacer una síntesis del "caso Kutschmann" no puede dejar de remitir a su antecedente inmediato: el "caso Roschmann".

Las similitudes entre ambos tientan a las hipótesis más osadas, que se desprenden de los pares de coincidencias: los dos consiguieron empleos en el seno de la colectividad alemana; los dos contaron con la complicidad o la negligencia de los funcionarios policiales o judiciales; los dos evitaron para siempre la extradición y los dos, por último, sufrieron la profanación de sus cadáveres quizá por parte de acólitos fanáticos que pretendieron rendirles un homenaje final. Si alguien quisiera ver en todo esto la presumible mano de ODESSA —o de su actual sucedánea— no podría acusárselo de fantasioso.

Pero las coincidencias todavía van más allá. Si Eduard Roschmann jamás fue molestado por el gobierno peronista de 1973-1976, Walter Kutschmann podría haberse jactado de que uno de sus abogados defensores había sido funcionario de ese gobierno. Por otra parte: si tras la muerte de Roschmann circularon versiones que hablaban de un supuesto envenenamiento, tras la de Kutschmann su letrado acusó de negligencia a los médicos que lo habían atendido.

Lo cierto, en definitiva, es que ambos casos muestran a quien quiera verlas las limitaciones de la justicia argentina para cercar, atrapar y extraditar a los criminales de guerra refugiados en el país.

Y volviendo únicamente a Walter Kutschmann, queda para la anécdota una comprobación sorprendente. Su domicilio legal, el que habitaba en el momento en que fue detenido, era Sucre 2907; un edificio de departamentos ubicado en el barrio de Belgrano, en la Capital Federal. El constructor de ese edificio —según puede leerse a un costado de la puerta de calle— había sido el ingeniero civil Lázaro Goldstein. Y aquí la paradoja: con ese mismo nombre, según varias evidencias, Martin Ludwing Bormann habría llegado al puerto de Buenos Aires el 17 de mayo de 1948, a bordo del buque de bandera italiana Giovanna C, procedente de Génova[4].

Pero no fue Kutschmann el último de los jerarcas nazis capturados en el país. Durante el primer gobierno sucedido a ochos años de dictadura militar y a tres de peronismo, otros dos criminales de guerra iban a caer en manos de la justicia, que resolvería sobre su extradición.

El primero de ambos fue Joseph Franz Leo Schwammberger, y su historia también tuvo bemoles.

El 4 de noviembre de 1971, un jueves, una ex prisionera del campo de concentración polaco de Mieles caminaba tranquilamente por las calles arboladas y pueblerinas de La Plata, la capital de la provincia de Buenos Aires.

Era una rutina que había repetido cada tarde soleada, a la hora de la siesta, en el lugar al que había llegado una vez acabada la guerra. Había venido huyendo de los recuerdos y del horror de una familia aniquilada, y transcurridos veinticinco años casi se había convencido de que la distancia y el paso del tiempo podían cicatrizar cualquier herida.

Pero esa tarde supo que había vivido equivocada; que las cosas no eran como ella creía.

En una esquina de la ciudad donde había supuesto encontrar el olvido, la mujer se enfrentó cara a cara con la memoria: el oficial que había comandado el campo donde fuera prisionera, también estaba allí y caminaba bajo el mismo cielo. ¿Cómo confundirse? Había tenido tantas pesadillas con aquel hombre; le había visto la cara tantas veces con sólo cerrar los ojos... Y ahora estaba allí, en La Plata. Vivo y libre.

Su primera reacción fue ponerse en contacto con una asociación de sobrevivientes de campos de concentración que funcionaba en Buenos Aires. Sabía que algunos hombres trabajaban bajo la cobertura de un estudio jurídico en la Capital Federal, y ellos tendrían que conocer más sobre aquel asesino: cuándo había llegado, dónde vivía, bajo qué nombre se ocultaba, por qué estaba en libertad.

Sin proponérselo, la mujer acababa de poner en marcha un mecanismo que sólo se detendría quince años más tarde cuando el criminal de guerra Joseph Schwammberger fuera detenido por una comisión de la Policía Federal o, según versiones disparatadas, por un comando clandestino de los servicios secretos de Israel.

El camino que eligió el grupo de sobrevivientes fue el de certificar la información ofrecida, y encargaron la tarea a una empresa privada de investigaciones. Antes de que pasara un mes, recibían en sus oficinas del barrio de Once un informe confidencial de la agencia de detectives Avisa[5] que consignaba lo siguiente:

"INVESTIGACIÓN 152 (bis)

"INVESTIGADO: Josef Franz Leo Schwamberger.

"OBJETIVO DE LA INVESTIGACIÓN: paradero y actividad que desarrolla.

"RESULTADO DE LA INVESTIGACION: El personal de la empresa que fuera designada al efecto, con las reservas del caso, centralizó la investigación en la policía de la provincia de Buenos Aires, ya que se suponía que en caso que el investigado se domiciliara en dicho lugar, es decir La Plata, el mismo debía poseer cédula de identidad de dicha policía. Las investigaciones pertinentes arrojaron resultado negativo, ya que se estableció que el investigado no poseía cédula de identidad de dicha policía.

"Se procedió a continuación a la observación de las listas de distintas agrupaciones germanas de dicha ciudad, no encontrándose en ninguna de ellas ningún apellido como el mencionado con antelación.

"A continuación se comenzó con otro operativo, el de verificar en las distintas agencias de correos si en alguna de ellas recibía correspondencia alguna persona llamada como se indica con antelación. Luego de practicarse una investigación en varias de ellas, se llega a la ubicada en el barrio La Cumbre, sita en la calle 32 ente 137 y 138, donde se constató que en dicha estafeta recibía correspondencia una persona con ese nombre y que él mismo la retira ya que no la mandan —por carecerse de personal— a domicilio. Asimismo, averiguaciones practicadas en dicha estafeta para establecer el domicilio del causante, no dieron resultado ya que dicha persona recibe la correspondencia con la dirección de dicha estafeta y no con la de su domicilio, sito en la calle 141 entre 33 y 34 en el mismo barrio La Cumbre, estableciéndose además que se hallaba empleado en la Petroquímica, calle 44, Olmos, distante 10 kilómetros del centro de la ciudad de La Plata.

"En base a los datos obtenidos se practicaron en dicha planta industrial diversas averiguaciones, como asimismo en otros lugares, los que permitieron establecer lo siguiente respecto de la persona investigada:

"NOMBRE: Josef Franz Leo Schwamberger, hijo de Florian y de Dena Schuler.

"LUGAR Y FECHA DE NACIMIENTO: en Bressasone, Bolzano, Italia, el 14 de febrero de 1912.

"LLEGADA AL PAIS: el 19 de marzo de 1949.

"LUGAR DE TRABAJO: Petroquímica Sudamericana, distante 5 kilómetros de su domicilio, calle 44. Olmos.

"Se ha establecido que no posee cédula de identidad de la

provincia de Buenos Aires. Se ha nacionalizado argentino por intermedio del juzgado del doctor Ramón Pastor, otorgándosele el día 12 de febrero de 1965 la libreta de enrolamiento que lleva el número 7.603.354.

"En su lugar de trabajo goza de excelente concepto, como también en las inmediaciones de su domicilio. El causante vive solo, sale todas las mañanas para su trabajo y regresa en horas de la tarde, poseyendo medios de movilidad. No registra antecedentes en la policía de la provincia de Buenos Aires.

"La casa donde vive el investigado está custodiada por dos perros ovejeros alemanes y está cubierto el terreno de arboledas, principalmente pinos y tuyas y un cerco de ligustrina, tornándose difícil la observación de la vivienda desde el exterior".

El informe (que se completaba con fotografías, estaba fechado a 30 de noviembre de 1971 y firmado por el director de la agencia, Horacio Juan Sagari) volvía a poner sobre el tapete la triste historia de Joseph Schwammberger.

La primera noticia que los argentinós habían tenido de él, había sido conocida el 25 de abril de 1966. Ese día, desde Viena, Simón Wiesenthal había informado en conferencia de prensa que el criminal de guerra estaba residiendo en la Argentina, y había ofrecido algunos detalles de los delitos que se le imputaban.

Schwammberger, dijo, había sido jefe de custodia de los ghettos de Kzwadow y Szamensol, los dos en Polonia, y de los campos de trabajos forzados de Mieles y Przensyl. Su tarea más importante había sido la de enviar remesas humanas, por tren, al campo de exterminio de Auschwitz, y la había llevado a cabo con un exceso de celo. Se lo acusaba por no menos de mil asesinatos de prisioneros judíos. Según lo relatado por Wiesenthal, el criminal denunciado nunca había superado la jerarquía de teniente dentro de las SS, pues en la Alemania nazi circulaba la versión de que su arianidad no era pura: tenía antepasados judíos.

Una vez acabada la guerra, Schwammberger había sido detenido por los americanos en las inmediaciones de Innsbruck y conducido a la prisión militar de Landeck-Tirol. Allí fue sentenciado a cumplir una condena impuesta por los tribunales austríacos, que lo habían encontrado culpable de crímenes de guerra. El hombre, sin embargo, consiguió escapar de la cárcel y se refugió durante unas semanas en

el sur de Alemania antes de regresar al norte de Italia para embarcar desde Génova hacia el puerto de Buenos Aires.

Arribado a mediados de marzo de 1949, durante la primera presidencia de Juan Domingo Perón, el nazi con ancestros judíos se radicó en principio en una casona de la calle Corrientes, en San Isidro, y allí permaneció hasta 1962. Ese año, y sin que hasta entonces se hubiese detectado su presencia en el país, se mudó preventivamente y se instaló en la localidad de Don Torcuato, donde habitó una casa al 5.100 de la calle Sanabria, cerca de la estación del ferrocarril.

Allí vivió con su mujer, Katerina Seib, y con sus hijos José y Wolf, quienes unos años más tarde serían becados por la empresa alemana Siemens. Desde Don Torcuato, a principios de 1971, los Schwammberger se mudaron a La Plata y allí fueron descubiertos.

Un detalle que llama la atención, a esta altura del caso, es que el ex teniente de las SS haya utilizado siempre su verdadero nombre (el mismo con el que se había nacionalizado y el mismo, también, con el que figuraba en registros públicos), aceptando a lo sumo simplificarlo, quizá como una manera de evitarle a sus interlocutores las dificultades de la pronunciación[6]. Poco después de la captura, sus abogados defensores Humberto Jalif y Angel Siri habrían de esgrimir este hecho para alegar que el criminal de guerra "no tenía nada que ocultar".

A partir de la identificación ocurrida a fines de 1971, otra vez fue Simón Wiesenthal quien se movilizó para conseguir que el otrora comandante de campos de concentración fuera extraditado. El 20 de septiembre de 1972 un juez de Stuttgart, Alemania, libraba la orden de apresarlo y el requerimiento ingresaba a la Cancillería argentina, donde correspondía determinar si se concedería o no la extradición. En abril de 1973, finalmente, las autoridades se decidieron y ordenaron al juzgado federal 3 de La Plata que hiciera detener a Joseph Franz Leo Schwammberger. El mecanismo continuó por los carriles que preveía la ley, y el secretario del juzgado envió la orden de captura a la Policía Federal.

Fue en este punto, como habría de suceder tiempo más tarde con Kutschmann y con Roschmann, donde el diablo metió la cola: cuando la comisión integrada por seis efectivos al mando del oficial principal Alberto Silvestre, llegó a la casa de la calle 141, el hombre había desaparecido. En el domicilio sólo se encontraban uno de los hijos del buscado y la muchacha que se encargaba de la limpieza, que en un primer momento fue confundida con la esposa del criminal.

¿Quién había avisado a Schwammberger?

Quienquiera que fuese lo había hecho jugando contra reloj, y ya no caben dudas de que el "soplo" tuvo que haber salido de la propia sede policial o del juzgado, ya que éstos eran los dos únicos lugares donde se estaba al tanto de la inminente captura. En cuanto a los vericuetos por donde se estableció el contacto, tuvieron que pasar varios años para que se supiera cuáles fueron.

El 24 de noviembre de 1985 —cuando los esfuerzos por dar caza al criminal se habían redoblado— un diario de Buenos Aires[7] dio una interpretación apoyada en datos de primera mano: "Los meandros de cómo se filtró la noticia de que una orden de captura había llegado hasta un juzgado de esa ciudad (La Plata) y el magistrado se aprestaba a hacerla efectiva, también tiene sesgos más que significativos. La 'primicia' llegó a oídos del corresponsal de un diario de la Capital Federal, quien era mentado por su acendrado antisemitismo, ideología nazi y militancia en sectores ultras. Este colega, por aquel entonces, mantenía periódicas reuniones con un individuo que había sido colaborador de las fuerzas nazis de ocupación en Francia, y con el gerente de una muy conocida fábrica de muebles, por sus campañas publicitarias. El trío y otras personas más componían un núcleo de actividad política de extrema derecha. Los investigadores privados comprobaron que, entre los nazis platenses, más de uno conocía el currículum de Schwammberger, como también un vecino de la casa de la calle 141, entre 33 y 34, del barrio La Cumbre".

Puede suponerse la decepción de Simón Wiesenthal cuando se hizo cargo de la noticia. En una carta personal, fechada en Viena el 26 de abril de 1973, reclamaba a un hombre de su confianza en Buenos Aires: "Por favor, explícame cómo sucedió todo, porque yo realmente no lo comprendo en absoluto. Actuamos durante años en este asunto, y ahora tendremos que volver a comenzar del principio y buscarlo vaya a saber dónde".

La Asociación Israelita de Sobrevivientes de la Persecución Nazi solicitó al juez Carlos García que se movilizaran todos los medios legales para localizar al evadido, pero la actitud policial —en vísperas de la asunción al poder del peronismo— otra vez iba a dejar que desear.

Los mismos investigadores que habían seguido los pasos del nazi, informaron tras su huida: "Se tiene conocimiento de que las autoridades policiales de la delegación La Plata (de la Policía Federal), una vez que hubieron informado que el acusado había desaparecido de su domicilio, no reanudaron la búsqueda del mismo si bien legalmente el pedido de detención subsiste. Por tal motivo no es de extrañar que, pasado un tiempo, el acusado reanude nuevamente una vida normal reintegrándose con ciertas reservas a su domicilio". Los mismos detectives habían logrado "establecer que, posteriormente a la desaparición de su domicilio, ha concurrido personalmente a la estafeta de Correos y Telecomunicaciones a retirar su correspondencia".

Pero para cuando esto pudo determinarse, Joseph Schwammberger ya estaba navegando hacia el Canadá.

Si se siguen de manera ordenada los hechos sucedidos, se pueden reconstruir con alto grado de certeza los pasos de la fuga. Una vez alertado de su inminente detención, el criminal de guerra tuvo que haber buscado un refugio seguro en La Plata o en sus alrededores (porque sólo así podría haber pasado por la estafeta a retirar personalmente su correspondencia), contando con la complicidad de alguien que hubiese aceptado ofrecerle protección. El paso siguiente es que tuvo que haber planificado cómo salir de la zona peligrosa con documentos a su verdadero nombre, y eso le tiene que haber llevado unas cuántas horas, o quizá hasta un par de días, si se tiene en cuenta que no tenía nada preparado anticipadamente.

Lo cierto y comprobado es que a finales de abril de 1973, Schwammberger logró abordar en Ensenada, un puerto fabril cercano a La Plata, un buque petrolero que partía hacia el Canadá. Y esto abre dos incógnitas que todavía persisten: primero, cómo hizo un hombre de 61 años, sin experiencia marinera ni documentos de embarque, para incorporarse a la tripulación; segundo, cómo hizo para superar sin problemas los controles de aduana y migraciones, tratándose de un prófugo de la justicia con captura recomendada.

En cualquier caso, para lo que sí había una explicación sencilla y lineal era para la elección de su destino: en Toronto, Canadá, lo esperaba su hijo Wolf quien se encontraba trabajando para la firma Standard Microfilm.

Y Joseph Schwammberger transformó así su huida en unas cortas vacaciones a plazo fijo que no duraron más de veinte días: el 23 de mayo de 1973 el muchacho renunció a la empresa, y con su padre regresó a Buenos Aires.

Cuarenta y ocho horas más tarde, el 25 de mayo, el peronismo

retornaría al poder tras haber ganado sin atenuantes las elecciones del 11 de marzo de ese mismo año.

Tuvieron que pasar doce años de investigaciones pacientes, discretas y condicionadas por la situación política, para que los perseguidores del nazi volvieran a la carga.

A mediados de octubre de 1985 se reiteró desde Viena la denuncia de que el criminal estaba en la Argentina, y la cacería del ex oficial de las SS cobró unos bríos renovados. Al reactivarse el tema de la extradición, que todavía seguía vigente, los investigadores encontraron un elemento que antes habían pasado por alto pero que ahora permitiría potenciar todos los esfuerzos: el pedido formulado por el tribunal municipal de Sttutgart, Alemania, el 20 de noviembre de 1972, incluía una recompensa de trescientos mil dólares para quien diera los datos que llevaran a la captura de Joseph Franz Leo Schwammberger.

Y esto, no sólo metafóricamente, fue como firmar por adelantado el certificado de defunción de su libertad.

El juez que tenía en sus manos la órden de detención, mientras tanto, seguía trabajando en silencio. El doctor Vicente Bretal, a cargo del juzgado federal número 3 de La Plata, había retomado el caso a mediados de 1987. El reinicio de las investigaciones, según él mismo lo admitió, se produjo a partir de "una información sobre el paradero del prófugo" que había recibido en sus oficinas. Hasta ese momento el tema de la recompensa no era público y la hipótesis de que Schwammberger hubiese sido "vendido" empezaría a cobrar cuerpo recién después de su detención.

El informe que recibió Bretal en su despacho fue conciso y breve: el nazi estaba viviendo en Huerta Grande, a unos 50 kilómetros de la ciudad de Córdoba, en una casa de pensión cuya propietaria era una familia alemana.

Una vez chequeado el dato y verificada la vigencia del pedido de extradición, el juez se puso en contacto con su colega de Córdoba, Julio Rodríguez Villafañe, y para la mañana del viernes 13 de noviembre de 1987 el criminal ya estaba detenido.

Una comisión policial encabezada por el propio juez y por el comisario inspector Gómez Giménez, jefe de la delegación cordobesa de la Policía Federal, llegó esa mañana hasta la pensión de la familia

Germann. En una breve entrevista concedida horas después del procedimiento, Rodríguez Villafañe relató cómo habían sucedido las cosas: "Ingresé a la casa donde habitaba en su primer piso, alrededor de las 11.30 del viernes, y luego de pedirle su identificación y contestarme afirmativamente, le comuniqué que estaba detenido a disposición del juez federal número tres de La Plata. El hombre, de 1,76 metros de estatura según su documentación, y de un manejo algo duro del castellano, se encontraba sentado en una cama y no opuso resistencia".

Cuando los integrantes de la comisión habían llegado a la casa habían sido atendidos por Dolores Germann, la dueña de la pensión: "Puede ser perfectamente que fueran de la Mossad", diría tiempo después la mujer, "porque la identificación que presentaron era sólo una tarjeta, en el dorso nada. O sea, una tarjeta que podría haber sido falsificada".

La hipótesis sobre la participación de los servicios secretos israelíes en la captura de Schwammberger, también habría de ser mencionada por uno de los hijos del detenido, José, quien en su casa de Temperley, cerca de Buenos Aires, contó a un periodista: "Mire, una cosa es bastante clara. Cada tanto se busca un chivo expiatorio para mantener frescos hechos ocurridos, o no ocurridos. Aparte es un gran negocio. Por ejemplo el Centro Simón Wiesenthal recibe importantes donaciones, se mueve mucho dinero alrededor de eso, por eso hay que mantenerlo despierto". Y cuando el periodista quiso saber qué opinaba sobre la presunta participación de agentes de la Mossad en el operativo, José Schwammberger fue terminante: "Es muy factible. Creo que el servicio israelí tiene permiso para actuar libremente en el país"[8].

Pero las versiones más disparatadas no se habían escuchado todavía. El 20 de noviembre de 1987, cuando se cumplían exactamente quince años del pedido de extradición, un semanario capitalino[9] ponía en boca de "un oficial de Interpol destacado en la Argentina" el siguiente comentario: "Cuando los servicios judíos necesitan nuestra colaboración, o quieren detectar el paradero de algún refugiado nazi, nosotros cooperamos. Pero ahora hemos descubierto que un comando de la Mossad (servicio secreto de Israel) actúa desde hace un tiempo en el país porque hay un nazi por el que pagan una recompensa de 100.000 dólares... Y a nosotros no nos contaron nada. Cuando es gratis nos avisan —agregó el policía— pero si hay plata de por medio nos enteramos por otros canales, si podemos".

Lo que a la luz de las circunstancias parece absolutamente descabellado, es que el comando de la Mossad haya procedido a la detención de Joseph Schwammberger en la casa de Huerta Grande. Esto, no obstante una noticia aparecida en un diario de Buenos Aires algunos días después[10]. Fechada en La Plata, la información consignaba: "Supuestos agentes del Mossad israelí, junto a un grupo de inteligencia, habrían intervenido en la captura de Joseph Schwammberger, según refirió anoche a *La Razón* una fuente altamente confiable. Dijo que el ex teniente de las tropas de asalto nazi estaba en Huerta Grande desde hacía dos semanas, en la casa de una familia amiga apellidada Germann, convaleciente de una dolencia cardíaca. Los agentes del Mossad se movilizaban en dos automóviles, un Renault 18 y un Ford Falcon, ambos de color blanco. Seguramente —reveló— hacía días que vigilaban ese lugar de la serranía cordobesa. Cuando Schwammberger ingresó en el domicilio luego de realizar un paseo por la orilla de un río próximo, el grupo decidió actuar. Sin embargo —continuó el informante— tuvo oposición de parte de la señora de Germann, quien atendió el llamado provista de un arma de fuego. '¿Dónde está el individuo?', le preguntaron. Ella respondió: '¿Qué individuo?'. Cuando nombraron al presunto criminal nazi, señaló una habitación del primer piso de la casa. La fuente consignó además que poco después el supuesto grupo de Mossad requirió la presencia en el lugar del juez federal de Córdoba. El magistrado, una hora después, con una orden de allanamiento, hizo efectiva la detención de Schwammberger...".

Esta versión, a poco que se la analice, resulta delirante. Primero aparece una señora mayor, encañonando a un grupo de veteranos y entrenados agentes secretos; después mantiene con ellos un diálogo propio de las peores telenovelas; finalmente, olvidándose del arma que llevaba, "entrega" a su protegido señalando dónde está. Como corolario, nótese que los mismos agentes secretos —extranjeros por añadidura— ordenan a un juez federal que se levante de la cama, redacte apresuradamente una orden de allanamiento y, en una hora, convalide una detención practicada ilegalmente a cincuenta kilómetros de distancia.

No es que la Mossad no exista, que no trabaje en el país, que inclusive no pueda hacerlo de una manera independiente y clandestina. Pero la versión atribuida a "una fuente altamente confiable", tiene un manifiesto mal olor[11]. Por otra parte, lo que no se explica es

por qué habrían de actuar los servicios de inteligencia de una nación que no había solicitado —ni la solicitó más tarde— la extradición de Joseph Schwammberger.

Lo que parece más creíble, después de todo, es que el criminal haya sido vendido. La hipótesis, como se dijo, fue planteada casi desde el momento mismo de la captura, y seguramente apoyada en las características que ésta tuvo.

Se explicó más arriba que Schwammberger, desde su llegada al país, no había dejado de utilizar su propio nombre. Con él se había nacionalizado y se había inscripto en los registros de la propiedad, en los cuáles figuraba como titular de las casas en las que había estado viviendo[12]. Pero también, y como si fuera un alarde de su identidad, había obtenido un carnet de la Caja Nacional de la Industria, Comercio y Actividades Civiles, conseguido al jubilarse en la petroquímica donde había trabajado. Estas particularidades lo diferencian de la mayor parte de sus antecesores (llámense Eichmann, Roschmann o Kutschmann) y permiten extraer una primera conclusión: el hombre se sentía seguro y, en algún sentido, se burlaba del pedido de captura que pesaba sobre él desde mediados de noviembre de 1972.

La segunda irregularidad que puede verificarse al analizar su caso, la constituye el hecho de haber sido detenido en medio de lo que parece una huida. En efecto, al momento de producirse su arresto en Huerta Grande, Joseph Schwammberger habitaba temporariamente en la pensión de los Germann. Allí había llegado dos semanas antes y de allí pensaba irse —según testimonios coincidentes— unos días después. Por otra parte, a los 75 años, el ex teniente estaba viajando solo y sin equipaje, lo que da una idea de la premura con que tuvo que abandonar su residencia habitual.

El enigma que plantea el caso es el siguiente: dado que no temía a las autoridades, las que durante quince años, y aun sabiendo quién era, no le habían incomodado, ¿de quién escapaba Joseph Schwammberger?

Una aproximación a la respuesta fue ofrecida por la revista *Humor* en enero de 1988[13]. La hipótesis que allí se desarrolla es que el detenido había sido conducido a una ratonera por un hombre que vivía en los alrededores de la ciudad de Córdoba, llamado Fried Guth.

Calificado por uno de los informantes de la revista como "uno de

criminal: "Kipp, hoy de 71 años, fue un vívido reflejo del bíblico Caín, ya que había nacido en Holanda, en la ciudad de La Haya, el 2 de junio de 1917, y a pesar de su nacionalidad no le tembló el pulso para ordenar el asesinato de sus hermanos de patria".

Convidada de piedra en esta historia, pero mencionada en los diarios como vinculada al caso, la Policía Federal aportó su cuota a la confusión general. En un escueto comunicado, unos días después de las declaraciones de Coop, informó que "con relación a publicaciones periodísticas que involucran a Abraham Kipp, la Policía Federal Argentina hace saber que respecto de persona de tal nombre y apellido no se registra requerimiento judicial de detención". Y después de este comunicado todos parecieron olvidarse de él por un tiempo.

Dos semanas más tarde, otro de los hombres buscados por los tribunales holandeses repetiría a grandes trazos la historia de Kipp: Jan Olij Hottentot —a quien había mencionado Weanbenga en su reclamo ante el Ministerio de Justicia— también aparecería vivito y coleando en la Argentina.

Con pedido de captura solicitado por el Fiscal Público de Amsterdam, acusado de la muerte de judíos en la Unión Soviética y de torturas aplicadas a prisioneros de guerra, Hottentot había sido condenado a veinte años de prisión por contumacia en 1949. A mediados de 1947, mientras se desarrollaba el proceso, logró escapar de la cárcel y llegó a la Argentina desde Bilbao, España, aunque luego de hacer una breve escala en el Brasil. A diferencia de Kipp, él no había ingresado solo: lo había acompañado en su fuga Andries Riphagen, el otro de los requeridos por el parlamentario liberal.

Pero no era ésta la única diferencia entre su caso y el de su antecesor.

Apenas llegado a la Argentina, Hottentot se había establecido en la ciudad de San Juan, al pie de la cordillera de los Andes, donde había ingresado a trabajar como personal auxiliar de la policía de la provincia. Allí también se había enamorado de una mujer, Rosa, con la que habría de casarse y tener un hijo; había sido electricista y pintor de brocha gorda y había encontrado el tiempo necesario como para despuntar el boxeo, un vicio que le duró hasta que el local Bautista Romero le fracturó la mandíbula sobre el ring.

En 1962 se había radicado con su familia en Isidro Casanova, a las puertas de Buenos Aires. Diez años antes había conseguido la carta de ciudadanía y dieciocho años después habría de realizar un viaje secreto a Alemania para visitar a su madre, ocasión en la que volvió a ser detenido y consiguió fugar.

De regreso a la Argentina, Hottentot volvió a su casa de Isidro Casanova y allí vivió mansamente otros ocho años. Para los habitantes de la calle Deseado al 5500, "era un buen vecino, callado y tranquilo", que en los atardeceres "se sentaba a la puerta de su casa para tocar la armónica". Informado, lector de revistas que le llegaban por correo, mantuvo su rutina hasta que cometió un error grave: en los últimos días de noviembre de 1988 concedió una entrevista telefónica al *Het Parool*, un diario de Amsterdam, y su paradero volvió a hacerse público.

Tanto, en realidad, que el 7 de diciembre fue detenido por una comisión de la Policía Federal que actuaba con mandato del juez Alejandro Sañudo. El apresamiento, según informó el magistrado, se había hecho por un pedido del fiscal público de Amsterdam, titular de la misma oficina que cuarenta años antes había condenado a Hottentot a prisión.

A los 68 años, arteriosclerótico y con un reuma avanzado que lo obligaba a utilizar un bastón, el ex integrante de la Gruene Polizei holandesa se transformó en el ojo del huracán de una polémica judicial. Mientras la justicia de su país lo reclamaba por haber colaborado con los servicios de ocupación y por haber delatado a decenas de militantes antifascistas, su defensor argentino sostenía que "la sentencia del tribunal de Amsterdam es violatoria de los derechos humanos puesto que no se contempló el derecho legítimo a la defensa, ya que Olij fue condenado en ausencia". El abogado, que invocaba los derechos humanos para defender a un torturador y asesino, agregaba: "La condena es abiertamente opuesta al derecho argentino, puesto que la decisión del tribunal holandés es irrevocable mientras que en la Argentina todas las instancias son apelables. Todo esto es una aberración jurídica porque no existe la prescripción de la pena. En nuestro país, en tanto, hasta la pena de prisión perpetua prescribe a los veinte años".

El 21 de enero de 1989, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Holanda informó que La Haya había pedido formalmente a la Argentina la extradición del criminal de guerra. A mediados de abril de ese

mismo año la justicia argentina rechazó el pedido, habida cuenta de que consideraba prescriptos los delitos que se le imputaban. Desde febrero, por razones de salud, el reclamado había sido autorizado a regresar a su casa, donde cumplía arresto domiciliario.

La condición de ciudadanos argentinos que habían adoptado Abraham Kipp y Jan Olij, había salvado al primero de la pena de muerte y al segundo de veinte años de cárcel que, por su estado de salud y su edad, también le hubieran significado el final.

Al día siguiente de habérsele levantado el arresto domiciliario, Hottentot dejó su casa de Isidro Casanova y se esfumó. A Kipp, por su parte, se lo había tragado la tierra desde que su nombre había aparecido por primera vez en los periódicos.

Fue un caso similar al de Teodoro Suonnen, acusado de crímenes en el campo de exterminio de Bergen-Belsen y más tarde refugiado en la Argentina. En febrero de 1986, quizá temeroso de tener que seguir el camino de su compatriota Walter Kutschmann, abandonó su refugio en la ciudad bonaerense de Los Toldos y, con sus 77 años y su historia a cuestas, emprendió la ruta hacia un olvido imposible.

NOTAS

[1] Ver capítulo VII, 1976-1983: La svástica en los cuarteles.

[2] Aunque no decía toda la verdad, Kutschanm tampoco mentía. El 19 de Abril de 1991 la Asociación Amiga de los Animales, en Buenos Aires, distribuyó un comunicado en el cual se leía: "Nos complace dirigirnos a la población con motivo al Día del Animal y por este medio destacar las mejoras obtenidas por Amigas de los Animales en Centros Antirrabicos de la provincia de Buenos Aires. Camaras de gas enfriado y medicamentos para sacrificio eutanásico de animales: Amigas de los Animales ha obsequiado medicamentos para sacrificio eutanásico, tanques completos para cámaras de gas enfriado, puertas herméticas y/o materiales para la construcción de dichas cámaras de gas en los Centros Antirrábicos". El comunicado termina diciendo "Un animal debe morir dignamente y por eso la Sociedad de Amigas de los Animales no apoya ningún grupo de protectoras que por medio de cooperadoras instalen dentro de los Centros Antirrábicos refugios para albergar animales abandonados... Gracias a nuestras donaciones (para la implementación de métodos eutanásicos) ya se aprecia una reducción del 70 por ciento de los animales alojados en los centros antirrábicos". Tres meses después , el 19 de Julio, el diario *Página 12* informaba que la sociedad había sido fundada por Geralda Baeumler de Kutschmann o, como ella prefiere llamarse "de Olmo". El estatuto de fundación fue labrado ante escribano público en agosto de 1973. Lleva el número 2069 y en el folio 018645313 aparece el nombre de Geralda Baeumler como socia fundadora y primera titular de la entidad. Da como datos personales: C.I. 6.860.375, domicilio en Sucre 2907, casada en primeras nupcias con Pedro Ricardo Olmo, acta 844, tomo 4, en la seccional 20 del Registro Civil de la Capital. En los estatutos de la asociación —todavía vigentes— figura como objetivo "combatir por todos los medios, inclusive los legales, los malos tratos a los animales". En el atículo segundo establece: "podrán ser admitidos todos los socios que acepten la aplicación de la eutanasia a aquellos animales que por vejez, enfermedad o fuerza mayor deban ser sacrificados".

[3] Fotocopia del expediente judicial, en el archivo del autor.

[4] Que Martin Bormann habría utilizado este nombre para ocultar su identidad lo sostienen, entre otros, los siguientes autores: Aziz, Philippe (*Los criminales de guerra*, DOPESA, Barcelona, 1975), Alexandrov, Víctor (*La mafia internacional negra*, Novosti, Moscú, 1985) y Farago, Ladislas (en el *Daily Express*, Londres, 25 de noviembre de 1972). Gualterio Salvetti, por su parte, lo dice de manera indirecta (en *Las SS matan todavía*, De Vecchi, Barcelona, 1970): "Bormann aquellos días (se refiere a agosto de 1945, en Milán) disponía de un salvoconducto de la Cruz Roja italiana a nombre de un fugitivo hebreo

escapado de las cámaras de gas...". La misma información sobre el uso del nombre "Eliezer Goldstein" puede hallarse en el informe especial 3/83 de la Secretaría de Informaciones del Estado argentino, Central Nacional de Inteligencia (fotocopia del mismo en el archivo del autor). Farago va todavía más allá y proporciona datos filiatorios de la persona en cuestión, extraídos —según él— de los formularios que Martin Bormann llenó en la Nunciatura Apostólica de Buenos Aires a poco de haber arribado a la Argentina. El jerarca nazi habría realizado los trámites para obtener el certificado de identidad número 073.909, y allí habría declarado haber nacido en Piotrkow, Polonia, el 20 de agosto de 1901, ser geólogo de profesión, e hijo de Abraham y María Esther Sadrinas, ambos nativos de la Argentina. De acuerdo con otros testimonios, con el correr de los años el ex reichleiter habría ido cambiando sus identidades y se habría identificado alternativamente como "reverendo Juan Gómez", "Juan Keller Keller", "Ricardo Bauer" o "padre Augustin von der Lange-Lenbach". El informe 3/83 de la S.I.E. está integrado al famoso "dossier Bormann" que ha desvelado últimamente a norteamericanos e israelíes

[5] Fotocopia del original en el archivo del autor.

[6] Testimonios de vecinos de Schwammberger en Temperley, citados en el diario *La Razón* del 18 de noviembre de 1987, señalan que en el barrio era conocido como "Juan Berger".

[7] *La Razón*, 24 de noviembre de 1985.

[8] Diálogo mantenido por el hijo del criminal de guerra con el periodista Héctor Ruiz Núñez. En "Nazis en la Argentina: dólares y traición", revista *Humor*, números 212 y 213, de enero de 1988.

[9] *El Informador Público*, número 60, 20 de noviembre de 1987.

[10] *La Razón*, 25 de noviembre de 1987.

[11] Respecto a la capacidad o incapacidad de trabajo de los servicios de inteligencia israelíes en el país, la discusión se tornaría inútil con sólo recordar el affaire Eichmann. En cualquier caso hay que considerar las diferencias entre los cuadros de situación política que se registraban en la Argentina a mediados de 1960 y a fines de 1987. Para más datos ver el capítulo IV: 1950-1960: El desbande.

[12] Los lugares donde vivió Schwammberger en la Argentina fueron: entre 1949 y 1963, en San Isidro (sin dirección precisada); entre 1963 y 1965, en Brasil 441, Capital Federal; desde fecha incierta hasta 1971, en Sanabria al 5100, Don Torcuato; en 1971 estuvo en una pensión de 4 y 51, en La Plata; entre 1971 y 1981 —excepto el período en que fugó al Canadá— en 134 entre 33 y 34, La Plata. Finalmente, entre los años 1981 y 1987 vivió en Achupallas 121, Temperley.

[13] Ruiz Núñez, Héctor: art. cit.

[14] Una vez detenido en Córdoba y trasladado a La Plata, desde donde se había ordenado su captura, Schwammberger fue alojado en la Unidad Penitenciaria 9 y allí estuvo hasta el 23 de noviembre de 1989, cuando hizo un

cuadro de accidente cerebrovascular. Trasladado al Hospital General San Martín, se le hizo una tomografía computada y demás análisis necesarios que permitieron a los médicos llegar a una conclusión: la descompensación se había debido a la ingestión de Diazepán, un medicamento que contenía benzodiacepina, que le produjo el shock al mezclarse con los sedantes que le habían recetado. El juez Manuel Blanco, momentáneamente a cargo de la causa, negó que se hubiese tratado de un intento de homicidio pero no descartó que hubiesen querido inducirlo al suicidio. ¿Alguien tenía interés en que Joseph Schwammberger no hablara ante un tribunal alemán? Es posible. Pero también lo es que el criminal, ese día, hubiese caído en un profundo pozo depresivo: la noche anterior, el procurador general de la Nación, Oscar Roger, había dictaminado para que el nazi fuese extraditado a la República Federal de Alemania. En cualquier caso, hasta su recuperación, los minutos parecieron horas y los días parecieron meses: ¿Schwammberger se iba a morir como Walter Kutschmann y Edouard Roschmann? El 7 de diciembre de 1989, cuando los médicos le dieron el alta, el juez no quiso correr más riesgos y lo hizo trasladar a la cárcel de máxima seguridad de Caseros, en la ciudad de Buenos Aires, a donde llegó escoltado por veinte hombres, cinco móviles de la Policía Federal y un helicóptero de apoyo. De esa cárcel Schwammberger sólo iba a salir para ir hasta Ezeiza y abordar el avión que lo llevaría al encuentro de su destino. Respecto a la recompensa ofrecida por su captura —que como en el caso Eichmann volvió a poner al rojo vivo el tema de las traiciones entre los "camaradas"— la confirmó Alfred Steim, fiscal de crímenes de guerra de Alemania Federal: "Se han pagado 500 mil marcos (310 mil dólares) a un informante que llevó a la captura de Schwammberger". Lo dijo el 7 de mayo de 1990 ante el Congreso Judío Mundial reunido en Berlín Occidental, y precisó: "La cifra es diez veces mayor que cualquiera de las otras diez recompensas pagadas anteriormente".

APENDICE I: MENGELE, UN CASO PILOTO

Mal mirado, el de Joseph Mengele podría resultar un caso paradójico: tratándose de apenas un teniente de la SS, jerarquía relativamente menor entre el conjunto de asesinos perseguidos, sobre su persona convergieron los mayores esfuerzos de los cazadores de nazis.

A lo largo de casi cuatro décadas, semejante empeño habría de ponerse muchas veces de manifiesto: en el ofrecimiento de una recompensa que puede haber parecido exagerada (cuatro millones de dólares) para quien brindara datos ciertos sobre su paradero; en las muertes que su búsqueda provocó; en los países e instituciones privadas lanzadas contra él (cinco en total), y en la proliferación de hallazgos de pistas gracias a las cuales hoy puede reconstruirse minuciosamente su interminable vida de prófugo.

Dados por conocidos los horrores que cometiera en su carácter de médico jefe en el infierno de Auschwitz[1], convendrá revisar ahora la otra parte de su historia: la que arranca cuando, ya despojado del negro y lustroso uniforme, se vería obligado a hacer de las fugas un arte y lograría esquivar —a veces por muy poco— a sus encarnizados perseguidores.

En los primeros días de febrero de 1945, horas antes de que los soldados del Ejército Rojo llegaran a las inmediaciones de Auschwitz, Joseph Mengele tuvo que escapar por primera vez.

Acompañado por Irene María Sconweni, la amante judía que después se transformaría en su esposa, el asesino de niños encaminó

sus pasos hacia Günzburg, una aldea de Bavaria a orillas del Danubio en la que había nacido el 16 de marzo de 1911 y donde el clan familiar poseía una fábrica de maquinarias y herramientas.

Como escondite, la aldea no podía ser mejor. La mitad de sus habitantes vivían del trabajo que proporcionaban los Mengele, y Alois y Karl, sus hermanos, eran virtualmente los amos del pueblo. Se había iniciado una tradición que continuaría durante mucho tiempo[2].

La sensación de seguridad que daba el vivir allí duró hasta los primeros años de iniciada la posguerra. Todos se desentendían de lo que pudiera haber hecho ese hijo pródigo doctorado en medicina y en filosofía y, por otra parte, como para tranquilizar las conciencias, su nombre no era mencionado en los procesos de desnazificación que comenzaban por toda Alemania. Hacia fines de 1948 y principios de 1949, pese a todo, la situación comenzó a sufrir cambios: la migración interna en el país devastado por los combates fue trayendo caras nuevas al pueblo, y Mengele ya no se sintió tranquilo.

Aunque no hay evidencias de que alguien lo haya reconocido o preguntado por él, algo debe haber andado mal para ese médico especializado en biología hereditaria e "higiene racial", porque otra vez decidió escapar. Cruzar Europa, llegar a Génova en marzo de 1949 y conseguir allí documentos falsos, fue todo una cosa y no debió haberle resultado difícil. Y desde ese puerto italiano, estrenando nombre y carta de identidad, "Helmuth Gregor", según el pasaporte de la Cruz Roja Internacional número 100.501, , se embarcó hacia la Argentina.

Es en este punto, verdaderamente, donde comienza su nueva vida. Arribado a Buenos Aires el 20 de junio a bordo de los buques Philippa o North King[3], su primer domicilio sería el hotel Palermo, un pequeño alojamiento para inmigrantes levantado en la esquina de las calles Santa Fe y Godoy Cruz, en la Capital Federal.

Su compañero de pieza pareció enviado por los hados de la suerte: treinta y cinco años después seguía tan desmemoriado y discreto como entonces: "No recuerdo la cara de Mengele, pero en esos días llegaban muchos inmigrantes y solían venir alemanes. Uno no preguntaba mucho por discreción, porque sabía que muchos habían salido de su tierra perseguidos"[4].

Era exactamente el caso de Joseph Mengele, quien tampoco en aquel hotelito se sintió a salvo. A fines de 1949 ya se había mudado y

alquilado una habitación en la casona del 1875 de la calle Sarmiento, en Vicente López, propiedad de los alemanes Otto y Bertha Pantz. Frecuentaba las fiestas que los germanos organizaban en el restaurant Nino y daba una imagen que poco tenía que ver con su propia historia: "Era un hombre muy culto y al mismo tiempo muy retraído".

A mediados de 1951 volvió a mudarse, pero como le había gustado la zona norte de Buenos Aires se quedó en el barrio. Esta vez alquiló un cuarto en Arenales 2460, a metros de la estación Florida del ferrocarril, en casa de Teodoro y Herta Malbranc. También aquí se hospedó como Helmut Gregor, y utilizó la casa solamente para ir a dormir. Por esta época comenzó a realizar abortos clandestinos, fue detenido por la policía tras la muerte de una paciente[5], y se encontró con dos "protectores" que habrían de ayudarlo durante algún tiempo: Friedrich Rauch y Alfred Ruckert, quien ostentaba el pomposo cargo de presidente del Frente Nacional Socialista Argentino.

En 1953 la vida de Mengele en la clandestinidad pareció destrabarse y comenzó a desplegar una actividad mayor. En Buenos Aires se hizo asiduo visitante de los Laboratorios Wonder y estableció nuevas relaciones: "Era muy poco lo que se conocía de él: que se llamaba Helmut Gregor y era médico. Venía a visitar al doctor Baysi, uno de nuestros jefes, conocido suyo que nos lo presentó. Tenía un buen físico, sus facciones eran armoniosas, tenía unos 44 años y era muy buen mozo. Lo primero que me llamó la atención era la mirada terriblemente penetrante. Apenas si chapurreaba el español, pero no quería que le habláramos en alemán porque quería aprender el idioma"[6].

En esos laboratorios trabajaban también los doctores Heinz Truppel y Ernesto Timmermann, quienes volverán a aparecer en esta historia.

Como no podía ejercer la medicina, dado que el título habilitante no estaba a nombre de Helmuth Gregor, Mengele tuvo que encontrar otro método para poder subsistir. Ingenioso y prolijo en las tareas manuales, instaló un taller de tornería y carpintería en avenida de los Constituyentes 3852 de la Capital Federal. El taller fue bautizado "Tamema" y allí, por extraño que parezca, se dedicó a fabricar juguetes didácticos. "Nadie sabía nada de él, pero tampoco queríamos preguntar. Recuerdo un día en que nos quedamos solos los dos, y él me preguntó si yo había peleado en la guerra. Le contesté que sí. Y él me contestó: 'Yo también peleé. Fui capitán del Führer. Me imaginé que

usted era un aliado. Es una lástima', siguió diciéndome, 'yo siempre decía en aquella época que había que transar con los Estados Unidos, porque si no íbamos a perder. Ganarle a Norteamérica era imposible'. Después de ese día, nunca más habló de la guerra"[7].

El 25 de febrero de 1954, Joseph Mengele obtuvo documentos argentinos por primera vez. Utilizando como testigo a José Stroeher —quien años más tarde, encontrado por el periodismo, negaría haber conocido al médico de Auschwitz— concurrió al Departamento Central de la Policía Federal y tramitó la cédula de identidad número 3.940.484. Al año siguiente, portando esa nueva documentación, habría de cruzar al Paraguay después de la caída del peronismo, y permanecería allí durante algún tiempo. Era, también, su primer viaje a ese país.

En la única visita a Europa comprobada durante esos años, Mengele siguió siendo Gregor. "Ví a mi padre por primera vez en Suiza, en marzo de 1956. Bajo el nombre de Helmuth Gregor, él pasaba allí un par de semanas, en un hotel de la montaña, esquiando. Era un esquiador extraordinario, habilidad que había adquirido como cazador montañés. Yo tenía doce años y me habían dicho que ese señor, tan cordial, era mi tío; tres años necesité para darme cuenta de que en realidad era mi padre... Mi familia siempre supo dónde estaba. Karl, mi abuelo, lo visitó en la Argentina, igual que el procurador Sedlmeier, amigo de la infancia y empleado de la firma paterna, que incontables veces viajó a verlo donde estuviera"[8].

En este paseo por los Alpes suizos, además de esquiar, Joseph Mengele consiguió otra mujer. Esta vez no fue una joven y bonita prisionera judía, como en Auschwitz, sino Martha María Will, la viuda de su hermano Karl, quien parecía tener una manifiesta predilección por los hombres de esa familia bávara. Terminadas las vacaciones, ambos regresaron a América del Sur y tras una corta estadía en Buenos Aires se casaron en Nueva Helvecia, Uruguay, el 25 de julio de 1956. El acta matrimonial permite observar un dato curioso: es el primer documento que el "Angel de la Muerte", desde que comenzara a fugar, firmaría con su verdadero nombre[9].

Joseph Mengele comenzaba a sentirse seguro y confiado; la preocupación y el susto que habían sucedido a la caída del peronismo ya habían quedado atrás. Y es a partir de este momento en que el suyo empezaría a convertirse en un caso piloto entre los tantos de refugiados

1678/71.- 2

ESPECIE DEL DERECHO: DOMINIO (por compra venta).- - - - -

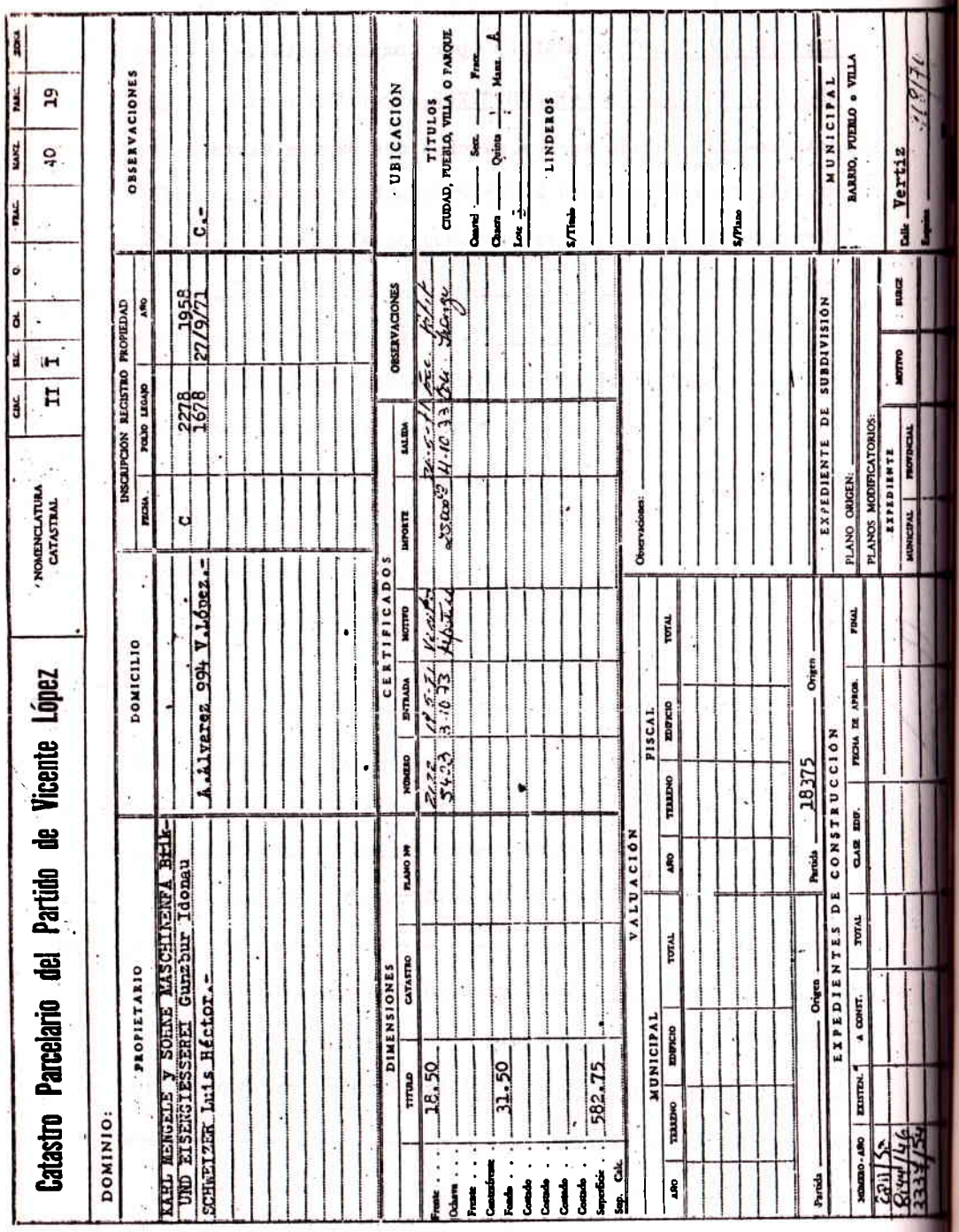
ADQUIRENTE: Luis Héctor SCHWEIZER, argentino nacido el 10 - octubre-1923, casado en 1as.nupcias con Martha Beatriz Storni, libreta enrolamiento 1.725.258, domiciliado en Agustín - Alvarez 994, Vicente López, Prov. Buenos Aires.- - - - - -

TRANSMITENTE: "KARL MENGELE Y SOHNE, MASCHINENFABRIK UND EISENGIESSEREI GUNZBURG/DONAU", de Günzburg, Alemania, representada por la Sociedad "CADOFIMA SOCIEDAD DE RESPONSABILIDAD LIMITADA", que gira en la Capital Federal, en mérito otorgado por dicha sociedad el 3 de marzo de 1971, en Günzburg, Alemania; representada ésta última sociedad por don Norberto GUNTER MEYER, argentino, nacido el cuatro de junio/1923, casado en 1as.nupcias con Ana Olga Link, libr.enrolamiento 4.2132, domiciliado en Reconquista 336, Capital Federal, en - su carácter de Gerente de la misma, personería que acredita con la modificación del contrato social de "Cadofima, Sociedad de Responsabilidad Limitada", celebrada en la Capital - Federal el 8-marzo-1971, inscripto el 16-abril-1971, bajo el Nº 610, Fº. 400, del libro 59 de Contratos de Sociedades de - Responsabilidad Limitada.- - - - - - - - - - - - - - - - -

FUNCIONARIO AUTORIZANTE: Escribano José M. RODRIGUEZ PETIT, Registro Nº 11 - Avellaneda.- - - - - - - - - - - - - - -

LUGAR Y FECHA DEL OTORGAMIENTO: Avellaneda, Prov. Buenos Aires, agosto 25 de 1971.- - - - - - - - - - - - - - - - - -

ESCRITURA Nº: 533.- -



Catastro Parcelario del Partido de Vicente López

NOMENCLATURA CATASTRAL: CIRC. II · SEC. I · CH. · Q. · FRAC. · MANZ. 40 · PARC. 19 · ZONA

DOMINIO:

PROPIETARIO: KARL MENGELE Y SOBRE MASCHINENFA BRI- UND ELSERTESSEREI Gunzbur Idonau SCHWEIZER Luis Héctor.-

DOMICILIO: A. Alvarez 994 V. López.-

INSCRIPCION REGISTRO PROPIEDAD: FECHA · FOLIO LEGAJO · AÑO — C 2278 1958; 1678 27/9/71

OBSERVACIONES: C.-

DIMENSIONES: TITULO · CATASTRO · PLANO Nº — Frente 18.50; Contrafrente 31.50; Fondo; Costado; Costado; Costado; Costado; Superficie 582.75; Sup. Cub.

CERTIFICADOS: NUMERO · ENTRADA · MOTIVO · IMPORTE · SALIDA · OBSERVACIONES — 2422 17.5.71 Venta 450.00 Venta; 5423 3.10.73 Venta 4.10.73 Venta

UBICACIÓN: TITULOS — CIUDAD, PUEBLO, VILLA O PARQUE; Cuartel ___ Sec. ___ Fracc. ___; Chacra ___ Quinta ___ Manz. A; Lote ___; LINDEROS; S/Título ___; S/Plano ___

VALUACIÓN: MUNICIPAL — AÑO · TERRENO · EDIFICIO · TOTAL; FISCAL — AÑO · TERRENO · EDIFICIO · TOTAL; Partida ___ Origen ___; Partida 18375 Origen ___

Observaciones:

EXPEDIENTES DE CONSTRUCCIÓN: NUMERO-AÑO · EXISTEN. · A CONST. · TOTAL · CLASE EDIF. · FECHA DE APROB. · FINAL — 2211/54; 8444/46; 2337/54

EXPEDIENTE DE SUBDIVISIÓN: PLANO ORIGEN: ___; PLANOS MODIFICATORIOS: ___

EXPEDIENTE: MUNICIPAL · PROVINCIAL · MOTIVO · SUBCIR.

MUNICIPAL: BARRIO, PUEBLO o VILLA — Calle Vertiz; Región ___

en la Argentina: dejaría huellas, firmaría más documentos, permitiría que lo fotografiasen; facilitaría, en fin, el trabajo de sus perseguidores.

El 27 de noviembre de 1956, repitiendo una práctica común a otros nazis prófugos, Mengele habría de abandonar definitivamente el "Helmuth Gregor" que lo había protegido, y recobraría su identidad real. Menos de dos años después, el 28 de agosto de 1958, se asociaría a sus viejos conocidos Heinz Truppel y Ernesto Timmermann —más un tercer individuo no identificado[10]—, y pasaría a formar parte del Laboratorio Fadro Farm. Ciertas cosas habían cambiado en su vida y su buena estrella continuaba brillando.

Hay un relato sobre la incorporación de Mengele a esa sociedad que parece ser bueno pero contiene algunos errores: "Por ese tiempo, con Truppel y Timmermann fundamos el laboratorio Fadro Farm. Un buen día cayó de improviso a las oficinas que teníamos en la calle Azcuénaga. Estaba cambiado. Más gordo y más suelto, como más feliz. Nos contó de su casamiento con Martha Will, y que se había comprado una casita en Vicente López, donde vivía con ella y con su hijo Karl. Me acerqué a saludarlo: 'Doctor Gregor, cuánto tiempo', le dije. Me miró fijo y me contestó: 'No, ya volví a ser José Mengele'. Y sólo me explicó que por razones políticas había vuelto a usar su verdadero nombre. Había recibido dinero de Alemania y estaba bien económicamente. Con el tiempo vino a visitarnos casi diariamente. Le gustaba pasar horas en la biblioteca del laboratorio, un gran despacho con sillones de cuero marrón. El se sentaba en uno individual, repitiendo siempre que ése era su sillón. La situación económica de la firma no era muy buena. Había meses en que no cobrábamos nuestro sueldo para poder afrontar los gastos y los sueldos de los cuatro empleados. Fue entonces cuando él ofreció 50 mil marcos para entrar en la sociedad. Se aceptó la oferta. Y así Mengele se hizo socio de Fadro Farm. Llegaba antes que todos, a las nueve de la mañana, y se quedaba hasta después de las siete de la tarde. Hacía una enorme jarra de café, porque tomaba mucho, y leía el diario *La Nación* y la revista alemana *Stern*. Era muy goloso, le encantaba el chocolate y siempre contaba los postres que cocinaba en su casa"[11].

El principal error del que adolece este testimonio, es el de ubicar la compra de la casa de Vicente López en fecha anterior a la creación de la sociedad Fadro Farm. La casa que se menciona en el relato es la ubicada en los números 968-970 de la calle Virrey Vértiz, y fue

adquirida a Helga Ernestina Alicia Dohrn de Brandes el 4 de septiembre de 1958, una semana después de la creación del nuevo consorcio para el laboratorio. El chalet, de dos plantas, jardín y piscina, había sido comprado por la firma Karl Mengele y Sohne, a través de un mandato acordado en Günzburg, Alemania, a la Compañía Argentina de Fiscalizaciones y Mandatos (CADEFIMA), representada por Carlos Alberto Niebhur, quien acusaba domicilio en la calle Reconquista 336 de la ciudad de Buenos Aires.

La fecha de la adquisición resulta llamativa porque justo al día siguiente, el 5 de septiembre de 1958, un comité internacional de sobrevivientes de campos de concentración reunido en Auschwitz, acusaría formalmente a Joseph Mengele del delito de genocidio, y provocaría una serie de reacciones en cadena que haría trizas la tranquilidad del prófugo.

La primera de estas reacciones sobrevino inmediatamente, y tuvo por protagonistas a los miembros del Consejo Académico de la Universidad Goethe, de Francfort, quienes no trepidaron en anular el doctorado en medicina obtenido por Joseph Mengele. El 29 de septiembre, inmediatamente enterado de la disposición, el dueño de Fadro Farm inició un litigio contra la Universidad que no habría de prosperar. El trámite se realizó en Buenos Aires, en el estudio del escribano Jorge Guerrico, quien suscribió un poder del exmédico en favor de su esposa Martha María Will para que ella accionara en su nombre. Los testigos del acto fueron los ciudadanos argentinos Guillermo Peña y Carlos N. Port.

El 5 de junio de 1959, sobre la acusación formulada por los sobrevivientes de Auschwitz, el gobierno de Alemania habría de solicitar formalmente a la Argentina la extradición de Joseph Mengele, suministrando la dirección de la casa de Vicente López como domicilio del requerido. Dos días más tarde el gobierno argentino se notificaba del pedido y casi tres meses después, el 27 de agosto, algún burócrata se encargaría de descubrir en la solicitud los primeros vicios formales: faltaban las traducciones al castellano de algunos de los requerimientos y de los cargos hechos por Alemania. Respecto a esto último, al mismo tiempo, el Procurador General argentino hacía saber que "quizá no fuera posible conceder la extradición, dado que los delitos por los cuales se lo requería podrían considerarse políticos". Otro mes debió transcurrir, hasta el 30 de septiembre, para que las autoridades

alemanas enviaran las traducciones faltantes y pusieran —o creyeran poner— en regla todos los papeles.

Por esos días, Joseph Mengele hizo gala de cierto sexto sentido, o fue avisado a tiempo del correr de los trámites. Lo real es que en los primeros días de octubre viaja por segunda vez al Paraguay[12] y el 23 de ese mes queda asentado en el Registro de Extranjeros del país bajo el número 946 M. Al día siguiente, 24 de octubre, con una rapidez inusitada, se le otorga a su verdadero nombre la cédula de identidad paraguaya número 293.348, y se le abre el prontuario 425.006 en la policía de Asunción. El 27 de noviembre la Corte Suprema paraguaya, por acto interlocutorio número 809, le otorga la carta de naturalización, considerando cumplidos los requisitos para obtenerla: Mengele ha presentado un certificado de residencia y conducta, que "prueba" que ha residido en el Paraguay los últimos cinco años. Los testigos que certifican el engaño son Werner Jung, el jefe del Partido Nazi local, y el barón Alejandro von Eckstein, un noble ruso amigo personal del presidente Alfredo Stroessner.

Ese mismo 27 de noviembre la Argentina habría de encontrar nuevas imperfecciones en el pedido de extradición girado por Alemania. Como antes, otra vez se trataba de faltantes: faltaba la copia del auto que decretó la solicitud de extradición, la copia de las disposiciones legales aplicables a los hechos causados vigentes en la época de la comisión de los delitos, y la copia de las disposiciones relativas a la prescripción de la acción penal.

En otras palabras, el gobierno argentino requería a su similar alemán que probara que el asesinato en cámaras de gas de cuatrocientas mil personas, incluidas mujeres, ancianos y niños, era un crimen por el cual había que pagar.

"Puedo revelar ahora", confesaba Simón Wiesenthal en 1967, "que si la Argentina hubiera concedido la extradición de Mengele a principios de 1960, el rapto de Eichmann no hubiera tenido lugar"[13].

Pero no es ésta la única relación que puede establecerse entre el médico de Auschwitz y el principal responsable de la "solución final"

En julio de 1985, tras el hallazgo en Brasil de una tumba que presumiblemente contenía los restos del "Angel de la Muerte", su hijo Rolf contaría a la revista *Bunte*: "La relación más preciada que mi padre había hecho en la Argentina era un tal Sassen, criminal de guerra alemán a cuya cabeza le habían puesto precio en Bélgica.

Sassen fue quien puso en contacto a mi padre con Rudel, el aviador más condecorado de la Segunda Guerra Mundial, y conocido del entonces presidente Juan Domingo Perón".

Tras el impreciso relato de Rolf Mengele parece dibujarse la imagen de Wilhelm Sassen, el periodista que escribiera las memorias de Eichmann y quien posiblemente lo vendiera a los servicios de inteligencia judíos que acabarían por secuestrarlo. En la narración se verifican las características de "contac-man" del holandés —quien con esas artes se había vinculado a Eichmann a través de Skorzeny— y queda abierto el camino para que, a través de Hans Ulrich Rudel, Mengele conociera personalmente a Perón, como el expresidente lo admitiera.[14]

Hay más relaciones que es posible establecer entre Adolf Eichmann y Joseph Mengele[14], pero una de ellas resulta absolutamente fantástica.[15]

El 25 de marzo de 1961, el diario *Clarín* reproducía un despacho fechado el día anterior en el pueblo de Coronel Suárez, provincia de Buenos Aires. La noticia estaba encabezada por un descargo del entrevistado. Decía: "'No tengo nada que explicar respecto de mi vida anterior. Solamente les diré lo que me pasó desde el lunes 21'. Categóricamente, temblando de indignación, en tanto sus ágiles dedos de no vidente buscan el paquete de cigarrillos en el lugar de costumbre, el nombre que por unas horas pudo ser Joseph Mengele recibe a los cronistas de *Clarín* en la modesta cocina de su casa de San Martín 241. 'El 21 —inicia Hermann Lothar su relato— recibí la visita de dos periodistas extranjeros y otro argentino, de un diario marplatense'. En un cuaderno tiene anotados sus nombres, y la hoja en donde están —que nos muestra— está encabezada por el siguiente y sugestivo título: 'Señores periodistas que tiraron la piedra falsa el 21-3-61'. Luego continúa narrando: 'La primera pregunta de los periodistas fue la siguiente: ¿Usted tiene algo que ver con Mengele? Le contesté que no, que tenía una agencia de informes internacionales. Si ustedes necesitan informes de Mengele, agregó, y están dispuestos a pagarlos, yo se los puedo suministrar'. Visiblemente nervioso al recordar el episodio, Lothar continúa: 'como yo citara una cifra a mis visitantes, me amenazaron con denunciarme a la policía si no le suministraba informaciones sobre Mengele y Eichmann. Yo los invité a retirarse y formulé la denuncia a la policía, donde me conocen desde hace seis años. Lo que dijeron los periodistas llegó a oídos del director

cuenta y ocho, ante mí, escribano autorizante y testigos al final firmados, comparecen los señores, doctor Ernesto TIMMERMANN, casado, alemán, domiciliado en la calle Juan A. Fernández número mil ochocientos cuarenta; don Heinz TRUPPEL, casado, argentino, domiciliado en la calle Quintana número mil ochocientos ochenta y tres y doctor José MENGELE, casado alemán, domiciliado en la calle Virrey Vértiz número novecientos setenta; el primero y el tercero vecinos de Vicente López, y el segundo de Florida, provincia de Buenos Aires, de tránsito en ésta; todos los comparecientes son mayores de edad, hábiles, de mi conocimiento, doy fe, y los dos primeros, dicen: que conjuntamente con una tercera persona, cuyo nombre queda reservado de conformidad con lo dispuesto por el artículo trescientos setenta y tres del Código de Comercio y bajo el nombre de "FADROFARM SOCIEDAD EN COMANDITA POR ACCIONES", constituyeron una sociedad en comandita por acciones, en la que ambos asumieron el carácter de socios colectivos, ilimitada y solidariamente responsables, y la otra persona cuyo nombre se reservó, el de socio comanditario, con domicilio en esta capital, con el objeto de dedicarse a la fabricación y elaboración de drogas y productos químicos de cualquier clase, un término de duración de noventa y nue-

de un diario local, quien lo publicó, por lo que lo demandaré por daños y perjuicios'. Con un hondo sentimiento de amargura en la voz, Lothar prosigue: 'Yo nunca tuve contacto con Eichmann. En 1947 quedé ciego y Eichmann llegó en 1951. Por otra parte, soy israelita y en el caso de haberlo conocido lo hubiera denunciado a la policía. No deseo ni debo aclarar nada. Mi nombre y mi actuación es muy conocida. Solamente puedo decir que iniciaré acciones judiciales contra los autores de esta patraña que tanto mal me ha hecho'".

Y allí acababa la información.

Lo absolutamente paradójico de este equívoco no es sólo que Hermann Lothar nada tenía que ver con Joseph Mengele, sino que se trataba del mismo judío ciego que en febrero de 1956, cinco años antes de la confusión, había comunicado a las autoridades alemanas —a pedido de Wilhelm Sassen, seguramente— el paradero de Adolf Eichmann en la República Argentina[16].

Quien habría podido aportar otros datos que echaran luz sobre la relación entre Mengele y Eichmann hubiese sido la polaca Nurit Aldoc, una sobreviviente de Auschwitz luego reafincada en Buenos Aires. Sólo que la mujer no pudo decir lo que sabía porque fue asesinada.

Treinta años después de ocurridos los hechos, que fueron tratados por distintos investigadores de manera confusa y contradictoria[17], ahora pueden hilvanarse correctamente para entender lo que sucedió.

Tuviera o no informantes en la propia embajada alemana o en las filas de la Policía Federal, Mengele estaba enterado del avance de los trámites para lograr su extradición: una orden de arresto en su contra había sido publicada en Freiburg, y sus parientes de Günzburg le habían comunicado la mala nueva a la Argentina.

Con dudas sobre la seguridad que pudiera proporcionarle su flamante pasaporte paraguayo, el "Angel de la Muerte" decidió poner distancia entre él y sus perseguidores pero, de momento, sin salir del país.

No teniendo que atravesar fronteras, e identificándose como Friedrich Edler von Britenbach, Mengele se encaminó hacia San Carlos de Bariloche buscando allí, a pocos kilómetros de Chile, la tranquilidad que comenzaba a faltarle. Ignoraba que Nurit Aldoc viajaría horas después hacia el mismo destino, y cuando lo supo ya no hubo tiempo para volver a escapar.

Bajo la fachada de eficiente secretaria en un estudio jurídico del barrio de Once, en Buenos Aires, la mujer encubría otras actividades menos aburridas y más peligrosas.

Militante sionista, incapaz de olvidar los horrores sufridos en los campos de concentración, Aldoc había sido reclutada por la inteligencia israelí dos años antes y en febrero de 1960—con pasaporte diplomático del Estado de Israel número 160.937— se hallaba trabajando en la fase preoperativa de la captura de Adolf Eichmann. A los cuarenta y ocho años, todavía atractiva, la agente había encontrado una pista sobre el austríaco que conducía a Bariloche, y allí habría de encontrarse con su verdugo de tres lustros atrás... y con la muerte.

Quizás los dos se hayan cruzado caminando por la calle Mitre o haciendo una excursión por el lago. Lo cierto parece ser que "una noche, en el baile de un hotel local, se encontró de pronto cara a cara con Mengele. El informe de la policía no dice si él la reconoció (Mengele había 'tratado' a miles de mujeres en Auschwitz), pero sí reconoció el número tatuado en el antebrazo izquierdo. Por unos segundos, la víctima y el torturador se miraron uno a otro en silencio, pues testigos presenciales aseguraron luego que entre ellos no se cruzó palabra. La señorita Aldoc le dio la espalda y salió de la sala"[18].

Lo que pasó inmediatamente después del encontronazo aún sigue siendo oscuro, pero no cabe la menor duda de que el descubrimiento de Nurit Aldoc le costó la vida. La mujer fue vista por última vez a la mañana siguiente, cuando salía del hotel en compañía de dos alemanes quienes luego habrían de ser identificados como guardaespaldas de Joseph Mengele. Horas más tarde, su cadáver fue hallado en el fondo de un despeñadero, en los alrededores de la ciudad. La policía habría hecho una investigación rutinaria y atribuido su muerte a un accidente montañero[19].

El capítulo que sigue en la vida del médico de Auschwitz vuelve a vincularlo a los servicios de inteligencia israelíes. Aunque su captura no era la prioridad para el grupo, estuvo a punto de caer en las redes del Mossad cuando vinieron por Adolf Eichmann. Esa vez, alcanzó a salvar el pellejo por muy poco.

"En el transcurso de los días febriles que precedieron a mi partida de Israel, yo había estado examinando todos los archivos correspondientes a los criminales de guerra que, se creía, habían huido a América del Sur. Me había detenido especialmente en la

documentación relativa a Joseph Mengele, el médico de Auschwitz cuya espantosa crueldad había sido descripta por todos los supervivientes del campo de exterminio (...).

Nuestra información jamás había sido comprobada, pero en ella se señalaba que Mengele vivía en la actualidad —o que había vivido en un pasado no muy lejano— en la Argentina, y más precisamente en un suburbio de Buenos Aires. Había decidido desde un principio que, en caso de que se me presentara la ocasión, intentaríamos localizar a aquel carnicero"[20].

La intentona de cazar al médico fue realizada por el comando israelí una vez que Eichmann estuvo seguro en sus manos y a punto de ser embarcado hacia Tel Aviv. Aunque los primeros interrogatorios al prisionero resultaron inútiles, Eichmann finalmente aceptó colaborar y reveló que el hombre que buscaban había estado en Buenos Aires hasta hacía poco tiempo, y que se había alojado en una casa de huéspedes de una familia alemana apellidada Jurmann.

La tentación de Isser Harel fue grande. Buscó la manera de infiltrar ese hospedaje, pero debió desistir al no poder resolver las dificultades que se le presentaban: tenía poco tiempo, pocos medios, pocos hombres, y los pocos que tenía carecían de la experiencia necesaria para encarar el trabajo. De su relato se desprende que estuvo muy cerca de capturar a Joseph Mengele, y hasta dio con la tornería que el médico había montado.

En todo caso, lo que Harel y sus hombres no podían saber era que el "Angel de la Muerte" ya no estaba en Buenos Aires ni en sus alrededores, y que sus planes no eran precisamente retornar allí.

El 16 de junio de 1960, casi un mes después de la captura de Eichmann, el gobierno argentino habría de encontrar por última vez vicios de forma en el pedido de captura girado por Alemania, pero seis días más tarde —de modo inesperado— concedería la extradición sin haber detenido al prófugo.

La noticia fue difundida por el Ministerio de Asuntos Exteriores en Bonn, y en los hechos todo habría de seguir tal como estaba. Por lo menos hasta el 17 de julio, fecha en que los diarios argentinos publicaron la información de la fuga: "Trascendió en esferas policiales que el doctor Joseph Mengele, criminal de guerra nazi y exjefe del campo de exterminio de judíos situado en Auschwitz, cuya extradición solicitó el gobierno alemán, habría abandonado subrepticiamente nuestro país. Señala esa versión que el criminal de guerra habría

viajado con documentos apócrifos hacia Brasil, enseguida de tener conocimiento que el gobierno argentino tenía el propósito de entregarlo a las autoridades alemanas que lo requerían para juzgarlo. Supimos igualmente que empleados del gabinete de Movimientos de Extrema Derecha, dependiente de la dirección de Coordinación Federal, trataron infructuosamente de aprehender al médico alemán, quien tendría documentación argentina a nombre de Gregorio Grigori, valido de la cual habría eludido la acción policial. El doctor Mengele residió últimamente en las cercanías de San Carlos de Bariloche, de donde se alejó antes de que la Gendarmería Nacional iniciase indagaciones para proceder a su captura. Según nuestros informes, Mengele desapareció de los lugares que solía frecuentar, a partir del momento en que se conoció el secuestro de Adolf Eichmann, quien fue llevado a Israel por voluntarios judíos, según los calificó el gobierno de Tel Aviv. Cabe consignar, por otra parte, que en el Departamento Central de Policía no fue posible obtener ninguna información oficial acerca de este hecho"[21].

Lo que pasaba con la Policía Federal era que venía trabajando con cierta lentitud y escaso esmero, y comenzaba a correr tras Mengele tres días después de que se hubiese escapado.

El diario *La Razón* lo advirtió y publicó su nota. Bajo el título "¡A buena hora!", la crónica decía: "La Policía Federal ha dado a conocer en el día de ayer el siguiente comunicado: 'Se ordena la captura de José o Joseph Mengele (prontuario número 3.940.484, Cédula de Identidad), hijo de Karl y de Wbalburga Hupfauer, nacido el 16 de marzo de 1911 en Günzburg, provincia de Baviera, Alemania; casado en segundas nupcias con Martha María Will. Frecuenta la calle 5 de julio número 1074 de San Isidro, provincia de Buenos Aires, y vivió en Virrey Vértiz 790 de Vicente López, provincia de Buenos Aires. Causa 575, caratulada República Federal de Alemania s/pedido de extradición de Joseph Mengele, oficio 874 y 704 del juez federal de San Martín, provincia de Buenos Aires, doctor Jorge Luque'. Como se sabe —completaba el diario— el señor Mengele se encuentra desde hace varios días en Río de Janeiro"[22].

En el texto del comunicado policial puede advertirse que la dirección "Virrey Vértiz 790" es incorrecta: Mengele vivió en Virrey Vértiz 968-970, es decir a dos cuadras. Respecto a la calle 5 de julio que se cita, posteriormente le fue cambiado el nombre y actualmente se llama Lisandro de la Torre.

Pero también el diario se equivocaba diciendo que Mengele vivía entonces en Brasil: en realidad, las fechas coinciden con la llegada del médico al Paraguay, y el comienzo de una nueva vida en ese país latinoamericano.

Sus primeros tiempos allí, a la sombra del dictador Alfredo Stroessner, son confusos y no abundan en datos. Se sabe que hasta 1964 vivió en Hohenau, en una estancia de la familia Krug, y que se dedicaba al contrabando en pequeña escala en la triple frontera argentino-paraguaya-brasileña. Visitaba con frecuencia el hotel Tirol, donde se registraba con el nombre de Fritz Mengele, y dejó de ir cuando un comando de sobrevivientes de Auschwitz pudo ubicar el lugar, y le tendió una trampa que no dio resultado.

Lo más interesante de esta etapa de la vida de Joseph Mengele es, sin dudas, su vinculación con la muerte de Herbert Cuckurs en el Uruguay, caso que se transformó en uno de los más oscuros que registra la historia de los nazis en América del Sur.

Cuckurs había sido uno de los responsables de la masacre de 32 mil judíos latvianos en Riga durante 1941, y había llegado a extremos tales como encerrar a mujeres y niños en una sinagoga y prenderle fuego al edificio. "Pavoneándose con un saco de cuero negro y blandiendo una pistola", como lo describieron numerosos testigos, el oficial de la SS había coincidido en esa ciudad de Polonia con Eduard Rosschmann, quien se llevó los laureles por su crueldad[23].

La historia de posguerra de Herbert Albert Cuckurs no difiere de la del resto de sus camaradas que alcanzaron a fugar. Una vez finalizadas las acciones, en 1946, había huido de Europa y llegado a Río de Janeiro, donde vivió tres años en una paz relativa. En 1949 fue identificado como uno de los verdugos del ghetto de Riga, y la Federación Judía de la ciudad presentó a las autoridades brasileñas las declaraciones juradas de los sobrevivientes de sus crímenes, y exigió que el nazi fuera expulsado del Brasil.

Después de algunos titubeos, el gobierno carioca supo encontrar una salida elegante: Cuckurs, informó, no podía ser expulsado del territorio pues tenía un hijo nacido en el país. Sin desanimarse, a lo largo de los siguientes quince años, los dirigentes judíos no bajaron la guardia. Sin embargo, lo máximo que obtuvieron fue que se le negara tres veces el derecho a naturalizarse.

Aún al día de hoy los informes sobre este nazi son confusos y

contradictorios. Se sabe que residía en Río de Janeiro, que era propietario de una compañía de taxis aéreos y que mantenía extrañas reuniones —quizá por negocios— en la zona fronteriza con la Argentina y el Uruguay. Después del intento de expulsarlo del Brasil, su nombre desapareció de las planas de los diarios y recién regresó a ellas el 16 de febrero de 1965. Ese día su cadáver, golpeado con ferocidad, apareció dentro de un baúl en el sótano de una casa desocupada en el barrio de Pocitos, en Montevideo. Vestía una campera de cuero similar a la que usaba en Riga, y a ella estaba prendida una nota que decía: "El Comité que Nunca Olvida".

Las primeras investigaciones de la policía, una vez hallado el cuerpo, permitieron identificar a un sospechoso por el homicidio: un hombre que se hacía llamar Anton Kunzle; decía que era austríaco, y había convocado a Cuckurs a Montevideo para cerrar un negocio. Los pesquisas uruguayos no habían podido apresarlo pero habían obtenido su fotografía. Esa foto, un mes más tarde, se iba a convertir en una caja de sorpresas.

En los días iniciales de marzo, agitados todavía por lo que la crónica periodística había bautizado como "el crimen del baúl", un hombre fue detenido en el aeropuerto brasileño de San Pablo. Al momento de ser capturado trataba alocadamente de obtener un pasaje "hacia cualquier lado", pero lo que más llamó la atención del personal de seguridad fue que tenía dos pasaportes: uno a nombre de Deter Trenker y el otro a nombre de Carlos Rodríguez.

Interrogado en las mismas oficinas de la terminal aérea, el detenido confesó llamarse Detlev Sonneberg. Admitió que se sentía intranquilo después del asesinato de Cuckurs y sorpresivamente, sin que nadie se lo preguntara, dijo que Joseph Mengele se hallaba oculto en una estancia uruguaya, después de haber vivido algún tiempo en el Paraguay. "Hablé con él en 1963", precisó, "en la localidad paraguaya de Cambiretá, cerca de Encarnación, donde Mengele vivía oculto entre los miembros de la misión menonita".

Fue como si a Sonneberg se le hubiese soltado la lengua. Ante los atónitos policías brasileños, el alemán empezó a hablar y dijo algunas cosas interesantes: "Mengele habría declarado a Sonneberg 'tener la conciencia tranquila' y que sus experimentos médicos en los campos de concentración podían ser comparados con las investigaciones sobre las causas del cáncer, internacionalmente aprobadas. Según Sonneberg, Joseph Mengele llegó a América latina por Chile, donde

fue huésped después de la guerra de otro criminal de la misma, identificado sólo por su nombre de pila, 'Ralph' o 'Rolf', y propietario de una fábrica de conservas de pescado en el sur de Chile. Mengele viajó seguidamente a la Argentina, donde vivió bajo falsa identidad hasta octubre de 1958. En esta fecha se refugió definitivamente en Paraguay, donde solicitó la naturalización haciéndose pasar por un exmédico militar católico. A este título consiguió asilo en la colonia menonita de Cambiretá. Según Sonneberg, Mengele, cuya identidad verdadera era conocida por numerosos refugiados nazis que viven en América latina, era muy impopular entre estos últimos, algunos de los cuales se estimaban amenazados mientras Mengele viviese"[24].

Conviene puntualizar algunos aspectos del relato de Sonneberg. En primer lugar, la llegada de Mengele a la Argentina por vía marítima está debidamente comprobada. En segundo lugar, el hombre identificado como "Ralph" o "Rolf", es inequívocamente Walter Rauff, quien tenía una envasadora de pescado en Punta Arenas, al sur de Chile, hasta poco antes de su muerte en mayo de 1984. Por último, vale la pena tener presente un dato aportado por Sonneberg que será coincidente con otro emanado de fuente mucho más confiable: el alojamiento de Joseph Mengele en las colonias menonitas del Paraguay.

Pero retomando el caso Cuckurs y la vinculación del médico de Auschwitz con su muerte, hay que decir que Detlev Sonneberg, antes de ser dejado en libertad pues no existían cargos contra él, realizó un retrato hablado de Mengele para la policía brasileña. Habló de su incipiente calvicie, de sus ojos penetrantes y del bigote negro y tupido que se había dejado crecer. Cuando los comisarios uruguayos Alejandro Otero y Santiago Washington Cabris vieron ese identi-kit, su sorpresa fue mayúscula: el hombre que Sonneberg había descripto como Mengele era Anton Kunzle, el principal sospechoso por "el crimen del baúl", del cual ellos tenían la fotografía.

Después de este incidente nunca debidamente aclarado, el "Angel de la Muerte" siguió dejando huellas en diversos lugares.

Hasta bien entrado 1967, Mengele volvió a frecuentar los bungalows de El Tirol, en las cercanías de Hohenau, y hasta finales de 1968 vivió en el pueblo de Altos, también en Paraguay, en una propiedad rural que había adquirido a Adolph Heldrich[25].

Durante 1971, el 27 de septiembre, la empresa Karl Mengele y

Sohne, de Günzburg, vendió el chalet de la calle Virrey Vértiz, en Vicente López. La casa había estado abandonada desde los primeros días de 1960, y el comprador fue Luis Héctor Schwizer. Tal cual se había realizado la operación de compra, la venta se hizo mediante la Compañía Argentina de Fiscalizaciones y Mandatos, CADEFIMA, representada esta vez por su gerente, Norberto Gunther Meyer. El mandatado, tal como lo había hecho Carlos Niebhur en 1958, fijó domicilio en Reconquista 336 de la Capital Federal. La firma familiar de los Mengele había delegado la representación en CADEFIMA mediante un acta labrada en Günzburg el 3 de marzo de 1971, y Meyer había ascendido a la gerencia de la compañía cinco días más tarde.

La transacción se realizó en presencia del escribano José María Rodríguez Petit, en Avellaneda, y la escritura[26] lleva el número 533. Fue, por así decirlo, el anteúltimo trámite que originó Joseph Mengele en la Argentina. El último, una alegoría de su condición de prófugo, habría de iniciarse en abril de 1981, cuando la justicia debiera responder a un nuevo pedido de extradición formulado por Alemania Federal.

Pero entre un papelerío y otro, para no ser menos que Martin Bormann, Mengele habría de morirse tres veces. Al menos eso es lo que afirman quienes dicen haber sido testigos presenciales de tantos decesos.

El primero, una "ejecución a garrotazos", se habría producido en Asunción el 30 de noviembre de 1973, y sus verdugos habrían integrado un comando de sobrevivientes del campo de Auschwitz. La segunda muerte iba a suceder un año más tarde, en una zona selvática del Alto Paraná, a manos del aventurero mitómano Erich Ardstein. La tercera, la que conviene analizar más detenidamente, habría ocurrido en el balneario paulista de Bertioga, Brasil, el 7 de febrero de 1979.

Por razones que se irán viendo, y que no son fáciles de comprender, los investigadores de todo el mundo tuvieron que esperar seis años y medio para enterarse de lo sucedido. En cualquier caso, los publicistas de esa muerte habrían de ser los amigos, los familiares y los protectores de Joseph Mengele, lo que podría conducir a poner en duda su buena fe.

Según estos testimonios, el "Angel de la Muerte" habría llegado hasta el sur del Brasil a mediados de 1961, y allí habría trabado amistad con el austríaco Wolfgang Gerhardt, radicado en el país desde

el 26 de abril de 1949 y veterano de las Juventudes Hitleristas en su patria. Gerhardt enseguida se habría mostrado dispuesto a ayudar a Mengele, y le habría conseguido alojamiento en una casa de los alrededores de San Pablo que habitaban Geza y Gitta Stammer, un matrimonio húngaro a quien la policía habría de considerar tiempo después como sospechosos de integrar una red de protección a los criminales nazis.

El huésped habría sido alojado allí bajo la identidad de "Pedro Gerhardt", prefiriendo que le llamaran simplemente "don Pedro", y habría vivido con la pareja durante dieciocho años. Al poco tiempo de haber llegado, los Stammer habrían conocido su verdadero nombre, pero por "razones de solidaridad" no lo denunciaron.

En 1967, luego de haber recibido una partida de dinero desde Günzburg —enviada por su familia a través de Hans Seldmeier— Mengele habría devuelto el favor comprando una plantación de café en Caieras, en los suburbios paulistas, y comenzado a explotarla a medias con los húngaros.

Dos años más tarde, en 1969 y por motivos que no quedan debidamente explicados, el huésped habría de mudarse otra vez hacia la gran ciudad. Allí, de nuevo de la mano de Wolfgang Gerhardt, se instalaría en la casa de Wolfram y Liselotte Bossert, un matrimonio austríaco que tampoco indagaría sobre su identidad.

A esta altura de los acontecimientos, Mengele no habría podido quejarse de su suerte. Como flores en un desierto, de la relación con su misterioso protector parecían ir surgiendo solidaridades bastante irreflexivas, casi ciegas: ninguno de sus anfitriones se mostraba interesado en preguntar quién era, de dónde venía, cuál había sido su historia.

En 1974 esta buena suerte alcanzaría su punto máximo: Wolfgang Gerhardt decidiría regresar a Austria, y dejaría a su protegido tres documentos que luego atraerían la atención de decenas de investigadores: un pasaporte, una licencia de conducir automóviles y un permiso de trabajo en la empresa metalúrgica que Erich Lessmann tenía en San Pablo, expedido el 1° de noviembre de 1969. Con esos papeles en su poder, Joseph Mengele pareció esfumarse definitivamente para convertirse en Wolfgang Gerhardt.

Por esta época, Rolf Mengele comenzó a cartearse desde Günzburg con su padre. "Le preguntaba cómo podía haber hecho lo que hizo, sus motivos. Del intercambio de estas cartas surgió una polémica. Mi

padre le daba estas cartas a Wolfram Bossert, técnico en una fábrica de autos en San Pablo. Supongo que Bossert se las envió a Seldmeier en Günzburg, y éste me las entregó a mí. Pero en 1977 ya me había hartado de estas peleas y decidí hablar personalmente del asunto con mi padre"[27].

En mayo de ese año, con un pasaporte en regla y a su verdadero nombre, que no llamó la atención de los servicios de inteligencia brasileños, Rolf Mengele llegó a San Pablo.

"La calle donde vivía mi padre estaba, mayormente, en condiciones lamentables. No parecía una calle: no tenía pavimento, sólo había tierra, baches y suciedad. A derecha e izquierda, kilómetros y kilómetros de favelas...".

No puede dejar de notarse lo extraño de esta situación. El hombre que había vivido en los barrios lujosos del norte de Buenos Aires, en el exclusivo Bariloche y en el sofisticado hotel Tirol del Paraguay, con medios proporcionados por la empresa paterna, en 1977 —de acuerdo con el testimonio de su hijo— estaba viviendo en medio de la miseria.

"Lo primero que sentí fue que se trataba de algo ajeno a mí. Fue una sensación. Pero después vi cómo mi padre temblaba de emoción; vi que tenía lágrimas en los ojos. Traté de hacer algún gesto que nos permitiera superar el estado de ánimo que teníamos. La casa era pequeña y muy pobre. Mi padre se acostó en el suelo y me cedió su cama. Una mesa, un par de sillas y un armario, eran todo el mobiliario que había en la vivienda. Hasta ese momento, y salvo el primer encuentro, en 1956, la imagen que tenía de mi padre era la que me habían transmitido las fotos: un hombre joven, arrogante, seguro de sí mismo. El hombre que tenía frente a mí, en cambio, era una criatura en estado lamentable. Durante las dos semanas que pasé con él comprendí que estaba dominado por el miedo, que sufría de depresiones y que tenía inclinaciones suicidas. Le pregunté, finalmente, por qué no comparecía ante los jueces. Me contestó que para él no había jueces sino sólo vengadores. No estaba arrepentido. Hablaba siempre de vidas no dignas. Decía que nadie podía opinar sobre la dignidad o indignidad de una vida ni, muchos menos, condenarla. Era algo que él jamás admitiría. Jamás, tampoco, hubiera aceptado jueces por una razón muy simple: no sentía ninguna culpa".

Después de la visita de su hijo, Mengele siguió viviendo con los Bossert, y con ellos habría de enterarse de la muerte de su protector: el 16 de diciembre de 1978 en Graz, Austria, el verdadero Wolfgang

Gerhardt moría en un accidente de tránsito... y dejaba el camino expedito para su falso homónimo.

Pero, ¿expedito para qué?

De los testimonios de los Stammer, de los Bossert y de algún personal doméstico que trabajaba para los húngaros, se desprende que el médico de Auschwitz, aún con su nueva identidad, llevaba una vida replegada y discreta: nada de salidas, ni de visitas, ni de relaciones innecesarias. Y sin embargo, como si la desaparición del auténtico Gerhardt hubiese sido una señal que estaba esperando, Mengele aceptó salir de vacaciones apenas enterado de la muerte de su amigo.

Con sus anfitriones, a bordo de un destartalado Volskwagen, el "Angel de la Muerte" llegó hasta el balneario de Bertioga y allí se alojó en uno de los tres hotelitos que hay en el lugar, un pueblo de tres mil habitantes tan pequeño que ni siquiera figura en los mapas de la costa paulista.

En la mañana del 7 de febrero, acompañado de Wolfram Bossert, se internó en el mar y comenzó a nadar. A los 68 años, a pesar de las jaquecas, de los calambres que por momentos inmovilizaban su pierna izquierda y de los derrames cerebrales sufridos[28], todavía era un hombre fuerte. Apartándose de su amigo se zambulló y empezó a internarse mar adentro. En pocos segundos, una de sus manos desapareció de la superficie y el hombre que estaba con él comprendió que se ahogaba. Y no lo pudo salvar.

Hasta aquí llega la historia de Joseph Mengele en Brasil contada alternativamente por los Bossert, los Stammer y Rolf Mengele. Lo que podría llamarse el "capítulo Bertioga", iba a concluir un par de horas después del accidente, una vez que un policía sacara el cadáver del agua, y que un médico forense, José Mendonça, certificara su defunción. En el documento expedido por la policía se haría constar que el fallecimiento no se produjo por asfixia por inmersión, sino por un derrame cerebral.

Una vez cumplidos los trámites de rutina —donde ellos mismos identificaron al muerto como Wolfgang Gerhardt— sus amigos llevaron el cadáver hasta San Pablo y lo sepultaron al día siguiente, 8 de febrero, en el cementerio Nuestra Señora del Rosario de Embú, al sur de la ciudad.

El mismo día del entierro Wolfram Bossert encontraría tiempo para escribir a Hans Seldmeier en Günzburg, y comunicarle la noticia[29]. Durante los seis años y medio siguientes, Joseph Mengele habría de descansar en paz.

Aunque no tanto.

El 8 de agosto de 1979, ante la imposibilidad de seguir soportando las presiones diplomáticas que ejercían sobre todo los Estados Unidos, el gobierno paraguayo comunicaba oficialmente que había cancelado la ciudadanía al médico de Auschwitz. En los fundamentos del decreto se hacía hincapié en que el criminal "no residía en el territorio desde hacía veinte años".

Durante 1980, los cazadores que iban tras sus huellas pudieron haber creído que se habían acercado a la presa: en junio estuvieron seguros de haberlo fotografiado en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, y en diciembre juraron haberlo identificado en la zona rural de Río Negro, Uruguay.

En conocimiento de estos datos, el 2 de abril de 1981 Alemania insistió con su pedido de extradición. En la Argentina, la orden de captura emanó del juez federal Fernando Zavalía, quien habría de reclamarlo —además de como Mengele o Gregor— como "Fausto Rindón o José Alvers Aspiazú, médico".

Un año más tarde, en abril de 1982, Hubert Lassier un reportero freelance que se hallaba en Buenos Aires cubriendo la guerra de Malvinas, aseguró haberlo entrevistado en un lugar recóndito de la selva paraguaya, tras iniciar una cadena de contactos que lo fueron llevando desde la capital argentina hasta un restaurante de Posadas, Misiones[30].

La oleada de rumores sobre el "Angel de la Muerte" también habría de llegar hasta las oficinas vienesas de Simón Wiesenthal. El 23 de diciembre de 1982, el decano de los cazadores de nazis afirmaba que Mengele estaba viviendo en Neuland, una comunidad menonita del oeste paraguayo, y quizá sin saberlo estaba ratificando la aseveración que Detlev Sonneberg había hecho siete años antes. Y aunque el 20 de marzo de 1983 Cornelius Walde, el administrador general de todas las colonias menonitas en el Paraguay, negara la versión, algunas cosas extrañas estaban sucediendo en esa zona.

Un despacho de la agencia informativa Noticias Argentinas, fechado en Buenos Aires el 12 de octubre de 1982, había consignado:

"Una estafa por más de 130 millones de marcos (unos 55 millones de dólares) con inversiones alemanas en Paraguay, está investigando la justicia de la República Federal Germano-Occidental. Unos 1.200 inversores germanos se contarían entre las víctimas de Heriberto Rodel, dueño de la 'Treubesitz-Sudamérika', una inmobiliaria de Mainz (RFA). Rodel, ahora arrestado en la prisión alemana conocida como 'La Cartuja' (Kartause), regenteaba una de las muchas organizaciones dedicadas a canalizar inversiones especulativas germanas hacia la compra de tierras en Paraguay. El negociante detenido, que se valía para sus desplazamientos de un pasaporte paraguayo, según relata la revista *Der Spiegel* de Hamburgo en su último número, atraía fondos hacia los latifundios 'San Antonio' y 'San Heriberto', entre otros, y para el proyecto agrario de 'San Estéfano', rebautizado en alemán como Neuland (Nueva Tierra).

"Neuland, en el oriente paraguayo, abarca 19.000 hectáreas y es administrado por la General Farming Fiduciaria Transatlántica Alemana. Esta —según se publicitaba— se hallaría bajo al auditoría de la célebre Price Waterhouse de los Estados Unidos. Rodel aseguraba a sus clientes un rendimiento estimado del 26,1 por ciento anual que, agregando la desgravación de impuestos, podía trepar al 54,9 por ciento. Un experto en botánica tropical lograría en Neuland, entre otros prodigios, dos cosechas anuales de girasol de tallo corto.

"El escándalo empezó a despuntar cuando algunos ahorristas quisieron ver con sus propios ojos las fincas en cuestión. Lo que hallaron fue desolador: ni rastros de los cultivos prometidos, algunos tractores ruinosos y una extensión subtropical cubierta de malezas. Una delegación de inversores, que viajó especialmente desde Alemania Occidental, trajo consigo un experto cuyo dictamen resultó desalentador. Halló terrenos áridos, ciénagas y, cubriendo el 85 por ciento de las haciendas, una espesura impenetrable. Los labriegos que fueron contratados habían sido despedidos, pagándoseles con cheques sin fondos.

"Price Waterhouse acusó, entretanto, a Rodel por usar sin autorización su nombre. Tanto la Traubesitz como otras compañías similares, han venido canalizando en los últimos ocho años hacia Paraguay las inversiones de unos 1.500 a 2.000 alemanes por año. En algunos casos se garantizaba, como rédito complementario, la obtención —en caso de solicitarse— de un permiso de residencia en el país guaraní.

"Una amplia campaña publicitaria presentaba a Paraguay como

un paraíso de estabilidad política y seguridad para el inversor, donde sería bienvenido el capital extranjero, en especial el alemán. Como reaseguro se señalaba la presencia durante 28 años en el poder del general Alfredo Stroessner, hijo de un tenedor de libros bávaro emigrado en 1898.

"Según los prospectos que había impreso Rodel —quien, a la sazón, se había edificado en Asunción una suntuosa residencia— la estabilidad del Paraguay no sería perturbada, 'ya que el país no tiene problemas con minorías étnicas o religiosas' y además 'carece de proletariado industrial'. El escándalo ahora estallado salpica a algunas conocidas figuras de la política alemana. Entre ellas a Arthur Missbach, exlegislador democristiano, quien en un boletín confidencial que edita recomendaba poner los capitales a salvo, 'antes que sea tarde', ante el avance del 'peligro rojo', optando por un refugio seguro: Paraguay".

Mayo de 1985 habría de ser un mes muy movido en la búsqueda de Joseph Mengele.

Todo indicaba que el cerco se estaba cerrando sobre el viejo asesino: Beate Klarsfeld lo buscaba en el Paraguay; Estados Unidos, Alemania Federal e Israel firmaban un tratado de colaboración para proceder a la captura; Simón Wiesenthal publicaba en los diarios avisos de recompensa por su ubicación, y el líder de la oposición paraguaya, Domingo Laino, vicepresidente del Partido Liberal Radical Auténtico, aseguraba a un semanario argentino que Mengele era protegido por el dictador Alfredo Stroessner, y que se alojaba en la residencia presidencial de la calle Mariscal López, en Asunción[31].

El último día de ese mes, mientras se conocían en Buenos Aires las declaraciones de Laino, la policía brasileña recibía en San Pablo una comunicación confidencial de su similar alemana. Los investigadores germanos relataban una historia que había comenzado en Francfort algunos días antes. Un profesor universitario residente en esa ciudad, decían, había denunciado ante el fiscal Hans Eberhard Klein que un empresario de Bavaria identificado como Hans Seldmeier, había tenido tratos con Joseph Mengele.

La policía alemana, informaban, había investigado la denuncia, y al allanar el domicilio del empresario había descubierto ocho cartas del "Angel de la Muerte" enviadas desde San Pablo. Toda la correspondencia, manuscrita, tenía un mismo remitente: Eldorado Estrada Alvarenga 5555, en un suburbio paulista.

Cuando los pesquisas brasileños, encabezados por su jefe Romeu Tuma, llegaron a esa dirección, sólo encontraron a dos inofensivos ancianos austríacos quienes se identificaron como los dueños de casa. Interrogados y confrontados con las noticias provenientes de Alemania, Wolfram y Liselotte Bossert no tardaron en contar su propia historia, y señalaron un lugar: la sepultura 321 del cementerio Nuestra Señora del Rosario, en Embú.

La mañana del 6 de junio de 1985, en medio de un enjambre de periodistas y curiosos, la tumba fue abierta y los restos que contenía exhumados. No había mucho; un cráneo, algunos huesos y siete piezas dentales. Guardados en bolsas de goma, los despojos fueron depositados en un cofre y trasladados hasta el Instituto de Medicina Legal de San Pablo, donde en los siguientes quince días se los analizó hasta el límite de lo posible.

De los estudios participaron técnicos brasileños y expertos norteamericanos, alemanes e israelíes. El 20 de junio finalmente, los especialistas Horst Gemmer, Gerhard Scheller y Dieter Sack, de Alemania Federal, junto a sus colegas Ellis Kerley y Neal Sher, de los Estados Unidos, dieron por confirmado que los restos hallados en el cementerio de Embú eran los de Joseph Mengele. Con mayor cautela, Israel se abstuvo de producir declaraciones oficiales, y manifestó sus reparos por intermedio de funcionarios de segunda categoría.

Cinco años más tarde, la situación continuaba siendo la misma. Lo que había alentado la desconfianza de los investigadores —el hecho de que el hallazgo en Embú se hubiese producido cuando el cerco parecía comenzar a cerrarse definitivamente sobre el criminal— aún seguía estando allí, y abría una serie de preguntas sin respuestas.

¿Era posible que Mengele hubiera vivido 17 años en el Brasil, sin que ninguno de sus perseguidores se hubiese dado cuenta? Si había muerto en febrero de 1979 como decían, ¿por qué su familia guardó silencio durante seis años y medio de persecuciones? El médico que firmó el acta de defunción aquella mañana en la playa de Bertioga había dicho que el cadáver pertenecía a un hombre de unos 55 años, cuando Mengele estaba a punto de cumplir 68: ¿pudo equivocarse tanto? ¿Y tan confundida estaba la odontóloga María Elena Bueno cuando aseguró que había atendido al Wolfgang Gerhardt que aparecía en las fotografías de los periódicos de todo el mundo, en marzo de 1979? Y Wiesenthal, el hombre que manejaba el servicio de

informaciones privado más importante del planeta, ¿podía equivocarse tan malamente como para suponer que el "Ángel de la Muerte" estaba viviendo a finales de 1982 en Neuland, en la selva paraguaya? ¿Y Beate Klarsfeld? ¿Y los documentos de la inteligencia norteamericana citados por el periodista Jack Anderson?[32] ¿Y si el profesor de Francfort que originó la investigación no fuera sino otro de los hombres de paja de los Mengele de Günzburg...?

Pero la gran pregunta, quizá la única posible, es la que habría de formularse Enrique Przewosnik, un polaco sobreviviente de Auschwitz que desde el fin de la guerra vive en la Argentina.

Arribado al campo el 17 de diciembre de 1942, fue separado de sus padres, a quienes Joseph Mengele ordenó incinerar en una fosa común al día siguiente del arribo. "Recuerdo que cuando era chico mi abuela siempre me decía: 'Cuando tengas alguna desgracia, si yo ya me he muerto, piensa en mí y yo voy a ir a pedirle a Dios por vos'. Y en esos días, cuando me encontraba desesperado, llamaba a mi abuela a gritos y esperaba su respuesta, que nunca llegaba. Entonces una noche mientras veía cómo se quemaban familias enteras de gitanos, le hablé directamente a Dios: 'Señor, ¿dónde estás? Baja'. Pero no ocurrió nada, y seguí sintiendo los gritos y el olor a carne quemada"[33].

NOTAS

[1] Ver capítulo III, 1945-1950: Política de puertas abiertas.

[2] A tal punto esto es así que en 1985 la firma Karl Mengele Sohne empleaba a 1.100 de los 14.000 habitantes del pueblo, y según encuestas oficiales otras quinientas empresas del lugar dependían económicamente de la firma. Una de las calles de Günzburg lleva el nombre de Karl Mengele, padre del criminal, y en una historia local escrita por Paul Auer se celebra que los Mengele, "ciudadanos honorarios", hayan donado 30 mil marcos para la construcción de una piscina pública. En 1987, tras el desastre nuclear de Chernobyl, en la Unión Soviética, el gobierno alemán relevó a la empresa en cuestión de obligaciones impositivas para ayudarla a recuperarse.

[3] En rigor, no hay precisiones sobre cuál fue el buque que lo trajo a playas argentinas. Una investigación realizada por un semanario podría hacer suponer que se trató del "North King". Ver revista *Gente*, 25 de julio de 1985.

[4] Testimonio de Juan María Ojeda, en revista *Gente*, 8 de agosto de 1985.

[5] La versión pertenece al periodista Att Harris, del diario *Washington Post*, y está citada por Tomás Eloy Martínez en su ya mencionado artículo sobre "Perón y los nazis". También, reproduciendo un despacho de AFP fechado en Toronto, Canadá, la reproduce el diario *Clarín* en su edición del 28 de enero de 1985. Aquí la fuente se identifica como "un documento del contraespionaje norteamericano". La misma información aparece en los informes de Ladislas Faraga.

[6] Testimonio de Elsa Yugonsky de Haverich en revista *Gente*, 8 de agosto de 1985.

[7] Testimonio de Domingo Daloia en revista *Gente*, 8 de agosto de 1985.

[8] Declaraciones de Rolf Mengele, citadas por la revista *La Semana*, 27 de junio de 1985.

[9] Fotografía del original en el archivo del autor.

[10] Fotocopia del acta de formación de la sociedad en el archivo del autor.

[11] Testimonio de Yugonsky de Haverich, ya citado, en revista *Gente*. Una versión coincidente es la que sostiene el periodista Horacio Verbitsky en *El Periodista*, número 63, 22 al 28 de noviembre de 1985.

[12] Con documentación que lo identificaba como Alfredo Mayen. Ver capítulo VII, 1976-1983: La svástica en los cuarteles.

[13] Wisenthal, Simón. *Los asesinos entre nosotros. Op. cit.*

[14] En una conversación grabada con el periodista Tomás Eloy Martínez, en Madrid, el 9 de septiembre de 1970.

[15] Klaus Eichmann (a veces identificado como Nick o Nicolás), el hijo mayor del criminal de guerra, admitió haber conocido a Mengele en la casa de su padre en los suburbios de Buenos Aires. Así lo consigna el diario *La Razón* en su edición del 27 de diciembre de 1965.

[16] Ver capítulo IV, 1950-1960: El desbande.

[17] Hay versiones sobre los mismos en Wiesenthal, Simón: *Los asesinos entre nosotros, op. cit.*; Strauch, Eliezer: *El servicio secreto de Israel, op. cit.*, y en diversos artículos periodísticos.

[18] "Aldoc" versus "Eldoc". No se trata de un error de imprenta, sino de las distintas grafías de un mismo nombre. Para que la confusión no sea poca, Eliezer Strauch va aún más lejos y sostiene que la mujer se llamaba Nurit Eldar, y se registró en el hotel como Nora Aldut.

[19] Una investigación llevada a cabo por el autor en las oficinas de la policía, en San Carlos de Bariloche, arrojó magros resultados. Allí no existe, en los archivos, ninguna Nurit Aldoc, ni persona con un nombre similar. Los detalles y las precisiones sobre la mujer que aparece en este libro, fueron proporcionados por el abogado que la empleaba, en cuyo poder queda aún una libreta de apuntes de la víctima. La familia de Nurit Aldoc, por otra parte, continuaba viviendo en la capital argentina a principios de 1990.

[20] Harel, Isser: *Op. cit.*

[21] *La Prensa*, 17 de junio de 1960. Textos similares en *La Razón* y otros diarios de la misma fecha.

[22] *La Razón*, 20 de julio de 1960.

[23] Ver capítulos III, 1945-1950: Política de puertas abiertas, y VII, 1976-1983: La svástica en los cuarteles.

[24] *La Razón*, 20 de marzo de 1965.

[25] Revista *Gente*, 25 de agosto de 1977.

[26] Fotocopia del original en el archivo del autor.

[27] Revista *La Semana*, 27 de junio de 1985. Los entrecomillados que siguen son citas extraídas de la misma fuente.

[28] De acuerdo con los testimonios de los Bossert y de los Gemmer, Joseph Mengele veía deteriorarse su salud casi a diario. Durante 1976 habría sufrido un infarto y el corazón volvería a fallarle, según esas mismas versiones, a finales de 1978. También sufría pérdidas momentáneas del equilibrio, e inflamaciones en la pierna derecha.

[29] *Clarín*, 11 de junio de 1985.

[30] El reportaje, que ciertamente ofrece dudas, fue publicado por la revista italiana *Oggi* y reproducido en la Argentina por *Siete Días*. La precaución tomada por los editores italianos es manifiesta: "Un periodista francés *afirma* haber descubierto el paradero del 'verdugo de Auschwitz' ".

[31] *Nueva Presencia*, 31 de mayo de 1985.

[32] El 27 de agosto de 1984, el periodista norteamericano Jack Anderson pudo consultar un "documento secreto" que probaría que el FBI había tenido noticias de una breve estadía de Joseph Mengele en la Florida. "Cuatro líneas del informe fueron borradas", reveló Anderson, quien envió una copia de este documento al cazador de nazis israelí Tuvia Fridman.

[33] *Tiempo*, 24 de julio de 1983.

APENDICE II: LOS NOSTALGICOS DEL DUCE

Una tarde de fines de noviembre de 1982 un anciano canoso, de espesa barba blanca, caminó entre las mesas por el pasillo central de la confitería Richmond de la calle Florida, en pleno centro de Buenos Aires. A quien lo aguardaba desde hacía unos minutos le había dado, el día anterior, una señal inequívoca para hacerse reconocer. Por teléfono le había dicho: "Me parezco a Hemingway", y el parecido no hubiese podido ser mayor.

Corpulento, setentón pero de aspecto saludable, el viejo percibió el gesto del hombre que esperaba, y con un saludo se sentó a su lado.

Pidió un café y parsimoniosamente, sin levantar la vista, dijo que no iba a aceptar la entrevista que se le había propuesto. "No voy a hablar con usted", aseguró, y durante la siguiente media hora eludió casi todas las preguntas, contó que su profesión también era el periodismo, y deslizó un solo comentario de tono político:

—¿Estos, fascistas? No, por supuesto que no.

Después sonrió por primera y única vez y quizá se quedó pensado qué era, ya que no fascista, la dictadura militar que gobernaba en la Argentina desde el 24 de marzo de 1976.

Había sido terminante y su opinión era como para tener en cuenta. Tanto como que era la opinión de Vittorio Mussolini, uno de los hijos del Duce, arraigado a medias en Buenos Aires desde mayo de 1947, cuando llegara clandestinamente dos años después que su padre fuera fusilado por los partisanos y, junto a su amante Claretta Petacci, colgados en una plaza pública de Milán.

Casi desde el momento mismo de su llegada, la presencia de Vittorio Mussolini en la Argentina fue un secreto a voces. Algunos medios periodísticos se habían hecho cargo de la noticia, e incluso dos propiedades figuraban —todavía figuran hoy— a su nombre en la guía telefónica de la Capital Federal: un departamento en pleno centro, a pocas cuadras de la avenida Corrientes, y una residencia más pretenciosa en el aristocrático barrio de Belgrano.

Mussolini no vivía todo el año en el país que lo había cobijado. Desde que pudo regresar a Italia fijó su residencia en el norte, en Forli, y sólo durante los meses más crudos del invierno italiano se trasladaba con su mujer a la Argentina. Allí se quedaba durante todo el verano y el otoño porteños, ocupado principalmente en actividades familiares y estableciendo contactos que le filtraba una cuñada, Noemí, dueña de una cerrajería.

La historia de la llegada del hijo de Benito Mussolini a la América del Sur no difiere, en sus rasgos generales, de la de otros popes del nazismo y del fascismo. Después de la captura y ejecución de su padre, los guerrilleros italianos habían puesto precio a su cabeza y le habían perdido la pista en la frontera con Suiza, cerca del lago de Como, durante los días febriles de abril y mayo de 1945.

Cuarenta años más tarde, durante un reportaje concedido a la revista romana *Gente*, él mismo se encargaría de explicar cómo había conseguido huir: "(Después que mi padre fuera capturado) obtuve hospitalidad, primero, en un colegio religioso de Como y después, gracias a unos amigos, en un internado de niños en Rapallo. Desde este último refugio regresé a Roma por algún tiempo con un documento falso, y un año y medio más tarde, con un pasaporte obtenido con dinero, pude embarcarme con mentiras para la Argentina, donde ya me esperaban mi mujer y mis dos hijos: Guido y Adria".

Aunque breve, el relato de Vittorio Mussolini es mucho más elocuente que decenas de páginas sobre la "ruta de las ratas". También él fue un pasajero en tránsito por ese camino, y con ayuda de la Iglesia Católica se embarcó en Génova hacia la libertad. Como Rauff, como Eichmann, como Roschmann o Mengele, había comprado su pasaporte y obtenido documentos falsos.

Antes de emprender la navegación hacia el sur, igual que otros muchos jerarcas, el hijo del Duce se había precavido de asegurar económicamente su futuro. Esto se supo cuando llegó a Buenos Aires

y lo hizo portando una licencia para fabricar una máquina aplicable a la industria textil, que pronto empezó a producir.

El hombre que había tenido un papel importante en las relaciones exteriores del gobierno fascista —tareas que lo habían llevado a mantener seis entrevistas personales con Adolf Hitler— no tuvo inconvenientes en encontrar socios y amigos en la Argentina que le había declarado la guerra al Eje. Uno de los hombres que lo recibió en su propia casa fue Helvio Botana, hijo del legendario fundador y director del diario anfifascista *Crítica*, quien en sus memorias lo recuerda afectuosamente[1].

Su primer socio en el país, de acuerdo con el testimonio de algunos testigos, fue el nadador marplatense José Tiraboschi; con él empezó a fabricar la maquinaria para la industria textil. Los pasos comerciales de Vittorio Mussolini, después, se habrían de hacer vertiginosos y más confusos: una empresa dedicada a producir materiales para la construcción, en Olavarría; otra empresa, de transportes, en la ciudad de Rosario; cierta participación en una industria textil de Ituzaingó, que en sus comienzos habría agrupado a la mayor parte de los capitales italianos llegados al país durante la posguerra. Hacia el mes de mayo de 1979, inclusive, se lo vinculaba con la fábrica de materiales plásticos Monsanto, aunque nunca se comprobó la relación.

Muy lejos estaba, de todas maneras, del modesto inmigrante que había pretendido ser a mediados de 1947, cuando solicitó un crédito de promoción industrial en la sucursal número 9, Villa del Parque, del Banco de la Provincia de Buenos Aires. Por esa misma época otra versión indicaba que una mujer argentina, a quien se mencionaba como su amante, había obtenido un permiso especial del propio presidente Juan Domingo Perón para importar desde Francia mil trescientos camiones Ford, rezago del ejército americano.

Si se da por cierto que Vittorio Mussolini estuvo junto a su padre hasta muy pocas horas antes de su captura y ejecución[2], y que éste, en su huida, transportaba con él el llamado "tesoro del Duce", puede inferirse que Vittorio estuvo al tanto del destino final de esa fortuna que nunca pudo ser hallada.

Durante el proceso que tuvo lugar en Roma en mayo de 1957 para esclarecer la muerte de Benito Mussolini y la desaparición de las riquezas que llevaba, éstas fueron detalladas así por los peritos: 52.000 kilos de oro en lingotes, 3.000 libras esterlinas en oro, 3.000

libras esterlinas en cheques, 1.000.000 de francos suizos, 200.000 dólares, 25.000.000 de francos franceses, 10.000 escudos, 10.000 pesetas y 25.000 marcos oro, aparte de joyas y piedras preciosas que no pudieron ser valuadas[3].

Si bien la figura de Vittorio Mussolini no estuvo nunca estrechamente ligada al fascismo, excepto por los lazos familiares y en cierta medida históricos, no puede decirse lo mismo de otros compatriotas suyos que también ganaron playas argentinas escapando a la justicia italiana.

El más importante de ellos, que el propio hijo del Duce admite haber encontrado en Buenos Aires[4], es Carlo Sforza, el último secretario nacional del Partido Fascista. También llegaron a la Argentina en la misma época, alrededor de 1947-1948, unos cuantos más que fueron mencionados por el diputado radical Silvano Santander[5]. Otros que él no menciona, pero de los cuales da cuenta el mismo hijo de Mussolini como residentes en Buenos Aires, son los ex ministros Moroni, Giampietro y Spinelli, éste último responsable del Dicasterio del Trabajo.

En octubre de 1949, el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista Argentino emitía una documentada y extensa declaración sobre la penetración nazifascista en el país[6]. En su capítulo segundo, titulado "Los fascistas italianos", entre otros conceptos señalaba: "Los altos jerarcas del fascismo y gran número de personajes que ocuparon posiciones de primera fila en el gobierno de la efímera República de Saló, han encontrado en la Argentina su patria adoptiva".

Más adelante, en otro párrafo, se afirmaba: "En el primer congreso del 'Movimiento Sociale Italiano' se dio lectura de una comunicación enviada desde Buenos Aires y firmada por Francesco di Giglio, director del periódico *Risorgimiento* y jefe de los neofascistas italianos radicados en la Argentina, en la cuál se lee: 'En política exterior, el M.S.I. debe tender sobre todo a la colaboración con los países de mayor afinidad espiritual, especialmente con los de América latina y principalmente con la Argentina, a la cual nos unen sólidos vínculos de sangre, de cultura y religión, que da hospitalidad a tantos connacionales como una segunda patria y cuyo gobierno, durante la guerra, nos comprendió y respetó en la posguerra, fue el primero en reclamar justicia para Italia, abrir las puertas a los emigrados y ayudar a nuestro pueblo sin perseguir oscuros intereses'".

Unas líneas después, el documento relataba un malentendido tan gracioso como trágico: "Aún más significativas son las manifestaciones expresadas en el segundo Congreso de los neofascistas realizado en Roma. En el periódico *L'Europeo* del 10 de julio de 1949 encontramos la referencia de que un argentino, al llevar el saludo del partido peronista, aseguró a los delegados: 'Tened fe, camaradas. Resurgiréis'. A continuación, el mencionado periódico afirma: 'Desde la Argentina ha llegado también el dinero necesario para la organización del congreso, según lo comunicara Giorgio Almirante (presidente del Congreso); entonces los delegados puestos de pie, gritan: ¡Viva Perón! Almirante palideció y se apresuró a rectificar: Me habéis entendido mal. Lo han enviado nuestros camaradas obligados a residir en la Argentina'. Los financistas del M.S.I., si corresponde de verdad la rectificación de Almirante, serían Piero Parini, Vittorio Mussolini, Césare María de Vecchi, el ex ministro Moroni, el ex senador Prampolini, el ex diputado Moretti, el ex consejero nacional Berté, el ex ministro Spinelli, el ex ministro Poverelli, el ex jefe de Policía Tamburini, el ex consejero nacional Rocca, el ex comandante Grassi, el ex secretario del Partido, Carlo Sforza; los ex jerarcas menores Becherinni, Ministi, Fosa, Gianturco, Mirabella, Gazzotti, Menna y Bonfanti, que constituían el núcleo principal de la emigración fascista en la Argentina".

El remate del documento incluía precisiones sobre los nombres mencionados: "No será redundante recordar una vez más algunas de las principales figuras del fascismo italiano que se encuentran en nuestro país, gozando de toda clase de franquicias. He aquí algunos de ellos: Vittorio Mussolini, cuyo ingreso al país se hizo violando todas las disposiciones vigentes sobre inmigración; Carlo Sforza, último secretario del P.N.F., acusado de haber participado en el asesinato del dirigente monárquico Giovanni Améndola, dirige actualmente la revista *Histonium*; Piero Parini, ex prefecto de Milán durante la República Social Italiana; Tamburini, ex jefe de Policía de Roma; Césare de Vecchi, cuadrunviro que participó de la marcha sobre Roma, después de varios meses de permanencia en el país regresó a Italia; Spinelli, ex ministro de Trabajo de la República de Saló y Eduardo Moroni, ex ministro de Agricultura (ambos, funcionarios del gobierno argentino; el último de los nombrados percibe $ 6.000 de sueldo en el Banco Central); José Poverelli, ex ministro; comandante Enzo Grassi, el más activo de los neofascistas en la Argentina, que

acaba de crear una Federación de Combatientes Republicanos; Ettore Mutti, ex secretario del partido nacional; Francisco Giunta, ex secretario del P.N.F.; E. Amicucci, ex subsecretario de las Corporaciones; el sacerdote Eusebio Zapaterrini, fanático fascista y propagandista del totalitarismo, etcétera, etcétera".

Pero hay otro hombre, todavía, que con el correr de los años iba a tornarse mucho más interesante y que ya en esa época se contaba entre los nostálgicos del fascismo: Licio Gelli, cuya presencia en la capital argentina había sido detectada entre 1946 y 1948.

Esa primera estancia de Gelli en Buenos Aires habría de ser accidentada. Al menos, así puede suponerse dado que tuvo que fugar apresuradamente cuando hasta el Río de la Plata llegaron dos oficiales del Special Operation Service (SOE), rastreando el tesoro que los fascistas habían robado de Yugoslavia.

Y Licio Gelli había tenido bastante que ver con la desaparición de esa fortuna[7].

En 1942, siendo un activo militante de los Camisas Negras, quien habría de convertirse en el jefe de la logia masónica Propaganda Due había llegado hasta Cattaro, un pequeño puerto yugoslavo ocupado por Italia. En ese puerto estaba demorado parte del tesoro que los fascistas habían acumulado en Yugoslavia, y la tarea de custodiarlo le fue encomendada al joven militante.

Un inventario realizado en aquel momento detalla que el tesoro estaba compuesto por 60 toneladas de lingotes de oro, 2 toneladas de monedas antiguas, 6 millones de dólares, dos millones de libras esterlinas y un millar de cajas bancarias con joyas en su interior. En 1947, cuando el gobierno italiano debió devolver esos bienes al mariscal Tito, notó algunos faltantes. A saber, veinte toneladas de oro, un millón de libras esterlinas, un millón de dólares, y la mitad de los mil cofres que contenían las joyas. Cuando se descubrió la suerte que habían corrido esos bienes extraviados, los oficiales del SOE supieron quién era el hombre que podía tenerlos, y enviaron a dos de sus mejores investigadores a buscarlo en Buenos Aires.

Como era de suponer, Licio Gelli alcanzó a escapar. Su historia se continuaría muchos años más tarde, entre 1970 y 1980, y sería bien conocida. Un caso diferente, vale la pena notarlo, al de sus compatriotas Stéfano Delle Chiaie y Pierluigi Pagliai.

Un suelto del diario *La Opinión*, fechado en septiembre de 1975, daba cuenta del funcionamiento en la Argentina, en ese momento, de setenta y seis células del Movimiento Social Italiano (MSI), la conducción política del neofascismo, dirigida por Giorgio Almirante. De acuerdo con la publicación, la estructura celular abarcaba a medio millar de hombres; sus jefes recibían órdenes directas de Almirante, con quien se reunían en Italia previo viaje costeado por la organización. Cuando el dato trascendió, las andanzas de Delle Chiaie y Pagliai todavía no eran muy conocidas pero pronto comenzarían a serlo.

Hacia fines de ese año empezó a circular por las redacciones periodísticas de Buenos Aires un informe sobre las conexiones de la policía política del general Augusto Pinochet, presidente de Chile tras el derrocamiento de Salvador Allende, con militantes neofascistas a quienes había convocado para participar en tareas represivas. El contacto se había establecido en Roma a principios de septiembre de 1975 y un mes más tarde, el 6 de octubre, el dirigente democristiano chileno Bernardo Leigthon y su esposa, salían milagrosamente ilesos de un atentado dinamitero ocurrido en la capital italiana.

A principios de 1976, quizá como pago por esta colaboración frustrada, Stéfano Delle Chiaie se encontraba instalado en Santiago de Chile. Dos de sus seguidores en Vanguardia Nacional, la organización que dirigía en Italia, también se habían mudado con él: Maurizio Di Giorgi y Roberto Granitti. Poco faltaba para que se sumara al grupo el cuarto hombre, Pierluigi Pagliai.

Las dos primeras tareas concretas que asumieron estuvieron relacionadas con la acción psicológica y la elaboración de propaganda anticomunista. En los dos trabajos se revelaron como verdaderos expertos. Avanzando en sus atribuciones, Delle Chiaie propuso la creación de una central neofascista que coordinara a todas las dictaduras latinoamericanas en su lucha contra la violencia revolucionaria. El italiano insistía en que la sede debía estar en Santiago, y recibía el aliento permanente del jefe de la policía política pinochetista, el general Manuel Contreras Sepúlveda.

Este período de confianza en las tareas de los terroristas iba a complicarse, sin embargo, a partir del 21 de septiembre de 1976, cuando fueron asesinados en Washington el ex canciller allendista Orlando Letelier y su secretaria norteamericana, Ronnie Moffit. La operación, que debió haber sido limpia y no dejar huellas, derivó en un

escándalo internacional y las facilidades de que venían disfrutando Delle Chiaie y los suyos comenzaron a disminuir aceleradamente.

Y en este punto, el neofascista tomó una decisión: él y su grupo debían permanecer en América latina, y el lugar más indicado era la Argentina.

A lo largo de sus operaciones por cuenta de Chile, los italianos habían tomado contacto con militares argentinos. Por otros medios, también habían establecido una relación con anterioridad. A fines de 1975, en Italia, habían conocido a un militante ultraderechista porteño, Ricardo Giarini, y unos meses después, en Madrid, a un grupo de agentes de inteligencia que el gobierno de Buenos Aires había enviado a Europa para controlar a los exiliados.

De este manojo de contactos, Delle Chiaie había profundizado la relación con dos de ellos, Luis Bocardo y Alejandro Recio[8], quienes se habían desempeñado como funcionarios en la Universidad de Buenos Aires, específicamente en la Facultad de Ingeniería, cuando el rector era Alberto Ottalagano.

En España, Recio y Bocardo estaban integrados al grupo de "Guerrilleros de Cristo Rey" y trabajaban en el hostigamiento al programa de democratización de Adolfo Suárez. Entre los "Guerrilleros", además, también militaban los argentinos Jorge Alonso, Luis García y un matrimonio de apellido Fernández Carra, que en 1977 fue juzgado y condenado a prisión por el asesinato de abogados que se dio en llamar "la masacre de Atocha". Después de las elecciones españolas, el propio Delle Chiaie había facilitado la entrada a Italia de Recio y Bocardo. En la península, el dúo se integró a Ordine Nuevo, donde realizaron una serie de atentados que les valió una condena a purgar en la cárcel de Brescia.

Estos y otros contactos fueron los que Delle Chiaie utilizó cuando decidió cruzar la cordillera e instalarse en el Buenos Aires del Proceso.

Tras algunas gestiones para poner en funcionamiento la sucursal argentina de una agencia noticiosa que transmitiera sólo información anticomunista —gestiones que se realizaban en las oficinas del periódico neofascista *Risorgimento*, que el ex oficial Gaio Gradenigo editaba en el 96 de la calle Chacabuco— los recién llegados fueron huéspedes de un jefe aeronáutico retirado, cuya casa usaban para reunirse.

A esas citas concurría el general argentino Adolfo Mugica, el vicecomodoro Antonio Estrella, el ex interventor en la Universidad de Buenos Aires Alberto Ottalagno, el poeta Gabriel Ruiz de los Llanos y el intelectual Jaime de Mahieu, quien ya había sido denunciado por Simón Wiesenthal[9].

Luego de una gira por distintos países latinoamericanos a principios de 1979, Delle Chiaie y su segundo, Pagliai, retornaron a la capital argentina. Por algunas infidencias que alguien de su entorno había realizado a las autoridades italianas, quienes solicitaron sus extradiciones, los neofascistas tuvieron que cambiar sus lugares de reunión: dejaron de frecuentar el bar del hotel Castelar, en la avenida de Mayo, y la confitería Valerio de Lavalle y Esmeralda, en pleno centro de Buenos Aires.

Tiempo después, Delle Chiaie habilitó una oficina en la calle Carlos Pellegrini 983 y desde allí comenzó a atender sus negocios durante los días que no estaba de viaje. Pagliai y Di Giorgi, en tanto, habían encontrado pareja y el primero se casaría en Bolivia con una militante ultraderechista argentina apellidada García Bonorino.

Hacia el mes de abril de 1980, el jefe del grupo se encontraba reclutando mercenarios para combatir contra el sandinismo en Centroamérica y empezaba a observar, expectante, la situación boliviana. En Buenos Aires, mientras, otro ex militar se acercaba al grupo para ofrecer su experiencia y su colaboración: el mayor retirado del ejército Hugo Raúl Miori Pereyra, quien había sido hombre de confianza del general Francisco Imaz durante los meses en que éste fue ministro del Interior del gobierno de Juan Carlos Onganía. En el departamento de Miori Pereyra, avenida del Libertador 2349, solían reunirse oficiales argentinos y bolivianos. Entre estos últimos se contaban el ex presidente Hugo Bánzer Suárez y los coroneles Francisco Monroy, Freddy Quiroga y Faustino Rico Toro.

Dos meses antes de que la presidente provisional de Bolivia, Lidia Gueiler, fuera derrocada mediante uno de los golpes de Estado más sangrientos sucedidos en el Altiplano —el 18 de julio de 1980— Delle Chiaie y Pagliai ya se encontraban instalados en Santa Cruz de la Sierra, el tradicional bastión de la rosca derechista de aquel país. Había empezado para ellos la etapa de "Los novios de la muerte"[10] y de las relaciones con Klaus Barbie, quien insistía en hacerse llamar "señor Altmann".

Cuando el proceso militar iniciado con la asonada se agotó en sí

mismo en septiembre de 1982, y Hernán Siles Suazo recibió el gobierno boliviano, Stéfano Delle Chiaie se fugó otra vez a la Argentina acompañando al ex presidente, general Luis García Meza. Menos afortunado, Pierluigi Pagliai fue detenido y entregado a un comando especial italiano que se encargó de trasladarlo herido de muerte a su país, que le reclamaba cuentas pendientes con la justicia.

Menos de cuatro años más tarde, en agosto de 1986, el gobierno italiano iba a efectuar otro reclamo pero tiempo después desistiría de él: el 6 de septiembre de 1986 Italia retiró el pedido de extradición del dirigente neofascista Sandro Sacucci, a raíz de haber sido anulada la sentencia de un tribunal que lo había responsabilizado de la instigación de un atentado criminal.

El prófugo había sido detenido en febrero de aquel año en la ciudad de Córdoba, donde desde 1979 trabajaba como taxista con documentos falsos a nombre de Massimo Gorrieri. El comunicado que anulaba la sentencia del tribunal italiano fue transmitido al Juzgado Federal número 1 de aquella ciudad a través del Ministerio de Relaciones Exteriores, donde había sido recibido el mensaje de la embajada italiana el 21 de agosto.

Ese mensaje indicaba que la Corte Suprema de Casación de Italia, por sentencia del 26 de junio de 1985, había anulado el fallo dictado el 14 de diciembre de 1982 por la Corte de Roma, que había encontrado a Sacucci culpable del delito de instigación de homicidio y tentativa de homicidio. La desvinculación de Sacucci de los ilícitos que se le atribuían ya había sido hecha pública en junio, por él mismo, durante una conferencia de prensa.

El tribunal federal había recibido oficialmente el desistimiento de Italia a la extradición que había solicitado, y elevado los antecedentes a la Cámara Federal; donde se analizaba si correspondía o no hacer lugar al pedido. Con esto quedaba cerrado el caso de extradición y sólo seguía pendiente en contra de Sacucci el proceso iniciado por la justicia cordobesa por adulteración de documento público y exhibición de documentación apócrifa cuando fue detenido.

En los dos casos, se trataba de acusaciones leves contra un fascista confeso.

NOTAS

[1] Botana, Helvio: *Tras los dientes del perro. Memorias*; Peña Lillo, Buenos Aires, 1981.

[2] Sobre las últimas horas de Benito Mussolini, y la actividad que desarrolló durante ese período de su vida su hijo Vittorio, puede consultarse Hotchner, A.E.: *El tesoro de Mussolini*; de la Flor, Buenos Aires, 1977, y Zangrandi, Ruggero: "Mussolini"; Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1973.

[3] Mc Key, Jameson: *¿Dónde están los tesoros nazis y fascistas?*; Ediciones G.P., Barcelona, 1963.

[4] Revista *Gente* (italiana) ya citada. Fotocopia del original, sin fecha, en el archivo del autor.

[5] Santander, Silvano: *Técnica de una traición*; Antygua, Buenos Aires, 1955.

[6] Fotocopia del original en el archivo del autor.

[7] Berger, Martin: *Historia de la logia masónica P-2*; El Cid Editor, Buenos Aires, 1983.

[8] Revista *Movimiento*, números 2 y 3; enero y febrero de 1983.

[9] En una entrevista publicada por el diario *La Opinión* el 26 de febrero de 1974, el cazador de nazis decía con respecto a las actividades de los inmigrados en la Argentina: "Ultimamente me ha llamado la atención un Instituto de Ciencias del Hombre que funciona, según sus publicaciones, en la calle Cangallo 2158. Allí actúan, aparentemente, varios científicos nazis. El director del Instituto es el señor Jacques de Mahieu, y figuran también entre los directivos del mismo Xavier de Mahieu y Arthur Le Gentile". Una semana después de haberse publicado esta entrevista, el mismo diario hacía lugar a una rectificación: en el lugar indicado por Simón Wiesenthal estaba funcionando un Instituto Promotor de los Argentinos, orientado por un partido político. Los ocupantes del inmueble, interrogados por un cronista de *La Opinión*, señalaron que desconocían el tipo de organismo que funcionaba en ese mismo local antes de que ellos llegaran a alquilarlo.

[10] "Los novios de la muerte" es el nombre que se dieron a sí mismos los nazis, fascistas y mercenarios reclutados por Klaus Barbie en Bolivia en los últimos años de la década del setenta. El apodo, tomado de la letra del himno de los legionarios españoles, era un sello que albergaba, entre otros y además de Stéfano Delle Chiaie y Pierluigi Pagliai, a los alemanes Joachim Fiebelkorn, Herbert Kopplin (ex SS), Hans Stellfeld (ex Gestapo), Hans Jüergen y Manfred Kuhlmann; al genovés Emilio Carbone y al francés, ex integrante de la OAS, Napoleón Leclerc. Con el grupo, que se reunía en la cervecería Bavaria de Santa Cruz de la Sierra, de la que eran dueños, habrían trabajado

(ver Sánchez Salazar, Gustavo: *Barbie, criminal hasta el fin*; Legasa, Buenos Aires, 1987) los coroneles argentinos Carlos Estrada y Julio César Durand, el teniente coronel Jorge Lynch y los "asesores" Alfredo y Mario Mingolla. Cuando Barbie organizó "los novios", de activa y feroz participación en el derrocamiento de la presidente constitucional Lidia Gueiler, el "carnicero de Lyon" era consejero de seguridad en el ministerio del Interior boliviano.

EPILOGO

La voz cascada y vieja de Simón Wiesenthal, el legendario cazador, sacudió por enésima vez la conciencia de los argentinos. Eran las primeras horas del miércoles 5 de febrero de 1992, y desde sus oficinas en Viena, dijo:

—En la Argentina viven aún por lo menos dos criminales de guerra. Uno de ellos es Rudolf Mildner, ex coronel de las SS y jefe de la Gestapo en Katovice, Polonia, en la Alta Silesia y en Dinamarca. Se supone que está en la Argentina pero nosotros, hasta ahora, no lo hemos podido encontrar. Por eso me interesan los documentos que ustedes acaban de abrir. Ahí puede haber algo sobre Mildner...

La voz, que volvía a alzarse para denunciar a los asesinos prófugos, era una respuesta directa a un hecho histórico que había generado horas antes el gobierno argentino.

El lunes 3 de febrero, el presidente Carlos Menem había decretado la apertura de todos los archivos oficiales sobre nazis que hubiese en el país, y el termómetro que medía la importancia del anuncio, publicitado internacionalmente, era la asistencia al acto de los embajadores de Israel, Isaac Cheffi; de Alemania, Herbert Limmer, y de Estados Unidos, Terence Todman, y del director del área América latina del Simon Wiesenthal Center, Shimon Samuels, llegado especialmente y por primera vez a Buenos Aires.

La historia secreta de esa decisión es tan breve como ya poco secreta: había sido tomada en un avión, a nueve mil metros de altura, el 13 de noviembre del año anterior. Ese día Menem, quien estaba en los Estados

Unidos y volaba desde Washington hacia Nueva York, se había encontrado con que en la página de opinión del influyente The New York Times, *el escritor Gerald Posner había publicado un artículo titulado "El archivo Bormann".*

En uno de los párrafos más crudos, Posner se preguntaba: "¿Por qué el gobierno del presidente Menem, que visitará a Bush y asistirá a una sesión del Congreso mañana, protege los archivos de los criminales de guerra 46 años después de terminada la guerra? La respuesta es que Argentina tiene mucho que esconder en el affaire Bormann."

Ese artículo fue el que apuró una decisión que ya estaba tomada a medias: unas semanas antes del viaje a los Estados Unidos el presidente argentino había estado en Israel, y antes de partir había recibido el mismo reclamo de los dirigentes de la comunidad judía en el país.

Ya en Nueva York, la resolución fue comunicada a Warem Eisemberg, presidente de la filial local de la B'nai B'rith, y a Edgar Brofman, presidente del Congreso Judío Mundial, quienes la recibieron alborozados.

La colectividad judía norteamericana agradecería el favor entregando al presidente argentino los premios al "Estadista del año" y al "Luchador contra la Difamación".

Minutos antes de la una de la tarde del 3 de febrero de 1991, camarógrafos y reporteros gráficos habían comenzado a transmitir al mundo las imágenes de ocho carpetas amarillentas, ajadas, que estaban sobre una mesa de la Casa de Gobierno en Buenos Aires.

Se esperaba que ellas, que oficialmente constituían todo el archivo acumulado por la Policía Federal en cuarenta y cinco años de investigaciones, contuvieran los documentos necesarios para echar luz sobre uno de los períodos más vergonzosos de la historia argentina, quizás tan vergonzoso como el de la dictadura militar de 1976-1983: los años transcurridos entre 1945 y 1960, cuando el país había sido anfitrión y protector de decenas de criminales de guerra.

Las esperanzas depositadas en esas carpetas eran muchas, porque quizá allí estuvieran las respuestas a los enigmas que los nazis habían planteado a la Argentina: cuántos, quiénes y cómo vinieron; quién los protegió; dónde y con qué nombres se habían escondido; cómo había sido utilizado el tesoro que habían traído; cuántos de ellos quedaban ahora...

Pero esas carpetas no guardaban todas las respuestas.

Armadas en su mayor parte por recortes de artículos periodísticos y por algunas comunicaciones internas de la Policía Federal, en esos folios

había más cosas sabidas que otras que debieran saberse. Seguían quedando más dudas que certezas, más preguntas que aclaraciones, más sospechas que verdades.

En cualquier caso, había unos pocos elementos que podrían dar lugar a nuevas investigaciones. Entre ellos, uno de los más sorprendentes está guardado a fojas 124 (al lado está tachado el número 171) en el expediente sobre Martin Bormann caratulado "Flegel, Walter Wilhem" por el hombre que fue detenido en 1960, sospechado de ser el delfín de Adolf Hitler.

Ese documento es un formulario de pedido de información sobre prontuario, fechado el 18 de agosto de 1964 y girado de una dependencia a otra de la Policía Federal Argentina. El hombre sobre el que se pregunta es "Müller, Heinrich", y la respuesta es que tiene dos números de legajo: uno interno (900.755) y otro internacional (1079).

Lo curioso es que esos dos expedientes oficiales, presuntamente referidos al ex jefe de la Gestapo, no están entre los archivos policiales abiertos para su consulta.

Como tampoco están los folios 105 al 124 del tomo I del dossier de Joseph Mengele. Ni un libro de archivo donde figuraría el expediente 3163 DAE 0485, en el que constarían informaciones concretas y precisas sobre la presencia de Martin Bormann en la Argentina. Ni un legajo público y específico sobre Adolf Eichmann. Ni un prontuario de Milo Bogetic. Ni uno de Hans Ulrich Rudel, requerido sin fecha por la Presidencia de la Nación.

¿Qué más faltará?

De un análisis de los documentos exhibidos cuando se hizo el anuncio, puede advertirse que los archivos policiales sirven apenas para confirmar lo que ya se sabía:

a) Que un número indeterminado de criminales de guerra vinieron sin ninguna duda a la Argentina, y que su llegada no fue un invento de los servicios de inteligencia israelíes ni norteamericanos.

b) Que la mayor parte de ellos llegó al país entre 1947 y 1950, y que aquí no fueron molestados ni perseguidos. Y que hasta fueron protegidos durante los años siguientes a la caída del peronismo.

c) Que para entrar utilizaron pasaportes expedidos por el Vaticano y por la Cruz Roja Internacional, además de otros falsificados, todos visados legalmente por los consulados argentinos en Europa.

Pero importa poco, más allá de los justos reclamos internacionales, la calidad de la información que contienen esas primeras carpetas. La gran utilidad de esos archivos, la que no se podrá enmendar, será la de alentar nuevas investigaciones a partir de las dudas que de ellos surjan. Se trabajará para abrir los archivos que aún están cerrados, y ese trabajo servirá para hacer retroceder al olvido.

La Historia y la Verdad no tienen horario. Todavía pueden seguir esperando.

BIBLIOGRAFIA UTILIZADA

Alexandrov, Víctor: *La mafia de los SS*; Bruguera, Barcelona, 1982.

Aziz, Philippe: *Los criminales de guerra*; DOPESA, Barcelona, 1975.

Baklanov, Mijail: *La internacional negra*; Novosti, Moscú, 1985.

Barrau, Miguel Angel: *Historia del regreso*; edición del autor, Buenos Aires, 1973.

Berger, Martin: *Historia de la Logia Masónica P-2*; El Cid Editor, Buenos Aires, 1983.

Bernadac, Christian: *Los médicos malditos*; Caralt, Barcelona, 1978.

Bernard, Henri: *Historia de la Resistencia Europea*; Martínez Roca, Barcelona, 1970.

Borthiry, Enrique David: *El alemán que venció a la ruleta*; Dársena, Mar del Plata, 1979.

Camarasa, Jorge; Felice, Rubén y González, Daniel: *El juicio. proceso al horror*; Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1985.

Cernadas Lamadrid, J. C. y Halac, Ricardo: *La masacre de Ezeiza*; Perfil, Buenos Aires, 1986.

Cernadas Lamadrid, J. C. y Halac, Ricardo: *Antisemitismo*; Perfil, Buenos Aires, 1986.

Ciancaglini, Sergio y Granovsky, Martín: *Crónicas del Apocalipsis*; Contrapunto, Buenos Aires, 1986.

Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas: *Nunca Más*; EUDEBA, Buenos Aires, 1985.

Damonte Taborda, Raúl: *Ayer fue San Perón*; Gure, Buenos Aires, 1955.

de Dios, Horacio: *Kelly cuenta todo*; Atlántida, Buenos Aires, 1984.

Delarue, Jacques: *La Gestapo*; Bruguera, Barcelona, 1974.

Engelmann, Bernt: *Los traficantes de armas*; Alianza, Madrid, 1972.

Fernández Alvariño, Próspero Germán: *Z Argentina. El crimen del siglo*; edición del autor, Buenos Aires, 1974.

Forsyth, Frederick: *ODESSA*; Plaza y Janés, Barcelona, 1974.
Galvis, Silvia y Donadío, Alberto: *Colombia nazi 1939-1945*; Planeta, Bogotá, 1986.
González Mata, Luis: *Terrorismo internacional. La extrema derecha, la extrema izquierda y los crímenes de Estado*; Argos Vergara, Barcelona, 1978.
Guerin, Alain: *El general gris*; Círculo de Lectores, Barcelona, 1972.
Hagelin, Ragnar: *Mi hija Dagmar*; Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1984.
Harel, Isser: *La casa de la calle Garibaldi*; Grijalbo, Barcelona, 1976.
Hilgemann, Werner y Kinder, Hermann: *Atlas Histórico Mundial*; Tomo II: De la Revolución Francesa a nuestros niños; Istmo, Madrid, 1983.
Jackisch, Carlota: *El nazismo y los refugiados alemanes en la Argentina. 1933-1945*; Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1989.
Klarsfeld, Beate: *La caza de Barbie-Altmann*; Granica, Buenos Aires, 1973.
Kristenssen, Jeff: *Operación Patagonia. Hitler murió en la Argentina*; Lumiere, Buenos Aires, 1987.
Laqueur, Walter: *Europa después de Hitler*, dos tomos; SARPE, Madrid, 1985.
Levin, V. N.: *Los traficantes de la muerte*; Cartago, Buenos Aires, 1984.
Mc Key, Jameson: *¿Dónde están los tesoros nazis y fascistas?*; Ediciones GP, Barcelona, 1963.
Manning, Paul: *My search for Martin Bormann*; fotocopia del original en inglés, New York, 1984.
Mariscotti, Mario: *El secreto atómico de Huemul*; Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1985.
Page, Joseph A.: *Perón*, dos tomos; Javier Vergara, Buenos Aires, 1984.
Pavón Pereyra, Enrique: *Perón tal como fue*, dos tomos; Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1986.
Peterson, Harold F.: *La Argentina y los Estados Unidos*, parte II: 1914-1960; Hyspamérica, Buenos Aires, 1985.
Sánchez Salazar, Gustavo: *Barbie, criminal hasta el fin*; Legasa, Buenos Aires, 1987.
Santander, Silvano: *El gran proceso*; Silva, Buenos Aires, 1961.
Santander, Silvano: *Técnica de una traición*; Antygua, Buenos Aires, 1955.
Salvetti, Gualterio: *Las SS matan todavía*; de Vecchi, Barcelona, 1970.
Senkman, Leonardo y otros: *El antisemitismo en la Argentina*, tres tomos; Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1986.
Sin mención de autor: *Libro Negro de la Segunda Tiranía*; Buenos Aires, sin mención de editorial, 1958.
Strauch, Eliezer: *Servicio secreto de Israel*; Alberto Martínez, Buenos Aires, 1977.
Thomas, W. Hugh: *El asesinato de Rudolf Hess*; Bruguera, Barcelona, 1982.
Thorndike, Guillermo: *El caso Banchero*; Barral Editores, Barcelona, 1973.
Timerman, Jacobo: *Preso sin nombre, celda sin número*; El Cid Editor, Buenos Aires, 1982.

Toland, John: *Los últimos cien días*, dos tomos; Bruguera, Barcelona, 1978.
Toynbee, Arnold J.: *La Europa de Hitler*; SARPE, Madrid, 1985.
Trepper, Leopold: *El gran juego*; Ariel, Barcelona, 1977.
Verbitsky, Horacio: *Ezeiza*; Contrapunto, Buenos Aires, 1985.
von Simons, Walter: *Santander bajo la lupa*; Aluminé, Buenos Aires, 1956.
Wiesenthal, Simón: *Los asesinos entre nosotros*; Noguer, Barcelona, 1967.
Woolf, S. J. (comp.): *El fascismo europeo*; Grijalbo, México, 1970.

Además, este libro se ha basado en entrevistas personales, investigaciones privadas, archivo propio, otros archivos públicos, semipúblicos y privados, y los correspondientes a las editoriales Atlántida y Perfil, y a los diarios *Clarín*, *La Nación*, *La Prensa* y *La Razón*.

A

ABELE, Manlio, 62,67,68
ACHESON, 81
AHRENS (sacerdote redentorista), 177
ALDUT, Nora, 253
ALEXANDROV, Víctor, 155
ALFONSÍN, Raúl, 167, 178
ALDOC, Nurit, 236, 237, 253
ALMIRANTE, Giorgio, 259, 261
ALONSO, Jorge, 262
ALTMANN, Klaus, 76, 263
ALVERS ASPIAZU, José, 247
ALLENDE, Salvador, 261
AMADEO, Mario, 111
AMADRUZ, G. A., 174
AMARANTE (comisario), 81
AMENDOLA, Giovanni, 259
AMICUCCI, Ermanno, 260
ANDERSON, Jack, 251, 253
ARDSTEIN, Erich, 243
ARGUELLO, Miguel, 154
ARMOUR, Norman, 42, 44, 45, 48
ARNALD, Erik, 191
ASANCAIC, Iván (Juan), 73, 90
ASTIZ, Alfredo, 186
AUER, Paul, 252
AXMANN, Arthur, 130, 131
AYBAR, Pedro, 196, 202
AZ IGAZSAGOR, Ismerok, 192

B

BAEUMLER, Geralda, 197, 221
BALEN, Josip, 72, 105
BANCHERO ROSSI, Luis, 156
BANSEMIR, Wilhelm, 62
BANZER SUAREZ, Hugo, 263
BARAC, Iván, 72
BARBIE, Klaus, 76, 77, 156, 263, 265
BAUER, Fritz, 102, 104, 114, 123, 124
BAUER, Ricardo, 222
BAUMBACH, Werner, 67
BAYER, Osvaldo, 48
BAYSI (doctor), 227
BECCHERINI, 259
BEHERENS, Otto, 62, 67, 83
BEN GURION, David, 110, 111, 115, 120
BENZON, Branco, 72, 90, 91
BERGADA MUJICA, Justo, 31
BERGES, Guillermo, 191
BERTE, 259
BEUILLE, Eduardo, 173
BIDING, Rudolph, 97
BIELLA, Bernardo, 163
BILISCO, Enrique, 61
BLANCO, Manuel, 223
BLEIDIESTER, Otto, 189
BOCARDO, Luis, 262
BOGETIC, Milo, 61, 78, 90, 91, 159, 160, 161, 164, 169, 269
BOHLE, Wilhelm, 29, 143
BOHNE, Gerhard, 12, 91, 92, 105, 123, 124, 125, 149
BOHNE, Gisella, 125
BONFANTI, 259
BORDA, 124
BORMANN, Adolf Martin, 128
BORMANN, Eike, 128
BORMANN, Eva, 128
BORMANN, Fritz, 128
BORMANN, Gerda, 128
BORMANN, Heinrich, 128
BORMANN, Helmuth, 128
BORMANN, Irmgard, 128
BORMANN, Martin, 15, 16, 18, 21, 58, 61, 77, 99, 126, 128, 130, 131, 132, 134, 135, 136, 137, 140, 145, 148, 149, 150, 151, 152, 162, 163, 164, 179, 204, 205, 221, 222, 243, 268,269.
BORMANN, Volker, 128
BOSSERT, Liselotte, 246, 250

BOSSERT, Wolfram, 244, 245, 246, 247, 250, 253
BOTANA, Helvio, 257, 265
BRAMUGLIA, Juan, 81
BRANCO, Mario, 76
BRAUN, Eva, 129
BREMME, Klaus, 145
BRENNECKE, 146
BRETAL, Vicente, 212
BROFMAN, Edgar, 268
BRUER MENGELBERGER (familia), 162
BRUNEMANN, Hermann, 62
BUENO, María Elena, 250
BUCH, Gerda, 127, 128
BUCH, Walter, 127
BULAT, Edo, 72
BURCHARDT, Waldtraut, 163
BURGER, Anton, 12
BUSH, George, 268

C

CABRAL, 124
CABRIS, Santiago, 242
CAGGIANO, Antonio, 142, 153
CAMPORA, Héctor, 163
CAMPS, Ramón, 172, 178
CANARIS, Wilhelm, 15
CANOSA, 72
CAPUTO, Dante, 178
CARBONE, Emilio, 265
CARCANO, Miguel Angel, 9
CARELLI, Atilio, 164
CASSIANI (general), 80
CASTILLO, Ramón S., 38, 39, 41, 42, 43, 48
CAVIRAGI, Arturo, 61
CONTRERAS SEPULVEDA, Manuel, 261
COOP, Cornelius, 217, 218
COX, Robert, 174
CUARTI, Luis, 61
CUCKURS, Herbert, 240, 241, 242
CULACIATTI, Miguel J., 48

CH

CHAIJ, Julio, 192
CHAMBERLAIN, H. S., 191
CHAPLIN, Charles, 42

CHEFFI, Isaac, 267
CHIKOV, Vassily, 129
CHRISTOPHERSEN, Thies, 191
CHURCHILL, Winston, 45, 86
CHUTE, 124

D

D'ALBORA, Francisco, 192
DALOIA, Domingo, 252
DAMONTE TABORDA, Raúl, 30, 121
DANI, Shalom, 107
DARRE, Walter, 149, 178, 179, 192
DAUTTER, Harry, 198
DE GAULLE, Charles, 192
DE Labougle, Ricardo, 80
DEL CASTILLO, Miguel, 188
DELFINO, Antonio M., 31
DELLE CHIAIE, Stéfano, 260, 261, 262, 263, 264, 265
DEL VALLE, Jaime, 21
DELARUE, Jacques, 23
DE MAIHEU, Jacques, 265
DE MAHIEU, Jaime, 263
DE MAHIEU, Xavier, 265
DETTELMANN, Rudolph, 146
DE VECCHI, Césare, 259
DICKINSON, Velvalae, 97
DICKMANN, Enrique, 30, 31
DIETRICH, Otto, 179
DI GIGLIO, Francesco, 258
DI GIORGI, Mauricio, 261, 263
DOENITZ, Wilhelm, 51, 56, 129, 145
DOHRN de BRANDES, Helga, 232
DOLLBERG, Juan, 125
DOPAZO, Juan, 192
DORGE, Heinrich, 137, 153
DRAGANOVICH, Krunislav (sacerdote), 17, 18
DRAKE, Eugen M., 35
DRECHSLER, Otto, 12
DURAND, Julio César, 266
DUBNOW, Simón, 182
DURCANSKY, Jan (Juan), 12, 83, 120, 181, 192
DYRGALLA, Ricardo, 61

E

ECKLUND, Gustavo, 173

ECKMANN, 99
EICHE, Heinrich, 12
EICHMANN, Adolf, 76, 83, 84, 92, 98, 100, 101, 104, 105, 106, 107, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 120, 123, 125, 134, 138, 145, 149, 156, 169, 177, 180, 204, 215, 233, 234, 237, 238, 239, 256, 269
EICHMANN, Dieter, 100, 106
EICHMANN, Horst, 100
EICHMANN, Klaus (Nick, Nicolás), 100, 102, 106, 117, 118, 252
EICHMANN, María, 101
EINSTEIN, Albert, 63
EISEMBERG, Waren, 268
ELDAD, Gabi, 107, 108
ELDAR, Nurit, 253
ELDOC, Nurit, 253
ESHET, Ezrá, 107
ESPADA (doctor), 67
ESPARZA, Egidio, 140, 142, 146, 153, 154
ESTRADA, Carlos, 266
ESTRELLA, Antonio, 263
EUTH, Erwin, 62

F

FALERO MARTINEZ, Juan, 152
FAMA (principal), 173
FARAGO, Ladislas, 135, 136, 137, 140, 142, 146, 153, 162, 252
FARIAS, Felix, 173
FARRELL, Edelmiro, 44, 45
FEDER, Gottfried, 191
FERNANDEZ CARRA (matrimonio), 262
FICK, 179
FIEBRECHT, Augusto, 62
FIEBELKORN, Joachim, 265
FISCHBOECK, Hans (Juan), 91
FLEGEL, Walter, 152, 269
FULDNER, Carlo, 120
FLUGER, Gustavo, 62
FORSYTH, Frederick, 193
FOSA, 259
FRANCO, Francisco, 31, 46, 71, 73
FREUDE, Ludwing, 84, 91, 97, 136, 142, 143, 144, 145, 146, 153, 154
FREUDE, Rudolph, 143
FREYER, Rodolfo, 61
FRIDMAN, Tuvia, 92, 253
FRIED, Ferdinand, 97
FRIEDL, Gustav, 97
FRITSCH, Eberhardt, 97

FRITZCHE, Hans, 129, 130
FRONDIZI, Arturo, 111, 120

G

GADJA, Ratimir, 72
GALTIERI, Leopoldo, 172
GALLAND, Adolf, 61, 67
GARCIA, Carlos, 210
GARCIA, Luis, 262
GARCIA MEZA, Luis, 264
GAZZOTTI, 259
GEHLEN, Reinhardt, 131
GELLER, Pedro, 100
GELLI, Licio, 164, 168, 178, 260
GEMMER, Horst, 250, 253
GERHARDT, Wolfgang, 243, 244, 246
GERHARDT, Wolfgang (Joseph Mengele), 245, 250
GERMANN, Dolores, 213
GERMANN, Helmuth, 216
GIAMPIETRO, 258
GIANTURCO, 259
GIARINI, Ricardo, 262
GIL, Ramón, 205
GISEN, Walter, 98
GIUNTA, Francisco, 260
GLUECKS (o GLUCKS), Richard, 61
GOEBBELS, Joseph, 18, 19, 113, 129, 130, 150, 178, 179
GOEBBELS, Magda, 129
GOERING, Hermann, 19, 127, 139, 143, 145
GOLDSTEIN, Abraham, 222
GOLDSTEIN, Lázaro, 205
GOMEZ GIMENEZ (inspector), 212
GOMEZ, Juan, 222
GONZALEZ BONORINO, 263
GONZALEZ, Enrique, 69
GORRIERI, Massimo, 264
GRADENIGO, Gaio, 262
GRANITTI, Roberto, 261
GRASSI, Enzo, 259
GRANZIANI (general), 80
GREGOR, Helmuth, 59, 60, 226, 227, 228, 231
GREY, Ronald, 131
GRIFFITHS, Joseph, 134, 135
GRIGORI, Gregorio, 239
GRIMM, Hans, 97
GRUTZKY, Eduardo, 189, 193

GUANI, Alberto, 35
GUARDI, Francesco, 145
GUDEL, Marijan, 72
GUEILER, Lidia, 263, 266
GUERRICO, Jorge, 232
GUTH, Fried, 215, 216
GUTH, Fried (hijo), 216
GUTIERREZ, Eduardo, 173
GUTTERMANN, Max T., 200

H

HAGELIN, Dagmar, 186, 187, 188
HAGELIN, Ragnar, 187, 188
HANS (capitán), 188
HARDWOOD, Robert (Bobby), 34, 35
HAREL, Isser, 96, 104, 107, 121, 238
HARTMANN, Johann, 152
HARRIS, Att, 91, 252
HATVANY (familia), 145
HAUSNER, Guideon, 116, 117
HEFER, Stjepan, 76
HEINTZLMANN, Friedrich, 62
HELDRICH, Adolf, 242
HELLMOUTH, 41
HENGSTEMBERG, Wirtz, 188
HENINGER, Otto, 110
HERENCIC, Iván, 72, 105
HESS, Rudolph, 21, 127
HEYDE, Warner, 124
HIMMLER, Heinrich, 16, 19, 124, 127, 179
HITLER, Adolf, 14, 16, 19, 21, 26, 28, 29, 31, 36, 47, 52, 53, 66, 72, 73, 94, 97, 98, 113, 123, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 138, 143, 152, 156, 160, 166, 171, 172, 173, 174, 176, 178, 257, 269
HOECKNER, Walter, 23
HOESS, Ferdinand, 127
HOFFMANN, Alicia, 189
HOLSCHERL, Christian, 11
HOOVER, J. Edgar, 134
HORTEN, Reimar, 62
HORVAT, Juan, 72
HORVATH, Juan, 80
HUDAL, Alois, 17, 18
HULL, Cordell, 40, 44, 45
HUMBERTO de (rey), 80
HUPFAUER, Karl, 239
HUPFAUER, Wbalburga, 239

I

IMAZ, Francisco, 263
IMBESI, Juan A., 187, 193
ISAURRALDE, Leopoldo, 192
IVANISSEVICH, Oscar, 76

J

JACKSON, Robert, 134
JACOB, Berthold, 97
JALIF, Humberto, 209
JUAREZ, Olga de, 163
JUERGEN, Hans, 265
JURGENS, Enrique, 30
JUNG, Werner, 233
JUSTO, Agustín P., 38

K

KADOW, Walter, 127
KALPAS, Rolando, 61
KALTENBRUNNER, Ernest, 112, 146
KANTEMIROF, Alejandro, 187
KART, Alfred, 124
KELLER, Carlos, 62
KELLER KELLER, Juan, 222
KELLY, David, 42, 45
KEMPE, Otto, 177
KEMPKA, Erich, 130
KENET, Yosef, 107, 108, 109
KEREN, Zev, 107, 109
KERLEY, Ellis, 250
KIMCHE, David, 21
KINKELIN, Emilio, 27
KIPP, Abraham, 83, 93, 195, 216, 217, 218, 220
KIRCHMANN, Karl, 12
KLAJES, Paul, 62
KLAMMER, Guillermo, 100
KLARSFELD, Beate, 22, 249, 251
KLEMENT, Ana, 99
KLEMENT (o Clement), Ricardo, 76, 93, 96, 98, 99, 104, 107, 108, 109
KLEIN, Hans E., 249
KLICH, Ignacio, 17, 21
KOFLER, J. A., 192
KOHN, Willy, 28
KOPPE, Wilhelm, 177

KOPPLIN, Herbert, 265
KORSKY, 72
KRAUSS, Hans, 152
KUHLMANN, Mandred, 265
KREBS (general), 129
KRUG (familia), 240
KRUPP (familia), 15, 136, 163
KUARTINEK (mariscal), 160
KUNZLE, Anton, 242
KURAJA, Tomislav, 100
KUTSCHMANN, Hanna, 196
KUTSCHMANN, Walter, 58, 77, 83, 84, 93, 167, 169, 195, 196, 197, 198, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 209, 215, 220, 221

L

LAFUENTE (doctor), 189
LAINO, Domingo, 249
LANGMANN, Otto, 35, 38
LANGSDORF, Hans, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 149
LANUSSE, Alejandro, 159
LASSIER, Hubert, 247
LASTIRI, Raúl, 161
LAVALLE, Floro, 27
LA VISTA, Vincent, 17
LECHARMAIR, Leo, 100
LEIGHTON, Bernardo, 261
LECLERC, Napoleón, 265
LE GENTILE, Arthur, 265
LESSMANN, Erich, 244
LETELIER, Orlando, 261
LEVAVI, Arie, 111
LEY, Robert, 19
LIEBERTH, Hans, 81
LIEBL, Verónica (Vera), 100, 101, 106, 107, 110
LIMBERGER, Federico, 100
LIMMER, Herbert, 267
LONARDI, Eduardo, 87, 88, 113, 115, 116
LOPEZ REGA, José, 161, 173
LOTHAR, Hermann, 102, 104, 112, 113, 114, 115, 116, 234, 236
LUCERO, Franklin, 88
LUECKE, Carlos, 60
LUETGE, Wilhelm, 29
LUKAS, Karl, 100, 101
LUQUE, Jorge, 239
LYNCH, Jorge, 266

M

MAGGIO, Giovanni, 80
MALBRANC, Berta, 227
MALBRANC, Teodoro, 227
MALER, Juan, 179, 180
MALRAUX, André, 47
MANCINO, Roque, 173
MANNING, Paul, 153
MAQUIAVELO, Nicolò, 166
MARSHALL, George, 17
MASSERA, Emilio, 172
MARCOVIK, Josip, 76
MARTINEZ de PERON, Isabel, 161, 162, 166, 198
MARTINEZ, Tomás Eloy, 21, 49, 60, 77, 119, 146
MATTIES, Guillermo, 62
MATTIES, Juan, 62
MATTIES, Pedro, 62, 63
MAURRAS, Charles, 27
MAYERN, Alfredo, 177, 252
MAYER, Emilio, 63, 61
MEIR, Golda, 111
MENDONÇA, José, 246
MENEM, Carlos, 12, 167, 267, 268
MENENDEZ, Benjamín, 84, 85, 87
MENGELE, Alois, 226
MENGELE, Fritz, 240
MENGELE, Joseph, 60, 77, 83, 91, 104, 105, 169, 177, 204, 225, 226, 227, 228, 231, 232, 233, 234, 236, 237, 238, 239, 240, 242, 243, 247, 249, 250, 251, 253, 256, 269
MENGELE, Karl, 226, 228
MENGELE, Karl (hijo), 231
MENGELE, Rolf, 233, 234, 244, 245, 252
MENNA, 259
MESSERSMITH, George, 15, 81
MEYER, Marshall, 178
MEYER, Norberto, 243
MEYNEN, Erich, 98
MILDNER, Rudolf, 267
MINGOLLA, Alfredo, 266
MINGOLLA, Mario, 266
MINGORANCE, Antonio, 184
MINGORANCE, Fausto, 173
MINISTI, 259
MIORI PEREYRA, Hugo, 263
MIRABELLA, 259
MISSBACH, Arthur, 249

MITTELHUBER, Ludwing, 62
MOFFIT, Ronnie, 261
MOHLER, Hans, 97
MOLINA, Juan B., 27
MOLINARI, Aldo, 75
MOLLO, Juan, 75
MONDRELLE, Oliverio, 83, 120, 181, 192
MONROY, Francisco, 263
MONTGOMERY, Bernard, 94
MONTINI, Giovanni (Paulo VI), 77
MORGENTHAU, Henry, 44
MORONI, Eduardo, 258, 259
MOSLEY, Oswald, 67, 79
MUERCK, Heinrich, 93, 180, 181
MUGICA, Adolfo, 263
MUHRING, Erika, 177
MULLER, Alfred, 31
MULLER, Heinrich, 149, 269
MULLER, Kaethu, 97
MULLER, Wolfgang, 22
MUÑOZ, Jorge, 173
MURPHY, Robert, 81
MUSSOLINI, Adria, 256
MUSSOLINI, Benito, 18, 27, 31, 47, 61, 73, 139, 167, 174, 178, 265
MUSSOLINI, Guido, 256
MUSSOLINI, Vittorio, 255, 256, 257, 258, 259, 265
MUTTI, Ettore, 260

N

NAHMACHER, Carlos, 100
NAUMANN, Werner, 97, 130
NESHER, Yitzhak, 107
NEUMANN, Jorge, 61
NIEBHUR, Carlos, 232, 243
NIEBHUR, Dietrich, 42, 48
NIELAN, Hans, 26
NILUS, Sergei, 192

O

OCHOA, Pedro Olgo, 192
OJEDA, Juan M., 252
OLIJ HOTTENTOT, Jan, 83, 93, 195, 216, 217, 218, 219, 220
OLIJ HOTTENTOT, Rosa, 218
OLMO, Pedro Ricardo, 196, 197, 202, 204
ONESSI, Alvaro, 61

ONGANIA, Juan Carlos, 12, 142, 154, 164, 263
ORIHUELA (coronel), 67
ORSANIC, 72
ORTIZ BASUALDO, 124
ORTIZ, Roberto M., 38
OSCHATZ, Maximiliana, 54
OSINDE, Jorge, 159
OTERO, Alejandro, 242
OTTALAGANO, Alberto, 164, 166, 167, 205, 262, 263

P

PABLO VI (ver MONTINI, Giovanni), 77
PABST, Otto, 62
PAGLIAI, Pierluigi, 260, 261, 263, 264, 265
PAHL, Walter, 97
PAL, Aranjos, 59
PALLAVECINO, Marcos, 61
PANTZ, Bertha, 227
PANTZ, Otto, 227
PANUNCIO, Sergio, 62
PARINI, Piero, 259
PASTOR, Ramón, 208
PAVELIC, Ante, 59, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 80, 84, 90, 105, 139, 160
PEJACEVIC, Petar, 72, 73
PEÑA, Guillermo, 232
PERIK, Nikola, 72
PERÓN, Eva, 71, 80, 85, 92, 145, 146
PERON, Juan Domingo, 45, 46, 47, 60, 63, 66, 67, 68, 69, 71, 72, 73, 75, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 115, 134, 135, 136, 140, 143, 144, 146, 149, 150, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 166, 167, 168, 170, 177, 178, 209, 216, 234, 257, 259
PINOCHET, Augusto, 21, 261
PIO XII, 71, 80
PORT, Carlos, 232
POSNER, Gerald, 268
POVERELLI, José, 259
PRANAITIS, I.B., 174
PRAMPOLINI, 259
PRAT, Felipe, 182
PRIMO de RIVERA, José, 27, 164
PRZEWOSNIK, Enrique, 251
PUFFER, Juan, 61
PUJOL, Alain, 77, 145, 146

Q

QUAST, Teodoro, 62
QUERALTO, Juan, 73, 120

R

RADEMACHER, Edith, 184, 193
RADEMACHER, Franz, 61, 93
RADENIACHER, Edith, 193
RAEDER, 36
RAMADIER, George, 80
RAMIREZ, Pedro, 43, 44
RAUCH, Friedrich, 227
RAUFF, Walter, 18, 21, 22, 61, 77, 242, 256
RAUFF, Walter (hijo), 22
RAVLIC, Milo, 162
RAWSON, Arturo, 43
RECIO, Alejandro, 262
REVIVI, Ehud, 107
REYES, Cipriano, 135
RICORD, Joseph, 61, 78, 84
RICO TORO, Faustino, 263
RICHTER, Ronald, 68, 69, 83
RICHWITZ, Juan, 100
RINDON, Fausto, 247
RIPHAGEN, Andries, 93, 217, 218
RISOLIA, 124
RIVANERA CARLES, Federico, 179
RIVAROLA, Guillermo, 184
ROCCA, 259
ROCKEFELLER, Nelson, 45
RODEL, Heriberto, 248, 249
RODRIGUEZ, Carlos, 241
RODRIGUEZ PETIT, José M., 243
RODRIGUEZ VILLAFAÑE, Julio, 212, 213
ROGER, Oscar, 223
ROJAS, Isaac, 88
ROMERO, Bautista, 218
ROMERO, Julio, 161
ROMMEL, Erwin, 93, 139
RON, Dina, 107
ROOSEVELT, Franklin D., 39, 40, 47
ROSCHMANN, Eduard, 59, 77, 84, 91, 92, 120, 149, 155, 180, 182, 184, 185, 186, 188, 193, 198, 205, 209, 215, 240, 256
ROSEMBERG, Alfred, 178
ROSTEL, Franz, 148, 150

ROSS, Colin, 97
ROTH, Heinz, 191
ROTHE, Kurt, 62
RUCKERT, Alfred, 227
RUDEL, Hans Ulrich, 61, 63, 67, 79, 83, 89, 90, 105, 160, 164, 189, 234, 269
RUDOLF, Vilma, 161, 162, 169
RUIZ de los LLANOS, Gabriel, 263
RUIZ GUIÑAZU, Enrique, 39, 49

S

SACUCCI, Sandro, 264
SACK, Dieter, 250
SADRINAS, María Esther, 222
SAGARI, Horacio, 208
SAID, Haddad, 148
SALBEGOBIC, Nedim, 72
SALVETTI, Gualterio, 221
SAMUELS, Shimen, 267
SANTANDER, Silvano, 21, 48, 61, 63, 67, 77, 121, 154, 258
SAÑUDO, Alejandro, 219
SASSEN, Wilhelm, 61, 78, 93, 113, 114, 115, 116, 117, 233, 236
SAYUS, Ramón, 51, 52
SCASSO, León, 36, 38
SCONWENI, Irene, 225
SCHAEFER, Heinz, 54, 55, 57
SCHAEFFER SCHENEIDER, Paul, 22
SCHALAGETER, Albert, 127
SCHELLER, Gerhard, 250
SCHERTZSINGER, Anna, 62
SCHMIDT, Francisco, 102
SCHOCKLITZ, 120
SCHOLTZ, Alfred, 146
SCHOTTER, Ernst, 62
SCHRIEFFER, Erwin, 28
SCHUBERT, Hans, 62
SCHWAEGERMANN, 130
SCHWAMMBERGER, José, 209, 213, 216
SCHWAMMBERGER, Joseph, 11, 12, 59, 77, 84, 105, 120, 195, 198, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 222
SCHWAMMBERGER, Wolf, 209, 211
SCHWARZ, Dieter, 191
SCHWEND, Federico, 150, 156
SCHWINT (oficial), 189
SEGRETO, Jorge, 202, 203
SEIB, Katerina, 209
SELDMEIER, Hans, 244, 245

SELSER, Gregorio, 154
SERVATIUS, Robert, 115, 116, 117
SFORZA, Carlo, 258, 259
SHEFFER ("El nazi"), 189
SHER, Neal, 250
SICALA, Pacico, 62
SIGWALD, Adolfo, 176
SIGWALD, J. C., 176
SILBERMANN, Ingrid, 100
SILES SUAZO, Hernán, 264
SILVESTRE, Alberto, 209
SIMON, Enrique, 187
SIRI, Angel, 209
SIRI (sacerdote), 17
SKORZENY, Otto, 61, 113, 114, 115, 121, 150, 234
SOLANO LIMA, Vicente, 163
SONNEBERG, Detlev, 241, 242, 247
SONNENBURG, Rolf, 152
SPEER, Albert, 15
SPINELLI, 258, 259
SPONHOLZ, Hans, 192
STALIN, 47
STAMMER, Geza, 244, 246
STAMMER, Gitta, 244, 246
STAUDT, Ricardo, 137, 153
STEIM, Alfred, 223
STELLFRED, Hans, 265
STHEPHANUS, Guillermo, 100
STEVEN, Steward, 162
STHAL, Lydia, 97
STINNE, Mathias, 145
STOREY, Robert, 179
STORNI, Segundo, 43, 49
STUMPFEGGER, Ludwing, 130
STREICHER, Julius, 178
STROEHER, Alfredo, 221
STROESSNER, Alfredo, 78, 233, 240, 249
SUAREZ, Adolfo, 262
SUBASIC, Josih, 72
SUONNEN, Teodoro, 195, 220

T

TABOADA, Diógenes, 111
TALMI, Menashe, 107
TAMBURINI, 259
TANK, Kurt, 61, 62, 63, 67, 68, 83, 89, 90

TER MER, 179
TETAMANTTI, Raúl, 202
TEZANOS PINTO, David, 203
TIBURTIUS, Joachim, 131
TIERRE, Frank, 61
TILLMAN, Friedrich, 124
TIMMERMANN, Ernesto, 227, 231
TIRABOSCHI, José, 257
TODMAN, Terence, 267
TRENKER, Deter, 241
TRUJILLO, Rafael, 91, 160
TRUMAN, Harry, 76, 134, 181
TRUPPEL, Heinz, 227, 231
TUMA, Romeu, 250

U

URIBURU, José Félix, 26, 27, 38

V

VERBITSKY, Horacio, 169, 252
VERMOUTH, Otto, 52, 53, 56
VEYRA, Jorge, 173
VICARIO, 72
VIDELA, Jorge R., 172, 188
VIGNES, Alberto, 119, 178
VILLAR, Alberto, 173
VILLEGAS, Osiris, 177
VIOLA, Roberto, 172
VLADO, Secen, 90
VOIFTSBERGER, Rodolfo, 62
VOLKOFF, Anna, 97
VON ALBENSLEVEN, Ludolf, 60, 84, 189
VON BOHLEN-HALBACH, Ardnt, 163
VON BRITENBACH, Friedrich, 236
VON der LANGE-LENBACH, Augustin, 222
VON ECKSTEIN, Alejandro, 233
VON EPP, Ritter, 30
VON FAUPEL, Wilhelm, 48
VON GROMAN, Constantin, 61, 78, 169
VON LANG, Jochen, 152
VON LEERS, Johannes, 91, 92, 150, 156, 157
VON LEERS, Omar Amin, 150
VON LEUTE, Ricardo, 137, 153
VON RIBBENTROP, Joachim, 19
VON SPEE, Maximilian, 33

VON THERMANN, Edmund, 28, 29, 38, 42
VON WERNICH, Christian, 171
VRANCIC, Vjekoslav, 72, 73, 90

W

WAGNER, Gustav, 181
WALDE, Cornelius, 247
WASERMANN, Hans, 97
WEANBENGA, Jan, 217, 218
WEGENER, Federico, 59, 182
WEGNER, Friedrich, 59
WELTZIN, 130
WELLES, Summer, 40
WERNER, Eric, 62
WESTPHAL, Wilhelm, 97
WIEDORN, Wilhelm, 67
WIESENTHAL, Simón, 21, 26, 48, 70, 71, 95, 98, 100, 101, 104, 126, 129, 138, 139, 147, 188, 195, 198, 201, 208, 209, 210, 233, 247, 249, 251, 263, 267
WINER, Daniel, 167
WILL, Martha, 91, 228, 231, 232, 239
WOLFF, Herbert, 62
WOTTKE, Paul, 97

Y

YRIGOYEN, Hipólito, 27, 46
YUGONSKY de HAVERICH, Elsa, 252
YUVAL, Eli, 107, 109

Z

ZAPATERRINI, Eusebio, 260
ZARANTONELLO, José, 187
ZAVALIA, Fernando, 247
ZEBALLOS (sargento), 188
ZIMMER, Guido, 12
ZISCHKA, Anton, 97

Aclaración: Los nombres de este índice corresponden a las personas que se mencionan en el texto, pero excluyendo los nombres de autores de libros y/o artículos que figuran en las notas de los capítulos y en la Bibliografía utilizada.

INDICE DE ILUSTRACIONES

1.- Submarinos alemanes que arribaron al puerto de Mar del Plata durante el segundo semestre de 1945 55

2.- Traducción del pasaporte (expedido en Córdoba) de Kurt Tank 64

3.- Prontuario enmendado (con tachaduras) del ingeniero alemán Kurt Tank 65

4.- Dos fotos del joven Adolf Eichmann, en los inicios de su participación en "la solución final del problema judío" 103

5.- Un memorando de Coordinación Federal sobre Martin Bormann 133

6.- Documento del Ministerio del Interior acerca de algunas relaciones de Juan Perón con elementos nazis 141

7.- Doctor Alberto Ottalagano, conocido —y autoreconocido— fascista argentino, que en 1974 fuera rector de la Universidad de Buenos Aires 165

8.- Argentina ha sido un fuerte centro de difusión de literatura antisemita y/o abiertamente nazi. Se reproduce la tapa de un libro del Dr. Werner Naumann impreso en Buenos Aires en 1953 por Dürer Verlag (se trata del séptimo título de una colección en la que figuran, por ejemplo, tres obras de Hans Ulrich Rudel) 175

9.- Foto de tapa de la revista *Careo* (Nº 51, 17/XI/1977) bajo el título "Desaparece el cadáver del criminal de guerra Roshmann" 183
10.- Parcial del informe de la agencia Avisa sobre el seguimiento a Josef Franz Leo Schwammberger (30/XI/1971) 199
11 y 12.- Escritura y documento adjunto sobre la compra de una casa por Mengele en el partido de Vicente López (Pcia. de Bs. As.) 229/230
13.- Acta de constitución de Fadrofarm Sociedad en comandita por acciones, de la que Joseph Mengele fue socio fundador 235

INDICE

Prólogo 11
I.- Introducción: "La ruta de las ratas" 13
II.- 1943-1945: ¿Una Argentina nazi? 25
III.- 1945-1950: Política de puertas abiertas 51
IV.- 1950-1960: El desvande 83
V.- 1960-1973: Los enigmas del nazismo 123
VI.- 1976-1973: El regreso 159
VII.- 1976-1983: La svástica en los cuarteles 171
VIII.- 1983-1989: Schwammberger, ¿el último nazi? 195
Apéndice I: Mengele: un caso piloto 225
Apéndice II: Los noltágicos del Duce 255
Epílogo 267
Bibliografía utilizada 271
Indice de nombres 275
Indice de ilustraciones 293

OMNIBUS

CLASICOS DE LA LITERATURA (serie verde)

Robert Louis Stevenson: *Fábulas*. Prólogo de Jorge Luis Borges. Traducción de Roberto Alifano y Jorge Luis Borges.
Stendhal: *Rosa y verde*. Prólogo de Julio Schvartzman. Traducción de Ricardo Zelarayán. (Incluye también *Mina de Vanghel*.)
Wilkie Collins: *Monkton el loco*. Prólogo y traducción de Elvio E. Gandolfo. (Incluye también *La mujer del sueño*, *Cazador cazado* y *El policía y la cocinera*.)
João Cabral de Melo Neto: *Muerte y vida severina*. Prólogo y traducción de Santiago Kovadloff. (Incluye también *Auto del fraile*.)

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA (serie ocre)

Jorge Asís: *Carne picada*
Jorge Asís: *La calle de los caballos muertos*
Cecilia Absatz: *Los años pares*
José Pablo Feinmann: *Ultimos días de la víctima*
José Pablo Feinmann: *Ni el tiro del final*
Luis Gusman: *El frasquito y otros relatos*
Liliana Heer: *Bloyd*
Federico Moreyra: *El desangradero*
Haroldo Conti: *Alrededor de la jaula*
Juan Carlos Martini: *Tres novelas policiales*. (Incluye *El agua en los pulmones*, *Los asesinos las prefieren rubias* y *El cerco*.)
Juan Carlos Martini: *Composición de lugar*
Juan Carlos Martini: *La vida entera*
Gustavo Bossert: *La trampera*
Marta Oliveri: *El confinamiento*
Yima Santa Cruz: *Desde la vida*
Héctor Lastra: *La boca de la ballena*
Juan Sasturain: *Manual de perdedores, I* y *II*
Vicente Battista: *Siroco*
Mempo Giardinelli: *Vidas ejemplares*
Amalia Jamilis: *Ciudad sobre el Támesis*
Pablo Urbanyi: *De todo un poco, de nada mucho.*

DEL ESPECTACULO (serie violeta)

Beatriz Seibel: *De ninfas a capitanas. Mujer, teatro y sociedad: desde los rituales hasta la Independencia.*

CIENCIAS SOCIALES (serie gris)

Ariel C. Arango: *Las malas palabras*
Ariel C. Arango: *Los genitales y el destino*
José Luis Romero: *La cultura occidental.* (Incluye el ensayo *Imagen de la Edad Media.*)
Aníbal Ford, Jorge B. Rivera y Eduardo Romano: *Medios de comunicación y cultura popular.* Prólogo de Heriberto Muraro.
Julio Godio: *El movimiento obrero argentino.* 5 vols:
1870-1910, Socialismo, anarquismo y sindicalismo;
1910-1930, Socialismo, sindicalismo y comunismo;
1930-1955, Hegemonía nacionalista-laborista;
1955-1990, De la resistencia a la encrucijada menemista.
José Pablo Feinmann: *El mito del eterno fracaso*
José Pablo Feinmann: *La creación de lo posible*
Luis Gregorich: *Literatura y homosexualidad*
Pedro Orgambide: *Gardel y la patria del mito*
Osvaldo Bayer: *Los anarquistas expropiadores*
Paulina Redler: *Abuelidad. Más allá de la paternidad*
Saúl Sosnowski: *La orilla inminente*
Saúl Yurkievich: *Julio Cortázar. Al calor de tu sombra*
Carlos Auyero: *Desde la incertidumbre*
Moisés Ikonicoff: *De la cultura de renta a la economía de producción*

DOCUMENTOS (serie celeste)

Rogelio García Lupo: *Mercenarios y monopolios en la Argentina. De Onganía a Lanusse, 1966-1973*
Ricardo Rojo: *Mi amigo el Che*
Alvaro Abós: *El poder carnívoro*
Manuel Urriza: *CGT y Atlas. Una experiencia sindical latinoamericana*
Albert Londres: *El camino de Buenos Aires.* Prólogo y traducción de Bernardo Kordon.

NUEVA LITERATURA

Juan Carlos Martini: *La construcción del héroe*
Juan Carlos Martini: *El fantasma imperfecto*
Antonio Nella Castro: *Crónica del diluvio*
Antonio Nella Castro: *El ratón*
Armonía Somers: *Sólo los elefantes encuentran mandrágora*
Pedro Orgambide: *Historias imaginarias de la Argentina*
Pedro Orgambide: *La convaleciente*
Rodolfo Rabanal: *En otra parte*
Jorge Asís: *Carne picada*
Jorge Asís: *La calle de los caballos muertos*
Jorge Asís: *Canguros*
Daniel Moyano: *El vuelo del tigre*
Daniel Moyano: *Libro de navíos y borrascas*
Jorge Manzur: *Tinta roja*
Jorge Manzur: *Tratos inútiles*
Enrique D. Borthiry: *Palomas tristes tiene la paz*
Enrique Estrázulas: *Ladrón de música*
Carlos Hugo Aparicio: *Sombras del fondo*
Carlos Hugo Aparicio: *Trenes del Sur*
Martha Mercader: *La chuña de los huevos de oro*
Hugo Foguet: *Pretérito perfecto*
Javier Torres: *Quemar las naves*
Javier Torres: *Las noches de Maco*
Héctor Tizón: *La casa y el viento*
Héctor Tizón: *El hombre que llegó a un pueblo*
Carlos Catania: *El pintadedos*
Liliana Heer: *La tercera mitad*
Tomás Eloy Martínez: *La novela de Perón*
José Pablo Feinmann: *El ejército de ceniza*
Lisandro Otero: *Temporada de ángeles*
Juan Carlos Martelli: *Debajo de la mesa*
Liliana Heker: *Zona de clivaje*
Susana Szwarc: *Trenzas*

ENSAYO CRITICO

Juan José Sebreli: *Los deseos imaginarios del peronismo*
José Pablo Feinmann: *Filosofía y Nación*
José Pablo Feinmann: *Estudios sobre el peronismo*
Alejandro Horowicz: *Los cuatro peronismos*
Arnaldo Rascovsky y colaboradores: *La universalidad del filicidio*
Silvia Sigal y Eliseo Verón: *Perón o muerte*
Guillermo Vitelli: *Cuarenta años de inflación en la Argentina: 1945-1985*
Juan Carlos Torre (comp.), Joel Horowitz, Louise Doyon, Walter Little y otros: *La formación del sindicalismo peronista: 1943-1955*
Daniel Azpiazu, Eduardo M. Basualdo y Hugo Nochteft: *La revolución tecnológica y las políticas hegemónicas*
Hugo Biagini (comp.): *Orígenes de la democracia argentina. El trasfondo krausista*
Osvaldo Bayer: *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*
Pierre Ostiguy: *Los capitanes de la industria*

VIAJE A LOS MUNDOS IMAGINARIOS
Colección dirigida por Ernesto Sabato

Volumen I: Textos de Edgar Allan Poe, Alphonse Daudet, Robert Louis Stevenson, Horacio Quiroga, Anton Chéjov, Oscar Wilde, Arthur Conan Doyle, Franz Kafka, Jack London y Joseph Conrad. Selección y notas biográficas de Ernesto Sabato y Anneliese von der Lippen.
Volumen II: Textos de O. Henry, Katherine Mansfield, Mark Twain, Sarah Orne Jewett, H. G. Wells, Richard Wilheim, Ambrose Bierce, Alfred de Musset, Charles Dickens y Herman Melville. Selección y notas biográficas de Ernesto Sabato y Anneliese von der Lippen.

COMUNICACION Y SOCIEDAD
Colección dirigida por Aníbal Ford

Heriberto Muraro: *Invasión cultural, economía y comunicación*
Oscar Landi (comp.): *Medios, transformación cultural y política*
José María Pasquini Durán (comp.): *Comunicación: el Tercer Mundo frente a las nuevas tecnologías*
Octavio Getino: *Cine latinoamericano, economía y nuevas tecnologías*
Rosana Guber: *El salvaje metropolitano*

NUEVA INFORMACION
Colección dirigida por Rogelio García Lupo

Rogelio García Lupo: *Diplomacia secreta y rendición incondicional*
Jorge Luis Bernetti: *El peronismo de la victoria*
Alvaro Abós: *La columna vertebral*
Alvaro Abós: *El posperonismo*
Roberto Jordán Pando: *De Bolívar a la Revolución Boliviana*
Juan Gelman y Osvaldo Bayer: *Exilio*
Carlos M. Vilas: *Perfiles de la revolución sandinista*
Horacio Verbitsky: *La última batalla de la Tercera Guerra Mundial*
Horacio Verbitsky: *La posguerra sucia*
Rodolfo Terragno: *Memorias del presente*
Andrew Graham-Yooll: *Pequeñas guerras británicas en América Latina*
Alfredo Eric Calcagno: *La perversa deuda*
C. J. Moneta, E. López y A. Romero: *La reforma militar*
Ted Córdova-Claure: *Testigo de la crisis*
D. Azpiazu, E. M. Basualdo y M. Khavisse: *El nuevo poder económico en la Argentina de los años 80*
Pablo Giussani: *Los días de Alfonsín*
Ariel Dorfman: *Los sueños nucleares de Reagan*
Conversaciones con Frei Betto: *Fidel Castro y la religión*
Paulo Freire y Frei Betto: *Esa escuela llamada vida*
Elisabeth Reimann: *Confesiones de un contra*
Juan Gasparini: *La pista suiza*
Raúl Alfonsín: *Inédito! Una batalla contra la dictadura*
Gustavo Sánchez Salazar: *Barbie, criminal hasta el fin*
Roberto Mero: *Pinochet, penúltimo round*
Ernesto López: *Seguridad nacional y sedición militar*
Mónica Hirst (comp.): *Argentina-Brasil: El largo camino de la integración*
Ernesto López: *El último levantamiento*

TEMAS DE ACTUALIDAD

Simón Lázara: *Poder militar. Origen, apogeo y transición.*
Hugo Barcia y Norberto Ivancich: *La Carpa de Alí Babá. El Grupo de los ocho contra la corrupción.*
Jorge Zicolillo y Néstor Montenegro: *Los Saadi. Historia de un feudo: del 45 a María Soledad.*
Daniel Muchnik, Jorge Halperín y otros: *Economía y vida cotidiana en la Argentina.*
Jorge Camarasa: *Los nazis en la Argentina.*

Este libro se terminó de imprimir en el mes de febrero de 1992, en los talleres gráficos Carbet, Udaondo 2446, Lanús, Prov. de Bs. As.

1992: el lunes 3 de febrero, durante una ceremonia realizada en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, a la que asistieron embajadores, ministros, senadores, altos funcionarios e invitados especiales, el presidente de la Nación firmó un decreto por el cual se levantó el secreto que pesaba sobre la documentación referida a la actividad de los criminales nazis en la Argentina. En treinta días a partir de esa fecha tales documentos serán de dominio público, pues la ciudadanía podrá consultarlos en el Archivo General de la Nación. Quizá entonces se clausure una historia equívoca y oprobiosa que envolvió a nuestro país, en tanto estuvieron implicados en ella importantes sectores sociales y políticos, incluido el gobierno militar instaurado tras el golpe de 1943. La captura del ex coronel de la Gestapo Adolf Eichmann treinta años atrás en San Isidro, las pistas probadas sobre la presencia del "Angel de la Muerte" Josef Mengele en el país, las inquietantes huellas del lugarteniente de Hitler Martín Bormann, entre muchos otros hechos similares, han mantenido viva esa historia.

Jorge Camarasa se dedicó durante años a investigar el tema, sus antecedentes y derivaciones. Fruto mayor de ese trabajo es *Los nazis en la Argentina*, libro que supone un minucioso y exhaustivo relevamiento informativo, pero manteniendo en vilo al lector, en cuanto traza un cuadro ágil, tenso y colorido, con la máxima objetividad que permite la dramaticidad del tema.

Licenciado en Ciencias de la Información en la Universidad Nacional de La Plata, Camarasa (Zárate, 1953) trabajó en los diarios *La Voz* y *La Razón* y en las revistas *La Semana* y *El Periodista*, entre otros medios; actualmente es prosecretario de redacción de *Clarín*. Ha publicado una novela, *La ola*, y un trabajo en colaboración sobre el proceso a los comandantes de la última dictadura militar. *El Juicio, proceso al horror*.